

«Un thriller rural extraordinario: una trama perfectamente urdida,
un elenco de grandes personajes, un escenario maravillosamente descrito
y un estilo seco y directo que te atrapa sin remedio.» CARLOS BASSAS

EL BAILE DE LOS PENITENTES

FRANCISCO BESCÓS



Francisco bescós

*El baile de
los penitentes*

VIII Premio Internacional de
Novela Negra Ciudad de Carmona

© Francisco Bescós, 2014

© Editorial Almuzara, s.l., 2014

Reservados todos los derechos. «No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.»

Colección Tapa Negra

Editorial Almuzara

Director editorial: Antonio E. Cuesta López

Edición de Javier Ortega

Conversión de Óscar Córdoba

www.editorialalmuzara.com

pedidos@editorialalmuzara.com - info@editorialalmuzara.com

ISBN: 9788416100897

VIII Premio Internacional de
Novela Negra Ciudad de Carmona

Jurado compuesto por:

Carlos Bassas del Rey

Fernando Molero Campos

Javier Ortega

A la memoria de mi padre, Francisco Bescós Olaizola.

Man contracts a series of diseases which spell out a code message...

William S. Burroughs. Naked Lunch.

También tengo otras ovejas que no son de este redil; también a esas las conduciré y escucharán mi voz; y habrá un solo rebaño, un solo pastor.

Juan. 10:16.

1. MIÉRCOLES SANTO

11:00

Hay un perro flaco que husmea por la vereda. Tiene calvas a lo largo de todo el lomo. Algunas dejan ver retazos de piel enrojecidos, sanguinolentos, abruptamente moldeados por los huesos de las costillas. Pelo color ceniza. Es feo, el perro flaco, asco de perro flaco. Escarba con la pata de delante en la superficie sin pavimentar. Oisquea aquí y allá: una lata oxidada de Fanta, un retrovisor, una bola de papel de aluminio. Escoge por fin un cono naranja tumbado en la cuneta, relleno de barro, y orina sobre él. Levanta una pata, más lastimera que insolente. Expulsa su líquido amarillento. Uno lo imagina preñado de orina, como si sus entrañas no pudieran contener nada más que amoniaco y desperdicio.

Roque observa al animal desde una desvencijada silla de playa que cruje. A dos pasos yace una piedra. Siente una necesidad casi irrefrenable de lanzársela al perro flaco: menea su cola por el aire, esparciendo partículas de sabe Dios qué, y la piedra ahí, a solo dos pasos, tan adecuada. Pero es más grande la fuerza que sujeta a Roque a su asiento: no va a levantarse por un perro flaco de mierda. Ya será mañana cuando pruebe puntería, sin más intención. Porque a Roque no le molesta especialmente su presencia. Aparece por ahí, el perro flaco, de tanto en tanto. Y unas veces le tira un mendrugo de pan y otras una pedrada. Roque actúa por puro instinto, como eligiendo dónde va a orinar. No hay voluntad que le lleve a más.

Roque se estira un poco contra el respaldo que emite un sonido suplicante. Bajo su peso de polilla siente cómo se resquebrajan algunas costuras. Últimamente todo funciona así. Mira a su alrededor, el pequeño universo que le rodea. Más parece una fosa común que un hogar. A su espalda se levanta un chalet de dos pisos bajo lo que queda de un tejado a cuatro aguas. No se acuerda de cuándo empezaron a desprenderse las tejas ni de por qué no las arregló. Pero su cabeza no marcha tan mal: aún puede recuperar algún que otro recuerdo de cuando compró la casa. Una casa estupenda donde vivir y tener cuatro hijos y un perro de raza, de pelaje brillante y con pedigrí. Fantaseó con aquello durante cinco minutos, justo después de que le dieran la

llave. Césped fresco y recortado. Vallas enhiestas camufladas bajo espléndidas parras. «Este es un buen sitio para hacerse una piscina», le sugirió el vendedor, señalando una parcela en la parte trasera. Y a Roque le pareció bien, pero nunca la mandó construir.

Le gustó la soledad. El único defecto reside en el camino de acceso sin pavimento: solo una vereda de gravilla y barro que da bien por el culo los días de lluvia. Pero a cambio es discreta. Se encuentra a unos dos kilómetros de la carretera general entre Calahorra y Arnedo, sin ningún conductor a la vista, sin ningún otro vecino que pueda meter las narices. Sin «¿tienes algo de azúcar?». Sin «he pinchado, ¿puede ayudarme a cambiar la rueda?». Los cultivos constituyen, aparte del perro flaco, el único ser vivo notable que rodea la casa. Kilómetros y kilómetros de huertos, frutales y viñedo que se extienden en todas direcciones. «Es perfecto», dijo al vendedor. Y ahora sigue siendo perfecto: las vallas que cuelgan sobre sí mismas enredadas en ramas de parra podrida; los terrones secos, oscuros, que sustituyen al césped; los restos de desguace desparramados en el lugar donde un día se soñó una piscina.

Roque se arropa bien con una manta porque siempre tiene frío. Sale un rato al porche todas las mañanas hasta que despierta. El perro flaco se aleja por el camino haciéndose el simpático. Ignora que se acaba de ahorrar una nueva costra que lamer. El día está despejado y el sol ya alto. En realidad es tarde, pero Roque vive ajeno a las manecillas del reloj desde hace meses. El perro casi se ha perdido de vista. Un poco más allá, un cambio de rasante en el camino. Tras él una pequeña nube de polvo. «Pronto vienen hoy, los hijos de puta», piensa Roque ante la perspectiva de tener que izar sus cuatro huesos. Unos segundos más tarde, la nube se convierte en un coche que rebota con torpeza en cada bache. Roque se niega a abandonar la silla hasta que frena prácticamente en sus narices.

Del coche se baja el Antoñito, la joya de la familia de la pescadera. Pero también un chaval al que Roque no reconoce: debe pesar sus ochenta kilos y aún está fuerte. Le sonrío con un esmalte casi blanco. Sin duda se trata del dueño del coche, al menos por ahora. «Este no lleva mucho en el lío». Es joven. Apenas mayor de edad. El Antoñito por el contrario parece haberse estado desayunando sus propios dientes renegridos los últimos años. Un palo largo y polvoriento de huesos bailarines con media melenilla pegada al cuello. Aún más ligero que Roque, a pesar de que le dobla en estatura.

Antes Roque despreciaba a su clientela, en los buenos tiempos, cuando compró la casa. Se acercaban a pie por el camino, a veces en grupos de hasta diez. Aquello parecía una película de zombis. No le gustaba tener que tocarles y evitaba estrechar la mano de aquellos que se la tendían. No soportaba esas manos nudosas, uñas sucias de sangre seca. Caras envasadas al vacío y cuerpos como vainas oscuras. Dejó de preocuparse por aprender los nombres de todos los que venían: acababan en la cárcel o muertos. Quién lo iba a decir: se tuerce la cosa y Roque termina convertido en un nuevo secuaz de la horda de muertos vivientes. «¿Dónde tienes el Audi?», le preguntó un día uno con un poco más de cabeza que los otros. «Ya no hay Audi», contestó Roque bastante jodido.

—Vienes pronto hoy —le dice al Antoñito, que tiembla.

—Vengo aquí con el Maru, ¿lo conoces? —y el Maru saluda tímido a su espalda—. A ver qué nos puedes pasar.

—Está la cosa mala —Roque habla ya casi como ellos, paladeando, moviendo los labios despacio, muy despacio, pero no tan despacio como salen los pensamientos de su cabeza.

—Venga.

—Está la cosa mala —la cosa no está mala, pero es norma del negocio hacerse de rogar.

—¿Tienes uno?

—Te puedo pasar medio. Tengo apalabrado lo demás.

—Nos vale.

—Vamos adentro.

La silla de playa se estremece bajo los cincuenta y ocho kilos de Roque. Todavía no alcanza la delgadez del Antoñito. Pero no tardará mucho. Casi no recuerda lo que es comer. Algo imprescindible para seguir con vida, quizá. Recorren sin hablar los pocos metros que los separan de la entrada, ratones titilantes buscando queso en un laberinto. En la puerta del porche hay instalada una persiana de seguridad, como en las tiendas. Siempre la mantiene cerrada, incluso ahora: una costumbre tomada de los buenos tiempos. Roque saca la llave para retirar el candado.

—¿No te acuerdas de mí, de verdad? —pregunta el Maru, echándole mucho valor.

Roque lo mira atentamente, durante un buen rato, dejando que su cerebro procese. No hace dos cosas a la vez. Le clava los ojos porque sus ojos se

clavan, inorgánicos como cuchillos de acero inoxidable. Ni brillantes ni acuosos. El rostro del Maru refleja una laxitud de pensamientos que a Roque le preocuparía si le importase un carajo.

—Yo a ti te daba unos euros por vigilar... cuando estaba allí en Cadreita. Y nunca tuve que arrearte un capón. Ya estás hecho un hombre. Bienvenido, pues.

Al Maru le decepciona el frío recibimiento. Recuerda a otro Roque. Él no debía haber cumplido los quince cuando le avisaba si aparecía la autoridad, en el *Pub* Nicolás de Cadreita. No solo le echaba unos euros a cambio: le invitaba a cañas, a tabaco. A una raya de vez en cuando. Y además le buscaba para el fútbolín, porque Roque se apañaba bien en la delantera y el Maru defendía. El otro Roque, el de antes, era hablador y vital. Un cuerpo de gimnasio. Siempre disponía de una respuesta para todo, una forma de hacerte callar y dinero en la cartera. No dejaba pasar un día sin pagar una ronda y fiaba *speed* hasta a las calaveras. Por un porcentaje podía ejercer su negocio en uno de los pubs del pueblo. Había beneficios para él y para el dueño del establecimiento. Fueron años de Tour de Francia en la televisión, mus en la mesa, risas en la barra, bolas extra en el petaco. Todos los viernes venían chavales de los pueblos de alrededor, de Calahorra, también de Arnedo y hasta de Logroño.

A Roque se le respetaba. No solo porque podía darte dos hostias sino porque además era noble. Pero un día, Roque no quiso jugar al fútbolín. Le acompañaba una chica morena, ojos al óleo, pendientes que tocaban el cuello. Uno de esos pantalones con los que no se puede llevar bragas. Su camiseta demostraba que era verano. Trazos circulares tirados a compás, puro cemento.

Todos querían follarse a Lidia. A ella le atraían cosas más concretas. Y Roque alardeaba de tenerlas. Por eso se propuso hacerle perder la cabeza. Roque estaba loco por ella, se acabaron los tiempos en los que vivía para sus amigos. Se acabó el pagar las rondas, las cervezas, los canutos. Iba al Nicolás como quien acude a diario a la oficina. El negocio funcionaba muy bien. Paseaba a Lidia en un Audi descapotable. Por el momento fue suficiente para ella. Estaba contenta.

Un día Roque decide que su negocio necesita un giro. El hachís y el *speed* son para principiantes. Todos sabían lo que Lidia opinaba: el dinero está en la coca y la heroína. Así fue como Roque conoció a Fernando Rosas.

Ahora que el Maru se fija en él, lo único que parece conservar de aquella época es la mala hostia y el pelo. Un pelo abundante, para suavizar los ojos vítreos, siempre engominado como un chico bueno. Y también las manos, sí, ahora viéndolas resultan delicadas, repletas de dedos rechonchos que juran en falso no haber hecho mal alguno. Roque entra a la casa por delante del Maru y Antoñito. Casi todas las persianas se encuentran bajadas. Poca luz. Olor a moho que desciende por las manchas de humedad de las paredes. En un esquina, una gotera que golpea insistente un cazo oxidado. Un molesto ploc, ploc, ploc. Y ni siquiera llueve. Las huellas de los visitantes se imprimen en el polvo sobre tantas otras. El suelo del salón se muestra desnudo, sin parqueté. La chimenea ha dado buena cuenta de él, pero al menos hace calor.

Un tablero sobre dos caballetes ocupa el centro. Un altar. Encima se dispersan varias bolitas pequeñas, saquitos del tamaño de un garbanzo fabricados con bolsa de supermercado. Roque toma uno y se lo tiende al Antoñito.

—Toma el pollo. Si queréis ponerlos aquí, sabes que son veinte más.

—¿Tienes veinte más? —pregunta Antoñito al Maru.

Este echa mano al bolsillo y saca unos cuantos billetes arrugados. Los cuenta una y dos veces.

—Toma.

—Venid.

Los guía por un pasillo negro: un pozo horizontal en el que el olor a humedad queda sustituido por un preocupante tufo a cañería atascada. Al final, una habitación tras una puerta que se apoya en el quicio fuera de sus bisagras. La suciedad le da un respiro a este pequeño cuarto. O quizá es que se esfuerzan por limpiarlo una o dos veces al mes. Un par de colchones en el suelo, un armario con frascos de alcohol, jeringuillas nuevas, algodón y un mechero de mesa.

—Antoñito, si quieres cagar, vas al baño: la puerta de enfrente. Como te cagues en el suelo te juro que te comes la mierda. Va por los dos.

Aunque ese Roque ya no es el otro Roque, el de antes, al Maru se le antoja recomendable cumplir esa norma. El Antoñito no pierde el tiempo. Para cuando su anfitrión se ha largado, él ya ha encendido el mechero y anda en busca de una cucharilla. Tiembla mucho. Su compañía no resulta agradable. Maru se sienta a su lado con afán de aprender y poder venir solo la próxima vez. Así no tendrá que invitar a nadie.

Roque nota una pequeña náusea, como todas las mañanas. Quiere volver a sentarse en su porche a respirar aire fresco. Aún es muy pronto para una dosis. Prefiere la ansiedad a tener que compartir habitación con esos dos. Al salir, el viento frío del norte le alivia y, como si le hubieran arrancado las mejillas, le provoca una sonrisa. La primera de la semana. Una sonrisa que pronto desaparece.

Por la vereda, pasado ya el cambio de rasante, una nueva nube de polvo viene hacia él. Otro coche. No le van a dejar en paz. Debería alegrarse por el dinero. Pero le da igual. Sus ojos atraviesan el coche que se acerca. ¿Quién es? Le resulta familiar. El disgusto se vuelve preocupación. Y pronto terror.

El coche ya se encuentra a cien metros. Avanza bastante despacio. Aún así, el tiempo escasea. De pronto Roque se ve capaz de moverse como un animal. Sus músculos no han sido del todo corrompidos. Recoge la manta y la silla de playa y se arroja dentro de su madriguera como un conejo. Baja la persiana de seguridad. Sus delgadas muñecas le permiten colocar el candado desde dentro. Quizá así piensen que no hay nadie. Que se ha ido. Que se ha muerto.

Se aleja de la puerta. Escoge apresuradamente un lugar oscuro junto a una ventana con el marco desvencijado. Desde ahí puede ver sin ser visto. Un BMW serie 7, de color violeta. Modelo viejo, de los años noventa. Se ha detenido junto al Opel del Maru. De la puerta del conductor se baja un tipo pequeño de unos cuarenta años. Pelo crespo y largo, abultado. Roque traga saliva. Pero le preocupa más su acompañante, de uno noventa de estatura, muy bien vestido con un traje gris.

—Su puta madre, el Ulises —masculla Roque.

El conductor melencólico saca un revolver de debajo de su tres cuartos de cuero. A Ulises no le hace falta. De momento. Se acercan a la puerta. Puños estallan contra la persiana de seguridad.

—Roque (*Goque*), abre (*abge*) la puta puerta (*puegta*)

—grita Ulises.

Defecto de nacimiento: por mucho que Ulises lo intenta, el sonido más parecido a una erre que consigue extraer de sus labios consiste en algo similar a una ge enriquecida por una tímida vibración de la lengua. Nadie se ríe de él por eso.

—Abre (*abge*) la puerta (*puegta*) o te jodo la casa a patadas.

Los asaltantes se alejan de la entrada y se separan. Circundan el chalet para comprobar si no hay una luz encendida, un ruido. Roque recuerda a Maru y al

Antoñito. Ya harán poco más que reptar como babosas sobre el suelo de la habitación. No cree que puedan emitir el más mínimo sollozo audible. Sobre todo si Ulises no se calla.

—Te vas a cagar si me tomas por tonto. Fernando Rosas (*Gosas*) quiere verte muerto. He sido yo quien le ha dicho que te dé unos días. Porque vale más el dinero que le debes que tu mierda de vida de yonqui. Abre de una puta vez. Queremos el dinero. Ah, ¿no quieres abrir? ¿Te pones chulo conmigo? Bien, vamos a ver por cuánto tiempo.

Ahora Ulises sí que desenfunda el arma. A grandes zancadas camina hasta el BMW. Desaparece por un ángulo fuera de la vista de Roque. Pero el sonido de una voz femenina le cuenta todo lo que no puede ver. Roque está derrotado. A fin de cuentas puede que tengan razón y que su mierda de vida de yonqui de mierda no valga ni un céntimo.

Ulises vuelve a entrar en el campo de visión que abarca la celosía de Roque. Arrastra a una mujer por los pelos, pajizos y pobres. La mujer se va quejando, pero no suelta una lágrima.

—¡Roque, sal, por favor! —grita Lidia.

—Si no sales le reviento (*gueviento*) la rodilla, y sabes que lo haré. Nadie se iba a preocupar.

Se lo piensa. Si sale, ¿hay posibilidades de que los maten a los dos? En realidad, él nunca ha visto a Ulises matar a nadie. Nunca, que él sepa, se ha dado esa circunstancia. Todos temen demasiado a Fernando Rosas como para llegar a ese punto. Se le obedece antes de que llegue a cumplir las amenazas. Ulises más parece todo fachada. Todo boca. Algunas veces duda de su dureza.

Los pensamientos de Roque quedan interrumpidos. La explosión. Un disparo. Una ráfaga de viento pasa llevándose consigo el humo. Se mezcla con el polvo de los viñedos el olor de la pólvora. El día sigue siendo hermoso y frío. El disparo se ha quedado enterrado en el suelo. No ha herido a nadie. Pero ha convencido a Roque.

—La próxima bala se la meto en la rodilla.

—Vale, vale. Salgo —dice Roque mientras abre la puerta.

Con los brazos recogidos alrededor de su cuerpo se acerca a pasitos que apenas le hacen avanzar. En cuanto se encuentra a su alcance, Ulises le rompe la cara con el cañón de la pistola.

—¿Dónde tienes el dinero?

—No tengo el dinero.
—Que dónde tienes el dinero.
—No tengo un puto euro, joder.
—No tienes un puto euro.
—¿No has visto cómo vivo?
—Solías vivir muy bien.

Tras Ulises, el conductor del pelo largo está muy tieso, circunspecto. Roque también lo conoce: se llama Chus. Nunca le ha oído hablar, ni siquiera cuando estaba a buenas con Fernando Rosas y le contaba chistes. Parece un poco incómodo.

—Chus, mira dentro de la casa a ver qué encuentras.

Y Chus obedece, aunque Roque sabe que no está obligado a hacerlo: Ulises no es el jefe.

Ulises suelta el pelo de Lidia, ella se abraza a su novio. Le limpia la sangre de la cara con la mano. En estos años también ella ha cambiado. Ahora ya nadie se la quiere follar. Ha quedado reducida a un saco de huesos y su culo no rellena unos vaqueros de la talla veinte. Dos lenguados rancios se descuelgan sobre su abdomen. Roque la quiere y le devuelve el abrazo acariciando con la mejilla el cabello mísero.

—¿Por qué sigues enamorado de esta guarra (*guaga*) yonqui? ¿No sabes a lo que se dedica por ahí? Un poco de dignidad, hombre —Ulises hace una pausa—. Más te vale que Chus encuentre algo de dinero ahí dentro.

Pero Chus no encuentra nada de dinero ahí dentro. Sale empujando a Maru y al Antoñito, que hace mucho ruido al cruzar la puerta porque se pega en la frente con la persiana metálica. Incapaces de abrir los párpados. Parecen pasas secas, más muertos que dormidos. Chus descarga los dos despojos a los pies de Ulises. A su lado deja caer diez saquitos de medio gramo cada uno. Todos los que había sobre la mesa del salón.

—¿Con qué dinero has comprado este jaco?

—¿Cómo quieres que consiga lo de Fernando si no puedo vender caballo?
—se atreve a contestar Roque—. No conozco otra forma.

—Pues ya puedes ir buscándote otra. Más rápida. Volveré dentro de una semana. Nos darás una buena parte de la deuda. Por cierto —continúa señalando al Maru, que disfruta de un sueño tierno—, ¿sabes lo que te hará Fernando si se entera de que le estás vendiendo droga a su sobrino?

Roque se deshace en un rictus débil imposible. Aprieta los dientes. Ahora sí

que la ha jodido.

—Me cago en la puta, Ulises. No lo sabía. Te juro que no lo sabía. No tenía ni puta idea.

—Fernando te matará como a una rata (*gata*). Estoy pensando en si debería contárselo.

—Por favor, no se lo cuentes. Haré lo que quieras. Te daré lo que quieras. Cuando recupere el negocio tendrás barra libre, lo que quieras.

—¿Tú qué te piensas? Me importa una mierda la droga. Me darás dos mil.

—Venga pues, Ulises, claro. Lo que tú quieras. Lo que tú quieras.

Los ojos de Roque quedan grapados a la imagen del BMW que se aleja por la vereda. Lidia está sentada con él en el suelo. Ambos ausentes, mudos. Los dos cuerpos tirados junto a ellos, el Maru y el Antoñito, hacen poco más que respirar. El Opel aún sigue ahí. Y el perro flaco asoma la cabeza desde el fondo de una zanja, a un par de cientos de metros. De pronto Roque reacciona. La droga. Los saquitos. No se los han llevado. Los recoge uno a uno como si fueran sus dientes. En cuanto Lidia adivina sus intenciones empieza a imitarle. Ambos entran en la casa deprisa. Sin pararse a hablar. Sin limpiarse la sangre. Hay algo más importante que hacer. Algo que los reclama con más ímpetu que la propia supervivencia. Una pulsión de muerte ineludible. Cruzan el pasillo oscuro. Retiran la puerta de la habitación.

—¡Qué hijo de puta! —grita Roque. Antoñito se ha cagado en el suelo.

—Da igual —contesta Lidia mientras empieza a deshacer el nudo del primero de los saquitos de heroína—. Hoy no importa.

11:00

A la gente le caen bien las cigüeñas. A la teniente Lucía Utrera no. Se mueven indiferentes, como criaturas frías. Desde sus círculos de aire, todo lo ven. Desde sus atalayas, sus chimeneas, campanarios, tejados, no pueden ser ajenas a nada. Pero eso no les importa. La altura les sirve para encontrar el sapo indefenso, el pescadito varado, la lagartija coja. El blanco de las plumas las esconde cuando el cielo está pálido, que es cuando menos cielo parece. La teniente Lucía Utrera no percibe buenas sensaciones al contemplar las cigüeñas desde el escritorio de su despacho, al otro lado de la ventana, justo detrás del acuario donde nadan alegres quince peces de colores. Eso sí le

gusta a Lucía, sus peces. Predecibles, sencillos. Un sistema perfecto, armónico. La pecera le transmite pensamientos pacíficos, pura álgebra.

El Norte había sido una fosa abisal oscura y negra donde no llegaba un rayo de sol, donde la presión reventaba los pulmones, donde se podía tener un monstruo a dos centímetros sin percatarse, donde perseguir un bello puntito de luz cárdena, que se mueve simpático en la oscuridad, podía hacerle a uno caer en unas fauces afiladas.

Madrid había sido un arrecife coralino, donde miles de criaturas inocentes buscaban refugio entre las rocas; las anémonas acechaban a todas ellas, excepto a las que habían aprendido a adaptarse a su veneno; los tiburones patrullaban por las noches, las morenas se escondían largas en agujeros de apariencia inofensiva.

Pero Calahorra es una pecera. Un acuario con sus *goldfishes*, con su buceador de goma, con su cofre que suelta burbujas. Las peceras resultan previsibles: si echas comida, los peces comen; si no lo haces, algunos nadan errantes, otros emprenden luchas contra los cristales para buscar un camino oculto. De vez en cuando, compiten por el alimento: algunos abusan y devoran lo que corresponde a los débiles; entonces Lucía debe intervenir y hacer que todos tengan lo necesario para la supervivencia.

¿Qué ocurre si colocas una cigüeña al lado de un acuario? Introduce en el agua un pico fuera de lugar para ese mundo. Bate la superficie. Los peces no pueden comprenderlo, se agitan con nerviosismo. Si pudieran entender, solo les cabría rezar para que la presa fuera otra. La cigüeña extrae algún pescadito, poca pieza, poca cosa para ella. Una vez se haya saciado, volará lejos, volverá a las alturas, a observar.

Dicen que los peces de colores tienen una memoria de pocos segundos. Cuando la cigüeña se haya marchado, volverán a comer, a nadar, a chocar contra el cristal. Olvidarán el pájaro. Tal vez echen de menos a algún compañero. O no: ¿pueden asegurar que alguna vez hubo un compañero? Y, la cigüeña, ¿puede asegurar que la pecera era algo más que un recipiente lleno de comida?

El despacho de la teniente Lucía Utrera está tan viejo como el resto de la casa cuartel. Largas grietas recorren el perímetro de unas paredes enmohecidas, incluido el techo. El yeso se empieza a desprender a grandes pedazos donde primero hubo pequeñas picaduras. Una mancha de humedad le hace extrañar su tierra: tiene la forma de la provincia de Córdoba. Por toda

decoración solo queda un retrato del Rey, que ya se encontró ella. También la foto de Bernard, con Claudia y Marcos, y una imagen de su jura de bandera a pleno sol, lleno de brillos el objetivo. El escritorio se muestra pesado y robusto. Sentarse tras él no le hace parecer a ella, por comparación, menos pesada y robusta. Se trata de una mujer grande, de hombros excepcionalmente anchos y cuello corto sobre el que siempre lleva recogida una media melena negra y rizada. Su rostro, por otro lado, luce agradable, limpio de formas y amable de gestos. Para llegar a ser teniente en la Guardia Civil y dirigir una casa cuartel de importancia, una de las cosas que más trabajo le ha costado a Lucía ha sido endurecer esos rasgos faciales. Lograr demostrar enfado en el momento oportuno. Como ahora. Al otro lado del escritorio, sentado con la espalda muy recta, hay un guardia joven de ojos compungidos. Largo y fino. Medirá un metro y noventa y cinco centímetros, pero es posible que no pese más de ochenta kilos.

—Ramírez, Ramírez, Ramírez —repite ella con un duro acento cordobés, que recorta y licua la última zeta del apellido de su interlocutor. El Ramírez en cuestión palidece. Ha oído hablar de la severidad de la nueva teniente y hasta ahora no ha tenido oportunidad de experimentarla.

—Nunca jamás en toda mi vida —sigue la teniente— había escuchado una historia como la que su sargento me ha contado. Dígame que no es cierta.

—No puedo hacer eso, mi teniente.

—Así que es cierta.

—Sí mi teniente.

La teniente, con la mirada fija en unos papeles que tiene sobre la mesa, hace esfuerzos por conservar su registro grave. En verdad nunca jamás había escuchado un suceso como el que discuten.

—Se le encomendó la difícil, emocionante y extrema tarea de traer a la dependencia un coche del taller. Uno de los Megane del cuerpo.

Ramírez no está muy acostumbrado a la ironía. La percibe como una forma extrema de sancionarle. Nunca creyó que tuviera que pasar por esto, con las altas notas que obtuvo en su examen de ingreso. Él, un muchacho sesudo, inteligente y operativo. Quizá le cueste un poco hacer valer su autoridad, un problema que la inmensa mujer a la que se enfrenta nunca tendría. Pero conoce sus defectos y cree tenerlos bajo control. Al menos hasta que ocurren cosas como la de ayer.

—Yo ya he leído el informe. Pero quiero escucharlo de su boca. ¿Me dice

por qué sus compañeros que hacían la patrulla le encontraron en el polígono de las prostitutas?

—Mi Teniente. Lo primero que quiero decir es que, me crea o no, yo no sabía que en esa zona se concentra un alto nivel de prostitución. Acabo de incorporarme a la casa cuartel y...

—Ramírez, habla como los informes oficiales. Relájese.

—Mi teniente, yo podía estar un poco alterado. Pero ni estaba borracho ni presentaba síntomas de estarlo. Y no era *whisky* lo que llevaba en la botella de plástico.

La teniente apoya los codos sobre el escritorio y echa el cuerpo hacia su interlocutor. Ahora se reclina hacia atrás y el respaldo de la silla cruje ante el advenimiento de su poderosa espalda. No es obesa, es simplemente grande, un cuerpo rectangular y sólido y alto. Se queda observando a Ramírez. Juntos parecen una película de Abbot y Costello. «Abbot y Costello Guardias Civiles», piensa Lucía. Suena la puerta con tres firmes golpes de nudillo. Se escucha una voz marcial desde el exterior.

—¿Da su permiso, mi teniente?

La teniente da su permiso. Aparece un hombre pequeño y fibroso, el aspecto de sufridor voluntario que tienen los montañeros que suben el Everest o los corredores de maratón. Cuando entra y ve a Ramírez, no puede evitar contar un chiste con la mirada. Pero las cejas repentinamente entornadas de la teniente le invitan encarecidamente a comportarse.

—Disculpe, mi teniente.

—Dígame, sargento Campos.

—Me pidió usted que le avisara cuando llegase el informe de balística.

—¿Ya lo tienen? Vamos a verlo —luego se centra en Ramírez—. No sé qué hacer con usted, Ramírez. Me parece demasiado ingenuo como para expedientarle. Pero nos ha puesto en ridículo a todos, sobre todo tal y como estamos, con el pueblo invadido. Si se entera la prensa, imagine. Déjeme que me lo piense. Se lo haré saber.

Ramírez se levanta y se estira. Se lleva la mano a la visera para saludar con dignidad.

—Sí, mi teniente —formula.

Las dependencias oficiales de la casa cuartel, a esas horas de la mañana del miércoles, permanecen tranquilas. Unos pocos guardias trabajan en ordenadores. Los demás han salido de batida. Las circunstancias han

fulminado casi todos los días libres. El sargento Campos se ha quedado por orden de la teniente para comunicarse con Madrid. No hace falta que ella les diga a sus subordinados cuál es la prioridad: ellos mismos ya lo saben por la tele, la radio y los periódicos. La maldita presión de los medios se hace intolerable, la sienten sobre sus espaldas. Lo principal: no precipitarse ni cometer errores, esas son las órdenes de la teniente.

Horas después de encontrar el cadáver de la joven Nuria Isabel, reunió a todos sus guardias y suboficiales.

—Vamos a tener que trabajar con la prensa en la chepa —les anunció—. Espero que no hagamos tonterías. Que a nadie se le ocurra responder ninguna pregunta. Seamos un poco tolerantes con las faltas más leves, que no nos acusen de estar descuidando lo importante. Vamos a tener que esforzarnos mucho, solo pueden enviarnos a dos personas de apoyo de Madrid, así que no quiero a nadie tocándose las narices, porque sé que aquí somos todos más que capaces, ¿se me entiende? Lo único que puede con nosotros es la vagancia, así que vamos a evitarla.

Es posible que muchos de los guardias de la casa cuartel de Calahorra se encontrasen un poco anquilosados antes de que ella tomara el mando. El anterior responsable era un hombre bastante mayor que había llegado a teniente ya entrado en años y cuya única motivación consistía en esperar el retiro para poder cuidar de sus más de ciento cincuenta canarios de competición. No exigía demasiado a los guardias. La estrategia de Lucía se apoya en devolverles la confianza. Desde que está ella al mando de la casa cuartel, no solo se ha acelerado la resolución de casos pendientes, también ha presionado para agilizar los trámites de la construcción del nuevo edificio. Y ha conseguido mejoras en el pabellón, en la medida de lo posible.

Una mano de Nuria Isabel, de catorce años, asomaba entre la tierra junto a un pequeño huerto de espárragos. Fue el lunes. La encontró un campesino al que hubo que dar oxígeno porque padecía del corazón. Lucía se presentó ahí cuando aún no se sabía lo que ocultaba la tierra de labranza. Ordenó sellar el perímetro y que no se tocara nada de nada. El brazo asomaba tratando de encontrar la luz del sol, igual que las plantas que lo rodeaban. Parecía una acuarela de colores ocres. Tomaron fotos, el efecto en estas acrecentaba esa impresión. Era una mano pequeña, las uñas estaban negras, pero tenían restos de esmalte rojo. El brazo se encontraba envuelto en la manga de una chaqueta de punto morada. A su alrededor multitud de tallos de plantas silvestres se

apelotonaban, cada vez más multitudinarios al aumentar la cercanía a un pequeño curso de agua que cruza las huertas. El lugar había sido bien elegido, pero el enterramiento era una chapuza. O alguien se había ocupado de convertirlo en una chapuza.

—Será que lo hizo una sola persona —dijo Lucía al sargento Campos.

—Ya.

—Porque no parece que haya tenido mucha ayuda.

—No. No lo parece.

Apareció el juez, un hombre caduco y sedentario con ganas de jubilarse para vivir en Alicante. Minucioso y profesional, pero demasiado amable para ese tipo de trabajos. El médico no le permite alterarse: úlcera.

—Teniente, sepa usted que haga lo que haga para resolver el caso, a mí me va a parecer bien —dijo mientras se levantaba el cuerpo—. Solo le pido que me mantenga informado de vez en cuando.

Tres horas después habían llegado los de la Unidad Central, con sus maletines y sus cámaras de fotos y sus aparatos que ni Dios sabe para qué sirven. Es muy raro encontrar un cadáver en Calahorra. Aún más, que se produzca un asesinato que requiera investigación. Hace un año, un chaval murió de un navajazo en una pelea callejera. Poco después un animal tiró con escopeta a un vecino, hubo que amputarle el pie. No hace falta indagar en ese tipo de crímenes: los culpables aparecen enseguida, ellos mismos se entregan. Este otro, sin embargo, desconcierta. La presencia de medios de comunicación parecería un motivo para poner recursos a disposición de la teniente. Sin embargo no ha habido tanta suerte: según le dijeron, la Unidad de Homicidios está hasta arriba de trabajo. La teniente, por supuesto, sospecha que un tal coronel García anda detrás de esa excusa. No le ha quedado más remedio que resignarse. Al menos recibió la promesa de que dos expertos en criminalística la ayudarían a inspeccionar la escena y a dar los primeros pasos, pero el resto tendría que apañarlo ella sola con sus chicos.

—Mi comandante, mi gente no tiene experiencia en la investigación criminal.

—Teniente —contestó por teléfono la voz ronca y rotunda del comandante Aguilera, un viejo conocido de sus tiempos en Madrid al que todavía acude cuando las cosas no funcionan—, yo la entiendo. Pero lo de que hay mucho trabajo es cierto: tres operaciones simultáneas contra una mafia. Y, bueno, luego está lo del García, para qué la voy a engañar.

—Joder, ese no me perdona.

—Eso parece.

—¿Ha sido él de verdad?

—Pues no se lo puedo asegurar. Pero sí sé que alguien por arriba está moviendo hilos para que los agentes se queden en Madrid trabajando en algunos casos que, en mi opinión, son de menor importancia.

—Ya.

Aguilera nunca tutea a su gente ni la llama por el nombre de pila. Solo cuando necesita subrayar el valor de una advertencia se permite ese lujo:

—Lucía, ya puedes hacerlo bien porque este tipo quiere aprovechar su oportunidad. Tienes a las cadenas de televisión encima, quiere verte cagándola delante de toda España.

Lucía agradeció el consejo del comandante y se despidió.

Los guardias de la Unidad Central se llaman Rubén Fonseca, teniente, y Manuel Sagredo, cabo. Ambos, expertos en investigar la escena del crimen y con buenos contactos en balística. Esperan a Lucía en una sala de reunión donde se les han habilitado unos puestos de trabajo. No existe laboratorio en Calahorra: ayer enviaron a Madrid todo lo interesante, hoy se esperan resultados. Poca cosa. Algo de tierra de las uñas de Nuria Isabel, para ver si contiene restos orgánicos de otra persona. La ropa y no mucho más. Pero al menos tienen la joya de la corona: el proyectil que atravesó el cráneo de la niña y fue a enterrarse a pocos centímetros del lugar donde se deshicieron del cuerpo. El cabo Sagredo lo encontró con un detector de metales. Se trata de una pieza fusiforme, larga y puntiaguda. Apenas conservaba restos de sangre, la tierra debió de absorberlos cuando estaban húmedos. Una bala curiosa. Muy especial.

—No tenemos mucho —anuncia resignado Fonseca al entrar Campos en la sala seguido de la teniente.

—Lo poco que haya —contesta Lucía.

Por las paredes han colgado todas las fotos que les parecen relevantes. También varios gráficos un tanto crípticos. Ya saben que la víctima llegó al lugar del crimen por su propio pie, y que se arrodilló antes de recibir el disparo en la nuca. El cuerpo cayó hacia delante, dentro de una fosa no muy profunda, por lo que piensan que el asesino no debió contar con mucha ayuda a la hora de cavarla. Ocurrió el martes de la semana pasada, por lo que estuvo seis días bajo tierra. Han aparecido unas huellas de zapatillas deportivas de

marca de la talla cuarenta y tres, lo que reduce la lista de sospechosos a unos veinte millones de personas. No hay testigos.

El cabo Sagredo tiene unos papeles que acaba de encuadernar con gusanillo. Los de Madrid son así de pulcros. Parecen contener algunas fotos o descripciones.

—Pues esto es lo que ha enviado balística —dice—. Se me hace bola, la verdad.

—¿Por qué? —pregunta Lucía; Campos recoge los papeles y les echa un ojo con la espalda muy tiesa.

—Mírelo usted misma, mi teniente —sigue el cabo.

—El caso es que el arma parece rara de cojones —interviene el teniente Fonseca—. Una antigualla. Pero no hay duda, ese proyectil es viejo, pero viejo, viejo. Y las marcas del rayado son muy especiales. Los de balística se han vuelto locos, han tenido que pedir información al Mueso del Ejército y todo.

—Pero, ¿de qué arma hablas, niño?

—Parece que de una Mauser de nueve milímetros. Una pistola corriente en el ejército alemán durante la Primera y la Segunda Guerras Mundiales. Luego también se usaron en el ejército español, pero menos. El bando nacional las utilizó durante la Guerra Civil, pero, ya me entiende, no eran comunes.

—¿Y quién tiene un arma así en Calahorra? —la teniente formula la pregunta mirando a Campos porque, de los presentes, es el único que conoce la ciudad desde pequeño.

—No tengo ni idea, mi teniente.

—Pues me quedo como estoy. En fin, por algo se empieza. Muchas gracias.

Los de la Unidad Central responden con una sonrisa y una inclinación de cabeza. En sus rostros se advierte que no saben muy bien por dónde continuar.

—De acuerdo, vamos a resumir —dice la teniente con más acento cordobés que nunca—. Tenemos tres líneas de investigación. ¿Cómo va lo del informe del fulano este, para que yo me entere bien de quién es?

—El cabo Álvarez lo está terminando, mi teniente

—contesta Campos—. En quince minutos lo puede leer, si quiere.

—¿Y quién ha ido al Arrabal?

—¿A hablar con la familia? Ha ido una pareja. Pero no han sacado mucho, ya sabe cómo son. La ley del silencio.

—Ya. Pues voy a tener que ir yo. Si ha sido un tema de clanes voy a despellejar al tío Raimundo que haga falta.

—¿Va a ir usted?

—Claro, ¿es que no me ha oído cómo estamos? Si tenemos trabajo hasta para hartarnos y se nos está cayendo la casa cuartel encima. Literalmente.

El enorme corpachón de la Teniente Utrera se mueve entre los escritorios con paso sísmico. Ella no lo sabe aún, pero la llaman la Gran Teniente. O, simplemente, la Grande.

—Si me permite que la acompañe, mi teniente —se ofrece Campos.

—No, no, Campos. Aquí hay mucho que hacer. Siento encomendarle esto pero hay que rastrear lo de la pistola. Coleccionistas, museos, viejos que hayan sido soldados, yo qué sé. A ver qué encuentra.

—De acuerdo.

Al fondo, Ramírez intenta cazar una mosca que se posa en el vidrio de la ventana. Ya se ha quitado el zapato y se dispone a azotar con él al insecto.

—¡Ramírez! —grita la teniente para que la oigan—. Veo que sigue usted con la manía de quitarse la ropa.

Ramírez se vuelve y se cuadra: un calcetín al aire, el zapato aún en su mano, pegado a la cadera. El resto de los compañeros que se encuentran en dependencias aguantan la risa.

—Además, si no me rompe el cristal me va a romper la pared entera, que esto se cae a cachos —sigue ella señalando unos trozos de yeso medio desprendidos—. Ande, deje esa mosca que tengo algo más serio para usted. Va a venir conmigo a unas indagaciones, a ver si me enseña lo que sabe hacer de verdad.

—¿De lo del asesinato? —pregunta Ramírez.

—Sí, de lo del asesinato. Dentro de quince minutos quiero verle en la puerta esperándome con un coche.

—Sí, mi teniente —dice Ramírez con súbita alegría.

11:00

El guardia civil de tráfico tiene cara de lagarto con gafas de sol. Le falta sacar un poco la lengua, pero el uniforme verde y esa gorra corta acentúan el parecido. Se trata de un guardia estirado, tan estirado como sus finos labios

de lombriz, combados ligeramente hacia abajo, soportando una tensión insuperable en las comisuras. Ángel lo contempla a través del espejo sin molestarse en girar el cuello o asomarse por la ventanilla. Se lo imagina: familia numerosa, cuatro o cinco criaturas vestidas en modestas tiendas de pueblo. Dos o tres niñas que podrían llamarse María o Ana. Dos o tres niños que juegan con armas de plástico, orgullosos del trabajo del padre. Se pelean por ponerse la gorra oficial durante la cena. Discuten por ser los elegidos para bendecir la mesa.

Ángel está sentado dentro del coche: Porsche Cayenne turbo, quinientos caballos, blanco, ciento veinticinco mil euros. Descansa su mentón sobre la mano, el codo apoyado en la ventanilla abierta. Relaja el cuerpo, se hunde en el asiento como si todo le importase bastante poco. No está para discutir. Solo quiere que le dejen en paz. Tome mis documentos, mi carné, mi seguro, pero no me dé el coñazo: eso parece decir su postura, su actitud. Ni sonrisas amables para ablandar al guardia, ni erguirse en el respaldo para mostrar un poco de respeto. Solo silencio y ausencia y miradas eternas a Cara de Lagarto. Una vez atravesado el límite del miedo, hay amenazas mundanas que dejan de importar. Y el límite fue superado hace pocos días.

Ahora la típica preocupación del hombre corriente le parece una broma. Que le pongan una multa. Que le cierren una farmacia antes de comprar la leche del niño. Que se le pase el plazo de una letra. Que su vecino ponga la música muy alta. Un herpes, una inspección de hacienda. Una sanción por exceso de velocidad es lo más leve que le puede ocurrir.

Mira a lo lejos, más allá del agente. Los campos de Soria se extienden bajo una densa capa de niebla que no llega a tocar el suelo. La tierra de cultivo, la carretera, un canal de riego, adquieren una tonalidad lechosa y fría. Ángel sabe lo lejos que puede llegar una mirada cuando no hay niebla en Soria.

Unos pájaros negros juegan entre los sembrados. No se entiende qué hacen ahí, tan yermo como parece el suelo. Kilómetros de tierra roja, invisibles bajo los paños blancos de la niebla. En esta época del año, en este lugar concreto en el que Ángel aguarda con su coche, no cree en nada que parezca vivo.

—Esto va a precisar algo de tiempo —ha dicho Cara de Lagarto. ¿Por qué llevará gafas de sol en una mañana así? ¿Precisar? ¿Qué persona utiliza ese verbo?

Ángel se mira a sí mismo en el espejo. Sus ojos oscuros y grandes refulgen

enrojecidos por las horas sin sueño. Nunca en su vida, a excepción de la noche anterior, había tenido problemas para dormir. En su tibia cama, junto a su mujer, siempre encuentra motivos para descansar tranquilo. Sabe que se encuentra rodeado por unas sábanas seguras y reconfortantes, que a su vez se encuentran rodeadas por una habitación familiar y acogedora, que se encuentra rodeada por una casa lujosa, amplia, llena de comodidades, que se encuentra rodeada por un vasto jardín con piscina y macizos de rosas, que se encuentra rodeado por un vecindario amable, exquisito y exclusivo, que se encuentra rodeado por la ciudad que conoce en cuerpo y alma: Madrid. Pero, fuera de eso, fuera de su mundo, su cuerpo y alma, solo se encuentra rodeado por kilómetros de campos inertes, niebla y pájaros negros. Si un concejal de urbanismo blasfema en una calle de Parque de las Avenidas porque un autobús de la EMT le ha salpicado agua de un charco, no pasarán ni cinco minutos antes de que reciba un abrigo nuevo para sustituir el sucio: cortesía de Ángel Verdasco de Vega, Consejero Delegado de Verdasa Construcciones. Qué chico más atento y listo para lo joven que es, siempre se entera antes que nadie de esas cosas. Pero en mitad del páramo, ¿qué ocurrirá a ciento cincuenta metros, allí donde la niebla bloquea las miradas?

Cara de Lagarto toca con los nudillos el cristal de atrás, se acerca diligente hacia la ventanilla abierta.

—Le tengo que multar por exceso de velocidad —su voz suena aguda, como pasada por un clarinete—. Iba a ciento cuarenta por una carretera de cien. ¿Está usted de acuerdo?

Ángel, con movimientos lentos y remarcados, que se vean bien, que se puedan predecir, toma el impreso de la multa y lo firma con un solo trazo, apoyándose sobre el salpicadero. La superficie no es la más adecuada y el boli está frío: su firma queda perpetrada como un garabato incomprensible. No intenta corregirla ni repasarla. Le devuelve el impreso al agente sujetándolo con la punta de los dedos.

—¿Sabe usted que lleva diez multas en tres meses? Podrían quitarle el carnet por reincidir —Cara de Lagarto dándose importancia, porque es la autoridad quien habla.

Ángel le responde con unas pupilas estáticas. Las sostiene sobre él antes de contestar. Luego, con voz segura, dice:

—Es lo que siempre me advierte mi amigo, el teniente coronel Planas, cada domingo que juego con él al golf. Y entonces yo le pido que no me quite el

carnet y se las arregle para hacer desaparecer las multas. Él llama a su secretaria y ella se ocupa del tema. Yo invito a comer al teniente coronel en el club, y todo solucionado.

Cara de Lagarto no debe ser tonto porque enseguida se da cuenta de que Ángel no va de farol. Se queda junto a la ventanilla, asintiendo. Pero no es tan cobarde como para ocultar su repulsa.

—Circule —dice sin más a la vez que devuelve la documentación a Ángel y la tensión de la comisura de sus labios aumenta hasta lo intolerable.

Ángel introduce su permiso de conducir en la billetera, que saca de la chaqueta. Al abrirla, un portarretratos le deja ver inesperadamente una foto de cuerpo entero de un hombre. Un tipo de unos cuarenta, serio como él, con traje de verano, con americana cruzada azul y pantalón blanco, que fuma apoyado en un magnolio. Por el vestuario y el color de la fotografía, debió ser tomada en la década de los setenta. Esa imagen hace que se le tensen los párpados unas fracciones de milímetro. Pronto cierra la billetera, escondiendo la mirada de su padre, el hombre de la fotografía. Y no tarda en echar de menos su propia pose relajada, confiada. Así que se permite una última humillación para Cara de Lagarto.

—Agente, ¿podría indicarme el camino hacia Calahorra? El más corto, me refiero. No consigo que el GPS funcione más que a ratos. Y el chaval que suele encargarse de llevármelo al taller está de vacaciones.

Cara de Lagarto traga saliva y a Ángel le parece vislumbrar la punta de una lengua bífida y escuchar el boceto de un silbido inquietante. Pero los lagartos son de sangre fría, y este guardia se ha puesto rojo de pronto. La primera razón por la que Ángel admiraba a su padre es que sabía hacerse respetar. Pero no de la misma forma que él, no. Lo conseguía sin esa humillación que él necesita para obligar a agachar la cabeza a los que van con los humos elevados. De alguna forma misteriosa, ininteligible, Florencio Verdasco Antúnez gestionaba con su lenguaje corporal la actitud de quien se encontrara ante él. Lo hacía con ricos y pobres, con braceros y concejales, con gancheros de río y con coroneles. La moralidad de ese rostro al observar, presente y terrible incluso en las fotografías, de esas manos tensas y las piernas rectas y juntas, le situaba siempre por encima de sus interlocutores. Era quizá la nobleza, era quizá la autoridad. Ángel nunca ha sabido qué distinguía a su padre para poder elevarse en ese plano primordial de las apariencias, tan anhelado por él. Lo más parecido que llega a conseguir son esas miradas

silentes y sostenidas, que a veces parecen desdeñosas y otras indecisas. No, no ha conseguido imitarlo, y a lo largo de su carrera profesional ha tenido que sustituir esa carencia por el desarrollo de otras habilidades algo más alejadas del *fair play*, cosa que hoy por hoy ha dejado de importarle. El talento para humillar, es decir, para encontrar la herida e introducir en ella un dedo rebozado en sal, es su favorita. La que más beneficios le ha reportado. Así que nunca evita practicarla por deporte, como ahora mismo con Cara de Lagarto.

—Debería haber tomado usted la salida «Almazán Gómara». Puede dar la vuelta aquí mismo, con un poco de cuidado.

—¿Y luego?

—Luego hasta Ágreda. Más adelante está indicado.

Pero más adelante no está indicado. Y Ángel se arrepiente de no haber memorizado el número de placa de Cara de Lagarto para hacer realmente una llamada a su amigo, el teniente coronel Planas. Al llegar a Ágreda vuelve a perderse. Pasa dos horas entretenido en carreteras comarcales, giros de ciento ochenta grados, camiones a los que adelantar. Por fin, la primera indicación hacia Calahorra aparece en el camino. Lo primero que ve es un promontorio sobre el que descansan amontonados un puñado de edificios monumentales rodeados de casitas. Un par de presumidas torres de iglesia coronadas por nidos inmensos de cigüeña, perfiladas contra un cielo muy azul. A primera vista parece un pueblo grande, antiguo, castizo, severo. Aún se da un aire lejano.

Conduce entre huertas. Huertas adheridas a casas. El lejano cogollo de Calahorra, un cogollo abierto sobre una colina, bien aferradas las raíces a la tierra que la sujeta, va aumentando en tamaño. El Cayenne cruza el río Cidacos, un cauce seco que atraviesa un parque rodeado de casas nuevas. A la entrada de la ciudad, la catedral ocupa un espacio abierto en la base de la colina. Varios edificios magníficos. Varias casas antiguas, unas maltrechas, otras que acaban de ser restauradas. Cruza callejuelas: negocios vetustos, mercerías, carnicerías. Algún local con los rótulos en árabe y otros con carteles coloridos, probablemente bares.

Una larga cuesta arriba le lleva a la zona más nueva y más grande. Atraviesa una rotonda y encara una gran avenida. Paseo del Mercadal. No necesita mirar el mapa, el Parador está al final de la calle. La recorre conduciendo despacio, salta su mirada entre la gente que camina por ella. En medio del

bulevar hay periodistas. Un equipo de televisión haciendo un trabajo que alienta la curiosidad de una docena de paseantes. Ángel recuerda que algo acaba de pasar por aquí, una niña desaparecida o asesinada, no lo sabe muy bien. No es aficionado a la crónica negra. Sin embargo, los habitantes del pueblo sí llaman su atención. Parecen todos ellos personas que llevan una buena vida, sencilla, aburrida, sin preocupaciones, sin sobresaltos. Por un momento los envidia, pero pronto se pregunta qué coño hace envidiándolos. «¿Tan mal está la cosa?», se dice.

Un edificio espartano remata el final del paseo. Banderas ondeando nerviosas en mástiles recién pintados. El Parador. Se accede por un patio que, al mismo tiempo, ejerce de aparcamiento. Una barrera bloquea la entrada a los vehículos. No se puede acercar más con el coche. Fin del viaje. Ángel espera sin apearse, suponiendo que alguien vendrá a abrirle la barrera en cuanto le vean. Tras él, un vehículo se detiene. La barrera no se abre. Ángel empieza a perder la paciencia. El coche que tiene detrás es rojo, largo, un Fiat. Le resulta familiar.

Una sensación muy incómoda crece en la parte alta del estómago. No, no puede ser, qué tontería. La barrera no se levanta. ¿Dónde ha visto antes ese Fiat?

Ángel da un bocinazo reclamando la atención del personal del hotel. El bocinazo indica nerviosismo. Aún. De pronto nota que tiene las piernas apretadas la una contra la otra y que hace pocos segundos no estaban así. ¿Qué coño pasa con la barrera? Mira repetidamente por el retrovisor al otro coche. Solo ve dos siluetas a través de su parabrisas. Podría ser cualquiera. Otro bocinazo.

Ve abrirse la puerta del piloto del Fiat. La respiración se interrumpe. El corazón comienza a latir mucho más fuerte. La barrera proporciona la única salida. Toca la bocina. Ahora sí, desesperadamente. Insiste. Insiste en la bocina.

El conductor del Fiat se acerca con pasos tranquilos hacia él. Nadie sale del Parador para abrir la barrera. La entrada al edificio se halla a unos veinte metros. Podría dar marcha atrás, empujar el Fiat con la potencia del Cayenne. Salir huyendo.

El hombre ya está aquí. Ángel no engrana marcha atrás para que la luz de aviso trasera no advierta de sus intenciones.

El hombre toca la ventana. ¿Es este el momento? No se decide. El tipo

golpea en el cristal otra vez.

—Hay un timbre —está diciendo.

Señala un botón en un poste clavado al suelo.

—No hace falta tocar la bocina como un loco.

12:45

La ventana del despacho de Lucía mira al patio interior de la casa cuartel. Allí Ramírez lleva ya casi una hora esperando junto a un vetusto Nissan Patrol del Cuerpo. El chaval debe de haber intuido que tiene tiempo: se esmera en echarle cubos de agua y frotarlo con un paño. No se le puede negar iniciativa. Un poco más allá, Bernard mueve su corpachón dejándose los riñones tras un triciclo en el que viaja el pequeño Marcos. Claudia duerme plácidamente en su sillita. Bernard ve a Lucía asomada a través del cristal, frena el triciclo y le hace una seña a Marcos. Ambos empiezan a saludar hacia la ventana. En los labios de Bernard, Lucía cree leer «*Say hello to mum*». Les habla a los críos en inglés. Ella les devuelve el saludo con una mano, abandona la ventana para sentarse a la mesa.

«Venga, niña, una vez más», se dice. Sobre el escritorio hay un documento grueso titulado «Fernando Rosas». La foto en blanco y negro de un tipo de rasgos feos y redondos y abultados. Le da mucha pereza tener que enfrentarse tan pronto con este personaje. Se lo habían advertido: «Fernando Rosas va a ser tu quebradero de cabeza, lleva operando por ahí desde hace más de veinte años y nunca ha dejado la más mínima prueba para poder meterle el rejón». Pero ella habría querido aplazarlo para más adelante, cuando estuviera lista. Lo primero era hacerse cargo de la casa cuartel y motivar convenientemente a sus guardias.

El documento habla de monopolio de tráfico de drogas, dominio del sector de la prostitución, especulación inmobiliaria y tráfico de influencias, extorsión, chantajes. Todo muy bonito, muy delicado. A primera vista, a la teniente Utrera le da la sensación de tener en sus manos la descripción de alguien inteligente. Fernando Rosas podría haber llegado mucho más lejos, pero ha preferido quedarse en un territorio que conoce, sin sorpresas. Saliendo de este pueblo hubiera acopiado más dinero, más gloria, pero durante mucho menos tiempo. En esta zona de la Ribera del Ebro, sin

embargo, ha podido atrincherarse y ocultar sus posiciones. Se ha dedicado a trabajar con gente conocida en negocios manidos, huyendo de las emboscadas y de las aventuras excitantes. Tres veces la Unidad Central le ha tenido acorralado y por tres veces han desaparecido pruebas, han cambiado de opinión los testigos, han surgido coartadas insólitas pero irrefutables. «Es un prodigioso escapista, Fernando Rosas», piensa Lucía.

Unos nudillos golpean la puerta del despacho.

—¿Da su permiso, mi teniente? —se escucha desde fuera.

—Pase —responde ella.

Ahí entra Campos, que siempre parece tener aspecto de estar recién duchado, fresco y tonificado. Lleno de energía. Si Campos hubiera sido oficial, a Lucía no le cabe duda de que le habrían dejado al cargo de la casa cuartel de Calahorra.

—¿Qué me cuenta, Campos?

—Mi teniente, aquí le traigo la orden judicial firmada para poder volver donde los padres de la niña.

—Muchas gracias, sargento. ¿Usted qué opina?

—Pues creo que es la explicación más verosímil. Se sabe que los Chamorro son minoristas de droga. En esas situaciones hay peleas de clanes, ajustes de cuentas... todo eso.

—Pero si es así, los Chamorro deberían haber estado protegidos por Fernando Rosas, ¿no?

Campos queda pensativo, muy tieso ante el escritorio.

—Sí, mi teniente. Se supone. Pero podría haber algún nuevo personaje que acabara de entrar en el negocio.

—No me diga eso, Campos —interrumpe—. No me diga que voy a tener una guerra de bandas a un mes de incorporarme aquí.

—No, mi teniente, tampoco creo que sea la opción más posible porque el Rosas lleva aquí años y nunca le ha chistado ni Dios, con perdón.

—No pasa nada.

—Pero es posible que haya sido el propio Rosas el que les ha dado un escarmiento, qué sé yo por qué razón.

—¿Le cree usted capaz de ello, sargento? —pregunta ella.

—Antes sí, sin duda. Por eso jamás hemos encontrado a nadie que quiera testificar contra él. Lo hemos intentado miles de veces: cogíamos a un camello de poca monta, le ofrecíamos garantías a cambio de información y

nada, se cagaba.

—¿Y ahora?

—Pues no sabría decirle; lleva tanto tiempo sin competencia en esta zona que quizá ya no se acuerde de cómo se hacían ese tipo de cosas.

La teniente se estira hacia atrás en su silla y toma aire hinchando su enorme caja torácica. Luego lo expulsa con un soplido intenso.

—A mí hay dos cosas que no me cuadran: primero, ¿por qué iba Fernando Rosas a utilizar una antigualla de museo para matar a la chica?

Campos levanta las pupilas para pedir inspiración a su cerebro.

—No se crea que no lo he pensado, mi teniente. Lo único que se me ocurre es que lo haya hecho para despistar, o que haya contratado a un sicario especialmente raro.

—Ya. Y lo segundo es algo que sale más de mi intuición, más subjetivo, a ver si me entiende. Aquí dice que a Fernando Rosas se le murió una hija de leucemia infantil cuando solo tenía siete años.

—La única que ha tenido.

—Eso parece haber destrozado su matrimonio. Es decir, desde ese año su mujer vive en Marbella y prácticamente no se ven, aunque no se han divorciado.

—Bueno, quienes los conocen dicen que ella siempre ha sido una esnob, una nueva rica que oculta que su padre era butanero y su madre limpiadora. Como aquí no podía mantenerlo en secreto porque todo el mundo la conoce, se fue a Marbella a disfrutar de una forma de vida un tanto más sofisticada.

—¿Y él?

—Él es un tipo sencillo, más humilde. Es decir, le encanta el dinero, y gastarlo, pero de una manera más, ¿cómo decirlo? Más de aquí. Un buen coche, una buena comida, una buena juerga con sus empleados. Se le ve mucho en esas guerras. Vive para dar gusto a sus familiares, a su jauría de sobrinos. No me cabe duda de que la muerte de su hija le tuvo que pesar, mi teniente, porque es un hombre de familia. Llevo estudiando a Fernando Rosas bastante tiempo, desde que estoy aquí, y durante los años que siguieron a su pérdida, en fin, la situación estuvo bastante complicada. Se diría que se movía sin rumbo, amedrentaba a propios y extraños, se pasaba con *el método*. Y de pronto, un buen día, se tranquilizó como por arte de magia. Las denuncias irresolubles empezaron a menguar y al señor Rosas se le comenzó a ver por ahí con frecuencia, luciendo una gran sonrisa y una pose muy de

hombre pacífico, dado al bien social y a la comunidad.

—Ya. Yo también creo que la muerte de su hija le tuvo que pesar. Por eso me cuesta creer que ordenase matar a una niña de catorce años con tanta sangre fría. No lo podemos descartar, claro, pero es lo que me parece.

Campos traga saliva. Su sentido común coincide con la intuición de la Grande. Después de tantos años en Calahorra, la ciudad tranquila, le resulta insólito. Rosas no es un sanguinario, nunca lo ha necesitado para proteger sus inversiones; esto es La Rioja, por Dios, no la gran ciudad: aquí hasta pasar caballo implica una ética, unos límites. Pero no hay nada imposible. Y de pronto, todo el mundo se levanta en pie de guerra: los medios de comunicación, el sindicato del crimen local, los clanes de etnia gitana, la guardia civil, la opinión pública. Incluso la teniente ha insinuado, sin dar más detalles, que este caso es seguido muy de cerca por algún alto cargo de Madrid.

—¿Y qué propone usted, mi teniente?

—Propongo que sigamos los tres caminos que hay abiertos: pistola, Rosas, Chamorro. Yo me voy a ir con Ramírez; rastrearé otra vez la escena, no sea que nos hayamos dejado algo. Luego haré una parada en el Arrabal para hablar de nuevo con los Chamorro. Quizá consiga enterarme de si están enemistados con Fernando Rosas, o con cualquiera. Y, tarde o temprano, iré a buscarle a él, a conversar un poco. Usted, si me hace el favor, siga el arma rara.

—Ya tengo una serie de direcciones de clubes de tiro y coleccionistas, hay un par de guardias ayudándome.

—Perfecto. Oiga Campos, ¿por qué cree que Fernando Rosas dice que es gitano?

Campos exhibe una mueca de incompreensión en los labios. Es el mayor misterio de un hombre no poco misterioso. Nadie posee la respuesta, pero todo el mundo se hace la pregunta.

—Mi teniente, eso no lo sabe ni Dios. Con perdón.

—No pasa nada.

—No es gitano. Dice que lo es. No sabemos por qué. Como mucho, puede que una de sus abuelas lo fuera. Es posible que diciendo que es gitano pretenda rodearse de una imagen más, no sé, romántica. Parece más honorable decir que uno se ocupa de cuidar a una familia que de cuidar una banda, ¿no? Pero no es gitano. Y además, ignora a los demás gitanos de por

aquí, que son todos trabajadores y honrados, y por cinco impresentables se llevan la mala fama. Pues él solo se relaciona con los cinco impresentables. Al resto de la comunidad no la quiere ver ni en pintura, a menos que alguno se le anime a vender droga, como los Chamorro: entonces tiene que relacionarse con ellos a la fuerza. Pero, mi teniente, si vamos a meternos con Fernando Rosas, le advierto que debemos tener cuidado.

—¿Tan peligroso es?

—No es eso. Antes sí, antes la gente le tenía mucho miedo. Pero es que ahora le adoran.

—¿Ah, sí?

—Tiene muchos amigos. Algunos muy poderosos, en Francia, que le ayudan siempre que él lo pide porque parece que le deben bastantes favores. En cuanto necesita esconderse, se larga a San Juan de Luz. Y no son sus amigos y sus familiares los únicos que le quieren. La única vez que participé en una redada en uno de sus clubes, no encontramos nada de lo que esperábamos. Las chicas vivían en habitaciones amplias. Limpias. Con ventanas grandes, soleadas. Tenían buena ropa y parecían contentas. Ninguna soltó prenda respecto a Rosas. Por supuesto que eran inmigrantes ilegales y se clausuró el club. Pero estaba a nombre de un tal José Manuel García, que curiosamente había desaparecido hacía ya unos cuantos años. Así que no le pudimos meter mano; lo único que demostramos fue que Rosas pasaba mucho tiempo en ese local.

—José Manuel García es una de las dos personas que se sospecha que ha matado, ¿verdad?

—Sí, bueno, yo sospecho que indirectamente ha tenido que matar a alguna más, pero los dos asesinatos que más cerca tenemos de él, que se sepa, claro, son el de José Manuel García y el de un tal...

—Miguel Molinos —interrumpe ella echando un ojo al informe.

—Exacto. Un muchacho de la zona, Miguel Molinos, que se esfumó. Antes lo habían detenido infinidad de veces por agresiones, alteración del orden público y peleas. Un tipo inmenso, de estos de gimnasio. Un tonto del haba, en resumen. La última vez que se le vio estaba en compañía de los chicos de Rosas. Pero nunca apareció el cadáver. Su hermana denunció la desaparición y, al pasar el tiempo, se le dio por muerto. En una ocasión, alguien declaró que sabía que Fernando en persona lo había matado. El testigo era un medicucho que a veces trabaja para él. Pero estaba borracho. En cuanto le

volvió el sentido común se desdijo, como siempre ocurre.

Campos sigue muy tieso ante el escritorio. Lucía hojea con los dedos el inmenso informe, que pesa un quintal. Vuelve a suspirar.

—Campos, muchas gracias. Me ha ahorrado usted tener que volver a leerme este ladrillo —sostiene señalando el *dossier*.

—No hay de qué, mi teniente. ¿Solicita usted algo más?

A Lucía le hace gracia Campos porque es el guardia civil más guardia civil que ha conocido en su vida, con su postura rígida y marcial y su vocabulario burocrático.

—No. Que me perdone por no haberle invitado a sentarse.

—No, por favor. Eso no es problema —responde él ligeramente apurado.

—Y que se ponga cuanto antes con lo de la Mauser.

—A sus órdenes, mi teniente —apostilla, y abandona el despacho con paso rítmico y sonoro.

Un tercer suspiro sale de los labios de Lucía. Se va a quedar sin aire de tanto suspirar. Vuelve a levantarse y se asoma a la ventana. Bernard juega con sus hijos a regar las plantitas que hay en el patio interior. Ramírez ha dejado el Nissan Patrol como los chorros del oro y espera pacientemente junto a él, siempre alerta. Delante de la ventana sus peces de colores trazan piruetas a cámara lenta, se chupan unos a otros con sus bocas en forma de anillo, sus escamas relucen al sol y proyectan luz que se refracta por el agua, haciendo llegar destellos caóticos y hermosos a los ojos de ella.

—Por qué no me iría yo a Inglaterra —se dice la teniente.

13:45

Los ambulatorios parecen pensados para sugerir indiferencia. Paredes blancas impecables. Luces de fluorescente que se expanden de forma regular, sin posibilidad de sombras ni claroscuros ni contraluces. Objetos funcionales, asépticos, que aparentan ser metálicos, que aparentan blancura aunque no sean nada. Inscripciones claras en las puertas que dicen «sala de espera» o «radiología», o «la doctora Álvarez no pasará consulta el jueves 23» en un idioma ecuménico, objetivo, sin ningún pensamiento ajeno al mensaje que haya saltado de la mente del redactor al texto. Todo indiferencia, todo carencia de empatía o de cariño.

—¿Te duele?

—No. Bueno, un poco. ¡Ay! Ahora sí.

Los dedos de Roberto se cierran sobre el antebrazo del paciente. Las yemas del índice y corazón no reemplazan una radiografía. Pero Roberto tiene olfato: el cúbito está roto.

—¿Cómo te has hecho esto, Javier?

—Me caí. Tropecé. Yo qué sé, una caída tonta, majo.

Javier aguanta el dolor a medida que le clavan los dedos en la piel. Se ha puesto pálido y a ratos se marea. Roberto le ha tumbado en una camilla con el brazo extendido hacia fuera. Javier querría demostrar que aguanta eso y mucho más, pero es en estas situaciones, y no en los bares, donde salen a relucir los hombres. Eso piensa, entre punzada de dolor y punzada de dolor. Para olvidarse de su perra suerte, intenta fijar la mirada en los ojos del médico: el Roberto, un chico joven, de unos treinta años, muy rubio, piel blanca. Ojos azules por aclamación y un rostro bien proporcionado. El cuerpo, sin embargo, algo blandito, con un par de kilos de más. El Roberto: un tipo popular en Calahorra. Aunque nadie sabe nada de él que no le haya dicho un tercero, nunca el mismo Roberto. Mucho hablan sus compañeros, los del ambulatorio. También el cura y los de la Vera Cruz. Los antiguos amigos del instituto a los que, sin embargo, ya apenas ve. Todo el mundo cree conocerlo muy bien.

Javier lo ha encontrado por la calle alguna vez o tomando un vino en el bar de debajo de casa. Siempre solo, concentrado en el periódico o en algún libro, incomprensible, de medicina. Pasando las páginas poco a poco. Qué tipo aplicado. «No estudies tanto, que no puede ser bueno, chico. Acuérdate del día que te encontré vomitando porque tenías que llevarle las notas a tu padre. Te dije que no te preocuparas, que no iba a pasar nada, que tu padre no era un monstruo, que las notas eran mejor que buenas. ¿Y qué pasó? Pues eso: nada. ¿No te acuerdas?.» Y Roberto siempre levanta la cabeza del libro para afirmar, porque sí que se acuerda. Entre otras cosas, el hecho de que Javier el anticuario le mencione esa historia cada vez que le ve supone un motivo para no olvidarla. Aunque no el único.

El padre y la madre de Roberto eran viejos amigos de la quinta de Javier. Una desgracia. Si ahora siguieran vivos tendrían unos sesenta años. Su padre hablaba mucho. Incluso sobrepasaba el límite de lo que se considera cotilla. Pero Roberto no se ha llevado nada de eso en herencia. Nunca suelta prenda.

«¿Qué se come en África?», le preguntó Javier una vez. «Poca cosa», contestó meridianamente el doctor. Y volvió a adentrarse en el libro que leía, como en una madriguera segura.

Hoy Roberto está más ausente que otros días. Repite los mismos movimientos sobre la muñeca, produciendo el mismo pinchazo de dolor una y otra vez. Sus ojos claros penetran la piel y observan directamente el hueso desgarrado, el músculo hinchado, los líquidos que se van acumulando, los vasos sanguíneos que rodean la lesión, cargados de plasma, de hematocritos, de leucocitos y plaquetas y nutrientes y oxígeno, los vasos linfáticos que trepan brazo arriba bombeando fluidos. Todo eso conforma las variables que integran una ecuación compleja, mucho más compleja que las que Roberto suele plantearse a diario y, aun así, mucho más fácil de resolver. Solo al pasar unos buenos minutos regresa de ese mundo fisiológico.

—Te va a ver el traumatólogo. Lo tienes roto, pero bien roto. Hazte a la idea de llevar escayola un par de meses.

—Su puta madre —alcanza a decir Javier.

Llama a una enfermera para que acompañe al paciente. El rostro de Roberto es una pálida estepa de terciopelo, inmóvil y seco. A Javier le fascina, aunque lo entiende: después de lo que le ha tocado vivir al chaval. Primero sus padres. Y, después, lo que quiera que pasara ahí abajo, en África.

—Escucha, Roberto —dice Javier antes de que se lo lleven—. Lo que me dijiste hace tiempo.

—¿El qué?

—Lo de tu abuelo.

—Joder, Javier, que te acabas de romper un hueso. Y además, estás jubilado.

Javier le lanza un gesto desdeñoso con el brazo izquierdo, el que tiene sano.

—Ya, que estoy jubilado, ya lo sé. Pero te he localizado a un tipo de Pamplona que trabaja en ello. Le he hablado del tema y le gusta la idea. ¿Sigues queriendo vender?

—Preocúpate de no caerte más por las escaleras y olvídате de trabajar.

—¿Pero quieres vender o no?

Roberto se arranca los guantes de látex. Los manosea entre su piel fina y blanca. Restos de talco se le alojan entre los surcos de los dedos; se los frota para eliminarlos. «Se le ha ido otra vez el santo al cielo», piensa Javier.

—Mira —dice al fin Roberto—, siento decírtelo porque sé que te habrás

tomado molestias. Pero es que he pensado que quiero conservar lo que me queda. Es por el cariño, lo llevo viendo allí desde que era pequeño. Y además he hecho cuentas y ahora, con las guardias, ya no necesito tanto el dinero.

—Entiendo. Chico, no te preocupes, que no pasa nada

—la voz de Javier disimula el dolor y se sobrepone al mareo—. Pero si cambias de opinión ya sabes dónde estoy.

—Descuida, que te voy a ver a menudo. Vas a tener que estar viniendo por aquí.

La enfermera se lleva a Javier con delicadeza. La consulta queda vacía. En un ambulatorio, lo vacío parece más vacío. Así que los ojos de Roberto también se vacían. De pronto tiene sed. Como si las paredes de la garganta se le adhiriesen entre sí. Empieza a respirar con dureza y su mirada se va perdiendo en uno de los infinitos puntos blancos de la sábana que cubre la camilla. La sábana, blanca como la ceguera, cobra forma ante la tensión de los ojos del médico. Por un momento pierde su blancura. Un relieve verde esmeralda comienza a arremolinar en los pliegues, en sus luces y sombras. No está ocurriendo de verdad, es la imagina

ción-memoria de Roberto. Las plantas se arremolinan en el telón de sábana como si alguien las proyectase desde su espalda. Luego siente casi la humedad extrema, los olores pútridos de la selva, el escalofrío de las gotas de sudor al resbalarle por el cuerpo, ahora desnudo; las siente fuertes en el abdomen y en el pene, las cosquillas al doblarse el vello de los muslos por el peso de la transpiración. Un tacto frío en el cuello. Y la sed, como si hubiera tragado madera. Un corazón bombeando que le hace respirar rápido, rápido.

Entonces la imaginación-memoria transforma cada pulsión eléctrica del cerebro en una realidad sensorial. Sus jadeos. Su propio sudor, una vez más, resbalando en pequeños regatos por todos los pliegues de piel. Está arrodillado en el suelo. Sus rodillas se hunden superficialmente en el barro de la selva, se humedecen. Un pequeño insecto trepa por ellas. La tierra es roja, muy roja. La humedad convierte todas las plantas, los troncos, las hormigas, las personas, en borlas de algodón mojadas. Una mosca vuela junto a su oreja. Se posa justo detrás, emprende el vuelo. Una gota se desliza de una hoja verde y cae sobre su hombro. La vegetación huele a moho y el tipo que tiene cerca a una mezcla de arcilla y axila. Chilla un macaco. Responde un pájaro. Hay un muro de sonido de fondo: langostas y grillos y pájaros lejanos. Una mariposa restalla sus alas enormes al pasarle tras la nuca. El sol no llega

a atravesar la fronda, pero pequeños rayos tamizados alcanzan el suelo y calientan las partes de su piel con las que contactan. Su piel desnuda, de arriba abajo. La uñas de los pies escarbando en el barro con un movimiento nervioso; el cuello yendo de atrás adelante.

El tacto frío, rígido, de una hoja larga y pulida en la cerviz. El corazón que se agita y la respiración que se desboca. La espera. Breve.

—Ya ha llegado el relevo —la enfermera interrumpe a Roberto, le rescata de su abstracción—. Me voy. ¿Tú qué haces?

Tarda en responder, como si las plantas de su imaginación-memoria se le hubieran enredado en los pies y lo retuvieran en el ensueño, aún desnudo, aún aterrorizado.

—Yo también. Ahora voy para allá.

—De acuerdo, hasta mañana entonces —dice ella, y desaparece por el pasillo que termina en los vestuarios.

Las manos de Roberto buscan refugio, inconscientes, en los bolsillos de la bata. Desde ahí palpan la entrepierna y se retiran rápidas. Por casualidad, dan con el teléfono móvil tras una barrera de bolígrafos.

Tiene un mensaje nuevo.

«Hola. Soy Eva. Raúl me ha dado tu número. ¿Irás hoy al ensayo del Paso Viviente? Yo sí. Ahí te veo. Un besito».

—Vaya —exclama.

Queda inmediatamente desplegada en la mente de Roberto una ecuación con dos incógnitas: X e Y.

X, Eva; Y, no Eva.

14:00

La casa de Vicente sigue siendo la misma. Eso quiere decir que no han conseguido venderla. Ya han bajado su precio dos veces para atraer compradores, pero los tiempos no acompañan. La sala de la tele es amplia. Vicente se sienta en un sillón de orejas junto a una ventana forrada de visillos. Apoya la cabeza, su curioso pelo de erizo, sobre un tapete de encaje que cosió Marisa cuando buscaba distracciones. La habitación está amueblada como las viejas viviendas de Calahorra, al gusto del matrimonio. Un mueble de color oscuro con vasar y cajones ocupa toda una pared. Pocos

libros quedan en los anaqueles, rodeados por fotos de la familia: las niñas haciendo la comunión, los abuelos, los sobrinos de Madrid. Alguna figurita de porcelana cara custodia la gran pantalla de televisión. Plantas de interior, un ficus, un poto y otras criaturas de las que se ocupa Marisa, porque él no entiende nada, hacen guardia en los rincones libres.

En una esquina hay una mesa camilla con un mantel azul aterciopelado cuyas faldas rozan el suelo. En ella Paula ha desplegado una montaña de papeles escritos con boli azul, letra justa y clara, subrayada de todos los colores posibles. Aunque la tele está a todo volumen, ella mantiene la atención en sus apuntes sin levantar la cabeza. Vicente la observa de reojo. Le maravilla su concentrada disciplina. Paula vuelve una hoja justo en el momento en el que una famosa artista inunda la pantalla, luego la sala y luego la casa con su voz chillona. Parece que se ha echado un nuevo novio, Vicente no lo podría decir, ha dejado de prestar atención.

Una puerta a la izquierda comunica con la cocina. Allí Marisa prepara verdura, pasa por la plancha los filetes de lomo. El olor apetecible llega hasta la sala y empaña la esfera de un reloj de pared al que Vicente quitó las pilas hace unos meses. El tictac le molestaba, dijo entonces. También ha escondido su propio reloj de pulsera en el cajón de los calcetines.

Eva no ha asomado la nariz en toda la mañana. Se encuentra encerrada en su cuarto, al otro lado de un largo pasillo. Marisa la despertó a eso de las once: «¿No te acuerdas de que hoy había prueba de vestuario del Paso Viviente?» Insistió en que acababa de volver de la calle y estaba todo lleno de legionarios y judíos. Ella ha contestado que sí, que se acordaba, pero que prefería quedarse en la habitación para estudiar. Vicente sospecha que se ha vuelto a meter en la cama en cuanto su madre ha regresado a la cocina. «Que aproveche las vacaciones de Semana Santa. Poco tiempo le queda para el apretón de junio».

Marisa entra en la sala y coloca una olla metálica llena de alubia verde en el comedor. Paula se ha encargado de preparar la mesa antes de centrarse en sus asignaturas, aunque era el turno de Eva. En ese momento Paula vuelve boca abajo el último folio de apuntes. Un motivo de orgullo para Vicente. Su propia fuerza de voluntad y la capacidad de sacrificio de Marisa se habían puesto de acuerdo para crear una criatura responsable, inteligente, trabajadora, sincera.

—¿A qué universidad quieres ir? —pregunta Vicente.

Paula está acostumbrada a que le sorprenda con ese tipo de preguntas. Él percibe el gesto de disgusto de Marisa, al fondo: odia que le caliente la cabeza a sus hijas con promesas que no van a poder cumplir. Pero Marisa no sabe nada de su plan y no debe enterarse.

—Papá, ya sabes que voy a estudiar Ingeniería en Logroño. Os lo he dicho —la respuesta ensayada de Paula, la sonrisa ensayada de Paula, el tono de voz amable y condescendiente de Paula.

—Solo si tú quieres, eh.

—Pues eso quiero —pero Vicente sabe que lo que de verdad quiere Paula es un misterio encerrado bajo seis gruesas capas de blindaje.

Padre e hija ocupan sus puestos habituales en la mesa mientras Marisa le da una voz a Eva. Pasan unos minutos. Las alubias verdes ya están humeando en cuatro platos hondos cuando se escucha una puerta al otro lado de la casa. Eva entra en el comedor. Vicente se da cuenta de que la niña no ha estado durmiendo: debe de haber empleado las dos últimas horas de la mañana en maquillarse. Sombras muy oscuras embadurnan los párpados, contrastan con una tez pálida, resaltan los iris azules. Eva es más alta que su hermana, aunque tiene casi dos años menos. Se ha desarrollado de una forma más provocativa y deseable. Marisa lamenta que el cuerpo haya ganado a la mente en la carrera por la madurez. Vicente no le da demasiada importancia. Su hija vive la edad de disfrutar.

—Otra vez alubia verde, qué asco —saluda Eva.

—Te gusta la alubia, siempre te la comes —replica Marisa.

—¡Eh! ¡Dale un beso a tu padre, ¿no?! —exige él. Eva le deja una marca de pintalabios en el rostro y le pasa la mano por el pelo de púa con una caricia muy cariñosa.

Paula toma el mando a distancia y apaga el televisor. Luego come la verdura en silencio. Vicente contempla a su familia. Si tuviera a mano una botella de vino ahora echaría un buen trago, solo para celebrar su orgullo. Ninguna de *sus mujeres* puede entender el sacrificio que para él supone comer con triste agua. Cómo extraña el vino. Eso debe ser que las quiere mucho.

—¿Cómo lleváis el Paso Viviente? —pregunta Paula.

Como única contestación Eva se encoge de hombros, por no decir «no es asunto tuyo.»

—Tú cuando salgas, sonrío, ¿eh?, sonrío mucho —indica Vicente creyéndolo útil.

—Ya sé que tengo que sonreír, papá —contesta ella juntando mucho las palabras—, que llevamos un mes ensayando la coreografía.

—Bueno, podré dar mi opinión, ¿no? ¿O no puedo?

—No es una opinión, papá, es una cosa que ya sé.

—Cago en diez, a ver si no voy a poder hablar en mi casa —finge refunfuñar Vicente, porque en el fondo solo quiere hacer rabiar un poco a su hija.

—¿Cuándo es? —pregunta Paula, por hablar de algo.

—Pues mañana. ¡Cuándo va a ser!

—Ya, ya sabemos que mañana —interrumpe otra vez su padre—, pero a qué hora.

—Empieza a las nueve y media y termina a eso de las doce. Por cierto, luego algunos del paso van a cenar en el cuarto de la Riojana, me gustaría ir.

Marisa deja caer el cubierto. Otra vez.

—Bueno, pues ve —contesta él—. *No problem* —añade riendo—. ¿No se dice así, Paula: *No problem?* —y Paula asiente masticando las judías.

—Eva está castigada, suspendió tres la última evaluación, lo sabes de sobra, Vicente. Y además, no está el pueblo como para andar por ahí de noche; fíjate lo que ha pasado con la niña esa, de vuestra edad —protesta Marisa desde su exilio al otro lado de la mesa.

—¿La gitana? Qué chorra dices de mi edad, mamá, si tenía dos años menos.

—Lo que sea. Me da igual. Tienes que estudiar.

Por la ventana abierta entra una ráfaga de aire que mece los visillos. Gotitas de agua, vapor condensado, resbalan por los cristales de las fotos de familia.

—Bueno —contesta Vicente—. Pero estamos de vacaciones, ¿no? Y además no hay momento más seguro, con toda la Guardia Civil desplegada.

Marisa pone los ojos en blanco y se levanta.

—Me tenéis hasta el moño vosotros dos. Estoy cansada de pelear. ¿No te da la gana de estudiar? Mejor, nos ahorraremos tener que pagarte la carrera. El año que viene puedes empezar a trabajar en Stradivarius o donde te salga de las narices, pero no protestes.

—Joder, mamá, qué exagerada.

—Ya veremos. Tú vete a la cena si quieres, haz lo que te dé la gana. Pero a partir de ahora va a ser con tu propio dinero, ¿te queda claro? Yo no te pienso dar ni un duro para que andes por ahí de juerga, y tú, Vicente, tampoco se lo vas a dar.

Luego Marisa recoge su plato y el de Paula y se va a la cocina. A Marisa le gustan las cocinas amplias, siempre un poco más amplias de lo que se suele construir. Por eso, cuando pudo escoger la suya no tuvo reparo en exigir metros. Una cueva caldeada llena de olores sabrosos. No le apetece volver al comedor, así que se toma su tiempo en remojar los platos e introducirlos en el lavavajillas. Es cierto lo que ha dicho: empieza a estar cansada de pelear. Entiende a Eva, o al menos la excusa. A fin de cuentas no es más que una niña que se ha encontrado con un cuerpo de mujer demasiado pronto. Pero, ¿qué le pasa a Vicente?

Una ligera sensación de frescor alcanza a Marisa por la nuca. Vicente ha abierto la puerta de la cocina. Su «pelopincho» se cuelga rozando el marco. Ha recogido los otros platos de la mesa, quién sabe con qué interés. Le echa un vistazo a ella, el pelo rizado sobre los hombros, la figura pequeña y delgada, que parece mentira que contenga tanta capacidad, los ojos azules como los de Eva pero limpios como los de Paula. Se acerca, deja los platos apilados junto al fregadero, la toma de los hombros, le da un beso. Hoy siente confianza.

—No te preocupes —le dice a Marisa suavemente—. Me ha prometido que mañana estudiará todo el día hasta la hora del Paso Viviente y que no llegará tarde después de la cena, para poder estudiar también el viernes y el resto del fin de semana.

—¿Y te lo crees?

—Que no te preocupes. Si no la creemos nunca, tampoco le hacemos un favor, ¿no? ¡Claro! Habrá que confiar en ella.

—Ni un duro —repite con rostro muy firme y anteponiendo el índice a los ojos de él.

—Mujer, es una cena. Tiene algo de dinero pero no le llega.

Marisa se desespera. Baja las manos y las apoya en la cintura. De pronto la cocina le parece más calurosa de lo que le gusta. El vapor de la olla rápida con la esencia de la verdura flota aún en el aire. Entra y sale a su antojo de su aparato respiratorio. También ella tiene derecho a atacar.

—¿Qué pasa con lo del Óscar? —le recuerda, y ve que los labios de Vicente se tensan.

—¿Qué pasa con lo del Óscar, pues? —responde.

—Te llamó ya hace una semana. No le has dicho nada.

—Ni le he dicho ni le diré. Óscar no me necesita.

Una nube ha debido cubrir el sol por unos instantes. La luz fluorescente

resulta débil.

—¿No te necesita? Entonces, ¿para qué te llama?

—Me dice que quiere cambiar las baldosas del chamizo, unas baldosas que están como nuevas. No necesita cambiarlas.

—Eso tendrá que decidirlo él, si están como nuevas o hay que cambiarlas, ¿no?

Vicente se echa las manos a la cara y da una vuelta sobre sí mismo.

—Sí, ¿pues no lo sabré yo, que trabajo en eso? ¿Sabré yo o no sabré si una baldosa está nueva o deja de estarlo? —se toma un respiro y decide poner las cartas sobre la mesa—. ¿No lo entiendes? No lo necesita. Lo hace porque sabe que el que lo necesita soy yo.

—¿Y cuál es el problema?

Las voces empiezan a atravesar la delgadez de paredes y puerta.

—¡El problema es que yo no quiero vivir de la caridad de nadie! ¡Yo no vivo de la caridad de nadie!

Marisa respira profundamente. De pronto siente una lástima profunda por su marido. Lo mira de arriba abajo y ve que en su casa, además de Eva, también hay otro niño encerrado en un cuerpo de adulto.

—Crees que no necesitas a nadie. Eres un idiota. Si Óscar quiere ayudarte, acéptalo. Los favores pueden devolverse. Y nadie más que tú lo sabrá, si es eso lo que te preocupa. A los ojos de la gente solo te estará pagando por cambiarle las baldosas del chamizo.

Vicente recuerda que hace unos minutos se sentía cómodo y confiado. Decide que no puede malograr el día peleando por ese tema. Un tema que no le gusta.

—Mira, de acuerdo... que no quiero discutir. El lunes lo llamo, no pierdo nada. Prometido. Dame un beso. ¡Dame un beso!

Marisa obedece con desgana. Coge de la encimera la fuente de filetes de lomo y sale al comedor. Vicente no llamará al Óscar. Pero es que el lunes ya no le hará falta ni su ayuda ni su compasión. Y no será porque Vicente no crea en el dinero. No, el dinero es la medida de la capacidad de un hombre: sin él, un hombre demuestra que no tiene nada que ofrecer. Pero, ¿qué es el dinero regalado entonces? Una mentira. El dinero hay que ganárselo de dos formas: trabajando o arriesgando.

Recuerda cuando tenía todo el necesario. ¿Cuántas promesas se pueden hacer a los seres queridos si hay dinero? Al esfumarse la riqueza, las

promesas dejan de valer. No porque el que las haya hecho no tenga palabra, sino porque no tiene capacidad. Él se sintió abatido los primeros días en que vio que sus promesas se desvanecían, las firmadas con palabras, en voz alta, y las tácitas: estas últimas, las más duras de romper porque constituyen compromisos que se dan por cumplidos. Como, por ejemplo, que Marisa nunca tuviera que volver a trabajar, que se le rompe el alma cada madrugada, cuando la ve salir para el turno completo de la conservera. Prometió mucha felicidad, Vicente. Y por su madre que aún no ha renunciado a ella. Quizá aquellas tonterías, como las clases de hípica, puedan quedar en agua de borrajas. Pero lo de la universidad es otra cosa. No puede aceptar que sus hijas no se conviertan en lo que ellas decidan.

Marisa lo ha dicho: con lo ahorrado tendrían que contentarse con enviar a Paula a Logroño; billetes de autobús, libros, matrícula de la Escuela de Ingeniería. Y se verían obligados a recuperar el dinero antes de que Eva terminase el instituto. Para enviarlas más lejos necesitan el triple. Vicente sabe cómo triplicar esos euros que descansan pánfilos en la cuenta común del banco. E incluso cuadruplicarlos, quintuplicarlos. Trabajo o riesgo.

15:30

—A ver, Fernando, que yo no digo que esté obligada a hacerlo, que tendría cojones. Que para eso pagamos nuestros impuestos, para que nos protejan. Y yo ya estoy mayor para quejas; así que lo único que le pido es que no me toque los huevos y que me deje apañar por mi cuenta sin molestar. Pero luego me vendrá con que es delito. Claro, si es que todo es delito.

Un restaurante con remates en madera de pino. Una ebullición de camareros entra y sale con un número insólito de platos sobre millones de antebrazos. Cochinillo. Cordero. Zancarrón. Bacalao. El movimiento se produce a tal velocidad que mezcla los sabores. Los aromas conviven despertando la necesidad en las bocas. La visión de los alimentos saliendo recién hechos de la cocina burbujea en el paladar. Los camareros esquivan a los clientes que se levantan para ir a babear al baño. Esquivan, en temerario zigzag, las sillas descolocadas. Esquivan las voces altisonantes de los comensales. En las mesas sirven rápido y agradecen con simpatía cualquier chiste fácil, porque este restaurante es de categoría y el servicio impecable. Primero el cliente. El

cliente que ha tenido que llamar para reservar mesa con una semana de antelación, que se diría que regalan la comida. Pero para Casimiro y Fernando no es necesario reservar nada. Basta con avisar cinco minutos antes.

Fernando Rosas: dientes blancos, rostro negro, pelo negro, ojos negros.

—Don Casimiro, no se me enfade usted, pero para mí pagar impuestos es de tontos. Yo no los he pagado en mi santa vida, lo juro por la tumba de mi padre.

—No. Si en realidad yo tampoco.

—Y presumir de pagarlos es más de tontos todavía, a ver si nos entendemos.

—Ya. Pero eso la foca del tricornio no tiene por qué coño saberlo.

—¿Saber el qué?

—Joder, que no pago impuestos.

—Ah. Pues no sé si lo sabrá o no, pero anda que no le llenan la cartera todos los fines de mes.

—Que yo no los pago, Fernando.

—Y bien que hace. Fíjese en esta señora, guardia civil, que yo la respeto mucho porque me recuerda a mi santa madre, que la tengo en casa y siempre ha cuidado de la familia desde que padre faltó. Me recuerda porque se vino para acá desde Jaén con cuatro chiquillos bajo el brazo para recoger la uva, Casimiro, pero eso no viene a cuento ahora, ya sabe. Lo que le hace a usted esta señora no tiene perdón de Dios. A ver, que yo opino y que cada uno que diga lo que quiera. Pero yo creo que lo que no se puede permitir es que le dejen a usted ahí, a la buena del Cielo. A ver si vienen los ángeles custodios, no te jode.

Fernando suelta una sonora risotada. Todo el restaurante se vuelve para mirarlo, atraído por su hilaridad, aunque él no se haya dado cuenta. Fernando contagia la risa. Basta un chiste mal contado para despertar su alegría y con ella la de quien lo rodea. Primero hincha dos grandes carrillos oliváceos. Después los labios húmedos se despegan. Aparece una inexpugnable construcción marmórea que vibra al dejar escapar la carcajada. Los ojos se abren desnaturalizados, como platillos volantes. Y el sonido de su risa penetra en el oído dando vueltas y vueltas alrededor del tímpano, como hipnotizándolo, hasta que, sin querer, también te ríes.

Pero de pronto su semblante cambia categóricamente. La risa se extingue. Y

Fernando se arropa con una sombra de conciencia: dignidad.

—Pero mire que lo que a mí no me gusta, don Casimiro, es que se esté molestando por bicocas a gente de bien, como usted, y que todavía no hayan dado con el hijo de puta asesino ese, que le quitó la vida a aquella niña.

—Tienes más razón que mi madre, Fernando, me cago en la puta.

—Y le voy a decir una cosa. Que yo nunca me he metido en eso, porque cada cual es como es, vive como quiere, y nadie tiene la obligación de comprender al de al lado si no le apetece comprenderle. Vamos, que yo nunca he tirado de condición para hacerme la víctima, para justificar mi desdicha, ni mi pobreza, ni nada. Que si soy gitano para que me gane un payo, también soy gitano para ganar a un payo, con dos cojones.

—Bien dicho. Yo que soy rioj...

—No, espere, déjeme que termine. Que hay muchos de los míos que más les valía ponerse a trabajar, como un servidor, y dejarse de lamentos. Pero bien sabe Dios, Don Casimiro, que si esa niña fuera paya, la teniente estaría perdiendo el culo por encontrar al desalmado que le ha hecho eso. Pobre criatura, María Madre de Dios.

—Sabes, Fernando, que yo te tengo por un igual, a ti y a toda tu familia. Y que siempre que habéis querido, he tenido la fortuna de sentaros a mi mesa.

Don Casimiro se deja tragar por una avalancha de solemnidad. El aleteo de sus manos escribe en el aire un «que me muera ahora mismo si miento». La boca pequeña de labios finos, la calva que aumenta en tamaño con la gravedad de la frase.

—Don Casimiro, si hubiera más como usted... —sentencia Fernando—. Y ahora, cambiando de tema, vamos a lo que importa. Cuénteme a ver si yo me he enterado bien: está usted harto.

—Se puede decir así.

—No es usted el único que ha oído que este año será el último en que el fisco no meta la nariz en Borregos, se lo juro.

—Exacto. Pero ese no es el único problema. Nadie viene a los Borregos del Nuevo Casino.

—No me diga. No le puedo creer, don Casimiro. Pero si tiene usted la entrada más barata y...

—Ya lo sé, chorra. Pero a la gente no se le saca de lo de toda la vida. Se quedan en el Casino Principal o en la Unión.

—Esos son unos oportunistas, se lo digo yo.

—Ya, pero me están hundiendo. Ya me cuesta llegar a fin de mes con las cuentas del Nuevo Casino bien hechas. No me puedo permitir un Borregos sin gente este año, lo he estado pensando. Me hubiera encargado yo mismo, pero, ¿qué pasa si toman represalias?

—Usted no tiene que encargarse de nada, que para eso estoy yo. Y de las represalias ni se preocupe.

—¿No es muy tarde para pedirte ayuda, Fernando?

—¿Tarde? ¡Pero si aún tenemos veinticuatro horas! Esto es más fácil que quitarle un caramelo a un niño, se lo juro por los clavos de Cristo. Yo me ocupo de todo.

—Que Dios te bendiga, Fernando. Te devolveré este favor, lo sabes. ¿Qué vas a hacer?

La conversación se detiene un momento ante la acometida de los camareros.

Se llevan los platos sucios con sus huesos de ternera y alguna patata fría. A cambio traen un frasco de orujo, dos vasos recién sacados del congelador y un cigarro barato. No hace falta ordenarles nada, se saben los pasos de purita memoria. Un trato especial. Una atención pormenorizada que siempre se traduce en espectaculares propinas.

Fernando toma el Farias. Prende una cerilla y lo calienta de punta a punta, como si fuera un habano. Se lo lleva a la boca y lo enciende chupando con potencia y exhalando pesadas nubes de humo.

—Aún no lo sé. Pero sea lo que sea, está hecho, hombre —dice.

—Sabía que podía contar contigo.

—Le enviaré a alguien para hablar del precio, que a mí eso me da la risa — y, para demostrarlo, le da la risa.

—Bien, bien. El dinero no creo que sea problema. Además hay un plus que puedes sacar si llegamos a un buen acuerdo. Hay más cositas.

—¡Ah!

—Mira, Fernando, que no te voy a engañar si te digo que lo de los Borregos ha dejado de ser lo que era. La gente ahora se ha civilizado, se comporta de forma menos impulsiva. Ya no se ve lo que se veía. Lo que veíamos tú y yo cuando jugábamos, ¿te acuerdas?

—Anda no me voy a acordar. Aquello era un no parar. Yo a mis veintipocos iba para allá como pollo sin cabeza. Ahora, eso sí, no más que una vez me dejé llevar por el juego, porque me salió cara la cosa. Perdí un coche que me encantaba. Un Alpine de los sesenta: el que sacaron en el sesenta y tres con

carburador de doble cuerpo. Precioso.

—¿Pero ese no lo tienes ahí, en tu finca?

—Sí, porque luego lo recuperé. Pero eso no viene al caso. A partir de entonces, no volví a jugar más que diez mil pesetas cada noche. Si perdía paraba la cosa, que no me andaba yo deslomando día a día para luego quedarme sin dinero por una chorrada. Y si ganaba, también me lo gastaba esa misma noche. En putas para los chicos o en una comilona al día siguiente.

—Bueno, pues el problema es que eso es exactamente lo que hace ahora todo el mundo. La gente viene al Casino, se toma dos copas. El que más, me aguanta el tipo hasta perder mil o dos mil euros. ¿Dónde está la distinción?

—Distinguido, distinguido, no sé yo si alguna vez...

—Fernando, hombre, no me jodas. Este año ya te vas a enterar tú de a qué me refiero.

—Usted dirá.

—He invitado a algunos conocidos. Algunos vivieron aquí hace muchos años, otros nunca han pisado La Rioja. Pero todos son gente de mucho, mucho dinero. Les gusta jugar, se aburren en sus casas con sus coches y sus mujeres y les apetece venir, los unos a revivir viejos tiempos, los otros a tocarse los huevos en un lugar diferente del habitual. Agradecerían que el local se llenara.

—Se llenará —interrumpe Fernando.

—Vienen a apostar fuerte. Llegarán tarde, a medianoche, por no mezclarse con los paletos. Y querrán tener de todo, ya me entiendes: alcohol, drogas, putas. De lo primero me encargo yo. Pero drogas y putas no trabajo.

—Me sé yo de uno que sí.

—Por supuesto, Fernando. ¿Tienes tiempo para preparar algo especial en uno de tus clubs, traerte algo bueno?

—Mis clubs siempre tienen algo bueno. Aquí no se va a aburrir ni Dios, te lo juro por la tumba de mi padre.

Fernando aplasta el Farias contra el fondo del cenicero y allí lo abandona. Apura el vasito de orujo que descansa sobre la mesa. Inmediatamente un camarero acude raudo con la botella para rellenárselo. Pone la mano sobre el vaso para impedirlo.

—No, chaval, muchas gracias. Que me tengo que marchar. Don Casimiro, siempre un placer —se despide mientras se levanta estrechando la mano de su comensal—. A ver si la teniente nos deja tranquilos.

—Que la follen.

—No diga eso, Don Casimiro. Es buena mujer. Cumple. Lo malo es que cumpliendo nos fastidia a nosotros el negocio.

—Perdón. ¿Y lo de mañana, entonces?

—Cuanto menos sepa usted, mejor. Déjelo todo en mis manos que este año vamos a despuntar. Se va a enterar España de lo que son los Borregos. Fíjese que, cuando hice la mili por ahí, por Madrid, nadie había oído hablar de ello.

—Y menos ahora, Fernando, menos ahora. Demasiada televisión y videoconsolas de esas. Al casino solo entran carcamales.

—Pues espérate que te tengo una sorpresa preparada —dice Fernando en voz alta ya desde unos metros de distancia, abandonando el restaurante. Y de pronto baja el tono como para que Casimiro lea sus labios—: Vas a ver cómo lanza el Paulino.

A la salida, el BMW color violeta espera. Ulises le abre la puerta a Fernando, no vaya a ensuciarse la americana. Encuentra a su jefe de buen humor, aunque es lo habitual. Sin embargo hoy su rostro resplandece de una forma fuera de lo común. «Un buen día», piensa Ulises, que siempre espera oportunidades. Chus, al volante, arranca el motor.

El coche se demora en cruzar el centro de la ciudad. No hay prisa. Fernando disfruta de la digestión en los cómodos asientos. Escucha sin interés. Ha perdido ilusión por sus quehaceres al mismo tiempo que la ha ido cobrando por la vida. Ahora que todo está asegurado, después de tanto trabajar, lo que queda es vivir. Sin embargo, hoy hay demasiados temas importantes a la espera. Además, por deferencia a sus muchachos, prefiere ponerlos a prueba. Solo para darles la conveniente palmadita en la espalda.

—¿Habéis estado donde el Roque?

—Pagaré, seguro —contesta Ulises—. Creo que le hemos convencido. Le hemos dado una semana.

—Bueno. Que pague, ¿eh? No querría tener que romperle la cabeza al yonqui ese. Por cierto, ¿qué tal está?

—No muy bien. Por lo de ser un yonqui. No le doy mucho de vida.

—No fastidies, hombre. La verdad que en el fondo me da pena. Ya os suelo decir, y por algo os lo digo, que yo conozco a todos los que me deben dinero como si los hubiera parido. Porque, claro, antes de que me lo deban he hecho negocios con ellos. Y yo, con quien hago negocios, pues lo considero casi familia. El Roque este era buen muchacho, lo ha malogrado la zorra esa de

novia que se echó. Que había que verlo antes y comparar con cómo está ahora. Nunca te echés novia ni mujer, Ulises. Fíjate en lo que me pasó a mí. A Chus no le digo nada porque como nada cuenta de su vida, pues me figuro que le va divinamente, ¿o no?

Chus menea la cabeza y sus pelos se sacuden por encima del cabezal del asiento.

—Más o menos, Fernando —musita.

Ulises asiente mucho cuando escucha los consejos de Fernando. Quiere causar la impresión de que los graba a fuego en su memoria. Cuando ve que el jefe ha terminado, sigue con otro asunto:

—Tienes a un tal Ángel Verdasco de Vega esperando en casa.

—¡Coño, qué despiste! Claro, joder, el del Florencio. Pues nada, vamos para casa que ya hemos perdido tiempo bastante. Ah, ¿tenéis algo que hacer esta tarde?

—Lo que mandes.

Por un momento Fernando agrava sus modos.

—Antes de sentarme a comer me ha llamado el Tomás, el hijo de la Florentina. Ha encontrado al Maru con el pieza ese del Antoñito, el de la pescadera. Parece que estaban los dos más pasados de heroína que su puta madre, caminando por una cuneta perdida. No me lo puedo creer, alguien de mi familia. No me lo puedo creer.

Chus continúa conduciendo como si no escuchara más que el ruido de los neumáticos. Ulises, mucho peor actor, se lleva las manos a la cabeza.

—Fernando, es increíble. ¿De heroína (*hegoína*)? Es intolerable. Tienen que ser las malas compañías.

—Coño, claro. El Maru es buen chaval, lo que pasa es que no razona como su primo, el Paulino. El Maru se deja llevar. Así que habrá que encontrarlos a los dos, a él y al Antoñito, y... convencerles... de que dejen de verse.

—Seguro. Yo me encargaré (*encaggagé*).

El BMW avanza a trompicones dejando pasar a la multitud que se arroja a los pasos de cebra como queriendo perder la vida.

—¿Tenéis vosotros idea de quién le puede estar pasando la droga al Maru?

Ulises mira a Chus conteniendo la respiración. El melenudo parece no inmutarse. Está atento a la carretera, contestando a las preguntas con gestos. En este caso, negando. Es bueno que sea así de callado, al menos para Ulises. Aunque, sin que sepa por qué, le fastidia que su compañero se comporte. «No

eres mejor persona que yo, Chus», se dice. Después de pensarse la respuesta un rato, habla.

—Ni idea, Fernando. No podemos saberlo. Seguro que es el propio Antoñito quien la consigue con el dinero del Maru.

—Bueno —Fernando aprieta mucho las cejas—. Pues ya no le va a dar más. Encargaos de encontrarlo cuanto antes.

—Claro —contesta Ulises sin quitar el ojo de encima a Chus que, a su vez, no le quita el ojo de encima a la carretera.

El coche ha salido de la zona más concurrida y circula por el barrio de chalets cercano al Parque del Cidacos, desde donde se ve la torre de la catedral. Se detiene ante la entrada de un chalet grande: cenefas con relieves de dioses griegos, puerta adintelada, multitud de fuentes. Una baldosa junto a la verja de acceso con una inscripción: Villa Rosas.

—Vamos a tener mucha faena estos tres días —termina Fernando mientras se baja del coche y empieza a caminar hacia el chalet—, lo siento si teníais planes.

—Estamos para servirte, Fernando —grita Ulises sacando la cabeza por la ventanilla para que su jefe le escuche alto y claro.

Chus y Ulises se quedan solos en el coche. El melenudo no dice nada. Se baja y saca un cigarrillo negro de un paquete muy estrujado. Junto a la puerta del vehículo, lo enciende y mira a las nubes.

—Oye, Chus —dice en voz muy baja—. Gracias por no contar lo del Maru.

Chus le da una larga calada al cigarrillo. Ulises no sabría decir si ese rostro en suspenso es sincero o fruto de unas dotes interpretativas excepcionales.

—¿Y por qué iba a decir nada? —contesta el melenudo.

—No lo sé. Por quedar bien delante de Fernando. Yo qué sé.

Chus agita el pelo y ahoga una sonrisa, como si lo que acaba de escuchar no se le pudiera pasar por la mente ni en un millón de años.

—Yo no hago esas cosas, Ulises —su voz suena apagada y ronca de no usarla.

Cada vez que escucha estas frases de boca de Chus, a Ulises le parece estar recibiendo una reprimenda. Y por eso no le gusta. No obstante, tiene que seguir disimulando.

—Escucha, le pedí dos mil al yonqui para repartirlos, mil para cada uno. No te creas que no contaba contigo.

—No sé, Ulises —dice el otro circunspecto—. Yo no los quiero. Quédate tú

los dos mil, que la idea ha sido tuya. Yo no voy a decir ni mu.

Ulises vuelve a arquear las cejas. ¿Es que no hay nada de este muchacho que pueda predecirse?

—Está bien. Si eso es lo que crees, yo me quedo dos mil.

15:25

La Grande se come un sándwich de atún en el asiento del copiloto. Ramírez la observa. El gesto de la teniente es el de quien no aprecia comer cualquier cosa en cualquier parte. El de quien echa de menos los dos platos, postre y café. Ramírez conduce el viejo Nissan Patrol lo más suavemente que puede. Aún así resulta imposible evitar baches que sacuden las manos de la Grande. Cada vez que esto ocurre, él se gana una mirada depredadora. Ramírez no ha almorzado ni ha tenido la prudencia de traerse un bocadillo. Se ha pasado la mañana esperando junto al Patrol, tal y como se le ha ordenado: ahora sus tripas muerden por dentro. Siente el peso de una penitencia burlona. Pero admite que, si cumple sin rechistar todo lo que su teniente mande, tal vez pueda aprender algo. Aunque la primera impresión haya sido decepcionante.

Primero ha estado un buen rato esperando en el patio de la casa cuartel. Después, la Grande ha decidido que quería volver a ver con sus propios ojos el lugar donde fue hallado el cuerpo de la muchacha. El Patrol todoterreno conforma un cuadrado metálico: cada bache, un terremoto. Los brazos de Ramírez titubean al volante, una rueda de molino. Teme que las piezas del coche exijan su independencia, que vayan desparramándose por el camino a su antojo. Aún así, consiguió llevar a su teniente hasta la cuneta del kilómetro tres de la carretera LR-281, la que conduce a Quel, muy cerca de Arnedo. Es una cuneta que ejerce mucho de cuneta, hecha de sal roja sangre. Comienza con ella un llano que se rompe abruptamente en elevaciones correosas de piedra púrpura, colinas que se levantan allí donde uno esperaría simplemente la continuidad. Las escoltan algunas siluetas negras rectangulares que circunscriben vuelos a altura vertiginosa: los buitres. Entre esos cerros intrusos y la carretera recta se distribuyen plantaciones de tomate, vid, melocotoneros, olivo, huertas de verdura. Parece mentira que puedan crecer sobre una tierra tan parecida al riego sanguíneo, bajo un cielo remoto pintado de oxígeno puro.

Unos diez metros más allá del kilómetros tres de la carretera LR-281, a alguien se le ocurrió excavar una fosa y esconder el cadáver de una joven de tan solo catorce años. Cuando llegaron allí esta mañana, la Grande hundió bien las suelas en la tierra cárdena. Caminó diez metros hasta el huerto en silencio, procurando no engancharse en las ramas de las vides. La escena del crimen continuaba acordonada con esos precintos plásticos que invitan más a curiosear que a alejarse. Alguno ha quedado ya suelto, azota el aire a lo loco con un ruido semejante a la tos seca: parece sentarle mal la libertad de movimiento. Ahí no queda nada por ver. La fosa ha sido levantada. Se ha tamizado su arena partícula a partícula. Se han tomado fotografías esperando encontrar más huellas de zapatos, fibras de ropas, gotitas de cualquier cosa que contenga ADN. Nada. Ahora la plantación está desierta. Desde el lugar del enterramiento se ve el chamizo donde el hortelano guarda sus aperos.

—Ramírez —preguntó la Grande—. ¿Se acuerda usted de quién era el dueño de este huerto?

Ramírez se acordaba, cómo no se iba a acordar. Pensaba que sus primeros días en el cuerpo iban a estar ocupados en controles de alcoholemia y de documentación, tareas de mantenimiento de la casa cuartel y guardias, muchas guardias. Lo siente mucho por la niña, por sus padres, por el pueblo. Pero para él un suceso así trae consigo una oportunidad de aprender, de salir de la monotonía. Por supuesto, se siente culpable cuando piensa estas cosas: agita la cabeza fuertemente de lado a lado para pasar a reflexiones menos perversas.

—El hortelano se llama Tomás Jiménez. Tornero jubilado. Tiene ya setenta años y se viene al huerto para entretenerse. Uno de esos que se lo vio hacer a su padre toda la vida y ahora sigue por afición.

—Ya.

A lo mejor era verdad que la teniente no recordaba la información. Pero parece más probable que estuviera examinando a Ramírez. Después de lo del polígono, se siente como haciendo equilibrios en la cuerda floja. En cualquiera de los dos casos, debía ser preciso.

—¿Y cómo y cuándo lo encontró, niño?

Su larga figura dibujaba una sombra parecida a la de los postes de las cercas: reptaba por el suelo, estirándose sobre los terrones y las raíces (la sombra de la Grande no se estiraba, sino que se esparcía). La brisa le agitó el cabello, le llenó las vías respiratorias de polvo. Se negó a toser. Contestó de

memoria.

—El señor Jiménez... ejem... El señor Jiménez declaró que pocas veces viene por aquí. Ahora un poco más, por lo de los espárragos. Y su declaración ha sido confirmada por su familia y por... jjmmm... la gente de Quel. Pasa casi todas las tardes jugando al mus en el bar y además está apuntado a clases de Internet... Unos cursos del Ayuntamiento.

—Tú lo has dicho.

—Sí. El otro día se dejó caer por aquí porque un vecino le pidió la parrilla. La de las chuletas, ya sabe...

—Que sí, hombre.

—Y alguna gavilla de sarmiento.

—Pero el chamizo está muy lejos y no podía ver nada desde allá.

—Tomás Jiménez ha declarado que escuchó ladrar a un perro con mucha insistencia, y que se acercó temiendo que le estuviera escarbando en... ejem... los espárragos.

—Y entonces encontró el cadáver.

—Pero no encontró ningún perro.

—¿Ha puesto ya algún perro en la lista de sospechosos?

Ramírez se irguió: dos pelillos en la frente coronaron toda su largura.

—Es broma, Ramírez —dijo la teniente.

El joven observó a su superior. Confiaba en que se iba a agachar de pronto a recoger alguna nimiedad. Se iba a levantar con ella en la mano diciendo: «Aquí lo tenemos». Y entonces, en un instante, el asunto quedaría resuelto con un luminoso latigazo de ingenio. Pero no fue así. La teniente inspeccionó casi sin mover los pies. Su mirada efectuó un barrido circular a lo largo del huerto. Inmediatamente regresó hacia el coche.

—Tengo hambre —dijo. Y fue entonces cuando desenvolvió el papel de aluminio con el sándwich de atún que ahora mastica.

Han pasado pocos minutos. Se encuentran de vuelta hacia Calahorra. Lucía come el sándwich mientras Ramírez reflexiona acerca de la naturaleza de su trabajo. La carretera se encuentra en buen estado, lo que deja las oscilaciones del Patrol sin justificación. El chasis gimotea como el remolque de un tractor.

—¿Qué opina usted, Ramírez? —pregunta la teniente con la boca llena de atún y mayonesa.

—¿Qué opino de qué, mi teniente?

—Niño, del muerto, de qué va a ser.

—Creo... creo que en estos casos el culpable suele encontrarse entre el círculo más cercano a la víctima, mi teniente. Además, tenemos constancia de que el padre y algún que otro pariente traficaban con drogas.

—Ya. ¿Alguna vez has trabajado con la comunidad gitana?

—No, mi teniente.

Pronto el Patrol entra en Calahorra. Se queda mal aparcado en la plaza de la catedral. La teniente no quiere intimidar a los Chamorro con ese coche.

Dejando a la derecha la catedral, la pareja enfila por una calle para peatones. Es allí donde se queda lo cosmético. El barrio que continúa, el extremo sureste de la ciudad consiste en un conglomerado heterogéneo de ladrillo construido con ladrillo destruido, de hormigón armado con hormigón desarmado, de cubiertas de teja con tejas partidas que cubren el suelo. Aquí se levanta una casa de tres pisos con una buena mano de pintura, desde dentro les alcanza el sonido de un *home cinema* recién adquirido. Poco más allá una edificación sin pared en la fachada deja un patio sembrado de escombros para que los chavales jueguen o para que algún yonqui alivie su impaciente ansiedad. A esa hora no ven mucho transeúnte. Se cruzan con un niño de unos once años que sostiene en la mano las llaves de un coche.

—Qué pena —susurra Lucía observando las estrechísimas bocacalles—. Esto podría ser un barrio precioso.

—Según me han contado —explica Ramírez—, las casas pocas veces se restauran. Han ido perdiendo su valor y la gente originaria de aquí las vende por cuatro duros. Se muda a barrios más nuevos.

—Y más feos.

—Eso. Así que estas zonas van siendo ocupadas por personas de poco dinero. Aquí viven muchos gitanos. En otros lugares del casco viejo se concentran los inmigrantes. Por ejemplo, cerca de la Ronda, donde es casi imposible dormir por el ruido de los bares. Hay ahí muchos marroquíes que tienen sus tiendecitas, sus bares, sus carnicerías, nada de cerdo, ¿me entiende? Y también muchos sudamericanos.

—Gente que viene a trabajar al campo.

—Sí. O a las conserveras. Trabajan duro y tienen que vivir encima de un bar de copas, aguantando la música y los gritos de los chavales.

—¿Cuánto tiempo lleva usted en Calahorra, Ramírez?

—No demasiado. Llegué un par de meses antes que usted, creo.

—¿Y cómo sabe ya tanto de esta ciudad?

—Me gusta leer, enterarme.

—Si al final va a ser usted uno de los mejores guardias que voy a tener en la casa cuartel. Al margen de sus visitas a los polígonos en camiseta, claro.

Pronto se acaba la callejuela. Se adentran en el Arrabal. A la puerta de un garaje, pegado con *cello*, un folio escrito con rotulador negro: «PROVIDO APACAR DELANTE». Por supuesto, no se contratan vados al Ayuntamiento. Sus propias leyes municipales y sus propias leyes ortográficas.

Silencio. Hay un joven de pelo largo brillante sentado en un poyo. Fuma cigarrillos. Se asoma una mujer por la ventana del primer piso. Conversan. Sus voces son lentas y bien saboreadas al partir de los paladares secos.

Por fin se encuentran junto a la puerta de los padres de Nuria Isabel. La casa parece de las buenas, lo que no implica que se trate de un palacio. La puerta es nueva, listones horizontales barnizados: impenetrable. Cámara de vigilancia, Lucía sabe qué significa eso.

—Esta gente no vive mal.

—Claro, Ramírez. Portero automático por cortesía de Fernando Rosas, le apuesto lo que quiera.

Ramírez se dispone a apretar el botón del timbre. La teniente le sujeta la muñeca antes de que lo haga. Se lleva el índice a los labios solicitando silencio absoluto. Se quedan esperando un buen rato. Un buen rato. A Ramírez se le hace eterno, no tiene ni idea de qué hacen: la teniente no se lo quiere explicar. Se escucha en el interior el sonido de unos pies que retumban. Bajan unos escalones de madera. La puerta de la calle se abre: un chaval de trece años. Al encontrarse de morros con los uniformes se queda petrificado e inhala una bocanada de aire que tarda en salir. Luego intenta cerrar la puerta en las narices de los guardias. Lucía reacciona rápidamente y coloca el pie, sus zapatos brillantes, entre la hoja y el quicio.

—Hola —saca un papel arrugado del bolsillo, se lo planta al chiquillo en la cara—. Esperamos no molestar. Tenemos una orden judicial para poder entrar en esta casa, echar un ojo y hablar con los dueños. Es por lo de Nuria Isabel.

El niño se queda quieto unos instantes, pero reacciona.

—Ya aviso yo a mi «papa».

Y se da la vuelta estirando el pie para subir ya corriendo los escalones. Lucía no es tonta: lo sujeta por el hombro con firmeza pero con mimo.

—No, mi niño, no te molestes. Subimos todos juntos.

Los escalones crujen bajo el peso de la Grande y vuelven a su posición natural incluso cuando Ramírez pisa sobre ellos, unos centímetros más atrás. El niño muestra cara preocupada.

—Buenas tardes —saluda Lucía al entrar en una pequeña salita atestada de personas, unas mujeres ancianas vestidas de negro apretujadas en un tresillo de piel, unos hombres de rostros cincelados a ciegas repartidos en sillas. Todos ellos se concentran en torno a una mesa rectangular sobre la que hay una botella de licor y café. En total Ramírez cuenta doce personas en un espacio de unos diez metros cuadrados, así que tocan a menos de un metro por persona. Una enorme araña de cuentas de vidrio ilumina los doce rostros con un misticismo de santería: todos se han vuelto hacia la pareja. La lámpara es de un tamaño desproporcionado, entorpece la visión de otros adornos de mucho gusto, como un florero chino con filetes plateados y bermellones. La mujer que se sienta en el centro del sofá rompe a llorar con muchos ayes, levanta las manos a lo alto como si la araña fuera el Espíritu Santo y las cuentas de vidrio los ángeles.

—... ¿Que no tengo yo bastante? ¡Qué desgracia! ¿Qué he hecho, Dios mío de mi corazón, Virgencita, qué maldición nos ha...?

Las mujeres que la escoltan a cada lado se echan sobre ella para intentar darle consuelo y una le dice «¡Ay qué desgracia!» y la otra «Virgen Santísima». Y los hombres se quedan tan tiesos como sus sillas de madera, las manos sobre los muslos. Lucía identifica al padre de Nuria Isabel al extremo de la mesa de centro. Este se levanta para recibir a la autoridad pero descubre que su cara queda oculta por la lámpara: tiene que volver a sentarse para mirar a los visitantes.

—¿Qué quieren ustedes?

Ramírez sabe que si no tuviera a su lado a la Gran Teniente le temblarían las piernas. Pero ella permanece bien plantada, respetuosa porque en la casa se ha sufrido una terrible pérdida, y sin embargo recta.

—... ¡Ay, el amor de Dios!

—... Calma, mi hija, calma...

—... Esto es una prueba del Espíritu Santo...

—... ¡Ay, ay, ay!

Surge una agitación incómoda: los hombres aprietan los puños, las mujeres lloran y se abrazan y levantan las frentes al techo, las cuentas de vidrio de la lámpara se menean salpicando de reflejos líquidos los rostros de los

presentes, el niño agacha la cabeza como si hubiera roto el jarrón chino de un balonazo. La teniente levanta el papel con la orden y le dedica una mirada amable a toda la parroquia.

—Lo siento, señora Chamorro. No quisiéramos importunar, pero tenemos esta orden para hablar con ustedes.

—... ¡Ay, ay, ay!...

—... ¡Que no quieren importunar, dice, tú has visto, la señorita!

—... Una maldición sobre esta casa...

—... Desvergüenza...

Las voces, sinceramente dolidas, sinceramente lacerantes.

—Señorita, yo ya dije todo lo que tenía que decir, señorita —contesta el padre.

—¿Es usted Mateo Chamorro?

—Yo soy, señorita.

Ramírez mira hacia la escalera. Está vacía, pero jura haberla oído crujir. Por el rabillo del ojo ha podido pasar una sombra furtiva. Acerca la mano a su pistolera. Ella esgrime en la punta de los dedos la orden judicial.

—Señor, tengo una orden para hacerle unas preguntas.

—Ay, señorita. ¿Más preguntas, señorita? Yo no sé nada, señorita.

Ramírez cree observar un cruce de miradas entre los que están sentados, los más jóvenes.

—Ay, señorita, más preguntas no, señorita —sigue el padre.

—... ¡Maldición sobre esta casa! ¡Que Dios me ampare!... —clama la mujer.

De debajo de la mesa se asoma un perro pequeño, gruñe al zapato de Ramírez y vuelve a ocultarse. El niño levanta las cejas a uno con barba, pelo algo largo y dientes perfectos. Luego disimula chiflando imperativamente al perrillo para que no moleste.

—Ay, señorita, ya he contado todo lo que tenía yo que contar, por el amor de Dios, señorita.

La teniente da un gran paso adelante para dejar la orden sobre la mesa. Solo para eso. Y entonces ocurre. La tensión hace que ocurra. El joven de dientes perfectos malinterpreta el paso adelante de la teniente. Se levanta de su silla. La agarra por el hombro tratando de impedir una imposible agresión a Mateo Chamorro. Ramírez actúa en auxilio de su jefa. Agarra al de dientes perfectos retorciéndole el brazo derecho. Suena un clac. Un ay. Otro joven se levanta

rápido y empuja a Ramírez al mismo tiempo que el chucho surge de debajo de la mesa y le empieza a morder la pernera rugiendo como una desbrozadora mecánica. El niño huye escalera abajo.

—¡Ay, ay, ay! —chilla la señora Chamorro.

—¡Asesinos! ¡Asesinos! —chilla la mujer que está a la derecha de la señora Chamorro.

—¡Virgen! ¡Virgen! —chilla la mujer que está a la izquierda de la señora Chamorro.

En segundos se efectúan multitud de movimientos torpes: el espacio reducido, una mano vuela por aquí, un pie se impulsa mediante una silla, eleva la figura de un joven muy moreno, la lámpara que se balancea y se agita, luces pirotécnicas, sonido de cascabeles. A la de tres la teniente está rodeada: prácticamente inmóvil.

—¡Más preguntas no, señorita! ¡Más preguntas no, señorita! —grita el padre alternando palabras con extraños mugidos.

Un sonido pesado se derrama sobre la mesa. Algo ha golpeado en ella, algo metálico.

«Ya está», piensa Ramírez, y se zafa de Dientes Perfectos con una llave bastante efectiva, y vuelve a sonar clac en su omoplato y vuelve a escucharse el ay pertinente. Ramírez se ve por un segundo libre. Lo suficiente para sacar la pistola. Primero la levanta bien en alto, que se vea. Desea no tener que disparar al techo porque no sabe qué efecto podría tener. Prefiere gritar.

—¡Alto! ¡Alto! ¡Quieto todo el mundo! —nunca pensó que pudiera sacar tanta voz de su pecho. Recuerda a Tejero entrando al Parlamento y se siente incómodo.

En un instante se hace el silencio. Solo la pobre señora Chamorro sigue sollozando, recordando a Nuria Isabel.

—¡Ay, ay, ay! ¡Mi hija! ¡Mi familia! ¡Que me la lleven!

Ramírez está tenso, necesita una señal que le confirme que no ha vuelto a meter la pata. El perrillo aún mastica su pernera: lo ignora con éxito. La lámpara se balancea y crepita y despidе destellos arco iris y algunas cuentas quedan sembradas por el suelo. Los hombres que rodean a la teniente se apartan levantando las manos. Entonces ella extrae su arma. Ahí está la confirmación de que Ramírez no se ha equivocado.

—Siéntense ustedes —chilla la Gran Teniente.

A los dos segundos no queda nadie en pie en la estrecha habitación. Todos

se sientan en las sillas con las manos en alto, excepto las mujeres que siguen llorando abrazadas las unas a las otras en el sofá. Ramírez mira hacia la escalera. Teme que el crujido que escuchó traiga algún peligro o que el crío que escapó corriendo vuelva con ayuda. La teniente parece preocupada por algo.

—¿Qué es eso?

Se refiere al objeto metálico que ha caído sobre la mesa. Un tubo de acero de unos veinticinco centímetros, rodeado de esparadrapo en algunas zonas, con un canal en el costado y un resorte que mueve un pasador terminado en punta en el interior del caño.

—¿Qué es eso? —ella sabe muy bien qué es, Ramírez también, aunque nunca lo había tenido tan cerca. Le da una patada al perro que sale volando hacia el tresillo: ahora ya puede aproximarse para examinar el objeto.

Dientes Perfectos toma la palabra.

—Nada, señorita.

—Nada, señorita —repite ella en tono burlón—. Eso es un arma de fuego casera y es ilegal. ¿A quién se le ha caído?

Todos se empiezan a mirar y a repetir «A mí no», «A mí no», con gesto bobalicón y pueril. Es inútil.

—Ramírez, mire a ver qué más llevan.

Él toma aire y busca paso entre el estrecho espacio que deja la mesa de centro. La gorra le tropieza en la lámpara, es demasiado alto. Uno a uno les obliga a levantarse. Desde que la pistola ha aparecido sobre la mesa ha habido un cambio en el clima de la salita. La señora Chamorro ya no llora, mira a su alrededor con ojos saltones de sorpresa y tensión, incrédulos. Sin embargo, el que empieza a romperse en sollozos es Mateo Chamorro.

—Ay, qué desgracia —dice—, que yo he perdido una hija, señorita, yo he perdido una hija, mire usted, y aquí me vienen a echarme la culpa como a los perros, que no nos dejan tranquilos y somos gente de bien, gente de bien, señorita, ¿tú te crees que hay derecho a esto? Ay, qué desgracia, señorita, ay, qué desgracia.

Ramírez es minucioso: palpa el torso, las axilas, los tobillos de todos los hombres presentes. Cuando termina, sobre la mesa hay otro artilugio casero hecho con una tubería. Y una pistola Llama M82 del ejército español. También un cuchillo de caza y un par de navajas. Mateo Chamorro, que no lleva ningún arma, sigue suspirando.

—...Ay, que se nos quieren llevar, que no tienen piedad de nadie...

Algo revienta en los nervios de la señora Chamorro. Se levanta del sofá y empieza a señalar a su marido con el dedo.

—¡Tú! ¡Tú! ¡Animal! ¡Animal! ¿Cómo me puedes hacer esto a mí? Ay, madre, ay madre...

Las otras dos mujeres intentan tirar de ella, sentarla, pero resulta inútil.

—... ¡Ay madre! ¡Quieres mi ruina, desgraciado! ¡No has tenido bastante con lo de tu hija! ¡Quieres que te maten! ¡Que nos maten a todos, a mis hijos, a los hijos de mis hermanos, a los hijos de mis primos! Ay, ay, ay...

La lámpara repiquetea ante el dedo índice de la señora Chamorro, el perrillo gimotea y por un momento parece maullar como un gato. Luego la señora aparta la mesa de centro de una patada, casi proyectándola contra Dientes Perfectos. Las tazas, la botella de licor, se van a hacer compañía a las cuentas de vidrio que siembran el suelo. El perrillo escapa ladrando. La señora avanza hacia la teniente, que no sabe qué hacer. La señora se arrodilla ante ella, la señora la toma de la mano izquierda.

—¡Por el amor de Dios, señorita, por el amor de Dios! Yo sé que usted es buena, que se le ve en la cara y además me lo han contado. Por el amor de Dios, llévelos. Lléveselos a todos porque me los matan. Me los matan o acaban ellos matando, que no tienen ni conciencia, no tienen cerebro. Ay, ay. ¡Que os van a asesinar! ¿Es que no veis? ¿Es que no veis?

Las mujeres del tresillo recogen a la señora Chamorro, tiran de ella por las axilas. Esta ya no puede decir nada porque llora a moco tendido. Los hombres se mantienen muy tiesos en las sillas mirando las armas: Ramírez retira las balas.

—Oiga —dice la teniente al guardia—. Hágame el favor y llame a dependencias y dígales que envíen unos cuantos coches, que tenemos aquí unos detenidos por posesión de armas de fuego.

—Señorita —interrumpe Mateo Chamorro—. Yo no llevaba armas de fuego, señorita.

—Eso tendrá que decidirlo el juez. Por el momento estará mejor en el cuartel que en casa, Don Mateo.

16:00

—¡Roque! ¡Roque! Joder, me cago en la puta. ¡Hay hormigas en el azúcar! ¡Roque, dónde coño estás!

Roque vagabundea por lo que antes era un salón. Sus calcetines barren el polvo que hay en el suelo. Solo quedan algunos restos de parqué adheridos a las esquinas. El rincón más al oeste de la casa aún parece habitable: aquí la tarima no ha sido arrancada del todo. Casi cuatro metros cuadrados de elegante parqué ocultan el feo suelo de tierra. Cada mañana Roque arranca un trocito. Empezó con esa costumbre el buen día en que descubrió que el depósito de gasóleo del jardín estaba vacío. Entonces se dio cuenta: el tipo que lo rellenaba no había aparecido en varias semanas. En la entrada, un prominente montículo de cartas recibe a diario el correo. Las cartas quedan tal y como caen, sin abrir ni leer, coronando el montículo el primer día, dejándose enterrar los siguientes. En ese caos se han perdido las facturas del suministrador del gasóleo, el primer, segundo, tercer aviso antes del corte. Se olvida de las cosas. Es igual, por aquel entonces ya no hubiera podido pagarlo por mucho que le hubiera prestado atención.

Ahora las protestas de Lidia se escuchan con claridad. Roque echa un último vistazo al rincón oeste. Aún se podría hacer una foto de ese lugar encuadrándola de tal forma que pareciese parte de una casa de campo bonita: no solo conserva el parqué, también está allí la única ventana de la casa que encaja con el marco, cortinas y una cómoda en buen estado. Poco a poco el

rincón oeste sucumbirá como el resto. Consumido el parque, quemarán la cómoda, que antes será utilizada para fumar base de coca, y las cortinas acabarán encontrando una imprescindible función como papel higiénico. Pero hoy por hoy supone una diminuta muestra resguardada que habla bien de lo que un día fue la casa.

Roque llega hasta la cocina. Encuentra a Lidia sentada en un taburete, sollozando sin lágrimas, el pelo largo enredado entre los dedos. Él se detiene en el umbral como haría un fantasma. Está acostumbrado a los ataques de llanto sin sentido de Lidia. Antes pensaba que se debían a la menstruación, pero hace ya casi dos años que a Lidia no le baja la regla. Así que ahora sufre porque a Lidia hay algo que la apena, pero él no puede adivinar qué. Se siente impotente al respecto. La mesa de la cocina es otro de los muebles que se conservan tal y como eran. En un extremo Lidia ha volcado una taza de café espeso. No vale la pena discutir si lo ha hecho a propósito. En el centro, un tarrito contiene azúcar. Se mezcla con unas motas negras animadas. Desde donde está Roque, no puede apreciarse en concreto qué son.

—Hay hormigas en el azúcar —declama Lidia como el fin de una tragedia—. ¿Cuánto va a durar esto? ¿Es que no comprendes lo cansada que estoy?

Un ligero tambaleo mantiene a Roque en su sitio. No le vienen las palabras. Aún no se le ha pasado del todo el puestazo de antes. Afortunadamente. Cuando abrió los ojos, tumbado en el colchón de la habitación, con su cara a pocos metros del lugar en el que Antoñito había defecado, casi ya no se acordaba de la visita de Ulises. Ahora todos esos recuerdos vuelven a la vez y le sacuden la espina dorsal.

—Esto no es lo que yo quería cuando era pequeña —sigue Lidia—. Yo jugaba a las princesas con mis hermanas, como todas las niñas del colegio —otra vez lo de las princesas, se dice Roque—. ¿Tú qué niña te piensas que de mayor quiere vivir en una casa sin suelo, llena de mierda y con hormigas en el azúcar? —y apoya sus argumentos con irregulares manotazos sobre la mesa que acaban transmutándose en un llanto seco y cabizbajo.

—Lidia, te prometo...

—Me prometes... Cuando me ha cogido Ulises caminando por la carretera y me ha metido en el coche casi me cago de miedo, Roque. Casi me cago. Cuando empecé contigo, ¿sabes lo que me gustó de ti?

—Me lo has dicho.

—Que eras el puto amo y no te chistaba ni Dios, cojones. Y ahora ves que

traen a tu novia secuestrada y no tienes huevos para salir de casa y enfrentarte a esos.

Ahora Roque levanta un poco la voz, que también tiene su paciencia.

—Esos tíos tienen armas, y da la casualidad de que les debo un huevo de dinero. Y no te quiero recordar quién insistió en que me metiera a trabajar con ellos hace cinco años. Yo era muy feliz trabajando en Cadreita, viviendo en mi piso y pasando las tardes tranquilo en el Nicolás. Cojones, no envidiaba a nadie.

—Claro, querías vivir el resto de tu vida como un gañán, en sesenta metros cuadrados de mierda y tocándote los huevos con tus amigos. ¿Es que nunca has tenido ganas de ser alguien, Roque? ¿Cómo se puede tener tan poca ambición?

—Claro que tuve ganas. Tantas como tú. Y los primeros meses con Fernando Rosas fueron muy bien.

—Menudo hijo de puta.

—No es tan hijo de puta.

—Es un hijo de puta.

—No me jodas, Lidia. Mientras vendí lo que me pasaba estábamos a buenas —por primera vez a Roque se le intuye algo de entusiasmo en la voz—. ¿No te acuerdas de los regalos que nos hacía cuando pulíamos toda la farlopa antes de plazo? Ese tío es un hacha. ¿A quién se le iba a ocurrir si no llevar este negocio como si fuera una empresa de las de Madrid? Incentivos a los comerciales, aunque vayan por libre. Joder, menudo artista.

—Yo no he visto que los empresarios de Madrid secuestren a las novias de sus vendedores.

—Comerciales. Ahí los llaman comerciales.

—Que les den por el culo.

—¿Qué es, que no puedo hablar? Oye, Lidia, no sé cómo pero vamos a saldar esta deuda. Puedo vender la casa. Algo me darán. Con eso me voy a Galicia. Aún me quedan contactos por allí. Podemos conseguir dinero.

—¿En una puta semana?

—Joder, puedo hablar con Ulises, contarle el plan, pedirle tiempo.

—Ulises te está estafando dos mil, ¿pero qué chorra te crees que va a hacer por ti?

—Hablaré con Fernando, pues.

—No seas gilipollas. Tardarás más de un mes en vender este chamizo. Más

de un año si me apuras. Y nadie te prestará dinero. Nadie te fiará en Galicia. ¿Quieres tener una deuda con los de allí?

Roque se deja caer en una banqueta. Dentro del frasco de azúcar las patitas de las hormigas resbalan en el cristal cuando intentan trepar. Acaban resbalando al fondo. Al menos pueden comer hasta reventar, piensa Roque. Él aún tiene varios gramos de jaco escondidos. Quizá también pueda comer hasta reventar, quizá sea una salida.

Lo que hace ahora Lidia también lo conoce Roque: de pronto su rostro muta y toma los rasgos de los ángeles, su voz, la más pura de las amabilidades. Es como el juego del poli bueno y el poli malo en una misma persona.

—Eres un mierda, Roque —dice con toda la dulzura que permite la frase—. Te falta valor. Así que creo que la información que te voy a dar ahora mismo no va a servir de nada. Pero aun así voy a tratar de hacer el esfuerzo de convencerte porque creo que nos puede sacar de esto y yo aún no he perdido la esperanza de ser feliz. Podemos solucionar nuestra deuda. Vender esta casa. Irnos, no sé, a Canarias. Tú siempre has querido ir a Canarias. Montar un chiringuito con la venta. Desengancharnos. Sabes que para desengancharse es importante la tranquilidad, Roque.

—¿Qué pasa?

—Me lo dijo el Rubén.

—¿El de las tragaperras?

—Sí. Ese que de vez en cuando me da dinero para que podamos comer. Tú y yo, Roque.

—¿A cambio de qué te da dinero?

—Roque, cojones, cariño, eso no viene al caso. Pero el otro día se le escapó algo que es interesante. Esta Semana Santa el Nuevo Casino va a tener clientes.

—¿El del Casimiro?

—Sí. Aún no sé cómo, pero se las va a apañar para que el Principal y la Unión no puedan abrir este año.

—¿Eso te ha dicho el Rubén?

—Sí.

—¿Y tú le haces caso, maja?

—Joder, Roque, que pareces tonto —la Lidia combativa se deja ver de nuevo por un breve instante—. ¿Que no sabes que el Rubén está en buenas relaciones?

—Cago en diez, buenas. Ya. ¿Y qué?

—¿No te das cuenta? Toda la pasta de los Borregos va a estar en el mismo local, sin nadie que lo vigile. Todo el dinero encima de la mesa o en los bolsillos de la gente. Billetes de cincuenta, los más pequeños. La Guardia Civil ocupada buscando al que mató a la muchacha esa. ¿Sabes lo fácil que puede ser?

—Que puede ser qué.

—Atracarlo.

—¿Estás de coña? —Roque se levanta, sobresaltado por escuchar algo que nunca debería haber salido de la boca de nadie—. ¡Atracar los Borregos! Vete a tomar por el culo, Lidia, quieres que me maten.

Pronuncia estas últimas palabras al aire, abandona la cocina. Cruza el salón con paso firme hacia el exterior. Mientras, una letanía asombrada que no cesa entre sus dientes: «... Atracar los Borregos, anda que tiene cojones. Que me voy a meter yo a...». Roque sale de la casa y coge la manta que ha dejado colgada de la barandilla del porche. Diez pasos le llevan hasta su silla de playa y allí se sienta y se cubre con la mugrienta manta y refunfuña mirando hacia los viñedos.

Asimilada la primera reacción, Lidia sale de la casa por la puerta principal, pasitos cortos y veloces. Bajo el brazo izquierdo lleva un trapo de cocina que envuelve algo. Se coloca tras el respaldo del asiento de Roque. Le acaricia el cuello. Roque cierra los ojos. Parece haberse calmado.

—Tú nunca has estado en los Borregos de Calahorra —dice él—. Las mujeres no pueden entrar. Hay decenas de personas, personas del campo o de la construcción. Todas ellas pedo, se bebe mucho. Se envalentonan, les gusta jugar a ver quién es más macho. Quién toma más copas, quién apuesta más, quién habla más alto. Habrá gente conocida. Uno solo no puede controlar a tanta gente con un cuchillo o un palo.

Lidia, en su versión más tierna, sigue manoseando la nuca y el pelo de Roque, que parece satisfecho con el laxo masaje de ella.

—No, no he estado; pero me lo han contado tantas veces que es como si no me lo hubiera perdido nunca. Puedes ir más tarde de las doce, cuando los que se envalentonan ya no se tengan en pie. Habrá suficiente para pagarle al Fernando Rosas un adelanto, y reservaremos una parte para ir a Galicia a comprar. Te pondrás algo en la cara: un pasamontañas, una media... Y no llevarás ni una navaja ni un palo.

Lidia se desliza tras la espalda de Roque hasta sus rodillas, disfrazada de gatita. Se agacha. Sobre el regazo deja el trapo de cocina. Está abultado y pesa. Roque se teme lo peor. Desenvuelve el paquete sin ganas porque ya sabe lo que va a encontrar dentro. Al terminar arroja el trapo al suelo. En sus manos hay una pistola. Una pistola muy extraña, parece antigua, como esas que salen en las películas de la Segunda Guerra Mundial. Esas que siempre llevan los nazis. Pero no, es un poco diferente. No tiene el cañón tan agudo y la abertura donde se introduce el cargador no se encuentra en la empuñadura sino en la parte inferior del arma, delante del gatillo. Las cachas muy redondeadas, barniz rojizo bien conservado. Roque la toma en sus manos, la mima con los dedos, la sopesa.

—Estamos muertos.

—¡Eres un maricón! —espeta Lidia, que se levanta de un salto y corre a refugiarse a la casa.

16:15

Una mesa de billar. Pero no, no es de las habituales. No tiene seis agujeros, uno en cada esquina y otros dos en el centro de las bandas. Tampoco luce una superficie absolutamente lisa, como las de billar francés, ni parece tan grande como las de chapó. El único orificio que Ángel ve en la mesa se encuentra en el ángulo superior derecho.

Un muchacho de unos veinte años le ha traído coñac. Es un chaval delgado y nervudo, muy moreno, de ojos negros tamizados por espesas pestañas. Le agrada su mirada, parece inteligente. Le ofrece a Ángel un periódico.

—El tío Fernando no tardará en llegar. Ya estaba en camino.

—De acuerdo.

No le gusta que le hagan esperar. Nada. En otras circunstancias se habría marchado, fuera quien fuera. Pero hay momentos en los que no se puede elegir.

—¿Le molesta que fume? —pregunta el muchacho.

—En absoluto.

El muchacho enciende su cigarrillo. Se aleja hacia la mesa de billar extraña, lanzando aún miradas al titular que domina la portada del periódico que Ángel tiene sobre el regazo: «Nuria Isabel murió de un solo disparo». El

diario es *La Rioja*, se edita en Logroño. De allí han llegado periodistas con grabadoras digitales y bolígrafos sobre la oreja. De allí y de Madrid y Barcelona, y de todas partes de España. Redactores, locutores, productores, cámaras. Gente que cuenta el día a día del pueblo en castellano, catalán, euskera o cualquier idioma que le apetezca, ante objetivos electrónicos y micrófonos cubiertos de coloridas alcachofas o teléfonos móviles con la batería cargada hasta arriba. Periodistas de medios serios o delegados del entretenimiento antropófago. Materia prima para telediarios, documentales de profunda veracidad, abyectos magazines televisivos con presentadoras de pechos operados, minutos de silencio en estadios de fútbol, tertulias radiofónicas chillonas y corrillos callejeros de barrenderos y gentes sin mejores cosas que hacer. Periodistas. Aparecieron cuando se supo la desaparición de la niña. Ángel, sin embargo, desliza la portada de *La Rioja* con indiferencia. Las páginas grandes y blandas del periódico ondean en sus manos sin decir nada. Las letras podrían licuarse y caer en chorros de tinta sobre la alfombra.

Se encuentra en una sala bastante grande. Unos cincuenta metros cuadrados. Ángel accedió a ella por una gran puerta de doble hoja. Lo primero que llamó su atención fue la mesa de billar. Luego una televisión con un partido de fútbol a todo volumen. Y después, el mal gusto del decorador: trofeos de caza; chimenea de mármol blanco con querubines y motivos vegetales labrados; una fotografía de gran formato, como las que distribuyen los dictadores por sus edificios públicos, el retrato de un hombre moreno, sonrisa dentada, curiosos ojos redondos, que coge de la mano a una mujer vestida con traje de noche rosa infestado de volantes y lazos. El fotógrafo los ha situado de espaldas a un fondo azul eléctrico. Algo en la sonrisa de los modelos hace creer que ninguno desea estar ahí. Ángel traga saliva, un leve gesto de resignación. Piensa que quizá este trance le sirva para reconciliarse consigo mismo. Ahora se sabe capaz de luchar cuando el peligro acecha a Adela y a los niños. Capaz de rebajarse hasta tener que pedir favores a personas con las que no compartiría un taxi. Capaz de cualquier cosa. Menos de decirles a ellos, a su familia, qué está ocurriendo. No. El respeto es lo último en claudicar, tanto en los negocios como en la vida íntima. El arma definitiva de su seducción se encuentra en su personalidad potente y poderosa. Reconocer un error la echaría por tierra, sería el principio del fin. Antes que hablar con ellos para tomar el primer avión rumbo a un país lejano,

prefiere agotar todos los cartuchos; aunque eso suponga suplicar a un hombre que vive en la frontera de la escoria y se alimenta de ella.

La segunda razón por la que Ángel admiraba a su padre es que ni él ni su madre supieron de ninguno de los trapos sucios que hubo de lavar mientras vivió. Siempre se mostró, Florencio Verdasco, capaz de resolver todos los problemas él solo. Sin la egoísta necesidad de recurrir a su esposa para encontrar consuelo. Él mismo se metía en ello, él mismo salía. Y nadie más debía ser incomodado. Aparte de que, como le había oído decir muchas veces, la familia supone un estorbo en esas situaciones. Cuando uno cae en un aprieto necesita conservar la cabeza fría y huir de las dosis de sentimentalismo que inoculan amigos y parientes a la hora de negociar. Florencio supo hacerlo así. Y Ángel es sobradamente capaz de imitarlo.

El muchacho está buscando algo en los cajones de una cómoda. Ángel deja el periódico. No se encuentra a gusto en la sala. El sillón parecía correcto al principio, pero el material del que está hecho cruje y hace que le sude el culo bajo los pantalones. El partido de fútbol que emite la tele es una redifusión. Cuartos de final de la Eurocopa 2008, España e Italia. Los locutores narran las jugadas como si no las hubieran visto antes. Gritan como niñas ante un cantante guapo.

El chaval vacía sobre la mesa de billar un saquito de terciopelo. En él hay bolas. Se desparraman por el tapete de fieltro verde y corren libres hasta chocar con las bandas. Son bolas pequeñas, la mitad del tamaño de una pelota de golf. Ocho. Ángel conoce multitud de juegos de salón, pero nunca había visto semejante cosa. El chaval empuja todas las bolas hacia una esquina: la opuesta a la que tiene el único agujero de toda la mesa. Coloca las bolas haciendo una fila diagonal.

—¿Le molesta si apago la televisión? —pregunta.

—No. Casi lo prefiero.

La sala queda en silencio. Ahora parece menos espantosa.

El chico toma una varilla de unos cuarenta centímetros de largo. Tiene la forma de un amasador de cocina, pero mucho más delgada, como de un centímetro y medio de grosor. Como esos palos que se utilizan en los bares para fijar los periódicos a un soporte. Sostiene la varilla en el aire, con las dos manos, la aproxima a la hilera de bolas. Aparenta estar apuntando al orificio del ángulo opuesto. Respira hondo, relaja el cuerpo. Empuja todas las bolas de una vez con la varilla. Las bolas ruedan alegremente por la mesa rumbo al

agujero. Las que ocupan el centro de la hilera se cuelan en él limpiamente. Las de la izquierda y la derecha rebotan contra las bandas y cambian de dirección hasta ser tragadas por la abertura. Solo dos bolas quedan sobre el tapete. El rostro del muchacho parece satisfecho.

La puerta de doble hoja se abre de par en par. De golpe. Ángel se sobresalta. Un hombre bajito y algo grueso entra casi como dando brincos. Una pronunciada sonrisa se desborda por los lados de su rostro. Todo en esa cara parece que vaya a salir hacia fuera. Metros antes de llegar a Ángel, el hombre ya tiene la mano estirada, se la ofrece en señal de saludo.

—¡Verdasco de Vega! —retumba una voz rasgada y profunda.

Ángel se levanta lentamente, nota con desagrado que sus pantalones se mantienen adheridos a sus nalgas.

—Don Fernando Rosas.

—Fernando, hombre, llámame Fernando. ¿Cómo es tu nombre?

—Ángel.

—Ah, sí. Ángel. Como tu abuelo, si no me equivoco.

—Sí. ¿Le conoció?

—Pues de ahí, cuando andaba por Madrid con tu padre. Algún día fueron a verle tus abuelos y a mí me sacaron a comer un par de veces con ellos. Buena gente. Me hacían sentir muy bien, como si fuera de la familia. No es normal que en Madrid la gente de buena posición lleve a comer a un hombre de raza gitana a un restaurante.

—Mi padre nunca le vio como a una persona de posición inferior.

—Tu padre era un hombre con un par de cojones, me puedes traer aquí una Biblia y te lo juro por lo más sagrado. Y tus abuelos también. ¿Ya has conocido a Paulino? —pregunta señalando al chico, que se entretiene en la mesa—. Paulino, ¿no te habré hablado yo veces de Florencio Verdasco?

—Sí, tío. Unas cuantas. Y me ha enseñado usted cartas.

—Se empeña en tratarme de usted —dice dirigiéndose a Ángel.

Ángel los observa como un naturalista a una manada de lobos. Procurando comprender, en un primer acercamiento, para actuar con más familiaridad en el futuro.

En la sala entra un hombre alto. Los zapatos marcan un ritmo legionario en las baldosas.

—Ulises —le dice Fernando—, este es Ángel. Vamos a meternos los tres un rato en el despacho a ver qué nos cuenta, ¿de acuerdo?

Ulises sacude la mano de su invitado como bote de salsa.

—Encantado. El jefe siempre nos habla de tu padre. Es un modelo para él.

Ángel recoge una cartera de piel oscura que ha dejado en el suelo y les sigue por un pasillo. Unos instantes después se encuentran en el despacho. Fernando Rosas se sienta tras un escritorio colosal cuyas patas son cuatro cisnes que levantan el cuello. Ángel ocupa una butaca de terciopelo negro junto a Ulises. Fernando toma un puro de una caja de caoba. Tanta caja para un puro tan malo, piensa Ángel: malos puros en cajas buenas, malos cuadros en marcos carísimos, malos programas en televisiones de medio millón de pesetas. Cuando le ofrecen a él un cigarro, Ángel se excusa.

—Lo estoy dejando.

Ulises también lo rechaza.

—Este es un deportista, todo el día en el gimnasio. Pero anda que no te pones de farlopa, ¿eh Ulises?

—Hombre, ya no, Fernando.

—Sí, bueno, lo que chorra digas. Que sepas que te tengo vigilado, majo.

Y rompe en carcajadas haciendo vibrar los platos de una alacena dorada. Ángel sonríe forzosamente para no resultar antipático. Sin que nadie le pregunte nada, Ulises se ha levantado de su asiento y al volver le acerca otra copa de coñac. Ángel no se niega. El cigarro de Fernando se rasga en una nube de humo. Fernando ríe, Ulises ríe. Y Ángel, entonces, ríe. Aunque solo sea por no desentonar: el comentario no le ha hecho gracia.

No entiende a la gente de provincias. Ni a la gente que procede de la clase trabajadora, aunque trate con muchos. Ni a la gente de pueblo. Si se suma todo ello en uno, es decir, un tipo de clase trabajadora de un pueblo de provincias, el resultado es extravagante para él. No asimila qué tipo de educación debe de haber recibido alguien para que le importe una mierda bajar al bar con zapatillas de felpa. O para hurgarse con un palillo entre los dientes hasta extraer un trozo de carne entreverada que luego se observa con actitud triunfal y ojos de absoluto pasmo. Se le escapa a la imaginación cómo pueden dejar pasar la vida de partida de mus en partida de mus, de vaso de orujo en vaso de orujo, con el único objetivo de preparar unas fiestas patronales mejores que las del pueblo vecino.

Su padre, sin embargo, fue soldador. No lo necesitaba, por supuesto: sus abuelos eran ricos. Pero en aquellos años aún quedaban románticos que querían conocer de primera mano las vidas de aquellas gentes que luego iban

a manejar a su antojo en despachos y carpetas. Marxistas de salón que querían ser marxistas de taller para poder ejercer como mejores marxistas de salón. Ese retorno del taller al salón se forjó con ambición y trabajo: Florencio recuperó el lugar destacable que le pertenecía por derecho. Era ese el tercer motivo por el que Ángel lo admiraba. Ahorró peseta a peseta, como un juego, hasta conseguir lo suficiente para su primer negocio. Lo que ganó, lo reinvertió. A los pocos años del primer beneficio ya tenía un piso en el Barrio de Salamanca, era socio de un club de golf y se sentaba a cenar con concejales franquistas. Todas esas muestras de riqueza no le importaban más que como inversión. Apariencias que dejaban de ser vacuas cuando se traducían en nuevos negocios, imposibles de ejecutar desde un apartamento en el Carabanchel de aquella época, ni conduciendo un seiscientos ni bebiendo sol y sombra en Casa Quique. Cuando se hizo con su propia riqueza, surgida de sus propias manos, volvió al hogar del padre. Se sentó ante él y solicitó la parte del negocio familiar que le correspondía, ahora que ya había demostrado que sabía cómo llevarlo. Ángel odia que le cuenten esa historia.

—Dime qué ocurre, Ángel —pregunta Fernando—. Que no te quiero hacer perder el tiempo.

El invitado se endereza en su asiento. Pega un trago de coñac y deja el vaso sobre una mesa auxiliar que hay a su lado.

—No sé por dónde empezar.

—Por el principio —Fernando deja escapar otra carcajada que Ulises celebra.

—Necesito ayuda.

—Ya. ¿De qué tipo?

—Protección —responde Ángel intentando no sonar desesperado.

—¿Por qué?

Ángel tropieza con un telón espeso. Sus palabras no suelen ir nunca tan lejos. Ya le parece que se ha sincerado bastante. Si este hombre le debiera tanto a su familia como dice, le prestaría toda la ayuda posible sin hacer preguntas. Pero hoy día, ¿quién hace eso?

—¿Te suena de algo Vernesa?

—¿La constructora? Por el amor de Dios, si ha edificado media España.

—Más que en España, nuestro negocio se concentra en la costa croata y otros países emergentes. Por eso no somos tan conocidos como otras.

—¿Es tuya?

—Gran parte.

—Joder —la risa de Fernando vuelve a saltar a escena como un molesto *poltergeist*—, entonces ayúdame tú a mí.

Ulises, en segundo plano, da continuidad a la ola de alegría de su jefe.

—No es tan sencillo. Hay cosas que si se supieran no solo serían mi ruina, entiéndeme. Bancos, inversores, acreedores. Ya está bastante mal el sector nacional. Las promotoras que buscan espacio en el extranjero son las únicas que funcionan. Pero si se supiera todo, en fin, sería como un tiro de gracia. Es algo muy confidencial. Solo tres o cuatro personas en mi empresa lo saben.

—Ya —responde Fernando—. Ulises, ¿por qué no vas a explicarle al Paulino la tarea para hoy?

Ulises se levanta sin un reproche.

—No te preocupes, Ángel. Prefiero no saber ciertas cosas. No me darían más que problemas.

—Ya te llamo yo en unos minutos —aclara Fernando mientras Ulises abandona la habitación—. Es un buen tipo, ya lo ves. Lleva conmigo desde que tenía quince años. Le cogí cariño. Un soldado, si le ordenas obedece.

—Parece noble.

—Pues no sé yo. Se cree demasiado listo. ¿Qué te ha parecido Paulino?

—¿El chico?

—Sí, el chico. ¿Te parece muy joven?

—No lo sé. ¿Joven para qué?

—Tiene veintitrés. A mí me quedan todavía cinco años de energía si Dios quiere. Cinco años, sí, aunque ojalá fueran menos. Y en ese tiempo aprenderá, ¿eh? Es como una esponja, puedes creerme. Y además lleva mi sangre, es sobrino. Espero mucho de él. Bueno, ¿qué cojones has liado en la constructora?

—Solo puedo decirte que estoy en problemas.

Fernando se reclina en su sillón y toquetea el puro con las manos. El tono lento de Ángel no parece que le haga perder la paciencia. El despacho entero se está cargando de una niebla fétida. El humo echa raíces debajo de la nariz de Ángel, que bebe licor. La mirada de Fernando, tan redonda y expresiva, es algo que nunca ha visto en el rostro de otra persona. Parece estar diciendo: «Cuéntamelo». El tiempo sin palabras llega casi al minuto. Los dos hombres están estudiándose, midiéndose. Ángel empieza a convencerse de que no

puede entrar en casa de nadie y pedir dinero sin dar un motivo. Sus aires de superioridad cosmopolita se asfixian bajo el humo del puro. Un humo que dibuja siluetas en su cabeza: las siluetas de Pablo y Esther, sus hijos, y también la de Adela. «Cuidado, Ángel, mide lo que cuentas».

—No es fácil. Las cosas no son como dice la prensa económica. Hace unos años hicimos mucho, pero mucho dinero. Urbanizamos gran parte de la costa cercana a Dubrovnik. Cuando invertimos, hace ya casi una década, la guerra de Bosnia no estaba tan lejana y el terreno y la mano de obra aún no salían muy caros. Enseguida se disparó la demanda. Franceses, alemanes, italianos... Todos querían una casa en la playa. Todos compraban sobre plano. Nos llenamos los bolsillos.

Es el discurso más largo que Ángel pronuncia en los últimos quince años.

—Bien hecho. Y de forma honrada.

—Eh, sí.

—¿Qué pasó?

—Pues pasó que cualquiera que tuviese dos dedos de frente podía darse cuenta de que el negocio inmobiliario no nos iba a dar de comer mucho más.

—Si me di cuenta yo, amigo mío...

—Así que continuamos con los negocios de promoción, pero diversificamos nuestras inversiones. Uno de mis socios viajó a Estados Unidos. Tenía varios contactos en buena posición. Todavía no había estallado la crisis de las hipotecas *sub prime*, aún pasarían meses. De recesión ni se hablaba. Allí contratamos a un tipo, uno de esos expertos en bolsa. Y empezamos a meter dinero. La premisa era ganar mucho a corto plazo. Arriesgar. Era la época. No había quien nos parase. Y aquí empieza lo turbio. Un día me llama mi secretaria. No localiza a nuestro *broker*.

—Oh, oh, oh. Búscalos en las Caimán.

—Ojalá. No. El *broker* apareció. En su casa. Estaba atado a la cama. Llevaba puesta una máscara de cuero.

—Fetichista.

—¿Sabes de lo que te hablo?

—Gestiono doce clubes, no te imaginas lo que se puede llegar a ver.

—Más que eso. Tenía... bueno... una cosa metida por el culo. Cicatrices por todas partes.

—Sí, ya lo sé. ¿Y qué decía?

—No decía nada. —Ángel da un trago largo al coñac y se queda

concentrado en el líquido. Luego toma aire y vuelve a hablar—: Le habían cortado la garganta.

—Ah. Pues no estaba en las Caimán.

—No estaba en las Caimán. Faltaban cosas en su piso, la tele, el equipo de música. La policía cerró el caso: homicidio por robo. No encontró ni una huella ni una gota de sangre, ni de semen, ni de nada que no fuera de nuestro broker. Era un tipo de fiar, primo de uno de nuestros socios. Con una carrera impecable. Además, los dos primeros meses nos había ingresado beneficios importantes. Nadie se había molestado en supervisarle, estábamos muy ocupados con la parte inmobiliaria y gastando nuestro dinero.

—Deberíais haberlo hecho.

—Claro. Cuando abrimos las cuentas que él manejaba, desde las cuales invertía, descubrimos que contenían la magnífica cantidad de quinientos dólares.

—Ave María Purísima.

—Sí. Quinientos dólares.

—¿Dónde se había ido el resto?

—No tenemos ni idea. Rastreamos todos los movimientos por caminos falsos que no llevaban a ningún lado. Parece increíble, pero se había esfumado todo. Quizá fueran expertos en informática que supieron cómo borrar sus huellas. Descubrieron las aficiones del tipo y se aprovecharon de ello. Se metieron en su casa y le obligaron a mover el dinero. Y luego le mataron para que nadie pudiera seguirles la pista.

—Parece un buen plan.

—Sí. Al principio no estábamos tan acojonados. Nos quedaba la parte inmobiliaria del negocio. Es cierto que necesitábamos el dinero de la bolsa para financiar los proyectos que ya estaban en marcha. Así que uno de nosotros se encargó de ello y abrimos la sociedad a nuevos inversores. Falseamos un poco la contabilidad y nuestra reputación como constructores hizo el resto. A los pocos días había varios tipos ricos deseando meter dinero.

—¿Pero?

—Pero llegó la crisis. Se paraliza la construcción. No se vende un solo piso. Ni aquí, ni en Europa. Y además nuestros negocios en bolsa no dan tantos frutos. No somos expertos. Pero tampoco queremos volver a confiar en nadie de fuera. Llega un momento en que lo único que tenemos es nuestro prestigio. Los periódicos y los programas de radio cuentan maravillas de

nosotros. Se nos ve en galas benéficas codeándonos con Botín o con Solbes, con presidentes de clubes de fútbol. Así que solo necesitamos maquillar un poco los balances, conseguir nuevos inversores que tapen el hueco que han dejado los anteriores y confiar en que vuelva la construcción.

—Ay, ay. El timo de la pirámide. Eso es más viejo que yo.

—Sí, pero no. Esto es algo temporal.

—Ya, cuéntame una de indios y vaqueros.

—Es cierto, Fernando. Es temporal. Uno de los socios lleva un mes en Rusia. Cuando tuvimos problemas con la construcción, vimos que Asia era el único frente que seguía activo. Lo subimos a un avión con un maletín de billetes y una agenda llena de números de teléfono. Es un tipo listo. Ha hablado mucho, viajado mucho y sobornado mucho. Ha hecho grandes progresos. En dos semanas nos habrán asignado una promoción enorme que no solo cubrirá las inversiones de la pirámide, sino que además nos hará ricos. Si no te lo crees puedes leer esto.

Ángel abre su cartera de piel y saca un *dossier* bien encuadernado. Se lo tiende a Fernando. Este lo abre y lo mira. Pasa un par de páginas, se detiene en algún gráfico. No emplea más de diez segundos en él.

—De acuerdo. ¿Y dónde está el problema entonces?

—El problema, el gran problema, me lo han traído dos tipos del negocio. Se llaman Javier Jiménez y Juan Campra.

—No los conozco.

—Ni falta que hace. Son dos muertos de hambre. No habían visto un duro en su vida. Ganaron algo con materiales de obra a base de extorsionar a constructores del sur de Madrid. Del tipo de gente que le dice a uno: o compras mis azulejos, que cuestan el doble que los otros, o te planto aquí un campamento de drogadictos que te van a hacer imposible ni terminar, ni vender.

—Entiendo.

—Buscaban dónde invertir. No tenían mucho, pero en ese momento cada migaja suponía un mundo. Ni siquiera son de nuestros inversores secundarios. Pero el hecho de haber sido pobres toda la vida los hace desconfiados. Los billetes debajo de la almohada, ¿sabes? Y para ese tipo de gente no vale la reputación. Nos pusieron un detective privado. Se dieron cuenta de que su dinero ya no existía. Y querían recuperarlo a toda costa.

—Ángel, si esos tipos son el problema, hay muchas formas de hacerles

entrar en razón. Estate tranquilo. Yo mando a Ulises con dos chavales y ya verás como los encuentras más pacientes la próxima vez. Es muy fácil.

—No —interrumpe Ángel—, no han sido tan tontos.

Ha llegado a la parte que más trabajo le cuesta contar. Coge el vaso de coñac de encima de la mesa y lo vacía en su garganta. Entra ligero, solo provoca un leve ardor al deslizarse hacia el estómago. Se frota los ojos. Nunca desde que tenía diez años ha llorado. Sonríe falsamente.

—El otro día salí de la oficina tarde. Iba a recoger el coche en el garaje. Estaba desierto y bastante oscuro. Tres hombres me esperaban. El más pequeño debía medir uno noventa. El que parecía llevar la voz cantante vestía ropa blanca. Les dio una orden en un idioma eslavo. Ruso, supongo. El *pequeño* sacó no sé de dónde una barra de metal. Me rodearon, me tiraron al suelo y me pusieron la barra en el cuello. No podía respirar. Creo que el de blanco era el único que hablaba español, con mucho acento extranjero. Me dijeron lo siguiente: Ángel Verdasco, venimos de parte de Fiódor, nos debes quinientos mil euros. Yo no conozco a ningún Fiódor, contesto. Ahora vas a empezar a conocerlo, sigue el de blanco. Ha comprado la deuda que tenías con Jiménez y Campra, ahora le debes el doble de lo que les debías a ellos. En ese momento casi me muero de miedo. No tenía ni idea de quién es Fiódor.

—Yo sí que sé quién es Fiódor —del rostro de Fernando se ha esfumado toda sonrisa—. Y estás en un lío si no devuelves el dinero.

—Pues entonces estoy en un lío, porque no lo tengo y me obliga a devolverlo el viernes. Me ha dicho que matará a un miembro de mi familia por cada día que me retrase.

—Lo hará.

—¿Por qué lo sabes?

—Es una regla del negocio. Si tú me debes dinero y yo te amenazo, digamos, con romperte el dedo meñique, tú me lo devuelves. Y si no me lo devuelves, yo te rompo el meñique. Porque, de lo contrario, pierdo el respeto de todos los que me deben dinero. Créeme porque lo he hecho, te lo juro por mi vida. Ahora mismo tengo a un yonqui de mierda con un ultimátum, porque me debe... Ni te lo imaginas. Me da rabia tener que cumplir las amenazas. Y aunque en el caso de este yonqui tampoco sé yo si se perdería mucho, aún le guardo cariño de cuando trabajaba para mí. Eso por un lado. Y por otro, conozco a ese buen señor, a Fiódor. Cuando llegó a España hacía

trabajos para un socio mío de Madrid. Mi amigo dejó de contratarle porque le daba miedo.

Un flujo de ácidos crece en el estómago de Ángel. Albergaba la esperanza de que se tratase de un farol.

—¿Qué puedo hacer?

—¡Virgen de la Valvanera, pagar! ¡Que es que hay que explicarlo todo!

—¡Pagar! No tengo quinientos mil. No puedo conseguirlos antes del viernes. Ninguna entidad financiera me los daría sin preparar una documentación que lo justificase. Mis socios están intentándolo porque también se juegan el cuello, pero no hay muchas expectativas. Tenemos toneladas de contabilidad que maquillar si queremos conseguirlo.

—Si no pagas estás jodido.

El invitado baja la cabeza descubriendo una escasez preocupante de pelo en la coronilla. Cada vez es menos fanfarrón, más patético. «No seas lila, Ángel», se dice. Pero a duras penas consigue retener las lágrimas, que en cualquier momento pueden explotar.

—Necesito protección. ¿Puedes proporcionármela?

—¿Contra Fiódor? No. Está muy bien relacionado, Ángel. Yo te juro por la tumba de mi padre que me gustaría. Mandar a un salvaje a tomar por culo. Pero, ¿tú sabes la que se organizaría? Podrían acusar a mis amigos de Madrid, implicaría a mis amigos de Francia. Todos se verían salpicados. No me pidas eso, por favor.

—Entonces estoy muerto.

—Puedo prestarte los quinientos mil. Antes del viernes. Mañana los tendrás aquí. Prometido como que me llamo Fernando. Cuando os salga lo de Rusia me los devuelves, pongamos a un cinco por ciento. Es un regalo. Mis préstamos no bajan del veinticinco, tenlo por seguro. Y aún te lo doy corriendo riesgos porque no sé si el dossier este de Rusia que me has dejado leer es un timo del tocomocho o qué es, que yo no entiendo.

Ángel: las ganas de llorar desaparecen. Dirige los ojos hacia esa persona pequeña y morena que está al otro lado del escritorio. Le dedica una mirada agradecida que será humilde por poco tiempo. La vanidad recupera terreno en su interior. Ha sido fácil.

Tres tonos a través del auricular. Luego una voz.

—¿Diga?

—¿Tino?

—¿Quién es?

—Tino —sonríe para imprimir una falsa alegría a sus palabras—, Tino, soy Roque, de Cadreita. ¿No te acuerdas?

Tino pierde unos segundos en orientarse. Roque le oye respirar suavemente al otro lado de la línea. Es como percibir su pensamiento buscando el recuerdo. La cabina de teléfonos desde la que llama se encuentra en una gasolinera a cinco kilómetros de Autol. Está expuesta al viento, se menea a merced del aire. Golpes sordos contra el cristal. Ya casi no hay cabinas, parecen una reliquia. Roque tiene su móvil, pero hay llamadas que solo deben confiarse a los cables.

—¡Roque! Cuánto tiempo, qué gusto oírte —la voz de Tino canta melancólicas canciones cargadas de expresión, como lo hacen todas las voces de acento gallego—. ¿Qué es de tu vida, hombre?

—Aquí ando —por el contrario, la entonación de Roque suena socarrona y simpática—. Escuché que habías salido. ¿Puedes hablar por esta línea?

—Parece ser que sí.

—¿Es verdad que estás otra vez en marcha?

Tino se lo piensa. No le gusta tratar esos temas por teléfono. Se prestan a una respuesta ambigua.

—No voy a decirte que no. ¿Qué iba a hacer?

—No sé. ¿No se te quitaron las ganas ahí dentro?

—*Na*. Es que no me queda otra opción. Tampoco se está tan mal. Salí ya hace seis meses, pero ya sabes que pasé una temporada en Venezuela, en casa de unos amigos. Y ahí pensé que era mejor volver a lo mismo. ¿Qué voy, a ponerme a pescar a estas alturas?

—Me alegro. Ya sabes que yo lo sentí mucho. Y que me tocó palmar un montón de pasta cuando se te llevaron.

—Ya lo lamento. Lo sé. Son cosas que tiene el oficio, ¿no? Pero te dejé nombres.

—Bah, no me han funcionado igual de bien. Tampoco había tanta calidad.

—Bueno, escucha, tengo aquí cosas nuevas. A lo mejor quieres recuperar el contacto.

—Pues por eso mismo te llamaba. ¿Igual de bueno que antes?

—Eh, escucha: mejor, paisano. Mis amigos de allí ganaron importancia y ahora manejan más. No hacen negocio trayendo a España de a poco, pero por ser para mí...

—Eso es cojonudo —justo lo que Roque quería oír.

—Solo que ya conoces la regla, la misma de antes.

—Prohibido cortarlo.

—La reputación es la reputación.

—No te preocupes, que eso a mí también me funciona. ¿Misma tarifa?

—Puedo bajarte un diez por ciento. Ahora me sale más fácil traer, no preguntes cómo. Es un sistema genial. Ya te lo contaré.

—Ya, por teléfono no.

—Eso. Estoy en el restaurante de un colega, en un teléfono público, pero nunca se sabe. ¿Cuánto quieres?

—Cincuenta mil.

—Eso está hecho. ¿Cuándo quieres venir a por ello?

—Mañana mismo voy si hace falta.

—Tú verás. Te estaré esperando. Trae el dinero en dos o tres bolsas de deporte distintas, envuelto en papel de periódico.

—Tino, escucha. El dinero no te lo podré llevar. Tendrás que esperar un poco.

—¿Qué?

—Que no lo tengo. En cuanto venda parte lo tendrás.

—Ey, ey, ey, para el carro, compañero. Que ya no puede ser.

—¿No?

—Me estoy reinstalando, no tengo un céntimo. Necesito liquidez rápido para pagar los envíos según me llegan, ¿entiendes? —de pronto el acento gallego no suena tan melódico.

—Venga, Tino —y la última sílaba cae en la súplica.

—Roque, lo siento mucho pero no va a poder ser. Si no tengo el dinero me busco un problema. Ahora voy con pies de plomo.

—¿Y si te doy sesenta mil cuando lo venda?

Tino suspira y su aliento cruza la península de Oeste a Este para llegar a Roque convertido en una ráfaga de aire que sacude la cabina de teléfono. Ahí afuera, el cartel de Campsa de la gasolinera se somete a un vaivén violento. Amenaza a un coche que se ha refugiado debajo.

—Mira, Roque, te voy a ser sincero. Primero, no puedo adelantarte mercancía porque es como adelantarte dinero. Y no tengo dinero. Segundo, no me fío de que me lo puedas devolver. Me contaron de ti. Hace poco estuve con Ramón Castro, ¿te acuerdas?

—Sí. Sí me acuerdo de Ramón Castro —contesta Roque pensando en ese tipo pequeño, calvo y pringoso que hacía la ruta directa desde Villagarcía con kilos y kilos ocultos en un tanque de gasolina.

—¿Es cierto que estás tan mal, Roque?

—¡Qué coño va a ser cierto! —por un momento pierde los papeles, olvida que en su diplomacia reside la clave del favoritismo que le profesan los proveedores—. ¿El gilipollas ese no te contó que lo tuve que echar a patadas de mi casa por faltarme al respeto? Está resentido. Menudo hijo de puta.

—Sí, me lo contó. Dijo que quizá se pasó un poco. Pero es que le debías un buen dinero.

Eso también es verdad. A Roque no se le ocurre ningún argumento para desmentirlo o para desviar la atención. Masculla unas palabras que Tino no llega a comprender. Se pierden en la larguísima longitud del cable telefónico.

—Si te fío cincuenta mil —continúa Tino—, ¿cuándo me lo vas a devolver? ¿Antes o después que a Fernando Rosas?

Roque aprieta los párpados. Tenía esperanzas de que esa información no hubiera cruzado los seiscientos kilómetros que separan La Rioja de Pontevedra. Parece que este mundo es más pequeño de lo que puede beneficiar a un insignificante camello como Roque. Todo se sabe. A fin de cuentas, mayoristas hay pocos. Pero suelen llevarse muy bien, por lo que les trae, con los capos que controlan los territorios. Evidentemente, Tino no puede fiarle la mercancía. Sabe que Fernando Rosas está antes que cualquier otro. Roque usaría el dinero para saldar la deuda con él. ¿Y luego qué? ¿Tendría que pedir otro préstamo para darle su parte a Tino?

—Escucha: cuando te cogí el teléfono me llevé una alegría porque pensé que estabas recuperado. Sabes que te aprecio, Roque. Pero no puedo hacer eso por ti. No ahora, que estoy en la cuerda floja.

—Claro, Tino. No quería abusar de tu confianza, ya me conoces —replica con un bisbiseo inseguro.

—Por supuesto.

—De aquí a unos días conseguiré pasta y te volveré a llamar.

—Estaré pendiente del teléfono. En cuanto encuentres financiación, ya

sabes que aquí tienes hecho el negocio.

—Gracias. Te llamaré.

—Eh, Roque. Buena suerte.

—Gracias. Muchas gracias.

Roque cuelga el teléfono. El aparato escupe unas monedillas de cambio. Estira los dedos para recuperarlas todas. Se sube la cremallera hasta la boca y sale de la cabina. Un termómetro digital en la gasolinera marca catorce grados. ¿Por qué tiene tanto frío? Sube al coche y piensa.

20:30

«Este imbécil que ahora me saluda así, sin saludarme, levantando la cabeza y emitiendo un absurdo ruido entre chiflido y sonrisa forzada, este imbécil aceptó beber conmigo más de un vaso», se dice Vicente, que camina bajo la luz artificial. Está anocheciendo. La oscuridad saca a la calle almas prístinas que quedarán inmaculadas al transcurrir la procesión. «Los limpiaba, los relamía, el cabrón. Se daba prisa en hacerlo y esperaba junto a mí mostrando su mejor cara de perro hambriento porque, a lo mejor, si me «pillaría» de buenas, y siempre estaba yo de buenas, caía otro vaso a cuenta de mi bolsillo». El imbécil en cuestión intenta hacerse el distraído cuando se cruza con Vicente. Ha mirado a su alrededor, a ver si alguien le va a descubrir en malas compañías. «Y aquí hay mucha, mucha gente. El imbécil me ha visto desde que he embocado la calle, hará unos veinte segundos. Veinte segundos en los que lleva pensando, a la poca velocidad que le da la sesera, cómo escatimarme el saludo. Primero ha hecho como si no se hubiera dado cuenta de que estoy aquí. Pero has fallado, lo siento, imbécil: estabas mirando justo hacia el lugar por donde yo he aparecido». Al toparse con él ha girado levemente el rostro. Como para hacerle creer que su atención se centra mucho más allá, en la cabeza de la procesión, que ya está por doblar la esquina, a unos cien metros. Pero Vicente ha ido caminando en la dirección que le han dictado los ojos. «Sabe que sé que me ha visto. Y entonces, ya cuando estoy solo a unos pasos, él pretende solucionar el trámite con un leve gesto de cabeza y un ridículo «pssstt». Pero hoy no. No va a ser así».

El paso ya casi ha llegado a la parte más baja de la calle. El séquito procesional que lo sigue se estira aún hasta el lugar de salida. A los lados, la

gente de Calahorra invade adoquines, portales, bancos, balcones, ventanas.

—¿Qué tal, hombre? ¿Qué andas? —saluda con una palmada regia en el hombro del imbécil.

—¿Qué vida? —contesta el imbécil, volviendo hacia él tan solo la cabeza, nunca el resto del cuerpo.

—¿Qué haces?

—Aquí, viendo las procesiones.

—Ya veo, ya. Muy bien. ¿No vas por el bar?

—*Psst.* A ver el fútbol.

—Ya, claro. Como antes, qué golfo —sabe lo que tiene que decir palabra por palabra—. El otro día me encontré con el Amador. Como ya no me paso nada por ahí, hacía mucho que no le veía. Le dije que se me hacía raro tenerlo de frente sin una barra de por medio.

—Ya —y el imbécil finge una patética risa.

A medida que la conversación se prolonga, el grupo de alrededor se da por invitado. Cuatro o cinco personas miran por encima del silencio. Miran con curiosidad. Esos rostros le son familiares, aunque no sabría decir por qué. Tal vez Vicente ha hablado de ellos sin conocerlos, críticas crueles entre vinos, que son las más divertidas. Y seguro que ahora ellos hablan de él. No iban a dejar escapar la oportunidad: un nuevo tema de conversación. Morboso, turbio y cercano. «El tipo que me hizo la casa», diría uno. «El de la reforma de mi tienda», diría el otro. El tema de conversación con el que Vicente quiere terminar. Comprende por qué existe, por qué ha nacido, por qué se ha extendido, dónde radica el éxito de su persistencia. Y va a utilizar esa comprensión para liquidarlo de una vez por todas.

«El Vicente, el albañil, le he oído decir que ya no va por el bar», dirá una señora a la hora de comer, quizá esa de abrigo de piel sintética que tanto aguza el oído junto al imbécil. Su marido le contestará: «Pues ahora que lo dices, antes siempre me lo encontraba ahí, y ahora hace tiempo que no le veo». Y la mujer repetirá la conversación ante sus amigas en la merienda de media tarde.

—Bueno, pues ya te veré por ahí.

—Claro, hombre. Cuídate.

Abrigos ligeros. Peinados clásicos, montículos de laca. Olor a perfume de señora mayor, *aftershave* de supermercado. Y de fondo la música intermitente y poderosa que va quebrando la calle: la Cofradía de la Santa

Vera Cruz. Vicente continúa calle arriba, caminando a la velocidad que le permite la multitud, que equivale casi a la velocidad a la que avanza el paso.

Su tema de conversación es el tema de conversación perfecto. Un regalo para el pueblo. Todos los ingredientes propicios para que la comidilla se repita en cafeterías, bares, casas, iglesias, clubes, asociaciones, peñas. Un protagonista popular, carismático, envidiado. Una trama desgraciada con un culpable fácil de identificar. Una víctima conmovedora. Un comienzo como de cuento, que podría formularse así: hace muchos, muchos años, Vicente no era más que un albañil. Cualquier tipo de contrato, cualquier obra, cualquier servicio. Ingresos decentes: pagaba un alquiler, un coche, el pan de cada día, el colegio.

Entonces, el bendito *boom* inmobiliario.

Cada antiguo solar abandonado en el centro de la ciudad, cada huerta colindante, cada mediana suficientemente amplia o parcela que pudiera albergar una vivienda de más de quince metros cuadrados se inundó en un abrir y cerrar de ojos de grúas, hormigoneras y obreros de todas las nacionalidades. La gente compraba cualquier cosa y a cualquier precio. La cuadrilla de Vicente tenía trabajo apalabrado para más de un año. Se permitía el lujo de cobrar mucho: los constructores sabían que su oficio valía mil veces más que el de cualquier inútil que se dedicara a esto por oportunismo.

Vicente hizo dinero. Llegaba para pagar dos hipotecas, para tener tres coches en la puerta y para dar un futuro mejor a las niñas. También para invitar a beber a quien quisiera acompañarle, cualquier día de la semana. Y parecía que iba a durar por siempre.

Entonces, el alcohol.

El carajillo a las once. A la hora de comer, en el restaurante de menús del día La Revuelta, le servían una caña: así se entretenía mientras esperaba mesa. Luego no hacía falta que pidiera vino: le llevaban la botella junto con el primer plato. Orujo con el café y, si no era lunes, un *gin-tonic*. «Para ir con esa borrachera, el cabrón está tan puñetero como siempre; ¿no me ha dicho que tire esta pared y la vuelva a hacer, que está torcida?» Vicente mantenía su reputación de perfeccionista incansable. Al mismo tiempo, se iba fraguando una muy distinta como borrachín incansable.

Entonces, el rumor.

Casi no hacían falta ni lenguas rápidas. Cualquiera que pasase por La Revuelta podía ver a Vicente. No por eso le escaseó el trabajo. Su buen hacer

seguía apreciándose. Muchos lo rodeaban para echar la partida al final de la jornada, se dejaban invitar. Las cartas se bañaban en vino y alguna copa. Vicente daba consejos a sus amigos, que seguían siendo peones o camareros o transportistas por cuenta ajena.

—Fíjate que yo estaba así, hombre, yo estaba así, por si te crees que no puede hacerse. Pero, ¿cómo coño iba yo a aguantar a un jefe que se pasaba todo el tiempo diciendo cómo y cuándo? A mí ningún jefe me puede dar lecciones porque yo sé mucho más que ninguno de ellos. Escúchame, te voy a decir una cosa, en esta ciudad no habrá quien domine la albañilería como yo. Pero eso es algo que se sabe desde siempre, porque es que nadie tiene ni puta idea. Entonces tú lo que tienes que hacer es coger y montarte tu propio bar, porque con lo que has aprendido aquí ya tienes de sobra para tu propio negocio. ¿Te crees que no se puede? Tráeme otro pacharán y te cuento cómo.

Cada noche había uno o dos momentos inspirados en los que Vicente arreglaba la tediosa e incompleta vida de aquellos que lo rodeaban tal y como se arregla un tabique en malas condiciones. Él pensaba que, al igual que lo llamaban para reformar casas, al bar era llamado para reformar vidas.

Entonces, un lunes.

Son las once y media de la mañana. Viene del bar de al lado. Cielo azul. Calor. El día perfecto para ser un día perfecto. De lejos avista las luces en el exterior del solar. El aire está tan luminoso que apenas se aprecian desde una centena de metros, con el sol sobre la cara. Una enorme grúa, al contraluz, corona la estructura hueca del edificio. En la base un par de camilleros extraen un cuerpo cubierto con una sábana. Un reguero rojo se desliza por un brazo que cuelga de la camilla por fuera de la tela. El brazo. Manchas coloradas se mezclan con las salpicaduras grisáceas del cemento adheridas a la piel. Un tatuaje en la muñeca, una flor de tonos desgastados. Ahora Vicente sabe de quién se trata. Nadie en concreto: uno más en la cuadrilla. La cuadrilla: caras de cuervo negro. Vicente va decelerando el paso, perplejos sus músculos faciales. Vuelve el dolor de cabeza, aparece la sed repentina. Lo reciben fríamente: se convierte en un punto equidistante a todos ellos.

Hay allí un fulano de traje oscuro. Uno del juzgado, procurador, secretario. O del Ayuntamiento, inspector, delegado, ya no se acuerda. Se acerca.

—¿Está usted a cargo de la obra? —pregunta, y Vicente se da cuenta de que lo hace por cómo le miran los demás.

No contesta.

—¿Está usted a cargo?

No contesta. Tiene sed.

—¿Dirige usted esta obra, me lo quiere decir? —tercera vez.

En esto llega un coche. Apura los frenos hasta derrapar porque viene deprisa. Aparca ante la entrada sin ningún cuidado. De él se baja el aparejador. Un hombre maduro con mucha experiencia, cara de palo, barriga gruesa, traje sucio. Viene jadeando. La primera vez que esto le pasa. No le importa ensuciarse los zapatos para entrar y dirigirse al médico que se apoya en el lateral de la UVI móvil. Desde donde está Vicente no se le oye hablar, pero el gesto del doctor es expeditivo. Corre hasta donde se reúne la comitiva. El tipo del traje negro se aproxima a él.

—¿Es usted el responsable de la obra?

—Sí —responde el aparejador.

—Tiene que venir conmigo.

Y Vicente lee en el rostro de sus compañeros: «Él era el responsable, pero tú eres Vicente».

Ocurrió hace ahora tres años. El promotor entregó una nutrida indemnización a la familia del fallecido por no procurarle los dispositivos de seguridad pertinentes. Vicente no. Su contrato no contemplaba responsabilidad en este caso. Pero su castigo también fue duro. No tardó en saberse que se encontraba bebiendo mientras el obrero caía desde el tercer piso. Ese chaval de la rosa en el brazo había aprendido con él todo lo que sabía. Pero no le había enseñado a utilizar un arnés. A Vicente le pesó la muerte. Alivió su conciencia bañándose en alcohol, la mejor excusa para haber olvidado el nombre del muerto. Bebió. Además, tenía más tiempo para pasar en La Revuelta: nadie ya le contrataba. Toda la confianza que se había ganado con los años se perdió en el lapso en que un cuerpo cae desde tres alturas. Aquellos operarios a los que les picaba algo la culpa, por no haber arropado más al novato, se la lavaron difundiendo el rumor de que Vicente era una esponja. Cuando llegó a oídos de alguien más importante, ninguna promoción volvió a contar con sus servicios. La cuadrilla se disolvió.

Entonces, el dinero.

El dinero se evapora, porque se lo bebe y porque tiene dos hijas que gastan, que son felices y jóvenes. En poco más de año y medio todos los euros que Vicente tenía colocados a plazo fijo habían casi desaparecido. La casa de la playa se malvendió. Se deshicieron de los coches.

Fue entonces cuando Marisa decidió que ya era hora de cambiar. Los buenos tiempos habían pasado, había sido agradable vivir en la despreocupación. Pero, de niña, sus padres no tenían un céntimo y no por ello había sido menos feliz. Ahora le tocaba entrar en juego. Marisa llevaba casada con Vicente más de veinte años. Pero recordaba a la perfección cómo se tira de una familia en tiempos de escasez. Tomó la redecilla para el pelo, el cuchillo de mondar y entró a la conservera, cualquier turno parecía bueno. Para las niñas se habían acabado las pagas de cincuenta euros. Vicente no podía dejar de beber, pero podía sustituir la Tanqueray por Gordon's. Ella soportaba privarse de todo. El abrigo de piel: no lo necesitaba antes, no lo necesita ahora. Su joyero se redujo a los pendientes de aquella Navidad, y también estaba dispuesta a venderlos: las perlas no se ven cuando el agua alcanza las orejas. Cuestión de prioridades. Había una, y solo una, a la que no se podía renunciar: la educación de las niñas. La cuenta en la que se ahorraba para enviarlas a estudiar a la universidad se mantuvo intacta.

Entonces, una tarde de verano.

Él despertó. No sabía por qué seguía en la cama. Cientos de tamborileros encerrados en su cráneo luchaban por escapar. Al salir de las sábanas se encontró vestido. Su camisa apestaba a vómito y a cenicero. Sus zapatos estaban salpicados de goterones oscuros. Se levantó y la tierra comenzó a girar en sentido contrario ante sus ojos. Y luego en el correcto. Y luego en el contrario. Y luego en el correcto. La habitación olía a bar, pero Vicente se percataba de que no podía ser, que lo que olía era la esencia fétida que le había quedado adherida a la pituitaria. Salió de allí esquivando trabajosamente la puerta. Se topó con Marisa frente a frente. Una masa alarmante trepó por su esófago. Tragó saliva.

—Vicente, la cuenta de la universidad de las niñas. Prométeme que el lunes iremos al banco y la cambiaremos para que yo sea la única titular.

Vicente asintió. Comprendió. Y se sorprendió a sí mismo. No estaba enfadado. Su familia no confiaba más en él. Era normal. Sensato. Se gastaría ese dinero en beber. De pronto le pareció abominable. Y quiso cambiar. Al día siguiente llamó a Alcohólicos Anónimos. Comenzó la terapia en cuanto pudo. El cambio de titular en la cuenta nunca se produjo, no fue preciso.

Nueve meses después puede presumir de no haber vuelto a probar una gota. Quiere presumir, que se le escuche. Las mismas voces, bombas de racimo, que le sacaron a patadas de su próspera vida, encarnadas primero en sus

compañeros, sus empleados a los que había dado un buen trabajo y había enseñado, luego en sus clientes y, más adelante, encarnadas en todo el pueblo, le servirán ahora para recuperar todo lo perdido. Así es. Tan simple como eso.

20:30

Nicolás nunca tiene frío. Dentro del local repasa un *Marca* que ya ha leído mil veces. Un jugador, en su opinión, de muy poco talento, ocupa toda la portada porque acaba de saberse que fichará por el Real Madrid. Aún queda un rato para abrir, pero disfruta de unas horas de tranquilidad alejado de la familia. Cuando llegan las vacaciones de Semana Santa el tiempo que pasa en el *pub* se dilata con cualquier excusa absurda. El local está solo ocupado por la penumbra. Ahí huele a humedad viciada por los restos del alcohol. El ácido del tirador de cerveza. Por supuesto, el rastro de la ginebra con la que ha fregado la barra. Nadie se pregunta cómo puede llevar una vida tan cómoda cuando su única ocupación declarada es la de regentar el *pub* Nicola's, de Cadreita. Que siga así.

Un ruido. Alguien golpea en la reja de seguridad. Nicolás se acerca al ventanal que da a la calle tras el futbolín. «Joder», piensa. Duda. Un primer impulso. Da unos pasos atrás buscando escondite en la sombra. Confía en que Roque no le haya visto asomarse. Vuelve a la barra con el *Marca*. Los golpes en la reja se repiten.

—Nicolás —algo que puede ser una voz entra atravesando el vidrio—. Ábreme por favor. Sé que estás dentro.

«Mierda», se dice Nicolás. Agarra un succulento llavero. Abre la puerta. Al otro lado de la reja hay una calavera oscura de cabello bien peinado a raya.

—Estás hecho una mierda, Roque. ¿Qué coño te has hecho?

—Ábreme, por favor.

Nicolás rebusca entre las más de quince llaves que cuelgan de su llavero. Desbloquea la reja. Hacía años que Roque no entraba allí. Lo encuentra todo como lo había dejado. Suelo y pared de baldosa fresca. La barra forrada en madera. El futbolín con muñequitos pintados de Osasuna y Logroñés. La cartelera de Rocky enmarcada junto a la máquina de tabaco. El reloj con el escudo de Osasuna. La camiseta de un pelotari, dedicada con su firma. Van

hacia la barra. Nicolás entra, ocupa el lugar habitual. Roque toma asiento frente a él en una banqueta alta y pesada.

—¿Te va bien? —pregunta Roque con la sonrisa de hueso.

—No me puedo quejar. Me dieron un susto y ahora ya no vendo nada.

Nicolás saca un tercio de Mahou de la cámara y se lo tiende a Roque sin hacer preguntas.

—Todavía te acuerdas de lo que me gusta. Gracias

—dice antes de pegar un primer trago, pequeño como una picadura.

—Si es que todavía te gusta. ¿Tú te has visto? No te reconozco. Nunca pensé que fueras tan tonto.

Roque retira la mirada y la deja caer al suelo. Abajo. De pronto algo se le quiebra. La primera vez en mucho tiempo. Quizá sea por haber puesto los pies en aquel lugar. Aunque no siempre se ha llamado Nicola's, el *pub* existe en Cadreita desde que tiene uso de razón. Ahí sentado había visto a Indurain ganar el quinto. La borrachera inaugural, a los trece años: Carlos, el anterior dueño, le puso un pacharán detrás de otro alegando que ya tenía cara de hombre. Lo decía con ironía por aquella pelusa, larva de bigote, que le brotaba en el labio superior. Junto a la columna había ligado con una chica que se dejó meter mano en la entrada de un garaje. Luego, ya en manos de Nicolás, ganó su primer dinero. Antes que nada, se compró una moto. Ahorró varias veces para viajar en vacaciones. Era feliz. Y entonces conoció a Lidia y decidió que lo que tenía no bastaba para ella.

De pronto Roque muestra los ojos húmedos y una tuerca se le aprieta en la boca del estómago.

—Necesito cincuenta mil euros. Estoy metido en un lío de cojones y es posible que me maten.

Nicolás deja que termine la frase, espera a que vuelva a escucharse el silencio. A los pocos segundos se descubre a sí mismo negando suave pero nerviosamente con la cabeza. Desde fuera entra el sonido de un grillo que ha llegado al anochecer. De debajo de la barra saca un par de vasos y les pone un hielo a cada uno. Los llena de Soberano: lo más fuerte que se le ocurre. Empuja uno de ellos hasta colocarlo debajo de la nariz de Roque, que aguarda inmóvil. Luego toma el suyo y le pega un buen trago.

—Roque, yo no tengo ese dinero.

—¿Qué podrías prestarme?

—Acabo de comerme una inversión, ¿no has oído que estamos en crisis? Y,

como te digo pues, ya no puedo vender en el local. Lo que he ahorrado estos años se lo están llevando mis hijos. Le tengo que pagar al David la licencia del taxi. ¿Sabes lo que cuesta? Podría prestarte cinco mil.

Roque coge el vaso con una mano temblorosa. Parte del contenido se derrama. La gran mayoría acaba en su estómago. Se limpia la barbilla con la manga. De pronto la mente se le va, sin saber por qué, a la pistola de Lidia.

—Yo te ayudé a ganar dinero. ¿No te acuerdas? Éramos un equipo cojonudo. Teníamos las mejores pastillas. El mejor éxtasis, coño. Droga de diseño de calidad, como a principios de los noventa. Hasta venía gente de Logroño, de Zaragoza, aquí, a tu bar. ¿Por qué? Porque yo tenía la puta conexión con ese laboratorio. Secreta. Solo para ti y para mí. ¿Te acuerdas?

—Sí, Roque, sí me acuerdo. No me quieras hacer sentir culpable. Te rogué que no te fueras con Rosas. Que no trapichearas con drogas duras. Te lo advertí, chico. También te aconsejé que no consumieras tanto. Y creo que la deuda contigo quedó saldada hace un par de años. Ya sabes cuándo y por qué. No me importa. Era tu amigo y lo sigo siendo... de lo que chorra quede de ti. Pero cincuenta mil... ¿De qué vas? ¿Crees que no sé que nunca me lo devolverías?

Roque reflexiona unos instantes y luego asiente. Cierra los ojos e inspira.

—Van a matarme.

—¿Por qué no vendes la casa, pues?

—¿Has estado por ahí últimamente? No, es coña: ya sé que no has estado. Tardaría mucho en vender esa casa. Necesito el dinero en una semana.

—Huye, Roque. Vete de aquí. Coge los cinco mil que te doy y lárgate lejos. Es lo único que puedo hacer. Te pido por favor que no vuelvas por aquí nunca.

La noche aún no se ha cerrado por completo. Una fina lámina de claridad se vislumbra entre un par de casas bajas que enmarcan el horizonte. Solo Venus y alguna otra estrella pueden distinguirse en el cielo. Al menos ya no hay nubes. Roque camina nerviosamente por la calle. Por momentos se detiene y vuelve a arrancar. Su mente no está en los pasos que va dando. Imposible. De pronto piensa en Nicolás. Un segundo más tarde, en Ulises. Después, por una décima de instante, la imagen de la pistola de Lidia vuelve a pasearse por su cabeza. Fugaz, provocadora. Roque tiene frío. Se encoge bajo el gordo anorak de plumas de color azul. Un caracol que se oculta en su caparazón cuando tiene miedo. Sigue habiendo poca gente por la calle. No se pregunta

dónde se esconde todo el mundo.

Llega hasta el coche. Lo vendería, pero lo necesita para llegar a casa. O para salir de ella. Toma las llaves. Por un momento duda. La llave en la mano. Se da unos golpecitos rítmicos sobre el labio. «A la mierda». Roque se guarda el llavero y echa a caminar.

Atraviesa la calle principal. Se cruza en su camino con un matrimonio maduro. Se le quedan mirando como si lo conocieran. Él también cree reconocerlos, pero sus nombres no le vienen a la mente. No se iba a parar a saludarlos en cualquier caso. No se iba a dejar interrogar. Un par de cuadras más allá hay un edificio de cuatro pisos que se levanta solo entre unas cuantas casas bajas, viejas. Se trata de un bloque pequeño de ladrillo con ventanas blancas y un balcón por planta. Roque se acerca al portal. Lo encuentra cerrado. Se arrima al vidrio de la puerta: pega las manos a él para ver el interior sin que le molesten los reflejos. Todo se conserva más o menos como siempre. Ahora allí cuelga un cuadro que él no recuerda. También cree que han aclarado el color de las paredes, pero no puede apreciarse con la poca luz que hay. El portero automático ocupa el lugar acostumbrado. Una placa de acero inoxidable con ocho botoncitos. Roque escoge uno. Su mano se mueve por un instinto reencontrado, así que no le hace falta leer el número de piso, la letra de la puerta. Aprieta el botón y suena un desagradable timbrazo.

No hay respuesta. Pasa casi un minuto. Roque vuelve a llamar. Esta vez insiste. Un timbrazo. Dos. Uno tercero más largo. De pronto una voz masculina, robotizada por el interfono de acero, aparece en el aire.

—¿Sí?

Roque se queda confundido. No esperaba esto. No, no lo esperaba.

—¿Sí? —repite la voz.

—¿Hola? —duda Roque—. ¿Quién es?

—¿Quién es usted, que es el que está llamando?

No parecen venirle muchas palabras a la mente.

—Soy Roque... Eh... Roque. Es que hace tiempo que no vengo por aquí. Buscaba a la Ángeles.

—¿Qué Ángeles?

—Ángeles Matilla.

—No. Ya no vive aquí —suena rotundo, como la exhortación de un cura de los de antes.

—¿Cómo que no vive aquí?

—Pues que no vive. Yo le compré la casa a una agencia hace un año. Creo que la Ángeles vive en la residencia.

Roque se queda sin respuesta. El interfono sigue escupiendo voces metalizadas pero ya no llegan a su cabeza. Muy despacio emprende la marcha hacia el coche. Arranca. La humedad ambiental ha formado una capa de vaho en el parabrisas. Las tardes no suelen ser húmedas en Cadreita.

Antes de abandonar el pueblo detiene el coche junto a una farmacia de guardia. El local se blindo mediante una luna de seguridad en la puerta y un pequeño ventanuco a través del cual se atiende por las noches. También un timbre. El boticario espera oculto en algún lugar del interior. Cuando asoma su cabeza se topa con Roque al otro lado del cristal. Roque sabe lo que va a ocurrir. Está acostumbrado a este tipo de comportamientos. Sobre todo en farmacias, a ciertas horas de la noche. Pero aunque quisiera, no podría hacerle nada al chico: el ventanuco, el vidrio de seguridad lo mantienen a salvo. El farmacéutico parece saberlo, pero aun así no abre. Se limita a acercarse a la puerta y a hacer un gesto con la cabeza. Roque pide tres frascos de jarabe para la tos. Es muy posible que el otro no haya llegado a escucharle. En cualquier caso, estaba seguro de cuál iba a ser el pedido y tres dedos en la mano de su cliente le han aclarado la cantidad. Antes de entrar a la rebotica se detiene un momento en el mostrador. «¿Qué habrá hecho? ¿Habrá conectado alguna cámara?». Un instante después aparece con tres frascos en la mano. A través de la ventana antirrobo Roque le deja unos billetes húmedos. A cambio recibe su jarabe y un folleto gratuito. «Un idealista», se dice Roque. El folleto se titula: *Programa para la desintoxicación mediante metadona*. «No me jodas».

Conduce muy pensativo durante un par de kilómetros. No para de hacerse preguntas que no está en condiciones de responder. A veces le falta la información. O la capacidad para concentrarse. Sujeta el volante muy fuerte con esas manos que no parecen corresponder al resto de su cuerpo, por ser los únicos apéndices que aún conservan algo de carne. Se le ponen rojas por lo mucho que aprieta los tendones alrededor de su presa. El cuerpo se mantiene en tensión, en parte debido al frío. Le pica la piel de las rodillas. Empieza a necesitar algo muy urgente. «Mierda, tenía que haberlo traído conmigo». La necesidad le quiere hacer volver a casa y calmar los nervios. El coche alcanza el cruce. Si gira hacia la derecha, en unos minutos la ansiedad se pasará y podrá dormir, eludirse a sí mismo y eludir este mundo por unas horas. Una

pistola antigua pero en muy buen estado vuelve a pasar por su mente. Roque sigue recto, saltándose el cruce.

Con la mano derecha coge un frasco de jarabe. Lo abre girando el tapón con los dientes. Se lo bebe entero. Pronto nota que la inquietud se reduce.

Unos kilómetros más adelante, un rótulo señala un edificio a la derecha. Residencia San José. Aún no han dado las nueve. Roque no sabe nada de residencias, pero supone que a esa hora aún encontrará a alguien que pueda ayudarle. Se trata de una construcción de una sola planta. Absolutamente poligonal, techo plano, ladrillo naranja. Materiales pensados para abaratar el coste. Roque se detiene en el aparcamiento al aire libre. Un jardín bien cuidado se extiende delante. Macizos de seto y árboles de hoja perenne. Supone que por ahí pasearán los viejos en primavera. El aparcamiento está prácticamente desierto.

La noche ya se ha cerrado totalmente. Y hace frío, sí. Se baja del coche y avanza cruzando la explanada fantasma. Las luces de los coches que circulan por la carretera general proyectan reflejos irregulares sobre las ventanas del edificio. La puerta está abierta. Da acceso a un pasillo largo, vacío, hecho de baldosa con paredes desnudas pintadas de verde pistacho. A mano izquierda hay un patio interior que no parece tener ninguna finalidad, pero hace bonito.

Al fondo del pasillo surge otra puerta. Tras ella, una ventanilla de recepción junto a un gran salón lleno de asientos de madera. Ahí encuentra a las primeras personas: un guardia de seguridad delgado y alto, con uniforme azul y porra colgando del cinto; una recepcionista con un pijama de enfermera. Lo observan entrar dubitativo. Roque intenta sonreír.

—Ya no estamos en horas de visita —le espeta la recepcionista a modo de bienvenida.

—Hola, buenas noches —saluda Roque con parsimoniosa pronunciación, poco sana—. Yo solo buscaba a una persona, que no sé si está aquí. Hace mucho tiempo que no la veo.

—¿Cómo se llama?

El guardia de seguridad permanece atento. Sin abrir la boca. Sin alejarse demasiado.

—Se llama María de los Ángeles Matilla.

—¿Es usted pariente?

—Eh... sí —a Roque le da vergüenza decir que es su hijo.

—Sí, está aquí. Puede venir a verla todos los días de once a una, o de seis a

ocho.

—Ya. ¿Y no sería posible verla ahora?

—No, señor. La hora de visita ha pasado.

—Por favor. He venido de muy lejos y sé que le voy a dar una alegría. Hace mucho que no me ve.

—Señor, permítame que dude. Además, ahora los residentes están o bañándose o cenando o durmiendo. No se les puede molestar.

—¿Este es el cariño que le dan a los viejos? —la voz de Roque se tensa—. ¿Prohibiéndoles las visitas?

—Señor, haga el favor de irse.

—Oye, mira...

El guardia de seguridad interrumpe súbitamente la conversación.

—Eh, ¿qué pasa, chico? ¿No has oído o qué?

—Bueno, bueno. Ya me voy. Pero me voy a quejar al director, ¿eh?

Roque abandona la escena por donde ha venido. Mientras se aleja por el pasillo escucha la conversación de las dos personas que deja atrás.

—Este es el hijo de la Ángeles —está diciendo la enfermera—. Lo sé porque tiene una foto en la habitación. No es muy recomendable que la vea. No querrá nada bueno.

—Estaremos al tanto —contesta el guardia.

Al salir del edificio se agita inquieto. No soporta que le traten como alguien peligroso. Entiende que su madre no quiera verlo más. Pero, ¿y en caso de vida o muerte? ¿Qué madre acepta que su hijo sea asesinado? Además, acaba de vender el piso de Cadreira. Tendrá dinero. Quizá con lo que ella pueda darle y los cinco mil de Nicolás reúna bastante para ir a Galicia y hacer negocio. Se acerca a su coche. Coge un frasco de jarabe y se bebe la mitad. Luego vuelve al edificio.

No entra por la puerta principal. Se cuela por el jardín, sin hacer ruido. Le ocultan los macizos de seto. Evita la luz de las farolas. Un ventanal que hace esquina proyecta una gran cantidad de luz del interior. Se acerca mirando en todas direcciones. El ventanal da a una gran sala con una televisión y muchas sillas colocadas frente a ella, igual de desnuda que el pasillo de entrada, igual de limpia. Unos metros atrás hay más asientos, un par de butacas con mesas auxiliares, algún jarrón lleno de flores de plástico. La sala está casi vacía, la mayoría de los ancianos deben de encontrarse en las habitaciones. Un caballero, con unos tubos transparentes que entran por su nariz y la conectan

a una bombona de oxígeno portátil, mira las noticias en la tele. En un sofá un hombre intenta leer el periódico aproximándose a una distancia mínima. Un poco más cerca de la puerta donde empieza un pasillo, han dejado a tres ancianos sentados en sendas sillas de ruedas. Dos de ellos parecen conversar. La tercera, con una bata rosa, es Ángeles Matilla.

A Roque le cuesta reconocerla. Solía ser una mujer rolliza, de pecho maternal tendido sobre el abdomen y piernas gruesas. Ha adelgazado mucho. El rostro se ha evaporado. Todo el cuerpo parece pesar hacia la derecha: el hombro izquierdo más alto que el otro. La cabeza, ligeramente ladeada en el mismo sentido. La boca le traza una extraña mueca en la misma dirección. También el ojo derecho permanece entrecerrado. No participa en la charla.

El viejo que lee el periódico lo deja sobre la mesa, se levanta y abandona la sala. Al mismo tiempo, un celador y una enfermera se llevan en las sillas a las dos personas que conversan. Ahora es el momento.

Junto al ventanal, una puerta da salida al jardín. Roque se quita el anorak y se envuelve con él el puño. Golpea el cristal más cercano a la manilla. Insiste con un poco más de fuerza y la placa se rompe rasgando parte del abrigo. Roque mete la mano con cuidado y abre. Entra rápidamente por detrás de los asientos que miran la televisión. Comprueba que el tipo del respirador no se ha dado ni cuenta, quizá también se haya dormido o sea medio sordo. Avanza rápido.

Se acerca a su madre, que no ha movido su rostro ni un ápice, ni siquiera al escuchar el golpe. Roque se agacha junto a ella. Zapatillas de felpa blanca le cubren los pies hinchados. Capta un olor a colonia y comprueba que el pelo, mucho más blanco de lo que él recuerda, está muy limpio. Roque la besa en la mejilla. Pero se alarma al ver que la anciana no responde.

—Mamá, soy yo. Soy el Roque, ¿no me reconoces?

Ángeles Matilla, con muchísimo trabajo, mueve el ojo izquierdo hacia el visitante.

—Mamá, ¿me entiendes? Escucha. Estoy en peligro. Van a matarme. Necesito dinero. Si no me dejas dinero van a matarme. ¿Me entiendes? Mamá... Mamá... ¿No me entiendes?

Ni entiende ni responde ni corrige su postura. Roque se sorprende a sí mismo llorando por segunda vez en el día. Siente un reguero húmedo que le cae por las mejillas.

—Mamá. ¿Qué te ha pasado pues? Oye... Que me van a matar...

Roque no ha alcanzado a escuchar unos pasos. Por el pasillo aparecen la enfermera y el celador que se han llevado las sillas previamente. El celador es un tipo robusto y muy alto. Se ve enorme comparado con Roque. La enfermera corre hacia Recepción. El celador deja escapar una voz que cruza la sala de uno a otro lado.

—¡Eh! ¡Qué cojones haces aquí!

—Vale, vale, ya me voy —responde Roque volviéndose—. Mamá, por favor, escúchame —suplica a su madre—. ¿Dónde está el dinero del piso? ¿Aún lo tienes? Lo necesito.

El celador se abalanza sobre él y le agarra de los brazos. Roque intenta zafarse, pero no es rival para el muchacho. Por el pasillo llegan la recepcionista y la enfermera, acompañadas del guardia de seguridad. Roque se sacude como una trucha recién sacada del río.

—Mamá, por favor, mamá, lo necesito.

El guardia parece menos robusto que el celador, pero conoce el oficio. Agarra a Roque pasándole los brazos por el cuello. Le aplica una llave que lo inmoviliza, le obliga a quedarse de pie. Luego, con el peso de su cuerpo, le fuerza a caminar, arropado por el celador.

—¡Mamá! ¡Si me llevan no volverás a verme! ¡Me matarán!

—Cállate, hijo de puta —responde alguien—. ¿No ves que no puede entenderte?

21:00

Tendido, tan largo como es, solo piensa en lo mal que le ha pasado Roque la droga. Antoñito lamenta que no le hayan cogido unas horas antes, cuando el efecto analgésico de la heroína aún tenía poder sobre sus músculos. Ahora se ve obligado a notar los pómulos hinchados y las costillas que arañan los pulmones como queriendo escapar del triste cuerpo. Siente unos hilos tibios que le resbalan por las sienes; no es capaz de asegurar que sea sangre, y, sin embargo, debe ser sangre. Los cuatro pelos largos del Antoñito se adhieren al pringue que se desliza por su cabeza. De pronto cobra consciencia de que se encuentra en posición horizontal y de que su cara se entierra en un suelo arcilloso que le entra en el ojo izquierdo. Lo que no escucha, sin embargo, son las voces de quienes le rodean. Cree que le han llamado cadáver andante,

cosa que él ya sabe: algún tonto del culo ha debido pensar que le ofendería.

Detrás de la pistola de Ulises está Ulises. A su izquierda, Chus concentrado en las musarañas, como si ese espectáculo ya lo tuviera más que visto. Un poco más allá, Paulino vestido con pantalones grandes de marca, jersey amplio con capucha. Le pasa el brazo alrededor del cuello al Maru, un gesto que a primera vista parece cariñoso pero que tiene otro fin: cada vez que el Maru intenta desviar la mirada, su primo le da un golpecito con el dorso de la mano para obligarle a abrir bien los ojos sobre el Antoñito. Y en mitad de la comitiva, en la pista central, Fernando Rosas supervisa. Antoñito se sospecha muerto. Bueno, qué más da.

Ocupa una cochera grande, en la que solo se guardan una vieja furgoneta y un Vespino hecho pedazos. Hacía tiempo que no utilizaban ese garaje. Desde que Fernando empezó a perder el *punch* empresarial, abundan las largas conversaciones de negocios en el despacho y escasea la persuasión. De hecho, Ulises ha empezado a desfondarse tras la quinta patada, cuando antes podía sacudir a tres desgraciados seguidos aguantando la respiración. Si vuelve el trabajo duro, deberá recuperar el entrenamiento con el saco.

No lo cree: lo de esta tarde prueba una vez más que el jefe se ablanda. Algunos chicos ya estaban buscando al Maru y al Antoñito, por encargo de Chus. Al terminar la reunión con Ángel Verdasco de Vega, Ulises lo ha acompañado hasta la puerta. Y, cuando lo deja en su coche, ¿quién aparece entrando en el jardín? El Maru con el Antoñito. Tiene cojones, el Antoñito. El Maru trae a su amigo yonqui a casa para tomar una cerveza y enseñarle la mesa de Borregos. Qué desfachatez. ¿O es que Fernando ya no da tanto miedo como antes? Cuando él tenía esa edad se mantenían las formas. La casa del jefe, un santuario inmaculado. Y eso que entonces Fernando era joven, informal. Pero infundía mucho más respeto. El caso es que ahí se plantan ese par de gilipollas. Se mecen sobre sus piernas débiles, los músculos no los sostienen, palabras lentas y ojos diminutos. Aún les dura el jaco, piensa Ulises.

«Claro que sí, entrad. Tenéis cerveza fría en la nevera y podéis ver cómo practica Paulino. Seguro que apreciará mucho que se sepa que aquí hay una mesa de Borregos (*Boguegos*)». Ni siquiera captan la ironía, de lo pasados que andan. Ulises los acompaña hasta el salón. Ahí está Fernando, siguiendo el juego de Paulino que se aplica mucho en la mesa. En cuanto entran, Paulino levanta la vista. Fernando también. Ulises se encoge de hombros y,

riendo, dice: «Han venido ellos solitos». Pasan unos segundos en los que se escucha una polilla que choca contra la ventana. Entonces el Antoñito saluda y hace algún comentario acerca de lo mullida que encuentra la alfombra. Paulino coge una piedra geoda que posa presumida encima de una cómoda. Y se la descerraja al Antoñito en la cabeza. «¿No hay respeto, yonqui de mierda? ¿No hay respeto?» Y le vuelve a azotar con la geoda, cuyos hermosos cristalitos púrpura le abren llagas líquidas en la coronilla. El Antoñito se derrumba sobre la alfombra, que quizá sí que resulte mullida. «Ay, ay, ay», se queja. Y luego calla. Fernando deja instrucciones estrictas de que la geoda sea sumergida en lejía durante unas horas «A saber qué tiene ese yonqui en la sangre». Luego suben al Antoñito y al estupefacto Maru en el BMW, con Chus y Ulises. Fernando y Paulino les siguen.

No tardan en llegar al polígono. Allí tienen reservada desde hace años la gran cochera adyacente a un taller en el que se hace mucho ruido con unos tornos que nadie sabe para qué sirven. Durante bastante tiempo la utilizaron como escenario de intercambios, amenazas, palizas y demás procesos productivos. A Ulises le gusta volver ahí. Los tres primeros puñetazos se los suelta con alegría al Antoñito, como quien le canta una jota a la Virgen del Pilar. El otro cae al suelo rápido y parece que se van a quebrar sus huesecillos largos.

El Chus se enciende un cigarrillo. A Ulises le jode tanta pasividad por su parte y trata de aprovecharla ganando méritos con Fernando, así que le da otra patada al Antoñito, que suelta un ay, y luego le da otra y luego otra. Pero no parece dolerle mucho y Ulises empieza a sentir frustración. Mientras, Fernando suelta el discurso de rigor, que tantas otras veces ha pronunciado, cambiando sin más los términos que aluden al motivo.

—Mañana te quiero fuera de aquí —dice de pura memoria—. No te voy a volver a ver cerca de Calahorra, ni siquiera cerca de La Rioja, porque si te vuelvo a ver te voy a matar.

Al mismo tiempo, Paulino le va susurrando al Maru al oído.

—Maru, tú eres mi primo. Somos tu familia y no vamos a dejar que acabes como este tirado. ¿Me entiendes? Te queremos bien, ¿me entiendes? Tú nos estás obligando a hacerle esto al Antoñito, que si no fuera por ti el Ulises no se iba a manchar los zapatos con semejante mierda de tío. Tienes que prometernos que nada de jaco, ¿vale?

—Vale —temblequea el otro.

—Promételo, porque si sigues por este camino acabarás tú ahí, tirado en el suelo, con el Ulises pateándote el estómago. No queremos volver a verte con el Antoñito.

—... Te voy a meter un tiro en la cabeza y le voy a enviar una fiambarrera con los sesos a tu viuda, te lo juro por lo más sagrado —sigue diciendo Fernando, sin concentrarse mucho en el discurso y poco convencido de que el Antoñito vaya a dejar viuda. Sus músculos se han relajado: no es bueno eso, no. Debería mantenerse tenso, furibundo, cumplir bien, infundir miedo. No soltar una fórmula académica demasiado recurrente como para resultar espontánea o producto de la ira. Una fórmula hecha de palabras que ya suenan antiguas y manidas. ¿Una fiambarrera? ¡Venga ya!

Chus fuma con indiferencia y Ulises cada vez más frustrado. Antoñito encaja los golpes sin perder la cara de ausente. Chus suelta una bocanada de humo. Ulises pierde la paciencia y empieza a rabiar.

—¡No te juntes con los nuestros (*nuestgos*)! ¡No te juntes con los nuestros, hijo de puta!

El discurso de Fernando cesa ante la furia inesperada de Ulises. Chus estira una ceja. Paulino ya no necesita sujetar la cara del Maru: este mira con los ojos muy abiertos.

—¡Deja a los nuestros en paz, yonqui de mierda!

Y le da una última patada. Un mero puntapié que a su juicio se le queda más que blando. Antoñito nota de repente que el suelo arcilloso sin pavimentar de la cochera huele mucho a aceite de automóvil. Luego le viene un vómito. Inunda su cavidad bucal como si hubiera explotado una presa. Pero es extraño, no sabe ácido sino dulce y tibio. Lo expulsa. Regusto rojo oscuro. Pero su boca no se vacía. Algo se le ha roto ahí abajo. Pronto la vista se emborriona. A continuación deja de sentir el sabor dulce sobre su lengua. Y, finalmente, desaparece el olor a aceite de coche.

Fernando agarra a Ulises por detrás y lo aparta de un empujón. El rostro del Antoñito se ha quedado congelado, la boca llena fluye hacia el suelo. Ulises se ha manchado los zapatos brillantes de salpicaduras pegajosas.

—Joder, hijo mío —se queja Fernando—. Es que no tienes medida, ¿eh?

La queja suena más bien como si Ulises hubiera comido demasiado postre. Paulino respira profundamente para ahogar la náusea: para él es importante fingir que no le afecta lo que ve. El Maru, sin embargo, se estremece, deja escapar unas lágrimas, tropiezan con el pelo largo que le cae sobre el cuerpo

rechoncho. Chus suspira porque intuye a quién le tocará recoger el pastel. Hay una gran diferencia entre los que vivieron los viejos tiempos y los que no.

—Fernando, yo no le he dado fuerte —se disculpa Ulises—. No parecía estar haciéndole daño. No era mi intención, vosotros lo habéis visto.

«En fin, a lo hecho pecho», piensa Fernando. Si no puedes cambiar algo, quizá puedas sacarle partido. Así que se vuelve hacia el Maru y se le acerca hasta echarle un brazo al hombro.

—Ya has visto hasta dónde llegamos para ayudarte. Acabamos con las malas influencias. Hoy lo hacemos para que te alejes de las drogas. Pero si continúas metiéndote y en un futuro terminas como el desgraciado este — Fernando no quiere reconocer que no se acuerda de cómo se llama el Antoñito—, en lugar de hacerlo por ti, lo haremos por nosotros. Porque no vamos a permitir que vayas dando mala imagen de la familia, te lo juro por los clavos de Cristo. Si algún día alguien me mira con pena por tener un sobrino drogadicto, te suelto debajo del Ulises y que te dé zapatilla hasta que escupas sangre.

Ulises estrecha los hombros, como queriendo decir: «Pero si yo no lo he hecho a propósito, no me cargue a mí con la culpa». Debe de estar bastante nervioso, delante de tanto testigo. ¿Compañeros de confianza? Al Chus ni lo conoce después de años y años; el Paulino es un crío; el Maru cambiaría a su madre por media jeringuilla; Fernando se está volviendo un flojo, ¿qué no confesaría a cambio de un retiro tranquilo? Ulises se preocupa, sí.

—Está muerto —confirma Chus lánguidamente, agachado junto al Antoñito.

—Para que veas —le advierte Fernando al Maru con una palmada.

Al contrario que Ulises, Fernando se comporta como si la fortuna estuviera de su parte. A fin de cuentas, muchas de sus tareas pendientes podrían aliviarse con este imprevisto. Tareas que habitualmente le dan una pereza soberana: recuperar un poco del respeto, es decir, del miedo de aquellos que orbitan a su alrededor. Un miedo que se ha ido mitigando con los años de paz y monopolio incontestable. El cansancio y la confiada superioridad le han conducido a descuidar ciertas cosas. Y es que no se siente con estómago para presenciar palizas, ni siquiera para ordenarlas. Desde hace meses ve la necesidad de demostrar a los competidores que el macho alfa sigue ahí. Pero lo ha ido postergando sin remedio. Pistolas, sangre, bah, qué coñazo. Nunca

habría querido hacerle nada malo a este tipo largo cuyo estómago ha desalojado todo lo que un día retuvo. Pero, mira por dónde, que le va a salir a cuenta.

—¿Alguien sabe si el yonqui este tenía sida?

Ahora la cochera parece demasiado grande, como si pudiera dar cobijo a miles de miradas espías. Hay que ponerse en marcha. El cadáver yace como un roto mástil de barco, las cuencas de los ojos muy vacías. Tan distinto de aquel último cuerpo que Fernando se vio obligado a contemplar, aquel que lo cambió todo. Desde entonces, ha conseguido pasar siete años sin recurrir a la sangre. Nunca se mató mucho para mantener el negocio, y siempre con cuidado. A lo largo de toda su vida quizá solo haya visto cinco muertos. Seis, contando al Antoñito. Siete, si sumamos aquel otro que no quiere recordar.

—Joder, y justo hoy que teníamos lo del casino. Ave María Purísima, ¿alguien se acuerda de lo que había que hacer con esto? —pregunta Fernando señalando el cadáver con el pie.

Chus asiente, solo asiente. Ya sabía que le iba a tocar a él.

—Vale. Tú, Paulino, te llevas al Maru a casa y que se tranquilice. Le pegas un par de hostias buenas si hace falta. Luego preparas bien lo de esta noche, que ya no tenemos mucho tiempo. Esperas a que lleguen Ulises y Chus para salir, no lo vayas a hacer todo tú solo.

Paulino se ve perfectamente capaz de hacerlo todo él solo. Pero no quiere desobedecer a su tío. Es marca de la casa. Agarra al Maru del hombro y tira de él hacia el coche.

—¿Se sabe lo del jaco, de dónde cojones lo sacó el Maru? —pregunta el jefe una vez que se han ido.

Ulises se apresura a contestar. Respuesta veloz, exacta, meditada para conservar sus dos mil.

—No. Ha dicho que lo llevaba el Antoñito.

Chus permanece callado, como siempre.

22:30

Una batería de chasquidos viene transmitiéndose de pared en pared, el eco los conduce hasta los tímpanos de la multitud expectante. Son las descargas de tambor que en la noche suenan graves. El ruido de la batería va segando el

sueño de los vecinos del casco antiguo. Se proyecta hacia delante, recorriendo callejuelas, doblando esquinas al rebotar en la piedra, en los suelos, en los vidrios de las ventanas. El sonido corre, se precipita como un tonel cuesta abajo hasta alcanzar el Rasillo de San Francisco, donde queda libre como quien sale a la calle huyendo de un incendio. Así que los calagurritanos allí congregados se avisan los unos a los otros: «Por ahí viene», «Por ahí viene». Sube una callejuela de anchos escalones de piedra: por ahí viene el sonido, como una prédica del silencio absoluto.

La Banda de Cornetas y Tambores de la Cofradía de la Santa Vera Cruz entra tocando suave, siquiera golpeando el aro de la caja, evitando el parche. Y así se escucha, suavito, suavito, un clac, clac, clac-clac-clac. Se van situando en una esquina resguardada por la pared de la iglesia de San Francisco, que conforma un muro intimidante y limpio, coronado en campanario, cigüeña inevitable que observa. Así que clac, clac, clac-clac-clac.

La Banda gira en redondo. Deja la puerta de la iglesia libre. Esperan. Esperan con su clac, clac, clac-clac-clac. Y por fin, por la subida al Rasillo, entra el paso. Hoy el Cristo de la Agonía, en la Cruz, rogando a Dios que nos perdone porque no sabemos lo que hacemos, ojos al cielo en último aliento. Se acerca lentamente portado por los costaleros. El avance se percibe tan lánguido como los desplantes a izquierda y derecha, solo que estos se ven corregidos bruscamente al cambiar de pie los penitentes que lo portan: eso provoca el baile, un zigzagueo cansado, hipnótico.

Es lo que más le gusta a Roberto, que ya ha sangrado la mitad de sus venas sobre el inmenso bombo. Mantienen la formación. Los bombos como el de Roberto callan, se escuchan tan solo las cajas. Y él espera. Y espera. Y cuando el paso del Cristo de la Agonía se ha acercado bastante, la banda estalla. El suave clac se convierte sobre el parche en un bang, bang, bang-bang-bang. Tocado a muerte, a discreción, con todas las fuerzas que el antebrazo pueda soportar. La vibración se transmite a través de la mano, hace que duela toda ella. Y se suman los bombos, y hay un bum, bum, bum-bum-bum. Y los que tocan esos enormes instrumentos se desgañitan, suben el mazo por encima de la frente y lo descargan, y, al llegar el mazo al parche, el rebote es tan potente que el puño vuelve casi hasta la altura de la barbilla, y ese rechazo lo aprovechan para dejar que el mazo suba más y volver a estrellarlo contra el parche, una y otra vez, una y otra vez. Y así el sonido de

la Banda de Cornetas y Tambores se vuelve ensordecedor y es proyectado contra la multitud para dejarla sin habla. Al ritmo, los penitentes acentúan las escoras a izquierda y derecha, a izquierda y derecha. El paso está ya oscilando a merced de un mar de lágrimas secas. Un paso macizo que baila ligero, suspendido sobre las cabezas de los calagurritanos y sobre los golpes de los tambores. Que baila, y baila.

La banda calla. Los tambores cesan todos a la vez. La procesión termina. El paso del Cristo de la Agonía entra en la iglesia de San Francisco. La cofradía se disuelve hasta el día siguiente.

Unos guantes de tela cubren las manos de Roberto. Uno de ellos es blanco. El derecho ahora ha cobrado un color ocre, como el maquillaje. Su mano chorrea por ampollas abiertas. La fina tela absorbe sangre y la extiende, la convierte en un fango marrón adherido a la piel. Roberto lo observa y no puede dejar de sentirse orgulloso. No solo es la mano. La correa que le sujeta el bombo a la espalda le ha hecho herida en la nuca y en los hombros. Pero no siente el dolor. Se observa la sangre con una media sonrisa. La ve útil, necesaria. Necesita mucha más sangre como esa. Sangre que se vea.

Se abre paso entre la muchedumbre con dificultad. Roberto presenta todo hábito negro, la solemne insignia de la cofradía de la Santa Vera Cruz, una faja, una capa hasta los pies. Piensa que una vestimenta así sirve para sentirse pequeño y tremendo, digno de ser respetado por la mucha fe en Dios y la poca fe en uno mismo.

La multitud se ha empezado a mezclar con los cofrades. Buscan a sus amigos o a sus familias, ahora que se van quitando el capirote y pueden reconocerlos. Se entablan conversaciones, se intercambian planes: «¿Dónde vas tú esta noche?», pregunta uno; «Pues tenemos cena en el cuarto del Emilio», contesta el otro. La plaza se transita con dificultad. Es obligatorio hacer algún recorte para esquivar los grupillos de personas que conversan, los que se cruzan para volver a sus casas, los chiquillos que corretean o lloran por miedo a los nazarenos aún encapuchados. A Roberto, sin embargo, todos le abren paso.

—Vaya cómo llevas la mano, majo —le dice una mujer del pueblo que se cruza en su camino.

—Sí.

Roberto deja que el mazo cuelgue de su muñeca derecha. Casi no siente el peso del bombo. Un poco de tranquilidad para su conciencia. O, al menos,

eso es lo que dicen: dicen que limpia el alma, eso no lo sabe. Pero se siente aliviado: ha visto a Calahorra. Y Calahorra le ha visto a él, como el mejor de los cristianos.

Durante toda la vida ha aceptado su suerte sin necesidad de atribuírsela a ningún ser superior. Sus padres le bautizaron e hizo la primera comunión. Pero no eran personas practicantes ni muy formadas en la religión católica. Cuando murieron, Roberto se convirtió en el único responsable del fortalecimiento de su fe. Optó por no fortalecerla. Simplemente la ignoró, la dejó arrinconada como quien guarda en el trastero un objeto que sabe que no volverá a utilizar. No se convirtió a ningún otro credo ni al ateísmo militante. Se fue a África como cooperante laico. Y no por ganarse la salvación, sino por llevar a cabo lo que todo el mundo consideraba una buena obra.

Sin embargo, a su regreso había cambiado. Después de meses y meses encerrado en el antiguo piso de su abuelo, meditando sobre qué debía hacer para retomar su vida, intentando comprender todo lo que había ocurrido en África, un día se decidió a entrar en la iglesia de San Andrés. Y lo encontró útil. Hasta entonces Roberto no se había imaginado lo valiosa que podía resultar la religión para su proyecto. Empezó a comprobarlo acudiendo a las misas. Ahí, nada más comenzar la liturgia, ya encontraba una porción de todo aquello que buscaba: «Para celebrar dignamente estos sagrados misterios, reconozcamos nuestros pecados.» Y entonces, los feligreses: «Por mi culpa, por mi culpa, por mi gran culpa.» Roberto, al igual que ellos, se golpeaba el pecho en el acto de contrición como un autómata. Escuchaba el sonido de las palmadas subir por dentro hasta los oídos, como si el torso fuera una caja de resonancia hueca.

Sabía que tenía que sentirse sucio, pecador. Tenía motivos. Al menos, eso es lo que le manifestaban sus cálculos mentales. Recordó que su padre había ejercido de costalero en la cofradía, y que ese puesto quizá le correspondiera por herencia.

—Está todo ocupado para este año —le dijo el Hermano Mayor—. Pero si quieres algo duro, necesitamos a alguien que toque el bombo. Es casi tan costoso como llevar el paso, el tambor pesa una tonelada. Tú verás si eres capaz.

Roberto sale del Rasillo y se dirige hacia su casa, en la zona nueva, cerca de la calle Bebricio. Se ven estrellas en el cielo por encima de los nidos de las cigüeñas. La gente vuelve a sus hogares como rebaños simpáticos. Se levanta

el hábito y rebusca en el bolsillo de los pantalones vaqueros que lleva debajo. Toma el teléfono móvil y lo conecta. Una musicuilla le da la bienvenida. Enseguida comprueba que tiene tres llamadas perdidas de Eva.

«El ensayo del Paso Viviente. ¿Por qué quiere que vaya?» Roberto piensa que no es el mejor momento. No. No es el mejor momento. Hay que dejar pasar los días. Quedarse tranquilo en casa o hacerse ver en los oficios. Ya habrá tiempo para volver a hablar con chicas. Aunque sean así de jóvenes. Aunque a esa edad le despierten instintos. Piensa un poco en ella: ni por asomo parece tener dieciséis años. Está rellenita, siempre maquillada, con ese gesto adulto. Eva es guapa, muy guapa. Y su cuerpo es atractivo y deseable. Y le está incitando. Pero Roberto teme. No, debe mantenerse al margen. ¿Debe mantenerse al margen?

—Vaya —dice.

Al alcanzar la Calle Grande el torrente de calagurritanos que vuelven de la procesión se disuelve en los espacios amplios. Se nota que muchos de ellos ya no tienen que trabajar mañana. En las terrazas del Paseo no cabe un alfiler, gente de todas las edades, jóvenes que hablan de sexo oral, adultos que discuten del precio de la gasolina, mujeres ancianas que recuerdan la vida en el campo, paisanos que estudian la mejor forma de aislar los tabiques de un chamizo.

Toma la calle del General Gallarza. A medida que va avanzando, la multitud se disuelve. A la altura de la casa cuartel de la Guardia Civil solo se cruza con una o dos personas que se apresuran en la noche, bajo las farolas. Pronto empieza a escuchar un nuevo chasquido, como un latigazo continuo que reptará rápidamente en el aire. Al acercarse a la Avenida Valvanera, el sonido se concreta: otra banda de tambores, la del Grupo Paso Viviente, la que mañana escoltará a Jesucristo desde el Huerto de los Olivos hasta el Gólgota. Y, de nuevo, otra multitud.

Por el trayecto se encuentra mucha arquitectura romana: un arco de Tito, una columna de Trajano, la escalinata que da paso al palacio de Pilato. Desde la distancia y en la oscuridad, apenas se nota que todos los monumentos están confeccionados con cartón piedra y yeso, pintados de blanco. El día de la representación la avenida se llenará de legionarios, de judíos y galileos. Hoy, sin embargo, el Paso Viviente va vestido de calle. Son chicos jóvenes, en vaqueros y con zapatillas. Los que no tocan tambores portan lanzas o estandartes. Cada grupo ensaya por su cuenta, dando una impresión

desordenada y anárquica. Sin la megafonía en funcionamiento, parecen un grupo de chiflados. Los técnicos de sonido hacen pruebas desde sabe Dios dónde: de vez en cuando se arrancan por los altavoces, diseminados a lo largo de la Valvanera, piezas de música o trozos de diálogo previamente grabados.

Roberto maniobra su bombo entre los coches para cruzar la calle. Ahí, sobre el templo de Pilato, hay un grupo de chicas jóvenes. Al acercarse escucha un ritmo débil que sale de un radio-CD portátil. Parece que se le están acabando las pilas porque suena sin ganas y sin volumen. Las chicas tendrán entre dieciséis y veinte años. Sostienen cariocas luminosas en las manos. Roberto supone que componen el grupo de danza. Entre ellas está Eva: falda vaquera muy corta, *leguins* negros por debajo, camiseta blanca de tirantes, chaqueta de chándal abierta. La raya de los párpados bien oscura y los labios de un barniz incoloro. Se esfuerza en enseñar a otra chica, un poco gordita, a ejecutar un movimiento. Dobla la espalda hacia atrás, despacio para que la gordita se aclare, y luego levanta los brazos haciendo girar las cariocas luminosas sobre su rostro. Una mujer apaga el radio-CD.

—Chicas, hasta aquí —dice para todas—. Mañana, vestidas a las siete de la tarde para un último ensayo antes de la representación, ¿vale? Sabéis que tenéis el cuarto del Eloy para cambiaros las que queráis. Venga, hasta mañana.

Eva se abrocha la chaqueta de chándal y recoge una cazadora fina que ha dejado en el suelo. Es entonces cuando ve a Roberto. Le sonrío con todos sus dientes ordenados e impecables. Pero se toma tiempo en recoger y en descender por la escalinata del templo. «Cuánto sabes para la edad que tienes», piensa él. Tan adulta parece. Y sin embargo, los tres últimos peldaños los baja dando un saltito infantil que la devuelve de pronto a la realidad de su adolescencia.

—Has venido —saluda Eva dándole un beso en la mejilla—. ¿Por qué?

—Bueno, tenía un mensaje tuyo y varias llamadas perdidas hoy. Pensé que igual me querías decir algo, o me necesitabas para cualquier cosa, yo qué sé.

—Ah, ya —contesta Eva como si de pronto no recordara ni las llamadas ni el mensaje—. Es que el Raúl me dijo que este año habías entrado en el paso, que ibas a hacer de centurión, y tenía curiosidad por saber si andarías por aquí.

—¿Eso te dijo el Raúl? No, no voy a entrar en el paso. Casi no puedo cumplir con la cofradía, con todo el trabajo que hay.

Los actores del Paso Viviente regresan a sus casas. Junto a ellos pasan chicos bromeando con lanzas y tambores. Jesucristo en persona se despide de ellos con la mano y se aleja bajando la Valvanera.

—Pues deberías —sigue Eva—. A mí me encanta esto. Me encanta bailar, ojalá pudiera hacerlo más a menudo. Me encanta expresarme con mi cuerpo —y mientras dice esto, mueve las caderas a izquierda y derecha, unas caderas redondas y pequeñas enfundadas en la minifalda. Por debajo, los *leguins* negros se pegan a sus piernas moldeando unas curvas obtusas, sólidas, pantorrillas sensuales que acaban en unas deportivas rosas. Solo se ha abrochado la cremallera de la chaqueta de chándal hasta unos diez centímetros por encima del ombligo. El baile reciente mantiene el vello de la piel erizado, los pezones duros que se muestran extrovertidos, abultando la tela de la camiseta de tirantes. Roberto empieza a pensar que no ha sido buena idea venir.

—¿Este año darás tú también la Catequesis de Confirmación?

—No, creo que no —contesta él—. Nunca me ha gustado demasiado.

—Es una pena. Eras lo único divertido de las clases.

—Bueno, tú ya te has confirmado, así que ¿qué más da?

Huele a humedad, a rocío que desenfoca las estrellas y la luna. La temperatura es baja ahora. Roberto no lo siente. Pero Eva cruza los brazos y los contrae bajo su abdomen para conservar el calor del cuerpo. Esto hace que sus pechos se levanten y se perfilen y se aprieten el uno contra el otro dejando asomar un oscuro surco entre ambos, por encima de la abertura de la chaqueta de chándal y del escote. Podría subirse la cremallera hasta el cuello. Podría abrocharse la cazadora ligera. Pero no lo hace.

—Pues se te daba bien. Pareces muy metido siempre en esos temas de la parroquia.

—Sí.

—¿Te puedo preguntar una cosa?

Han llegado al portal de Eva. Ella se gira hacia él, enfrentándose muy de cerca. Tiene que levantar bien la cara para mirarle a los ojos, como si esperase un beso. En esa postura el escote aparece más generoso aún.

—¿Alguna vez has tenido novia, o algo así? Me refiero, seria. En África. O antes de irte. No sé. Igual tienes ahora.

—No, ahora no tengo —Roberto tarda en contestar, pero luego la respuesta le sale automática y como predeterminada—. ¿Por qué quieres saber eso?

—No sé. A veces pareces tan santurrón. No te lo tomes como una crítica, ¿eh? Alguna de mis amigas en confirmación decía que seguro que eras virgen.

—¿Qué?

—No, pero en el buen sentido, me refiero. Yo también soy virgen. Es decir... me reservo para alguien especial. Y espero que llegue pronto, porque tengo ganas de probarlo, ya me entiendes.

—Bueno, Eva, yo ya tengo más de treinta años. Como comprenderás...

Roberto levanta las cejas. Sin embargo, Eva inclina la cabeza, curiosa.

—Como comprenderás, ¿qué?

—Pues... como comprenderás, yo tengo mi vida, he vivido mi vida. Soy mayor.

—Entiendo —dice ella—. No te habrás enfadado, ¿no?

—No, no. Está bien. Chica, hay confianza.

—Eso digo yo. Oye, ¿vendrás a ver mañana el Paso?

Una cigüeña en el tejado aletea y deja escapar ese sonido de espátula tan peculiar, como una tos tartamuda. El rocío cae en telón sobre los coches y la calle.

—Sí, pensaba ir.

—Cuando acabe, unos chicos han pedido el cuarto de la Peña Riojana para hacer una cenilla y beber unas copas. ¿No quieres venir?

—No sé —a Roberto le cuesta salir de un estado mental lúbrico, como si el rocío se le hubiera derramado en las cuencas de los ojos hacia el cerebro y estuviera tibio, no le dejara razonar ni ver bien—. Pareceré un poco mayor, ¿no crees?

—No, va gente de todas las edades. Hombre, la mayoría son de mi quinta, pero también estarán el Juanrra y el Jairo... Esos son mayores.

—Sí, yo estudié con el Jairo algunos años en el Quintiliano. Ya te diré, ¿vale?

Eva le vuelve a dar un beso en la mejilla. Sus labios succionan con energía la piel de la cara de Roberto, que los siente redondos y tiernos. Entra en el portal. Antes de tomar el ascensor, aún a la vista de Roberto, mirándolo por el rabillo del ojo, se sube la cremallera de la chaqueta hasta el cuello.

La cuarta razón por la que Ángel admiraba a su padre: aquella tremenda capacidad para mostrar la imagen adecuada en el momento preciso. Mentir, lo llaman algunos. Pero él lo entiende como una mera habilidad para el maquillaje. Las mujeres se maquillan para lucir una cara bonita. Lo hacen por mucho que las circunstancias se presenten adversas. Pueden sentirse tristes, asqueadas, humilladas, aburridas, pero su rostro maquillado, favorecido y alegre siempre trae para ellas algo bueno: una relación, un piropo, una sonrisa. La imagen propone un buen comienzo para resolver un problema. Maquillaje. Ángel se repite estas palabras mientras observa su rostro hermoso en el espejo de la habitación. Claro que físicamente se encuentra bien. Fabuloso. Empieza a echar en falta una sesión dura de entrenamiento con el preparador físico, el encierro en el Parador le saca de quicio. Pero su padre no se refería al físico.

Todo lo que Fernando ha escuchado hace unas horas es verdad. Pero también hay mucha verdad que aún no ha llegado a sus oídos. Maquillaje. Lo de Rusia, bueno, es verdad. Quizá una media verdad. Un negocio aún poco sólido: castillos en el aire. No las tiene todas consigo. Pero su primera preocupación es Fiódor, más adelante ya pensará en Fernando Rosas. Este no parece tan difícil de manipular; ni siquiera quiso leer el informe sobre el proyecto. Un código de honor atávico: fíate del hijo de aquel a quien apreciabas. «No lo sé, a lo mejor no está acostumbrado a que le engañen», piensa Ángel, tumbado en la cama, mucho más tranquilo que cuando salió a pasear por la mañana. «¿Por qué? Quizá sea más peligroso que Fiódor; a fin de cuentas, ¿de qué lo conoces?» De hecho, no encuentra nada deseable en conocerlo mejor. O, más bien, en dejarse conocer por él.

Ahora recuerda un chalet en Marbella. Una construcción blanca con paredes de cristal, rodeada por un jardín donde varios vigilantes montaban guardia. Una noche de verano. Habían preparado la mesa bajo un árbol, custodiada por unas teas encendidas. Los demás invitados parecían bastante mayores que él. Un inglés que vestía una camisa guayabera abierta hasta el ombligo. Un empresario catalán muy elegante que le gustó desde el primer momento. Una mujer septuagenaria, educada y silenciosa, que jugaba con maestría. Un famoso presentador de televisión mexicano. Jiménez, el traje arrugado, la calva chorreando sudor. Y él. La brisa del mar aliviaba el calor a pesar de la corbata ajustada. Dentro de la casa un par de chicas jóvenes y guapas

tomaban copas con Campra, que parecía querer emborracharlas para llevárselas a la cama lo antes posible.

Jiménez jugaba sus cartas nervioso mientras Campra cubría las apuestas. Se frotaba constantemente la calva, humedecía con sudor el cartón de los naipes y el tapete de la mesa. La señora anciana evitaba mirarle. El presentador mexicano hizo un par de chistes acerca de su inquietud que no fueron bien recibidos. Pasadas unas cuantas manos Ángel creyó que ya podía leer las jugadas de Jiménez con los ojos cerrados.

Cuando repartieron cartas y Jiménez envidió, Ángel interpretó la torsión de sus ojos como un fracaso absoluto. «Este no lleva nada», se dijo. Así que esperó, le dejó apostar y le siguió. Le permitió elevar la apuesta a mil. Y entonces fue cuando él, con sus dobles parejas, le metió cinco mil más. O Jiménez veía la apuesta con su mierda de cartas o perdía los dos mil que había encima de la mesa. Cuando Jiménez descubrió un *full*, Ángel se quedó largo rato observando las figuras y números de los naipes, como tratando de memorizarlos. Respiró profundamente y evitó venirse abajo. «Bien jugado», reconoció con una sonrisa en la boca. «Eh, Ricardo», le gritó el otro a Campra que estaba dentro y no se enteraba. «Acabamos de ganarnos la cena con el chico bueno, este, de Madrid». A Ángel le dolió la burla, pero se consoló: ya se la estaba haciendo pagar.

Fue esa la noche en que conoció a los empresarios alicantinos, extorsionadores de contratistas. Acudió a la reunión para cerrar tratos. No le gustaron, no le cayeron bien: los perfectos primos, aquellos que no despiertan tu conciencia cuando los estafas. Unos patanes con dinero en el bolsillo, candidatos a presidir algún club de fútbol de tercera e intentar salir en el diario local una vez a la semana.

La quinta virtud que Ángel había admirado en su padre era la paciencia. Y esta la aprecia especialmente, porque considera que él no la posee. Lo malo es el tiempo: uno tarda años en darse cuenta de que carece de ciertas virtudes. Y cuando lo hace, se descubre llegando tarde. Ángel viajó a Estados Unidos cuando su asesor en bolsa apareció muerto. Todo tal y como se lo contó a Fernando, salvo por una diferencia: la cuenta bancaria no guardaba solo quinientos euros. La suma se elevaba bastante más. Los asesinos no se lo habían querido llevar todo, eran gente práctica, paciente, tomaron lo necesario. Ángel encontró también las agendas e informes sobre inversiones de su socio. Y le pareció pan comido. No tuvo ninguna duda de su capacidad

para ejercer las mismas funciones que el *broker* muerto con el mismo éxito. Convenció a los accionistas de Verdasa para que le permitieran pasar una temporada en Nueva York haciéndose cargo de los *stocks*. Al menos, mientras encontraban un buen sustituto.

La estrategia que Ángel pudo leer en los papeles del *broker* consistía en jugar en dos frentes: uno arriesgado, para ganar grandes sumas; otro moderado, para cubrir grandes pérdidas. Creyó que su antiguo socio pecaba de cauto. Según toda esa información que aparecía en las agendas, las ganancias estaban aseguradas. El dinero entraría a chorros. Rebosarían oro, cubrirían lo robado por los asesinos, capearían la crisis inmobiliaria con velas hechas de billetes de quinientos y seda. Compró valores de riesgo. Perdió todo.

A su regreso, la estructura de inversión piramidal fue lo único que se les ocurrió para seguir adelante. Y rezar para que fructificaran los acuerdos en Rusia.

Hace tan solo unas horas, cara a cara con Fernando, sintió un momento de debilidad: casi fue víctima de su impaciencia otra vez. No sabe qué encontró en esos ojos saltones de pescado, en esa risa rebotante de odontología, pero estuvo a punto de flaquear y contarle toda la verdad. Aunque: «¿Qué es la verdad, eh, padre?» Esencialmente, lo que no es mentira. «¿He mentado?» No demasiado.

A veces no puede evitar sentirse como un farsante. Pero, siempre que se siente así, como ahora, prefiere acostarse. Cerrar los ojos. Dormir.

23:20

No es la primera vez que Fernando se encuentra en esta situación. Había empezado a olvidarlo. No pensaba que tendría que repetirlo. Los chicos parecen haber perdido la práctica. Al menos Ulises, que palea tierra enrojecida y la guarda en una bolsa de basura. Pero el cadáver aún se está vaciando: todo lo que Ulises limpia vuelve a ensuciarse rápidamente. Fernando ve que se pone nervioso, más aún. Si no fuera por ese carácter explosivo... Por eso y porque se le pinta en la cara lo que piensa. No debería resultar fácil leer un rostro. Pero que le vengan a decir a Fernando: él, ya harto de tratar con gente, buena y mala.

—Por el amor de Dios —le dice—. ¿Quieres esperar a que retiremos el cuerpo para quitar la tierra? ¿No ves que así no estás consiguiendo nada, alma de cántaro?

—Como has dicho de hacerlo ya...

—Pero usa la cabeza, hombre. Anda, fúmate un cigarro para calmar los nervios y esperamos a que vuelva el Chus.

Ulises deja la pala, coge un cigarrillo y lo enciende. Así es él: se ordena, se obedece. Útil mientras el miedo le dicte tal conducta.

En ese momento Chus aparece por la puerta de la cochera con un rollo inmenso de plástico transparente al hombro y cinta americana en la mano. Se escucha un grillo y el murmullo lejano de los coches que cruzan la carretera hacia San Adrián. Chus arroja el rollo de plástico junto al cadáver y el sonido se desparrama por la cochera. Luego lo extiende. El largo cuerpo del Antoñito apenas cabe de extremo a extremo del envoltorio. Chus lo toma por los pies y Ulises por las manos. Lo colocan sobre el plástico de un solo tirón. La boca del Antoñito aún expende pétalos rojos y ensucia lo poco que queda por ensuciar de los zapatos puntiagudos de Ulises.

Fernando observa la operación con paciencia. Su sexto asesinato. En los años ochenta la gente quería libertad, lo que se traducía en diversión. Y no le importaba cuánto pagar por ella, cualquier cosa. La policía se estaba renovando, se creó un vacío de poder ahí mismo, al alcance del más rápido.

Al primero que tuvo que dar boleto fue a un tal Luis Grenoble, un francés que se paseaba por aquí con sus putas y sus pistolas. Empezó a meter una droga de malísima calidad en el mercado. Varios chavales de la zona murieron, otros se quedaron tontos. Fernando, muy joven, lo vivió de cerca. Uno de esos chicos muertos era primo suyo. Se movió, averiguó datos sobre Grenoble. Descubrió que tenía enemigos y fue a visitarlos a una elegante villa de San Juan de Luz. Aún no se explica por qué recibieron a un tipo como él, un pipiolo sin blanca. Supone que no perdían nada.

Cuando le hicieron la proposición, estaban seguros de que no podría cumplirla: tú haces desaparecer a Luis Grenoble, nosotros contamos contigo para distribuir nuestra droga. Cuando respondió que sí, que muy bien, creyó ver alguna sonrisa burlona entre esos gabachos presuntuosos. Grenoble tenía una pequeña guardia personal, armas y un negocio organizado.

Le pegó un tiro al francés una noche de octubre sin olor a humedad que presagiase tormenta. Lo demás vino de suerte. Resultó que la guardia

personal no era tal, pura fachada; dos drogadictos que se desintegraron cuando vieron que la cabeza de su jefe se convertía en spray: soltó un fluido atomizado carmesí por el orificio de salida. Gente impresionable. Y el negocio tampoco se sostenía en una estructura tan sólida: parece que Rosas les hizo un favor a muchos acreedores que debían dinero a Grenoble. Era mil novecientos ochenta y tres. Tenía treinta años.

Dio mucho que hablar en la villa de San Juan de Luz. Para bien, claro. Ellos cumplieron su palabra. La droga empezó a llegar en camiones de verdura que iban camino de las conserveras. Y con ella el dinero, el poder. Y también las putas, la documentación falsa, todo lo que gusta a la gente de bien. A Fernando se le acercaban chavales para pedir trabajo. A la mayoría de ellos los mandaba a la mierda porque había aprendido de Luis Grenoble: si contratas incompetentes, acabas muerto. Fue buscando ayuda en gente cercana. Si compartían algún apellido con él, mejor que mejor. Se compró la casa y la convirtió en centro de operaciones.

Por aquel entonces, Fernando tenía ganas. Se reía mucho menos que ahora. Una vez conquistada la fortaleza, había que defenderla. Tipos valientes querían disputarle el negocio. El segundo en caer fue uno de la zona: José Manuel García. Quiso establecer una ruta alternativa de coca. Fernando toleraba la venta a pequeña escala, camellos sin importancia que viajaban por sí mismos a Galicia o a Colombia y se jugaban el tipo por dos duros. Pero García utilizaba furgonetas con el anagrama de una empresa de reparto urgente. Fernando consultó a San Juan de Luz y le exigieron que no lo permitiera.

Antes le avisó. Pero debió ser que las llamas de su coche no brillaron demasiado porque no entendió la advertencia. Fernando le metió dos puñaladas en la garganta. Se acabó la mensajería. Fue su segundo muerto y no le afectó demasiado hacerlo cara a cara. Si tuviera que repetirlo ahora, otro gallo cantaría.

Hasta el noventa todo se mantuvo en calma. El negocio creció a buen ritmo. Pero apareció una nueva generación que quería su parte. Afortunadamente, Fernando no tuvo que mancharse las manos. Acababa de contratar a un chaval joven, que por entonces ya llevaba melena rizada y anárquica. No le temblaba la mano a la hora de disparar. Bajo supervisión directa de él mismo, despachó a un pobre chico con delirios de grandeza que había empezado a vender por su cuenta. El muy ingenuo había deslizado bajo la puerta de Villa

Rosas una carta con amenazas: «Si *quieres con paltir* el mercado te prometo que nada *ocurra*. Sino, a ten te alas con *zequencias*». Enterró el cadáver en un huerto perdido en medio de la nada. Nunca lo echó nadie de menos.

Aquella fue la primera vez que se usó la cochera. Una época bastante convulsa. La necesidad de repartir correctivos le obligó a buscar más gente. Descubrió las manos de Ulises en un combate de boxeo local. Le tuvo dando puñetazos durante mucho tiempo. Y resultaba convincente. Luego descubrió que además tenía cerebro y le dio responsabilidades. No fue hasta más tarde cuando empezó a calarlo: el Ulises, menudo pájaro. Entonces buscó a otro matón para las *actividades disuasorias* que tenían lugar en la cochera. Lo encontró en el mismo gimnasio de donde había salido Ulises, un chico fuerte, un toro. Se llamaba Molinos.

Molinos no se parecía a Ulises, ni a Chus. Fernando lo recuerda como el mayor error de su vida. Demasiado grande, no controlaba su fuerza. Estaba dominado por una necesidad imperiosa de hacer daño. «Molinos, tan fuerte no, no te pases que es peor», le decían. Pero siempre encontraba alguna excusa para pasarse. En realidad el muchacho cumplía su cometido: no había más que mentar el nombre de Fernando Rosas para que todo el mundo se cagara de miedo. Fernando sabe que su reputación aún vive de las rentas que le dejó el Molinos. Aun así, lo sigue considerando el peor error de su vida.

Al mismo tiempo apareció en escena el Chivo. Un tipo llegado de Madrid que sabía manejar putas. Era el año noventa y ocho. Al principio se llevaba bien con Fernando, pero luego decidió dejar de pasar la comisión. El caso es que era muy escurridizo. Casi imposible encontrarlo: no se sabía dónde vivía, dónde pasaba los fines de semana. Ni siquiera conocían su verdadero nombre: el Chivo a secas. Solo iba por los locales sin previo aviso, recogía su dinero y se esfumaba. Fernando no podía amedrentar a quien no podía ver, así que decidió ir a por sus putas. Quiso obligarlas a abandonarlo. Convenció a unas pocas para que se pasasen a los clubes de su propiedad. Pero a las chicas, el Chivo les daba miedo.

Comenzó el pulso. Envío a Ulises y a Chus a un local del Chivo y se llevaron a tres de ellas. Las metieron en la cochera. Fernando recuerda que aquel día acababa de estrenar la piscina de su casa. Mes de julio, mucho calor. Se estaba bien en el agua con una cerveza. Había invitado a sus hermanos a traer a los niños para que se dieran un chapuzón y jugasen en el jardín. Su mujer se había mudado a Marbella tiempo atrás. Él ya reinaba la

casa en solitario, siempre rodeado de sus sobrinos, que llenaban el hueco que había dejado la pequeña Sandra. Por ahí, junto al agua, correteaban el Paulino, siempre resuelto, el Maru, un niño gordito que lloraba a las primeras de cambio, y una jauría completa de críos de todas las edades. Había abierto la segunda botella de cerveza cuando Ulises le llamó por teléfono desde la gasolinera de la entrada al pueblo.

Veinte minutos después llegó a la cochera. Gotas de sudor resbalaron por las sienes, deseó estar en la piscina flotando como un hinchable de esos que uno se olvida en el agua, deseó que el mundo le olvidara por unos momentos. Entró. Dos de las putas lloraban en sendas sillas. Una, negra; la otra, española del sur. No tendrían más de veinte años. Biquinis de colores y tacones altos. En la nave predominaba un olor dulzón sobre la vista y el tacto. El Molinos estaba apartado unos metros, le sangraban las manos.

Las dos chicas se sacudieron cuando se abrió la puerta. Parecían muy asustadas. Se abrazaban como intentando detener los temblores o secar el sudor con sus alientos. Chus trataba de calmarlas, acuclillado junto a ellas.

Un poco más adelante había otra silla con otra chica. Esta no debía de llegar a los dieciocho. Morena de pelo, pero de piel descolorida. Pálida. Azulada. Al menos, las zonas que no estaban amoratadas. Inmediatamente Fernando se acordó de su hija, Sandra. Su pequeño cuerpo desfallecido en una butaca después de una interminable sesión de quimio. La chica que tenía delante era mucho mayor, pero casi igual de niña. El bikini estaba teñido de humedad pegajosa. Los tirantes se escurrían sobre los hombros, los brazos colgaban como peces recién pescados. Había detalles en su estado, densos, inexplicables, irrepetibles, que Fernando supo que no podría olvidar. Ulises se aproximó deprisa.

—No hemos sido nosotros. Nos fuimos a tomar un café mientras el Molinos se ocupaba de todo y al volver lo encontramos así, con los... Bueno, así —la voz de Ulises era nerviosa, parecía impresionado de verdad—. La chica no se mueve, no la puedo despertar.

Molinos se encogió de hombros como si hubiera estropeado un juego. Fernando no dijo nada. No acostumbraba a hablar tanto por aquel entonces. Pero su cabeza empezó a discurrir que en algo se estaba equivocando. «¿Esto es lo mejor que sabes hacer?», se preguntó. Apareció el doctor Nuñez: un tipo achaparrado, de pelo cano, al que había hecho ganar bastante dinero. Este le devolvía los favores cuidando de los chicos cuando tenían alguna lesión de

esas con las que no puedes ir al hospital. Al contemplar la escena, su rostro también encaneció. Parecía no querer saber nada de aquello, pero una mirada de Fernando le recordó de qué lado estaba.

De todas formas, no pudo hacer nada por la chica. Tardó poco en morir. Molinos permanecía en silencio, pero no se le borraba el atisbo de una sonrisa. Fernando pensó que si alguien hubiera puesto esa cara en el funeral de su hija lo habría matado. Intentó disimular su aturdimiento, su asco. Le dijo al doctor que se fuera a casa. A pesar de la confianza se permitió la formalidad de advertirle: «Si cuentas algo de lo que has visto, serás tú el que acabe en esa silla, te lo juro por mi vida». Pero no hacía falta que lo jurase. Iba muy en serio. El doctor se fue. En todo el rato que pasó en la cochera, no parpadeó.

Fernando se secó el sudor de las sienes con un pañuelo blanco que llevaba en el bolsillo de la camisa. Se lo guardó. Pensó rápidamente. Fue al coche y cogió una pistola de la guantera, una Astra de fabricación nacional, nueve milímetros. Luego se puso delante de las dos putas. Ellas se estrechaban tensando los brazos. Sus tacones se clavaron en el suelo arcilloso, la silla les cortaba la circulación de sus muslos. Fernando se rascó la nuca. Molinos no decía, parecía contento del desenlace. Miraba curioso a las putas como a hormigas al sol sobre las que se coloca una lupa. Ulises y Chus observaban. El primero se mordía el pulgar, el segundo se perdía en el infinito, resignado a ver llegar el fin del mundo.

El pequeño jefe apuntó. Hizo un disparo. Uno solo. En una fracción de segundo, Molinos estaba tendido en el suelo. La bala le había atravesado el pecho a la altura del corazón. Probablemente se había desencadenado un infarto, una hemorragia masiva, no se sabe, el caso es que cayó fulminado en el acto. Algo muy poco profesional por parte de Fernando. Ese fue el cuarto. El quinto, el Chivo, acabó traicionado por un guardaespaldas: el mismo Fernando disparó, por las molestias. El sexto era Antoñito.

Y la séptima, la que trata de espantar de sus cuentas sin conseguirlo, jurándose, sin acabar de creerlo, que no fue culpa suya, que él nunca lo hubiera permitido: la chica de la silla.

No tiene por costumbre ser discreta, Lucía, cuando entra en casa. Empuja el corpachón a través del umbral de la puerta de entrada. Zapatea impudicamente con las suelas de su calzado masculino. Sin cohibirse, se arranca los zapatos con los cordones atados y los lanza a una esquina. Caen estrepitosos. Le duelen los pies y los brazos y siente un mal sabor de boca tras la campanilla que no consigue aplacar ni bebiendo agua ni comiendo chicle. Se desabrocha el cuello de la camisa y se la saca del pantalón. Mueve los dedillos de los pies como si eso, al ponerla en contacto con el suelo de su hogar, tuviera un efecto terapéutico y relajante inmediato. Camina despacio, cruzando el pasillo, hacia el salón.

El hogar de la teniente Utrera se puede considerar acogedor, con moqueta recién estrenada en la sala y unos muebles prácticos. No está tan devorado por la degradación como las dependencias. Aún no se ven humedades, ni grietas en la escayola ni baldosas despegadas. Además, está Bernard. Él tiene una sensibilidad especial: siempre encuentra los dos detalles que necesita un habitáculo espartano para convertirse en un hogar. Aunque no tenían patio, su casa de Córdoba siempre estaba llena de tiestos. En Madrid plantaba tomates o legumbres en jardineras, lo hacía con los niños para contagiarles el cariño hacia las cosas vivas. Fue Bernard quien la animó a montar su propio acuario en la oficina. Escogió peces para ella después de consultar manuales de *feng shui*. Peces y hortalizas. Seres apacibles, de tonos frescos y volúmenes carnosos. Como él mismo.

De hecho, ahí está. Lucía se apoya en el marco de la puerta del salón para observar a su marido. Duerme como un bendito, su tranquila conciencia, su pelo entre rubio y pelirrojo como aquellas macetas de plantas en Córdoba, como esas que tiene ahora en la ventana y que no olvida regar.

Bernard: su caja torácica roba todo el aire de la habitación al hincharse y levanta bien arriba el libro de Joyce Carol Oates que ha quedado descansando sobre su pecho, tan dormido como él. Un inglés de Chelsea, de buena familia, que va a enamorarse de una chica inmensa que estudia para entrar en la Guardia Civil. Un insondable espíritu romántico que necesita renunciar a la vida palaciega, con su pulcro acento anglosajón, con sus jardines aterciopelados, con sus calzoncillos hechos a medida en camiserías ancestrales. Cuando ella lo conoció, él ya había abierto una brecha irresoluble con el mundo que le precedía: aquel inglés gordito cargaba con una mochila por las calles de Córdoba, sudando como en su vida, el rostro despellejado

por el sol, camiseta de *The Velvet Underground*. Una tesis sobre Washington Irving le condujo a Andalucía. Le gustó inmediatamente el carácter cáustico y agudo de ella. Y a Lucía, la delicadeza y la amplitud de entendimiento de él.

Como siempre que lo observa durante más de treinta segundos, la energía de los ojos negros de Lucía consigue despertar a Bernard. Sus pupilas azules se asoman al mundo. Carraspea.

—Te he dejado un poco de menestra en el refrigerador
—anuncia con su acento, su español de Chelsea.

—Gracias —susurra ella—. Sigue durmiendo, que no te quiero despertar.

Él acaba por alzar los párpados. Comprueba el reloj y se incorpora en el sofá.

—No. No me puedo quedar durmiendo toda la noche aquí. ¿Quieres que te lo caliente?

—¿La menestra? Ya lo hago yo.

Él se levanta de un salto. Hace temblar la mesa de centro, sobre la que hay una bandeja con un plato usado y una copa de vino vacía.

—No, no. Yo te lo preparo, tú siéntate.

Bernard desaparece por el pasillo llevándose la bandeja. Lucía se acomoda en el sillón y vacía sus pulmones, un suspiro que la entierra en los cojines. Desde ahí escucha el motor del microondas. Al poco rato el timbre que indica el momento feliz de la comida que hay en el interior. Él vuelve a aparecer en el salón con un plato humeante, una copa de vino, la botella de agua, un vaso, una servilleta perfectamente acomodada en su servilletero y un pedazo de pan dentro de un cestito. ¿Qué chica no quiere ser princesa? Prueba una cucharada del plato: parece increíble lo mucho que Bernard ha aprendido en estos veinte años en España. Sobre todo de cultura culinaria. Sus conocimientos han ido aumentando a la misma velocidad que su cuerpo. Hoy nadie podría decir que esa menestra la ha cocinado un lechoso inglés, y no una abuela de las de toda la vida.

—¿Cómo te ha ido la tarde? —pregunta él frotándose los ojos.

—No me hables.

Y es que la tarde ha ido muy mal. Los Chamorro entraron en las dependencias levantando polvo. Luego se han negado a contestar preguntas y han solicitado la presencia de un abogado. De nada sirvió que la teniente intentara convencerles de que lo único que quieren es encontrar al asesino de Nuria Isabel y evitar más desgracias. «No, señorita, qué pregunta me hace

usted, señorita, yo no sé nada de eso, señorita, yo quiero un abogado, señorita, que yo no he hecho nada más que perder una criatura de mis carnes, señorita, que debería darle vergüenza, señorita...» Y así durante cinco horas.

Luego han llegado la señora Chamorro y sus telas negras.

—Señora Chamorro —ha preguntado la teniente—, ¿por qué me ha pedido usted que detuviera a toda su familia?

—Ay, no lo sé.

Ante esa respuesta, Lucía ha resoplado y ha compartido una mirada de desesperación con Ramírez y Campos.

—Pero señora, ¿no se da cuenta de que esto lo hacemos por ustedes?

Entonces ella, la señora Chamorro, ha bajado mucho la voz.

—Señorita, usted hoy ha hecho mucho bien, más del que se imagina, pero no le puedo decir nada porque ya sabe cómo son las cosas. Las cosas nuestras —todo esto lo ha dicho vigilando el lugar donde su marido aguardaba la llegada del abogado.

—Señora, sepa que puedo denunciarla por obstrucción a la justicia.

—Ay, hágame lo que usted prefiera. No será peor que otra cosa. Pero escuche. Pregunte por los Pajaritos. Pero no le diga nada a los míos —ha terminado por suplicar la Chamorro entre sollozos—, que yo, hija mía de mi alma, lo único que quiero es que no tengamos que llorar más. Que me han matado a mi pequeña, que era la criatura más bonita que nunca se haya visto.

La teniente se ha llevado aparte a Campos y ha tratado de razonar rápido.

—Muy bien, Campos. Antes de que llegue el abogado vamos a ver qué se nos ocurre para mantener a toda esta gente en el calabozo, aunque sea por esta noche.

—En fin, tenemos sospechas fundadas de que pueden cometer un delito.

—Sí, bueno, a ver cómo convencemos al abogado de que las sospechas son fundadas, porque yo más bien diría que no lo son. Piense usted en algo, por favor se lo pido, que yo no puedo más de cansancio. Si ocurre cualquier cosa, venga a buscarme.

El abogado ha llegado justo cuando Lucía abandonaba las dependencias. Ella ha huido sigilosamente. Pero ha tenido tiempo de ver cómo Campos lo abordaba con mucha energía y una serie de palabras técnico jurídicas que nunca podrá recordar. A los pocos minutos está en su casa, reconstituyéndose con un plato caliente junto a su marido.

—No tienes ni idea, Bernard. Es algo que ningún inglés podrá entender

nunca.

—No creas. Yo tuve una novia *okupa* en Leeds, antes de venir a España. Se movía en ambientes muy interesantes.

—Eres una caja de sorpresas.

Y lo es. Ahora mismo, Bernard podría estar tomando un *Dry Martini* en cualquier club de alta sociedad de Londres. Pero no parece echarlo de menos. Se diría que la vida sencilla lo llena de felicidad. Cocinar, hacer los deberes con los niños, decorar la casa, dar sus clases de inglés y leer multitud de libros que asaltan estanterías, rincones de pasillos y alacenas. Una extraña pareja para una picoleta. Pero Bernard no se ha quejado nunca.

Ni siquiera durante los tres largos años en el Norte. En ese casi legendario Norte, un título que no tiene nada que ver con su cualidad septentrional. El Norte es el nombre que siempre precede a un largo silencio, a un chasquido de dedos, a una mirada de comprensión. Para un Guardia Civil significa vender unos años de vida a cambio de una vuelta rápida a la tierra paterna. Quizá ganar algo más que el mísero sueldo de la mili. Para Bernard, significó ser extranjero en una guerra en la que nadie le había dado vela. Significó tener que pasar eternas tardes de invierno encerrado en una casa cuartel donde el miedo desequilibraba cualquier tipo de relación, cualquier tipo de acción, cualquier tipo de pensamiento. Lucía no sabe cómo Bernard pudo resistir esos años sin un solo reproche. Pero tiene que admitir que fueron mejores que lo que vino después.

Tampoco se quejaba Bernard cuando acabaron por trasladarse a la provincia de Córdoba. Ella esperaba un buen recibimiento y una vida feliz en la ciudad donde había nacido y donde él la había conocido. Un lugar idealizado en la mente de ambos. Se instalaron en una bonita casa del centro. Lucía iba todos los días al pequeño pueblo donde se hallaba su puesto, a solo veinticinco minutos. Había cumplido ya veintisiete años y aún no se habían casado. Así empezaron los problemas. Tras tanto tiempo fuera de su hogar, ya no recordaba: no podía recordar porque se trataba de conceptos que había borrado de su mente, que llevaba años fingiendo que no existían porque así quería creerlo.

La memoria despertó de pronto, como traída por una onda expansiva asoladora. Le bastó con escuchar aquella batería de sílabas brotando de los labios de su madre: «No puedes casarte con una persona que no es católica.» «¿Es que me quieres matar, quieres que me señalen con el dedo?» «Si te

casas por lo civil no vuelvas a entrar en esta casa.» «Esta es una familia decente, aquí no queremos raritos.» «Tú cástate, pero no cuentes con que vayamos a la ceremonia». Lo más duro no fue celebrar la boda en solitario, acompañada de algunos amigos y varios primos en un pequeño restaurante. Lo peor fue explicárselo a Bernard. «Bernard, estamos solos», dijo ella. «No», contestó él. ¿Cómo pudo comprender? ¿Qué le hacía ser así, tan respetuoso con las decisiones ajenas, incluso cuando eran mezquinas? Bernard habló con su familia, les pidió que no vinieran a la ceremonia porque todo iba a resultar violento.

A las pocas semanas los recién casados viajaron a Londres. Allí les esperaba una inmensa fiesta en la que ella no pudo vestir de blanco, pero sí presidir un banquete entre invitados de rostro escarlata a los que no entendía una palabra. Dio igual: todas y cada una de sus sonrisas y sus gestos de cariño resultaron inteligibles. Se celebró en un club de golf con lámparas de araña y extensas alfombras donde los pies se hundían con gusto, camareros de guantes blancos, manteles de hilo. La familia de Bernard, un modelo paradigmático de *champagne socialists*: ricos avergonzados de ser ricos, pero que no saben practicar la pobreza por mucho que entrenen. Una especie de *neohippies* con cultura de diseño. Intelectuales, laboristas empedernidos. Ese tipo de gente que le quita importancia al dinero porque nunca le ha faltado. Una hermana de Bernard, escritora de libros de viajes, estaba casada con un cocinero siciliano. Su tío, catedrático de antropología en Oxford, acababa de contraer matrimonio con una camarera-actriz veinte años menor. Todas estas uniones habían sido celebradas y festejadas como una demostración de idiosincrasia. Si no hubiera sido así, con esas pretensiones bohemias tan bien conseguidas, nunca habrían aceptado a Lucía. Ella pensó que, de todas las invitadas, era ella, la novia, quien vestía el traje más barato. Y sin embargo seguía siendo la reina del baile.

Aquella noche, Lucía le propuso a Bernard que vivieran en Inglaterra. Pero él se negó: «Tu trabajo está en España, y el mío también. Si quisiera vivir aquí, entre esta gente, nunca me habría ido».

La boda fue lo primero. De regreso a España, comenzaron los cuchicheos, los susurros silenciosos, como tábanos al posarse sobre la piel, e igual de dañinos. Que si Bernard era un mantenido, que dónde estaba su hombría dedicándose al cuidado de la casa. «Una pareja extraña esta, ella guardia civil, él limpia, cocina y plancha.» «Yo no enviaría a mis hijos a que él les

diera clases de inglés, debe ser un afeminado para llevar ese tipo de vida.» «¿Y ella? ¿Acaso no debería reconocer su homosexualidad?» «Bueno, que la reconozca si quiere, pero entonces que se vaya, que se vaya y no vuelva.» Lucía no tardó más de un año en darse cuenta de que el enjambre de tábanos le había chupado toda la sangre y le había levantado pústulas por toda la piel. No se explicaba cómo él podía ignorarlos con tal facilidad, cómo podía, sin más, limitarse a continuar con su vida. Sabía que ella debía seguir su ejemplo y actuar de la misma forma. Pero se trataba de sus familiares: tarde o temprano lograban arrancar las postillas y provocar más sangre.

Bernard no discutió la decisión de Lucía de cambiar de destino. Cuando cumplió treinta, le concedieron el traslado a Madrid, a la Unidad Central. No fueron unos malos años, pero sí demasiado intensos. Casi acaban con sus nervios. Lucía se esforzó mucho y pronto ascendió. El comandante Aguilera, de homicidios, se encaprichó de su ingenio y la puso a trabajar para él. La cabo Utrera hizo méritos, viajó por toda la península investigando muertes violentas y sangre, vísceras que se le iban grabando en la memoria, indelebles. Bernard tenía sus alumnos, continuaba ocupándose de la casa. Nacieron Claudia y Marcos. La sargento Utrera ni siquiera se tomó todo el tiempo de baja al que tenía derecho. Y el que se tomó, lo malgastó en estudiar para el examen de oficiales. Lo importante, los méritos.

Un día, no hace mucho, entró en el despacho del comandante Aguilera. Era un hombre cansado que se dolía de una juventud demasiado activa. Había renunciado a la carrera a muerte por el generalato que algunos oficiales disputan. Las cejas espesas y blancas tiraban de su entrecejo hacia abajo.

—Lucía —dijo—, ya está. Tienes Calahorra si quieres Calahorra. Te voy a echar de menos.

La teniente se iluminó. Calahorra. Huir de cadáveres y asesinos. Descansar. Acomodarse en la cima de una montaña y observar todo lo que se ha dejado abajo. Calahorra, una ciudad donde nunca pasa nada. Un lugar tranquilo, con gente afable que únicamente se preocupa de sus cosas. Así se lo habían descrito. La tranquilidad. La anhelada tranquilidad. Sus hijos podrían ir al colegio, su padre los llevaría y ella iría a recogerlos. Bernard ayudaría a los estudiantes de instituto a aprobar inglés en junio. Y la gente podría decir lo que le diera la puta gana.

—Pero, ¿y qué pasa con García?

—Pues resulta que el enchufe que tiene el teniente García no es suficiente

como para que el Cuerpo se olvide de sus tres expedientes disciplinarios.

—Pero su tío es coronel.

—Ya. Y Dios sabe que lo ha intentado. Es de los que no se corta en gritar que no entiende por qué una mujer puede llevarse la plaza a la que opta su sobrino. Pero ese chaval sacó la pistola en una boda. Y además, si el Cuerpo fuese justo, ahora tú, por tus méritos, serías comandante.

—Pero es coronel.

—Calahorra es tuyo, Lucía, no me toques los cojones más que bastante me jode perderte.

Calahorra es suyo. Es cierto. Y lo encontró todo tal y como lo había imaginado. Como ahora lo está viviendo, a los pies del sofá, el plato de menestra, los ojos plácidamente azules de su marido, los niños en la cama protegidos por el ángel de la guarda entre sueños de gominola y cachorrillos de *Terrier* lanudo. Como este breve momento en el que olvida la tarde, en el que se deja hipnotizar por la notoria presencia de Bernard, por el sabor hogareño de la verdura guisada, el tacto de la alfombra en los pies descalzos. Recibida por unos habitantes socarrones y hospitalarios, vocingleros y escandalosos. Cuando les cuenta a aquellas mujeres que es Bernard quien se ocupa de la casa y los niños, la respuesta: «Maja, ¿y no tiene un hermano pequeño para mí, el Bernard?». Lucía nunca se había sentido envidiada hasta ahora. Debería ser así, siempre así.

Y de pronto llega lo atroz, el horror. Su pueblo. Su pecera. La propia cercanía de la gente que la saluda al ir a por el pan o a buscar a los niños al cole, la cercanía que tanto ha apreciado se convierte en un enemigo irreductible. De repente los gestos de aprecio se cargan de una exigencia justa que ella no se ve capaz de satisfacer. La tranquilidad, ¿dónde está la tranquilidad? Se ha asomado a demasiados crímenes en su vida como para pensar que algún lugar pueda ser inmune al horror. Pero si hubiera tenido que apostar, Calahorra habría sido el último rincón del mundo donde habría esperado sangre.

«¿Cuántas cosas pueden pasar donde nunca pasa nada?», empieza a meditar. Pero se detiene: nunca piensa en trabajo mientras come. Lo tiene como una norma muy estricta que no se permite romper. Así que raciona parsimoniosamente las últimas cucharadas de menestra para no terminarla y no tener que pensar.

El coronel García debe de estar contento. Si Lucía no se arregla para

resolver el asunto de la niña, y por ahora no se arregla, el maldito coronel tendrá motivos para entonar un «os lo dije» largo e intencionado. «Una mujer dirigiendo un oficio de hombres, por favor». Alguna treta se inventará para desalojarla de Calahorra cuando los altos mandos de Madrid se hayan olvidado de las imprudencias de su sobrino. Y entonces traerá aquí a ese psicópata asocial. Ese adicto a enseñar placa y pistola.

Pero, espera, Lucía, aún te queda comida en el plato. Estás rompiendo la norma: no pienses, aún queda verdura. Olvídalo todo. Solo termina la cena y luego vete con Bernard a dormir. Y mañana más.

2. JUEVES SANTO

10:00

Fernando despierta. Su cama es la de siempre. El sueño es el de siempre: el cabo, el acantilado, el camino. Ya ni siquiera le hace sudar. Ya ni despierta sobresaltado. Varían las personas que encuentra sobre la cornisa, tan solo eso, y el momento en que la niña desaparece en el vacío. Mira el reloj, aún son las diez de la mañana. Aunque ayer trasnochó, los años no le dejan descansar con tanta placidez como un joven. Da un par de vueltas e intenta volver a dormir. Cuando su mujer se fue a vivir a Málaga empezó a aprovechar la superficie completa del colchón. No tuvo ningún problema en acostumbrarse.

Fernando se estira abriendo brazos y piernas. Cierra los ojos. Deja que transcurra media hora, escucha el tictac de su reloj de pulsera. Finalmente decide que se aburre y se levanta de la cama.

Pijama de seda. Bata de seda. Babuchas de piel. Fernando sostiene un zumo de naranja, pero parece un cóctel. Es por el ademán con que sujeta el vaso. Entre los dedos de la mano izquierda, el cigarro compacto que deja una estela de humo. Sale de la cocina y cruza la casa por una galería luminosa. El sol claro encuentra en la pared miles de objetos donde reflejarse. Colores. Su pelo ya peinado, su cara ya afeitada, aunque aún no se haya vestido. Camina sabiéndose en justa posesión del suelo que pisa. Disfruta del tacto de las gruesas alfombras a través de las zapatillas. Llega hasta la sala de la mesa de billar. Algún pariente le ha dejado el periódico de hoy en el revistero. Para ese momento, el sueño ya se le ha borrado de la cabeza.

La tele emite deporte absurdo que nadie se molesta en seguir. El sonido está desconectado. Coge el mando a distancia y la apaga. Ahí está Paulino, inclinado sobre la mesa del juego. Fernando se sienta, deja el vaso sobre una supletoria y toma el diario *La Rioja*. Paulino se concentra. Hace juego. Seis de las ocho bolas entran y dos quedan fuera.

—Bien —dice el tío.

—Ah. Buenos días —contesta el sobrino, mirada muy roja, palabras atropelladas—. No me había dado cuenta de que estuviera ahí. No, no está bien. El secreto es ir a meterlas todas, así te aseguras ganar. Es el único truco

que vale.

—Ya, pero el tiro es bueno. Esta noche ese tiro me puede valer hasta quinientos euros.

—O mil.

—O mil. Así que no te tortures, lo que está bien, está bien. Al pan, pan y al vino, vino. ¿Cómo fue lo de ayer?

—Está hecho.

—¿Cómo es que no duermes?

El labio superior de Paulino se contrae, involuntario. Deja ver las encías.

—¿Has tomado coca? —pregunta Fernando.

—Tío, a usted no puedo mentirle.

—¿Pero cómo haces eso, por el amor de Dios? Que lo haga el Ulises pase, porque no es de la familia y se mete de ciento al viento. ¿Pero tú? No me fastidies, cojones.

—Lo siento, tío. Pero estos tres días son jodidos. Usted mismo lo ha dicho. Ayer no acabamos hasta las cinco de la madrugada. Hoy antes de la cena quiero estar ya en Borregos, viendo las apuestas. No quería perder el tiempo en dormir.

Paulino el calculador, piensa Fernando. Solo toma droga en caso de que sea útil, como quien se traga un ibuprofeno para el dolor de cabeza: una necesidad, una solución.

—¿Hasta cuándo chorra vas a estar con eso?

—Solo esta noche. Funciona, no me tensa el pulso, ahora mismo estaba probando si puedo tirar igual de bien.

Fernando suspira.

—Escucha, chaval. Si te jurase por la Virgen que yo nunca he tomado de esas cosas estaría cometiendo un sacrilegio, por aquello de no tomar el nombre de Dios en vano y esas chorradas. Solo quiero que me prometas que, después de esta noche, ni una fila más hasta por lo menos dentro de tres meses. Mira si no al Maru, mira lo que lleva encima, qué desgracia. O, peor aún, el Roque. ¿Te acuerdas del Roque? Era un buen muchacho. Me da una pena tener que partirle la cara que no te lo puedes ni imaginar. Ni imaginar. Por lo que siempre os digo: que yo conozco a todo el que me debe dinero como si lo hubiera parido. Y con el Roque me he llevado muy bien: le regalaba jamones en Navidad, le regalaba relojes, qué sé yo. La lástima es que se juntara con la zorra esa de la Lidia. Te digo que en esa casa el Roque

no cambia una bombilla si no lo decide la Lidia. Nunca te eches novia, ni mujer, Paulino. Fíjate en lo mal que me fue a mí.

Fernando mira a los ojos a Paulino. Al chaval le cuesta centrar la mirada.

—Y prométeme que después de esta noche, la coca, de fiesta en fiesta.

—Eso está hecho, tío Fernando. Yo no quiero darle ningún disgusto.

—Eso, eso. Dices bien, que ya estoy mayor.

—No me venga con eso, hombre, por Dios.

Fernando se envuelve bien en el batín de seda para notar un calorcillo hogareño. Sus dientes regresan graciosos bajo los labios. Este muchacho es el mejor de cuantos le rodean.

—Que sí, Paulino. ¿O no te acuerdas, chaval? ¿No te acuerdas de que cuando eras pequeño yo ya era un viejo? Cuando tú tenías, no sé, unos ocho años.

—Hombre, tío Fernando: yo eso no lo puedo recordar. La gente cambia despacio.

Fernando lo observa durante un instante, en silencio. Por alguna razón parece que hoy a Paulino este tema le afecta más que otros días. Se le ve rotundo, como si ya lo hubiera discutido y hubiera tomado su decisión.

—¿Y de la Sandra? ¿Te acuerdas de la Sandra?

—De la Sandra me acuerdo, sí señor. Que ya no era tan pequeño cuando ella... cuando ella murió.

—Sí. Lloraste mucho.

—Tanto como usted —responde el chaval a la provocación.

—¿Te acuerdas que cuando erais unos renacuajos decíais que le ibais a pedir permiso al Papa para casaros?

Paulino suelta una pequeña risa, entre carcajada y suspiro. Se pone un poco rojo, el chaval.

—Sí, tío Fernando. Me lo recuerda usted muchas veces.

—Fueron buenos años.

Otro par de segundos dedicados al silencio. Luego, Paulino arquea una ceja y devuelve su atención a la mesa de juego. Fernando sostiene el periódico. Lee la portada. «Las últimas horas de Nuria Isabel». Casi le hace escupir el zumo que tiene en la boca. El titular va acompañado de una fotografía del lugar donde apareció la chiquilla, con el recurrente primer plano de una mancha de sangre medio absorbida por el suelo arcilloso. El interior de la persona, el interior de una niña transmutado en una sombra oscura y

bidimensional tendida sobre la tierra. Barro. «Es curioso», piensa, «si solo fuera barro húmedo no pasaría nada porque no tiene vida; pero esto, que tampoco tiene vida, vende portadas». Se pierde en torpes disquisiciones como esa. Aun sabiéndolas básicas, le hacen sentir un poco más humano.

—Paulino.

—¿Qué, tío Fernando?

—¿Te das cuenta de que a la gente solo le interesan las cosas que están vivas cuando ya no lo están?

Paulino se le queda mirando, pensativo, con la varilla de lanzar las bolas sujeta en la mano.

—Yo no diría eso, tío —se atreve a decir por fin—. El otro día se pasaron un buen rato en el telediario hablando de un lince, precisamente porque no se había muerto.

—Qué listo eres, qué listo. Muy bien. Yo más bien quería decir que las cosas solo tienen interés cuando han estado vivas. Por ejemplo, si hay una roca en una carretera, le sacas una foto y nadie va a dar dos perras por ella. Pero si en lugar de una roca es la caca de ese lince tuyo, zas, la tienes vendida.

Paulino aprieta los labios y asiente. No comprende muy bien, quizá ni siquiera esté de acuerdo, no se decide a estar de acuerdo. Pero se trata de su tío: asume que hay algo de cierto en lo que pretende explicar. Algo entre las líneas de ese caótico razonamiento que le convence. Lo suficiente como para tenerle meditando unos segundos.

—¿Me haces un favor?

—Claro, tío.

—No quiero leer este periódico. Me deprime esta portada. No saben nada de esta niña y ya están largando mierda. Estoy seguro de que ni les han ido a preguntar a los padres, a los Chamorro. Les da miedo entrar ahí, en esa casa. ¿Puedes ir y traerme otro? No sé, uno nacional, que no se centre tanto en esto, que me da por culo.

—Eso está hecho, tío.

—Gracias, chaval.

En un abrir y cerrar de ojos Paulino ha abandonado la sala. Fernando tira *La Rioja* al suelo y sube los pies a la mesa supletoria. El silencio. Termina el zumo y vuelve a encender la tele. En «Teledporte» ponen carreras de unos coches que se parecen a los de Fórmula 1, pero que no son los de Fórmula 1.

El día ha comenzado bien, se siente positivo. Luce el sol. El mes de abril viene templado y alegre. Pronto podrá abrir la piscina y darse unos baños. Se relaja con el ruido de los coches en el circuito. Apoya la cabeza en las orejas del sillón.

Paulino regresa apurado. Entra en la sala agitando los brazos. Anuncia que fuera hay unos guardias civiles.

—Están discutiendo con el Chus.

—¿Civiles? ¿Sabes quiénes son?

—Pues creo que está la teniente, la gorda.

—Ave María Purísima —susurra Fernando.

Se levanta de la butaca y acompaña a Paulino hasta la entrada. Ha quedado entreabierta. Se ve la pelambreira crespa de Chus, que discute con dos siluetas. Llegan justo a tiempo para escucharle barritar:

—El señor está todavía en la cama y no se le molesta, coño. Me da igual que sean la Guardia Civil o la Guardia de su puta madre. Sin orden no pasan.

Chus sabe hablar cuando es necesario. Fernando surge a su espalda como un escapista al culminar un truco en un teatro lleno de gente. Dientes de dominio público y ojos esféricos muy abiertos.

—Buenos días —canturrea—. Chus, déjalo que ya estoy aquí.

Chus se echa a un lado, regresa a su querido silencio. A la entrada está la figura grande y cuadrada de la teniente Utrera y el delgaducho y nervioso Ramírez.

—Pero bueno, bueno, bueno. Cuánta alegría nos llega por la mañana a esta casa. Muy buenos días tenga usted, señora —le coge la mano y se la besa sin asomo de sarcasmo—. Hasta hoy no había tenido la oportunidad de visitarnos.

—Buenos días, señor Rosas —saluda la teniente.

—Fernando —sugiere su anfitrión.

—Señor Rosas —insiste sonriendo.

—Como usted quiera, señora. Aquí manda usted.

—No lo creo.

Se miran unos instantes con caras divertidas. Curiosidad el uno por el otro. La teniente con su corpachón, su acento cordobés. Fernando con su bata de seda y sus ojos circenses. Los invita a pasar, los guía hasta la sala de la mesa de juego. El Ramírez contempla asustadizo su alrededor con movimientos de conejillo de indias, comparando las estancias del enorme chalet con su

apartamento de apenas cuarenta metros. Las molduras doradas, los arabescos de escayola, las baldosas resplandecientes. La mirada de la teniente resulta mucho más aséptica. Finge indiferencia, o Fernando Rosas piensa que la finge y que lo hace extraordinariamente. Y ella sabe que Fernando sabe de su fingimiento y eso le molesta. No quiere caer en esa tela de araña de seducción que tanto bien le ha hecho a él. Fernando les acaba de ofrecer una copa o cualquier cosa que quieran tomar. Ramírez se tensa y la rechaza en nombre del deber.

—Toma lo que te apetezca —aconseja su jefa.

—Eh, no sé si deberíamos... Bueno... Pues si tiene usted un tercio, don Fernando.

—Yo estoy bien, no tengo sed —dice la teniente decepcionando a su subordinado.

—Tráele a este chico una Mahu, Paulino, si no te importa, por favor.

—Eso está hecho, tío Fernando.

—¿Quieren sentarse?

—¿Puede explicarme para qué sirve esta mesa, señor Rosas? Conozco muchos tipos de billar, pero esto no lo había visto nunca —el acento cordobés de la teniente pierde parte de su exotismo en un salón tan folclórico.

—Ni lo ha visto ni lo verá, con perdón, señora teniente

—contesta el anfitrión inclinando la cabeza—. No está permitido a las mujeres entrar en el juego de Borregos.

—Ya.

—Pero eso usted ya lo sabe.

—Y tanto que lo sé.

—Pues, ¿por qué me lo pregunta? ¡Madre mía! —ríe Fernando—. Estos modos de policía de Hollywood, con su experiencia. Madre mía. «¡Alégrame el día!», que diría Harry el Sucio, ¿no? Solo le falta eso, señora, por favor.

Lucía no puede evitar sonreír y dejar escapar una carcajada. Aunque quizá solo le hace gracia la pronunciación de Fernando Rosas: «*Jolibú*». Ramírez los observa incómodo en un segundo plano. Está más perdido que nunca. Paulino llega con una botella de cerveza. Pregunta si quiere vaso.

—A ver, señor Rosas —dice Lucía—. Estoy perfectamente informada de para qué sirve esa mesa. Tampoco soy tonta y sé que hoy es Jueves Santo. Sé que los Borregos no son del todo legales, al menos mientras nadie pague por ello ni un duro a la Agencia Tributaria. Y sé que esta noche Casimiro Estévez

le ha encargado a usted la vigilancia de su casino.

—¿Vigilancia? No, hombre, esa es una palabra muy fea. Aquí, en La Rioja, confiamos los unos en los otros. El Casimiro es un amigo de toda la vida y yo voy a acompañarle. Así que si me necesita esta noche, ya sabe dónde encontrarme.

Ramírez siente que hay algo de tensión en lo que oye y traga saliva. Luego, acordándose, bebe un poco de cerveza.

—Y, además, permítame que le diga una cosa —sigue Fernando—. Tampoco vamos a impedir que esa gente, los ciudadanos me refiero, se diviertan, ¿no? Tenga usted en cuenta que se trata de gente trabajadora. El que menos, pone la espalda al sol diez horas cada día. Y apostar les relaja. Los Borregos es un juego centenario. Que mi abuelo ya me hablaba de él. Pero inocente, tampoco se gasta mucho.

—No voy a ser yo la que impida una tradición que lleva celebrándose años. ¿Que el tonto de turno quiere perder toda su pensión de invalidez en unas bolitas? A mí no me importa. Pero, escuche, señor Rosas. En este país no solo existen la Guardia Civil y la Policía. Están los jueces, los políticos y la prensa. Está Hacienda, el Gobierno Autonómico y el Central. Y ya sabe cómo son las cosas. Imagine: elecciones municipales. De repente un periódico publica un buen día una noticia que habla de apuestas ilegales en las que cambian de manos miles de euros sin que Hacienda vea un duro, en las que se bebe, en las que no entran las mujeres, y dedica una editorial a decir que los políticos se chupan el dedo mientras tanto. ¿Qué pasa al día siguiente? Que yo me la cargo. Que me hacen responsable y me cortan la cabeza. A mí, al fiscal y al alcalde, ¿no?

—Bueno, pero eso no tiene por qué pasar.

—No. Y si yo no digo nada, ni levanto la liebre, que puede ser una liebre muy rápida, porque ya sabemos lo mucho que a los políticos les gusta su sillón, nunca va a pasar nada. Pero si yo un buen día, hoy mismo por ejemplo, me planto delante del Alcalde y me pongo a hablar, y le digo que si Ley de Igualdad, que si ludopatía, que si yo no me pienso jugar el cocido por unos jubilados lanzando pelotitas por una mesa, pues a medianoche tenemos cuatro furgonetas a la puerta del casino pidiendo permisos, declaraciones de impuestos, identificaciones, etcétera, etcétera, etcétera.

—Entiendo —a Fernando Rosas parece divertirle la situación—. Pero podemos llegar a un acuerdo.

La teniente asiente y sonríe con toda la cara al mismo tiempo. Ramírez est  tan sorprendido como Rosas.

—Por lo que me habían contado, no esperaba yo que usted fuera de las que...

—En efecto —interrumpe Lucía—, le han contado bien. No me voy a quejar de mi sueldo, que por otro lado es una mierda. Pero es mi problema si me hace feliz.

Fernando celebra la última frase de su invitada.

—Yo no quiero que usted me soborne —sigue ella—. Lo que necesito es que me eche un cable. Una ayudita. Usted tiene conocimiento de todas y cada una de las armas que se mueven en La Rioja. Todas las que cometen delitos, por supuesto.

— Que yo qué?

—Venga ya, Fernando, que nos conocemos —y la sonrisa en su rostro se ensancha—. Que no te estoy grabando ni voy a utilizar esto en un juicio contra ti. En ese juicio que tarde o temprano t  y yo tendremos.

— Ahora me tutea! —suelta Fernando muerto de la risa—. Por Dios, dígame qué quiere saber señora, que, si está dentro de lo que yo buenamente pueda, no dude de que será su siervo.

La teniente mira a Ramírez. Este, al sentir los ojos de ella sobre la cerviz, salta como despertando de un sopor. Está fascinado: ha asistido a una dura negociación soterrada en la que su jefa sale victoriosa. Ha conseguido lo que quería a cambio de nada. Ramírez se disculpa por su distracción y entrega a Fernando Rosas un papel tamaño A4. Una impresión de ordenador. Contiene la imagen de una pistola de empuñadura redondeada, cachas de madera rojiza con un 9 tallado en la mitad. Antigua, muy antigua. Debajo de la imagen puede leerse: «Pistola Mauser C-96. 9mm Parabellum. 1916.»

— Ha visto usted...? —empieza a decir Ramírez, luego se corta y espera a la teniente, que con un gesto le invita a seguir—.  Ha visto usted una pistola como esta?

Sujeta la foto y le dedica un estudio concienzudo. Pero no, no la ha visto. No sabe de nadie que pueda conservar una.

—Fernando —dice Lucía muy seria—, los de balística de Madrid nos han informado de que una pistola como esa acabó con la vida de la niña Nuria Isabel.

Fernando siente que se abren las aguas.

—¡Acabáramos! ¿Tanta vuelta para llegar aquí? No era necesario. Escúcheme, señora. Yo pensaba que ustedes no estaban haciendo nada por encontrar al pedazo de mierda que mató a esa niña. Deberían haber venido antes a preguntarme.

—El informe de balística no llegó hasta ayer.

—Da igual. Yo podría utilizar mis fuentes.

—Mire, señor Rosas. Se lo agradezco mucho, pero tengo mis reparos. La Guardia Civil no debe emplear cualquier método.

—Y dale. Que yo no soy tan hijo puta, hombre.

—Ya. Pero no renuncia a vivir bien.

—Una familia inmensa depende de mí, y gran parte del éxito de mi negocio me lo trae la imagen, créame. Bueno, ¿para qué me va a creer? Crea lo que quiera, me da igual. Pero sepa una cosa: cuando no se trate de negocios, para temas como este, en mi casa no va a encontrar otra cosa que un amigo.

—¿Me ayudará con lo de la pistola?

—Le ayudaré con lo de la pistola. Para mí la muerte de esa niña fue un suceso espantoso. Me quedé consternado. No puedo decir que yo sea un ángel, pero todo tiene unos límites. Hay criaturas, que no me atrevo a llamarlos humanos, que si nunca hubieran nacido nadie los echaría de menos. El mundo daría vueltas mejor sin ellos.

—Ya, ¿y los Pajaritos son de ese tipo de personas? —dice Lucía. Intenta captar por sorpresa alguna reacción en el rostro de Fernando.

—¿Los Pajaritos? —responde él arrugando la nariz—. ¿Qué pasa con los Pajaritos? ¿Qué tienen ellos que ver?

—Se lo cuento si usted me dice quiénes son y dónde encontrarlos.

12:30

El vino es dogma de fe. En octubre llega la vendimia, particular Miércoles de Ceniza, y a partir de entonces se hace vigilia pero al revés: comer sin vino es pecado. Vicente estima la importancia de estos asuntos mientras acaricia el vaho gélido de su copa de mosto en la que flota una aceituna impertinente. Hay muchas cosas que le apetecen dentro del bar en el que se encuentra. Una estantería, un muro almohadillado de botellas tintas con todo tipo de etiquetas, algunas clásicas, aburridas, que invitan a sentirse como un señor al

tomar un vasito, otras de diseño moderno, como una propuesta para el hombre sofisticado.

La barra no es lo mismo si no hay un vaso con alcohol sobre ella. Un camarero joven, solitario, atiende el bar. Coloca pinchos en bandejas que deposita en el mostrador, a pocos centímetros del desapercibido Vicente. De la cocina llega el olor de una tortilla que se cuaja. ¿Acaso no juzgamos obsceno un pincho sin vaso de vino?

En la televisión ponen el resumen de un partido de fútbol poco importante. Vicente era muy dado a estirar el cuello hasta entrar en contacto visual con algún compañero de barra. Y entonces hacía un comentario acerca del juego: «Joder, como corre ese melenas» o «Le pega duro, cago en «sos»». A lo que le respondían con afirmaciones o negativas: comenzaba el debate. Pero, ¿qué motiva a hablar de futbol con un desconocido si no es el vaso de vino?

Vicente ni siquiera sabe cómo se llama este bar. Está poco concurrido hoy: un tipo que juega a la tragaperras metódicamente, con un crianza sobre la máquina; unas chicas bastante feas que comparten fotografías y risas y consumen cervezas de barril en las mesas del fondo. Y nadie más. El suelo es de tarima oscura, los taburetes pesados y elegantes y un eficiente extractor se va llevando el humo del cigarro del jugador de tragaperras a medida que parte de sus labios y de entre sus dedos. El humo huele a bodega.

Entra apresurado un hombre mayor, de unos setenta y cinco. En la mano lleva una bolsa de plástico con una barra de pan y un periódico. Se le ve con prisa y mira mucho por encima del hombro. Se apoya sobre la barra y la palmea con la mano.

—¡Eeeh! —saluda.

—¡Qué dices, hombre! —contesta el camarero, simpático.

—Ponme un tinto.

El chico saca una botella abierta de debajo del mostrador y sirve una ración en una copa fina, como es debido.

—Qué, ¿a por el pan? —pregunta por decir algo.

—Sí, que me está esperando mi mujer —contesta el buen señor.

Cuando la copa está lista, el buen señor la fulmina en dos tragos largos. Luego deja la cantidad justa de monedas sobre la barra y se escapa a su casa.

—¡Bueno! —se despide.

—¡Venga! —contesta el chaval.

«Hijo de puta, la hostia», piensa Vicente al observar la copa seca cuando el

camarero la recoge. El estado tormentoso en el que su insípido refresco le había sumido empieza a clarear. De pronto se siente fuerte. Se siente ganador: ahí está, demostrando en un nuevo bar que ya no necesita bebida para ver fútbol, para comer un pincho, ni mucho menos para bajar a por el pan. Y si venció ayer la tentación de tomarse una copa, la tentación de romper con nueve meses de abstinencia, hoy no le debería de resultar difícil. No es que ayer sufriera una necesidad intolerable. Pero sí que imaginó lo fácil que hubiera resultado cumplir el plan en caso de haber llevado un par de cacharros en el cuerpo: con vino dentro, su gran hazaña hubiera quedado en pequeña hazaña.

Fue ayer por la mañana, justo antes de comer. Procuró concentrarse en el día soleado y fresco. Caminó hasta la sucursal del banco respirando profundamente. Una oficina espaciosa, granito pulido, mostradores y mesas de haya, luz fluorescente. Había poca actividad dentro. Se arrimó al cristal tintado de la entrada y pegó a él las manos en forma de cuña para evitar reflejos al asomarse. En la cola de la caja, una mujer muy mayor, con bastón, de las que hacen que el cajero se entretenga. También observó luz en el despacho del fondo. «Bien». Entró. Pensó en tirar el cigarro que iba fumando, pero decidió hacerse el despistado. La vieja se volvió hacia él, pechuga de gallina, rostro avícola. El cajero también levantó la vista en cuanto pudo. Vicente le hizo un gesto con el dedo señalando hacia el despacho del fondo.

—¿Está el David?

Recorrió el espacio de la sucursal con confianza. Llegó veloz hasta el despacho, un habitáculo sin ventana en el que trabajaba un chico joven, de unos treinta años, sobre un escritorio grande que apenas cabe entre pared y pared.

David es el primo de Marisa. Se recorta la barba con precisión para disimular su juventud. Siempre lleva camisas blancas impecables. Nunca va a trabajar sin corbata ni se quita la americana en el despacho. A Vicente le cae gordo: va de listo porque tiene estudios.

—¡Vicente, qué dices! —la alegría sincera no abunda en él. Pero ayer parecía de buen humor.

—¡Hombre!

—Oye, perdona, que aquí no se puede fumar —atacó David enseñándole un cenicero. Una buena forma de disipar dudas acerca de quién está al mando, pensó Vicente mientras aplastaba el Ducados y lo abandonaba en el fondo del

cenicero impecable.

—¿Qué te pareció el Osasuna ayer? —David cree que siendo forofo del equipo de una ciudad más grande parece más cosmopolita. Sobre todo cuando se lo restriega a la gente de Calahorra que suele seguir a equipos riojanos. Además, está obsesionado con el club navarro desde que cursó Económicas en Pamplona.

—No vi el partido.

—Ganó tres a uno —continuó con una sonrisa burlona.

—Que no lo vi, yo —el fluorescente parpadeó tímido, escondido por una moldura de yeso en el techo—. Pero me alegro.

—Ya, te alegras. Bueno, ¿qué me cuentas?

—¿Qué tal la Inma, cómo va el embarazo? —preguntó Vicente tras pensárselo.

El aire acondicionado malgastaba energía en mecer el calendario que cuelga de la pared.

—Por ahora bien. No se queja mucho. Se cogerá pronto la baja, hay que aprovechar.

—Ya.

La conversación transcurría lenta, como si hablasen de cancha a cancha mientras juegan un partido de tenis. Pronto no hubo mucho que decir: Vicente se sintió estúpido, sosteniendo una mueca sonriente.

—Oye David, mira, que necesito sacar los tres mil euros de la cuenta que tengo con Marisa. Es solo por unos días, los volveré a meter pronto.

David tardó en contestar. Parecía esperar a que callara el aire acondicionado para hablar él. Se quedó afirmando, pensativo. Vicente echó de menos su Ducados.

—Claro —contestó por fin—. Puedes sacarlos el tiempo que quieras. Como si no los vuelves a meter, es tu dinero.

David arrastró el teclado del ordenador a una posición más cómoda para sus dedos y pidió a su cliente el DNI. Luego se pasó unos segundos tecleando. Vicente se confió y el plic, plic del fluorescente titilante y el ronroneo del aire acondicionado dejaron de parecerle incómodos. Se olvidó del tabaco por un instante.

—¿Le has dicho algo a la Marisa? —preguntó David sin levantar los ojos de la pantalla. El olor del Ducados petrificándose en el cenicero de la mesa empujó la nariz de Vicente hacia atrás, como un directo. Apretó los dientes.

Ahí estaba el David.

—La cuenta figura a nombre de los dos. Puedo sacarlo sin necesidad de decirle nada.

—Ya, hombre. Pero no te pregunto eso.

Vicente respiraba. Por un momento se olvidó de la siguiente táctica del plan. Se tomó tiempo para responder. Hubiera bastado con insistir una sola vez en que no tenía necesidad de decirle nada a su mujer para que David levantara el teléfono y la llamara. Podría haberle engañado y decirle que ella estaba de acuerdo. Pero habría acabado por enterarse: David habría sacado el tema en cuanto hubiera tenido oportunidad. Además, Vicente odia tener que mentir. Por fin recordó su estrategia. Comenzaba con una súplica y la esperanza de no tener que ir a más.

—David, oye, en esta ocasión creo que la Marisa no debería enterarse. Debería quedar entre tú y yo.

David dejó de teclear. Estudió al hombre que tenía ante sí inquisitivamente, forzando más el músculo del ojo izquierdo que el del derecho. Vicente le devolvió el repaso: con esa barbita recortada y esa camisa impecable parecía el póster de un candidato a las elecciones europeas.

—Teníamos un trato con la Marisa, Vicente. ¿No dijimos que poníamos también la cuenta a tu nombre con la condición de que la avisaras a ella de todas las operaciones que quisieras realizar?

—Ya, David. Pero necesito un dinero para algo bueno

—replicó él pensando en la universidad—. Es para un negocio, ingresaré más del que saco —mientras Vicente hablaba, el aire acondicionado se detuvo. Debía contar con un temporizador programado. David tomó el mando a distancia y volvió a conectarlo, aumentando la potencia, antes de que empezara a resbalarle la primera gota de sudor entre el cuello y la camisa enroscada a su laringe. El calendario recuperó el aleteo contra la pared, como una polilla atrapada dentro de una lámpara. Vicente estaba helado.

—Pero es que resulta, Vicente, que esa es la cuenta en la que metéis el dinero para enviar a las niñas a estudiar. Y no te quiero recordar que Eva es mi ahijada —aquello sonó como las palabras del cura que bautizó a Eva y la condenó, efectivamente, a ser ahijada de semejante mamarracho, maldita la hora.

—No tienes que preocuparte por el dinero, lo volveré a ingresar en un par de días. Ya te digo que meteré más del que voy a sacar.

—Si no tengo que preocuparme, ¿por qué no se lo dices a Marisa?

Vicente volteó la cabeza buscando argumentos a la vista, pero no aparecieron.

—Es un negocio, hombre. Ella no lo va a aprobar, pero es un negocio seguro. ¿No entiendes?

—¿Es ilegal?

—No.

—Mira, Vicente, voy a llamar a mi prima para decírselo. Creo que me veo en ese deber. No hace tanto que dejaste el alcohol y pienso que aún necesitas ayuda. Es mi opinión.

El director de la sucursal, desde su púlpito de autosuficiencia, levantó el teléfono y marcó los primeros dígitos de un número que se sabe de memoria.

—Venga ya, hostia puta, ¿es necesario?

—¿Necesario? Joder, a ver si voy a ser tonto yo ahora. ¿Te crees que no sé que mañana son los Borregos?

Con eso tuvo bastante. Por suerte se había llevado consigo un plan B. Primero se levantó del sillón. Con la mano izquierda colgó el teléfono de David. Ante la mirada estupefacta y la tiesa barbita de este, con la mano derecha recogió la colilla del cenicero. Se la colocó entre los labios y la encendió. No lo hizo por chulería, sino por puros nervios. En cuanto el humo llegó a sus pulmones se sintió mucho mejor. Soltó el teléfono y volvió a sentarse.

—¿Qué tal con la de la cooperativa? —preguntó, y le tembló la voz.

Aunque los músculos de David no perdieron tensión, su piel se mimetizó con la camisa blanca bajo la elegante barba.

—¿De qué cojones hablas?

—Cago en la hostia, David. Hablo de lo que habla ya mucha gente por todo el pueblo. De lo que pueden confirmar con sus propios ojos varios de mis amigos —esto último no era del todo verdad, pero Vicente confió en que el farol no caería en saco roto—. Y si yo intervengo, yo, el marido de tu prima, puede hablarse mucho más, ¿no te parece? ¿Cuántos meses quedan para que seas padre?

Vicente paladea el mosto despacio, tratando de buscarle la gracia, pero no se la encuentra. Estira los dedos para pescar la aceituna que se confita en el fondo del vaso de tubo. Le sabe rara. Se chupa los dedos y mira alrededor una vez más. Las feas que comparten fotografías al fondo del bar arman cada vez

más escándalo. Será por la cerveza que no dejan de beber. El tipo de la tragaperras se ha abierto la camisa hasta casi el ombligo, aunque no hace tanto calor. Será el sofocón del juego. O el vino.

Por la puerta entra un hombre con bigotazo espeso y el brazo en cabestrillo. Vicente lo reconoce: Javier, el anticuario. Viste su chándal de marca de los domingos, azul marino, y unas zapatillas de atletismo muy coloristas. Por supuesto, también su boina de ala ancha.

—Coño, Vicente, ¿qué vida hombre? —saluda, al tiempo que le hace una seña con el meñique al camarero, que le sirve un tinto al instante.

—Eh, qué dices —contesta Vicente sin mucho entusiasmo. Javier no le cae mal, aunque no le parece muy listo, lo ve demasiado natural.

—Bueno, qué te cuentas. Que hace mil años que no sé de ti. ¿Que estás a mostos, o qué?

—Ya ves.

—Eso está bien, hombre —dice echando un trago a la copa de vino—. Los problemas, mejor cortarlos de raíz.

El Anticuario es de los pocos a los que Vicente permite semejante licencia. Después de todo dice la verdad y habla así de puro inocente. Muchos lo llaman bocazas, él no lo niega. Pero lo tiene por un bocazas inofensivo. Y además, se le ocurre de pronto, le va a servir de mucha ayuda para divulgar su buena nueva. Se lo imagina más tarde hablando con cualquiera en alguna terraza del Mercadal: «¿Sabes con quién he estado? Joder, con el Vicente. A mostos estaba, el hombre. Quién le ha visto y quién le ve. Y bien que me alegro por él». Así que Vicente se pasa la mano por el «pelopincho», que no pierde su posición vertical, y decide conversar con el Javier.

—Bueno, ¿y tú qué? ¿Hace cuanto que cerraste la tienda?

—Joder, pues va para un año ya —responde con un resoplido—. Va para un año.

—Lo echarás de menos.

—Nooo. No te creas. Ahora estoy más a gusto que la hostia, majo. Me dedico a malcriar a los nietos. Y entre que ya ando mayor y que me hago el chocho, me dejan decir y hacer lo que me salga de los cojones. Es la buena vida, la jubilación, tú.

—Ya.

—Pues echo de menos lo que más me gustaba. No estar en la tienda todo el día de brazos cruzados, no. A mí lo que me gustaba era rondar por las casas

de aldea, buscando muebles de valor, comprar en alguna galería, contactar con restauradores. Eso era lo divertido, el trabajo de campo.

—Ya —dice Vicente, que acaba de recordar lo mucho que habla este hombre.

—Lo demás, pues eso, vender.

—Sacarías un dinerillo, pues.

—Me queda una buena jubilación, ¿eh?

—Cago en diez —sonríe rascándose el «pelopincho»—, ¿tienes apartado algo para Borregos?

Javier palmea la mesa con la mano sana y el vino oscila en el interior de la copa.

—Joder, vaya si tenía. Pero con el brazo así no puedo tirar ni nada, chico. No sé. Voy a ir, de todas maneras, para jugar contra la Mesa al menos. ¿Y tú?

—Me dejaré caer por la Unión, pero tarde.

—¿Por la Unión? —Javier desaparece bajo unas densas cejas blancas conducidas por el ceño hacia la nariz—. ¿Que no te has enterado?

—¿De qué?

—Joder, pues de que alguien ha entrado esta noche en la Unión y en el Casino Principal. Justo esta puta noche ha tenido que ser. Han destrozado las mesas a hachazos. Las han dejado para la estufa.

—No jodas —los ojos de Vicente no pueden abrirse más, su rostro no puede quedar más tenso e inmóvil. Nota que la aceituna del mosto empieza a centrifugarse en sus tripas: de pronto el plan tiembla.

—Que sí.

—Hostia, ¿y qué va a hacer la gente? —pregunta.

—Pues ir al Nuevo Casino, al del Casimiro.

Vicente escupe el kilómetro cúbico de aire que retenía en los pulmones. La aceituna se detiene, su rostro se relaja. Pero disimula.

—¿Al de ese gilipollas? No sabía que tuviera mesa.

—Nadie lo sabía. Al parecer el año pasado también abrió, pero no se enteró ni Dios.

—Suena un poco raro, ¿no?

—Ese es un sinvergüenza —confirma Javier—. Pero al menos, si es el único casino, habrá más dinero sobre la mesa.

—Casimiro. Menudo hijo de puta —dicta Vicente golpeando con el vaso de mosto sobre la barra—. A ese lo expulsaron de la directiva de la Unión,

¿verdad?

—Y de un montón de sitios más. Pero no habiendo más sitio que el suyo, no nos quedan más cojones que ir a jugar allí. Yo es que una Semana Santa sin Borregos no la concibo.

—Ya. Mucha gente tampoco.

—Así que vas a ir. ¿Cuánto te sacaste la última vez?

—Joder, la última vez... —Vicente hace cómo que se lo piensa un rato, pero en realidad lo recuerda perfectamente—. No sé, volví a casa con tres mil euros y había bajado solo con quinientos.

—Muy bien.

—La vez que mejor me fue, hice seis buenas seguidas.

—Ya me acuerdo, joder. Que me dejaste tiritando, so cabrón. Pero no superas la mía, que ni te acordarás, claro, que serías niño.

—Trece buenas seguidas. Ya me lo has contado.

Vicente sale del bar meditabundo. ¿El Nuevo Casino? Nunca ha visto un guardia de seguridad en la Unión. Nunca jamás ha visto tampoco un robo. Y eso que durante dos noches el local se convierte en un palomar de billetes aleteando de mano en mano. Nunca nadie se ha quejado de echar en falta mil pesetas. Ahora, con el Casimiro de por medio, a saber en qué se convierte esto.

Pero, por otro lado, mejor que haya ocurrido este año que ningún otro. Una sola mesa garantiza que estará hasta arriba de billetes. Justo lo que él necesita. La sonrisa va moldeándose en los labios de Vicente. Mañana el dinero de la cuenta para la universidad de las niñas se habrá multiplicado por tres, tal vez por cuatro. Volverá a meterlo en el banco sin decirle nada a Marisa y no lo mencionará hasta que el próximo extracto llegue a casa. Para entonces, a riesgo pasado, con la selectividad de Paula amenazando, Marisa no tendrá espacio entre sus preocupaciones para enfadarse con Vicente.

Entra en casa taciturno. Todavía siente el gusto empalagoso del mosto debajo de la lengua. Los Borregos empezarán en dos horas. Pero él prefiere no dejarse caer por ahí hasta la noche, cuando las sumas apostadas se hinchan al ritmo del licor en continua aspersion. ¿Cómo se sentirá en el casino sin beber nada? Su primera vez, está impaciente por experimentarlo.

De la cocina llega un sonidito débil de agua hirviendo y los pasos de Marisa trajinando de cacerola en cacerola. En el salón, Eva se descansa echada todo lo larga que es. Su cuerpo maduro, sólido y curvo, se adapta al sofá. Apenas

se altera al ver a su padre entrar. Debe tener dolor de cabeza otra vez, piensa Vicente. Se acerca a ella sacando la billetera del bolsillo. Se sienta a sus pies. Coge un billete de cincuenta y se lo entrega. La chica dispara su expresión, abre la boca como si fuera a gritar de alegría y finge tocar palmas. No lo llega a hacer porque Vicente se coloca el dedo índice sobre los labios, pidiéndole discreción absoluta, dedicando gestos de complicidad que señalan la cocina como la guarida del mutuo enemigo. En silencio, Eva se abraza a su padre. Le da un beso en la mejilla y se va corriendo a su habitación con el móvil en una mano y el billete en la otra.

12:45

La Banda de Cornetas y Tambores de la cofradía de la Santa Vera Cruz de Calahorra es una bola de demolición. A su paso por las estrechas callejuelas del casco viejo, va destruyendo sin piedad edificios antiguos. Cada redoble, cada golpe de los seis bombos, hace vibrar primero los cristales de la ventanas, luego los trozos de yeso desprendidos de las paredes, luego los tabiques de carga y finalmente los cimientos del barrio.

Se amontonan los tejados al igual que los espectadores. La luz de mediodía se atasca en los aleros y en los balcones y no llega a tocar suelo. Allí los edificios no tienen más de tres plantas. Pero se echan los unos sobre los otros al paso de la procesión como árboles pugnando por la claridad del sol. Los redobles de caja taladran agujeros en sus muros y los timbales y los bombos los barrenan para hacerlos colapsar. Las calles no tendrán más de tres metros y medio de ancho. El sonido se refleja como en una cueva y los capirotes que desfilan a ritmo eterno parecen estalagmitas que aguardasen allí por los siglos de los siglos.

Roberto espera el turno de su bombo con el mazo descansando sobre el parche.

Ha despertado esta mañana pensando en Eva. Por un momento creyó que le costaría quitársela de la cabeza. Pero las ampollas y las costras de su piel enseguida se han abierto: ese dolor ahoga cualquier otra sensación. Cada vez que golpea, alfilerazos penetran más y más profundamente en la carne. No se había internado ni diez metros en la Calle Grande, abriendo camino al Cristo, cuando la mano le ha arrancado a sangrar. Un par de señoras, del pueblo de

toda la vida, le examinan bien cuando pasa. Aunque está solo a centímetros, no se resisten a comentar.

—Este es el Roberto, el de la Margarita —susurra una.

—¿El de Médicos sin Fronteras, el de África? —sigue la otra mientras se santigua—. Pobre, es lo que le faltaba.

—Bastante ha tenido ya como para castigarse tanto, ¿no?

—Sí, maja.

Las mujeres tienen la edad que tendrían sus padres si aún vivieran. Roberto las mira: el capirote impedirá que sepan hacia dónde dirige los ojos. En momentos como este, la angustia que siente queda vencida por la hilaridad que le provocan las personas. «Si esas viejas cotillas supieran», suele decirse a sí mismo. Tenía unos diez años la primera vez que se sintió distinto. Carlos, uno de los compañeros de clase, bajito y ligero, con el pelo rizado en bucles herméticos, se había ausentado varios días. A su regreso, un cura les explicó que su papá había fallecido en un accidente de coche y que estaba muy triste. Y les pidió ayuda para que Carlos se sintiera mejor. El sacerdote fue persuasivo: los compañeros se volcaron con el chico durante el mes siguiente. Se le invitó a todas las fiestas de cumpleaños. Los profesores le dejaban borrar la pizarra. Se contaba con él para todos los juegos. Y Roberto no lo entendía.

Lo que más le fastidiaba a Roberto era el partido de fútbol durante el recreo largo. Hacían equipos, había dos capitanes y cada uno de ellos iba eligiendo jugadores por turnos. Carlos era un manta: no sabía regatear, se liaba los pies, se movía lentamente, chutaba como una niña, siempre estaba mal colocado y distraído. Aun así, gracias al privilegio del que disfrutaba desde que era huérfano, siempre lo elegían el primero. Un día, Roberto llevó un balón de reglamento al colegio. Y ya se sabe: el que lleva el balón de reglamento manda. Así que le tocó ser capitán. De oponente, Jairo. Los dos se echaron a pares o nones quién elegía primero. Roberto se pidió nones. Sacaron dedos: tres. Roberto ganaba.

—Elijo a Dani —dijo; Dani era un niño alto y delgado que marcaba cinco goles por partido.

—Tienes que elegir primero a Carlos —advirtió Jairo, como recalcando una obviedad.

—¿Por qué? Carlos es muy malo —Roberto hablaba en alto, sin preocuparse de que le estuvieran oyendo; sin embargo, Jairo susurraba al

oído de su rival.

Poco después, practicando a patear la pelota contra una pared, Roberto se sintió solo. Los chicos le habían dado la espalda; el partido se había suspendido. Estar en posesión del balón de reglamento de nada le había servido. Se sintió solo no por el hecho de hallarse físicamente solo, que lo estaba. Se trataba de un estado emocional. No comprendía la decisión de aquel grupo de chicos que habían decidido actuar todos a una y sin titubeos. No lo comprendía. Y además, había supuesto que le sancionaran con la exclusión. Él no quería eso. Él quería las mejores notas en clase y el mejor puesto en la opinión de sus compañeros. Quería que pensarán en él de la misma forma que pensaban en Dani o en Jairo. Parecía que debía actuar de acuerdo con el grupo para lograrlo. Aunque siguiera sin comprenderlo.

Al día siguiente, regresó al colegio con su balón de reglamento. En el recreo, se acercó a los compañeros. Buscó a Carlos. Le entregó el balón.

—Te lo dejo —dijo—. Hoy tú eres el capitán y eliges.

Jairo, Dani y los demás interpretaron la acción como fruto del arrepentimiento, la culpa o las palabras de algún adulto que habían hecho que su amigo entrara en razón. Pero no fue otra cosa que el resultado de otro sencillo cálculo: X, dejar que Carlos fastidiara el partido, era menos perjudicial que Y, la no existencia de partido. Sin embargo, Roberto no olvidó esta primera lección y empezó a reflexionar cada vez con más curiosidad acerca de ello: «Está muy triste». «¿Es que no te da pena?».

«¿Es que no te da pena?» La procesión dibuja un largo torrente negro y burdeos. Los minutos van lentos. «¿Es que no te da pena?» Roberto sigue vertiendo su sangre sobre el parche del bombo y sintiendo dolor físico. «¿Es que no te da pena?». Las mujeres que se congregan a los lados de la calle llevan esa pregunta escrita entre las cejas: «¿Es que no te da pena?», dice una. Y su acompañante, ya sea su madre, ya sea su marido, su hijo o los miembros de su grupo dominical de brisca, parecen contestar al mismo tiempo: «Sí. Me da mucha pena». Veinte años después del suceso en el patio del colegio, Roberto sigue sin comprenderlo. Pero lo acepta, como ha aceptado otras conductas de los seres humanos; al menos, las que ha podido observar a lo largo de su vida. Aprendió que debía aceptarlo si quería sobrevivir. En algún lugar leyó que la empatía era una cualidad biológica imprescindible para la supervivencia, la empatía formaba parte de nuestro legado genético, la empatía era un argumento biológico que contradecía la necesidad de una

moral religiosa. La selección natural favorecía a los individuos que desarrollaban empatía hacia sus congéneres. Roberto había leído todo esto. Lo había leído, había buscado esa palabra en el diccionario: empatía.

Todo se complicó al comenzar el Curso de Orientación Universitaria. En Calahorra no se impartía COU. Todos los días, Roberto tomaba un autobús que tardaba más de una hora en recorrer el trayecto hasta Logroño. Se detenía en millones de pequeños pueblos donde se apeaban una o dos personas. Roberto intentaba aprovechar el tiempo para estudiar. Pero el balanceo y el olor del motor diesel lo mareaban. Aun así, se empeñaba en seguir memorizando libros de letra diminuta cuyos renglones iban enrollándose los unos en los otros a medida que la suspensión del vehículo rebotaba y el ruido del motor hacía vibrar los cristales. En invierno apenas entraba luz por la ventanilla. Llegaba a su destino con el estómago retorcido, la cabeza inestable, el gasoil agarrado al fondo de la nariz: ir al baño, vomitar.

Sí, lo de Logroño, el COU, era más difícil. Allí había alumnos motivados: todos querían una plaza en la universidad. Y unos pocos, incluso, luchaban por ser los mejores de la clase. Y podían serlo. El estrés de Roberto aumentó. Dormía menos, estudiaba más. Empezaron a salirle unas calvas sospechosas en las sienes. Al contrario que en el instituto, en Logroño no tenía amigos: subía al autobús nada más salir de clase. Al contrario que en el instituto, en Logroño no tenía las mejores notas: lo descubrió tras el primer trimestre; después de interrogar a todos sus compañeros con excusas peregrinas, descubrió que sus resultados le colocaban en tercera posición. «Enhorabuena», le dijo el profesor de Física con absoluta sinceridad. Roberto vio en él los dientes apretados de su padre, y escuchó en ese enhorabuena todos los matices afilados del sarcasmo. Se encerró más horas a estudiar. Llegó a poner en riesgo su popularidad entre los amigos de Calahorra: apenas les dedicaba ya tiempo.

Era principios de mayo, había pasado ya la tercera evaluación. Roberto no había escalado puestos. Quedaba poco curso por delante: los exámenes finales, que podían servirle para subir nota, y las clases de repaso para preparar la Selectividad. Un día, un lunes, llenaba su cartera de libros en la taquilla del instituto cuando se le acercó Amaya Sarralde. Venía con pasos tímidos, casi tropezando. Era una chica morena de rostro luminoso. Era muy guapa, pequeña como los susurros que empleó en el oído de Roberto.

—Te vi —dijo.

—¿Cómo?

—Te vi, estabas en la calle. El sábado por la noche. Estabas debajo de mi ventana. Estuviste ahí mucho rato. ¿Qué hacías?

—Yo no estuve en ningún lado. Estuve en Calahorra, con mis amigos, por la Ronda.

—Estuviste bajo mi ventana a las dos de la mañana. Pensé en encender la luz para que supieras que me había dado cuenta, pero me hizo gracia seguir espionando al espía.

—No sé de qué me hablas.

—¿Qué querías?

—No sé de qué me hablas.

—Anda, me lo puedes contar —y aquí dejó pasar unos segundos para tomar aire, hasta que se atrevió a seguir—. La respuesta va a ser sí.

—Que no sé de qué me hablas —repitió Roberto con un balbuceo agresivo, antes de cerrar su taquilla de un portazo y largarse sin mirar atrás.

Amaya Sarralde era la segunda mejor estudiante de clase.

Después de eso, Roberto dejó de ir al instituto. Eludió las sesiones de repaso, se preparó por su cuenta en bibliotecas de Logroño y Calahorra. La última vez que sus compañeros le vieron fue en la prueba de la Selectividad. Tenía la piel amarillenta, los ojos rojizos, los labios muy secos, con una película blanquecina a su alrededor. Unas semanas más tarde salieron los resultados. El premio extraordinario del centro fue para Amaya Sarralde. Roberto quedó en segunda posición. Todo según lo esperado por profesores y compañeros. El mejor alumno de la clase de Roberto solía ser Alonso Greipel, un chico de padre alemán. Pero el muchacho no se pudo presentar a los finales ni a la Selectividad: sufrió un envenenamiento, nadie supo nunca cómo. Pasó dos meses en el hospital.

Para Roberto, el año de COU fue el mayor de sus fracasos. No consiguió ser el mejor. No consiguió aceptar que no era el mejor. Y no logró ningún amigo. La matrícula en la Facultad de Medicina de la Universidad Complutense de Madrid apenas fue consuelo. Roberto se detuvo a pensar el porqué. Puso sobre la mesa sus experiencias, lo vivido, colocó todas las variables: X, Y. Juró que nunca le volvería a pasar aquello.

Volvió a recordar el incidente en la cancha de futbito, revivió lo aprendido entonces, decidió que la universidad sería un nuevo comienzo. No se mediría más a sí mismo por el grado académico ni por el número de amigos. Fue

entonces cuando decidió potenciar un método que llevaba años empleando sin saberlo: el ensayo y error.

X: Si un niño se lleva un coscorrón, debes acudir a interesarte por su estado. Y: A menos que el coscorrón parezca muy leve, en ese caso tendrás que reírte con él. X: Si un compañero suspende un examen le darás una palmada en la espalda y le desearás ánimos y suerte para la próxima convocatoria. Y: A menos que sea uno de esos alumnos que se pasan la vida en la cafetería; entonces le invitarás a una caña y brindarás por un año más de vida gratis como universitario. Y más te vale, por mucho que las normas de la justicia lo desaconsejen, no negarle a nadie una copia de tus apuntes: te castigarán con el ostracismo. Así, gracias a este precario sistema, conseguiría calibrar sus relaciones con el resto de las personas, conseguiría suplir la incomprensible cualidad de la empatía.

13:30

Cuando Roque abre los ojos la imagen se enfoca lentamente buscando un sentido. Primero un color pálido que va tornándose arena. Luego un sembrado de manchas grises, extensas y difuminadas, que reducen su cerco de a poco, delineándose y concretándose: desconchones en la escayola. Está viendo un techo. Ahora lo recuerda. Está tumbado en el colchón de aquel cuarto. Boca arriba. Por primera vez desde no sabe cuándo, percibe un olor. El olfato es el sentido que más se le ha degradado. Primero se desvanecieron las fragancias sutiles y frescas. Las colonias dejaron de tener utilidad. Después las flores. Más tarde la comida: el vapor de los guisos le acabó resultando indiferente. Por último los tufos químicos, el amoníaco y el barniz, la corrupción.

Pero ese olor. Ese olor resulta ineludible. Necesita aire fresco. El colchón es un globo bajo su espalda, poco a poco le va depositando en el suelo. Tira de su abdomen para incorporarse. Se desata una correa de cuero bien apretada por encima del codo. El brazo concentra un cúmulo de venas cilíndricas y coloreadas. De pronto sus entrañas, lo poco que le queda envuelto por la piel, empiezan a moverse como un tiovivo. Se queda un rato sin pensar. Le desfilan imágenes inciertas por la cabeza, una mezcla de detalles memorizados en alguna parte esquiva de la mente: restos de películas de

acción, de tebeos, imaginaciones que no sabe de dónde vienen. Unos diez minutos más tarde puede levantarse. Le tiemblan un poco las piernas y su sentido del equilibrio entra en órbita. Paso a paso sale de la habitación. Una luz que viene desde la entrada ilumina el pasillo. Lidia debe de haber salido al jardín y se ha dejado la puerta abierta.

Se sienta un rato en el váter. Le asusta de dónde pueden venir esas heces que expulsa con violencia: ya casi no come. Debe estar rechazándose a sí mismo. No le gustaría ver una imagen de su interior: un ensortijado aparato digestivo, un corazón que no puede garantizar un tic después del último tac, unos pulmones desmigajados, unas venas largas y anchas como avenidas que llevan el olvido a todo el cuerpo. Debería comer más. Debería beber mucha agua. Debería consumir menos. Hacer ejercicio. Afortunadamente, se asegura de colocar papel en el retrete todas las semanas. De eso todavía hay. Ahí sentado van apareciendo piezas de puzle, recuerdos lejanos y otros recientes, flotando entre sus pensamientos. ¿Cómo acabó el día de ayer? A veces, cuando la dosis ha sido un poco más alta de lo normal o la heroína un poco más pura, se conforma simplemente con recordar eso: cómo acabó el día de ayer. Cuando no lo consigue, vuelve a la cama y se echa a dormir. Pero ahora mismo no está tan mal, puede hacer que su cabecita lo reconstruya.

Ayer no regresó muy tarde a casa después de pasar por la residencia geriátrica. Lidia no estaba, cosa buena: así le daba tiempo a pensar qué decirle, cómo reaccionar si le llamaba fracasado o impotente. Cómo reaccionar en el caso contrario de que le pidiera disculpas, le acariciara el pelo, y le untara un «todo va a salir bien» en el ánimo. Lidia le tiene acostumbrado al cambio repentino. Como los volcanes: ninguna señal presenta indicio de erupción inmediata, pero que no haya señales no garantiza que no vaya a volar por los aires. Así es Lidia. Por eso, hace ya casi cinco años, lo sedujo con ese carácter impetuoso y sexual. Con ese *yo soy así* de quien se sabe deseada, de quien puede conseguir lo que quiere con un simple cambio de postura en una banqueta. Roque se ha quedado con el recuerdo de su primera noche. Ya la conocía de años atrás, pero esa primera noche se sintió absolutamente afortunado. Lidia se había bajado la cremallera de su cazadora de cuero y debajo habían aparecido dos tetas que mejoraban la versión más optimista del imaginario colectivo del pueblo. Todos se morirían por saber cómo eran. Después, ella se dejó arrancar el pantalón ajustado y un tanga de juguete. Depilación integral: «¡Cuando lo cuente!», pensó en primer

lugar Roque. Pero luego cambió de opinión. Se dijo que esta era para conservarla y se puso chulo cuando sus amigos de más confianza se atrevieron a pedirle detalles. «De eso no se habla, te contaré lo de cuando me follé a tu madre».

Le costaría mucho dar una contestación así a alguno de sus amigos hoy. Primero porque tendría que sacarlos de la tumba o de la cárcel o de Proyecto Hombre. Segundo, porque ya no le brota el ingenio tan fácilmente.

Ayer, al regresar de Cadreita, Roque debería haber planeado cómo enfrentarse a ella. Pero se pasó una hora pensando en esa primera vez con Lidia. En ocasiones aún se le ponía dura cuando lo recordaba. Pronto se reprodujo la ansiedad. Quiso relajarse, esperar a que ella entrara en casa para ponerse la dosis juntos. Se sentó en el sofá del salón y cogió el último frasco de jarabe para la tos. Se bebió la mitad y subió los pies a la mesa de centro.

Pensó en Nicolás. Pensó que en este mundo no existen los amigos. Él mismo le había hecho un flaco favor a muchos de ellos iniciándoles con una jeringuilla en el brazo. De Nicolás no podría sacar el dinero necesario para salvar su vida. Y la familia no tenía qué darle. ¿Y si Lidia tuviera razón?

No tardó mucho más en llegar. Venía apretada en unos pantalones con brillo que aún le sentaban bien. Nada más entrar en el salón, Roque le alargó el frasco de jarabe. Para cogerlo ella tuvo que dejar sobre la mesa tres billetes de cincuenta que traía en la mano. Roque no le pregunta nunca de dónde los saca. ¿Para qué? Ayer tampoco lo hizo. A cambio, prefirió fantasear con otra cosa.

—Cuéntame dónde la encontraste.

—¿El qué?

—La pistola. La antigualla esa.

—En una cuneta. Tirada.

—¿Quién iba a tirar eso ahí?

—No lo sé.

—¿En qué cuneta?

—Aquí cerca, en la carretera —dudó un poco al responder—. Volviendo del polígono.

—¿Qué hacías tú en el polígono?

—Joder, ¿es que hay que explicártelo todo?

Roque apoyó la cabeza hacia atrás sintiendo que la codeína le aliviaba solo levemente la ansiedad. Lidia comenzó el relato. Salía del polígono el martes

por la tarde. Ya había oscurecido. No quedaba ningún trabajador. Algún obrero que abandonaba los talleres o un par de vehículos de transporte retrasados. Tenía que llegar a casa caminando, nadie la había podido acercar. Pronto cruzó la última calle ancha, entre las naves industriales, y salió a la carretera de Arnedo. Anduvo despacio. Pisando continuamente la raya del lateral por el lado izquierdo, para que los coches que venían con los faros encendidos la vieran. Afortunadamente llevaba un anorak fucsia visible desde la distancia. A su lado, paralela a la carretera, discurría una zanja poco profunda. El pasillo que quedaba entre la zanja y los coches que circulaban a más de ochenta era angosto, peligroso. Estaba expuesta. Algunos conductores tocaban la bocina asustados de su aparición imprevista, de su delgadez y su rostro ahogado, un fantasma de guardarraíl. El ruido de los coches al pasar la atemorizaba, la hacía sentir vulnerable. Zumbaba en sus oídos. Y se complicó al acercarse a un cambio de rasante: imposible ver lo que venía desde el otro lado de la elevación. Los vehículos aparecían desbocados y no se preocupaban por apartarse. De pronto surgió tras la loma un coche caro, un Audi A3, con la ventanilla abierta y música a todo volumen. «Este va distraído», pensó. «Este no me ve». No pudo hacer más que cerrar los ojos y colocarse de costado. El automóvil llegaba rápido, monstruoso. Le iba a dar. A pocos metros Lidia levantó los párpados. El golpe estaba ahí. No se libraba. En el último momento saltó a la zanja.

—¡Hijo de puta de mierda! —relinchó.

El coche se perdió por el fondo de la recta arrastrando su música. Lidia fue a caer a cuatro patas al fondo del surco. Quedaba allí algo de agua encharcada, muy fría. Se empapó. Lejos de las luces de los vehículos, sus pupilas comenzaron a acostumbrarse a la oscuridad. «Nada roto», comprobó: sus frágiles huesos no lo eran tanto, al fin y al cabo. Reparó en una sombra negra a pocos metros de ella. Pensó que era una rata. Se quedó paralizada de asco, quiso saltar fuera de la zanja pero temió encontrar otro coche echándose sobre ella. El paso de los segundos la tranquilizó. No había duda: se trataba de un objeto inanimado y brillaba al paso de los faros, inmóvil, inerte. Se acercó y lo recogió. En sus manos resultó frío y rígido: «Metal».

—No te lo conté porque quería decidir qué hacer con ella. Primero pensé en venderla, por ser un objeto antiguo. Pero luego se me ocurrió que sacaríamos mucho más dinero utilizándola.

—¿Y si lo hiciera? —cambió Roque de tema—. Lo de los Borregos, digo.

Lidia se acercó a él con ternura y le besó en la boca. Luego le acarició la pierna hacia arriba hasta llegar a los genitales. El cuerpo de Roque tardó en reaccionar, pero al final acabó por responder a ese ataque. Hicieron el amor con torpeza sobre el sofá, como astas de ciervo chocando entre ellas. Al terminar, Lidia se quedó ahí tendida. Roque fue a la habitación y regresó con una jeringuilla y una correa de cuero. Lidia le ofreció el brazo.

Y hasta ahí lo que recuerda. Roque sale del retrete. Es curioso que huelga peor en el pasillo que dentro del cuarto de baño. Tiene que hacer algo con eso, no se puede vivir en un lugar tan insalubre. Camina a pasos cortos. Aún se siente relajado, cosa extraña. El aire libre lo llama. Recorre los últimos metros de pasillo y sale de la casa. Lidia parece esperarle ahí afuera, en el porche. Lleva una camiseta y el anorak fucsia. Está desnuda de cintura para abajo, descalza sobre el piso de madera del porche. En las manos sostiene la pistola.

—Estaba intentando mirar el cargador. No he sabido cómo hacerlo. Mi padre tenía una y me enseñó a usarla, pero era moderna, no como esta. No sé si funciona.

Roque mira la pistola. Esperaba que Lidia no tuviera en cuenta su compromiso de la noche anterior. El día está oscuro. Unas grandes nubes llegan por el este. El aire golpea a Roque en los pómulos prominentes, lo siente húmedo y fresco. Pero lo agradece, le alivia las náuseas. No entiende cómo puede aguantar Lidia desnuda en el exterior. Sus piernas aún retienen algo de carne en muslos y pantorrillas. Aún detentan el poder de excitarlo. Su sexo, al aire libre, luce como una invitación. Es curioso cómo pueden volar los pensamientos, cómo puede Roque, de pronto, no estar pensando en la pistola. Se acerca a ella y trata de tocarla. Lidia lo rechaza con un manotazo.

—Roque, hostias, que estamos con algo serio.

Roque suspira, ahogando el enfado.

—¿Por qué no entras y te pones unas bragas, al menos?

Lidia le entrega el arma y desaparece por la puerta en la oscuridad del interior. Él la sostiene en sus manos. Es un instrumento bonito. Con buenos remates, desde el diseño de las piezas de metal hasta el grabado y el barnizado de las cachas. No se cree que el padre de Lidia le haya enseñado a abrir el cargador de un arma. Pero eso entra dentro de ese conjunto de preguntas que no van a encontrar respuesta. Él, sin embargo, hizo la mili. Infantería, a los dieciocho. En Jaca. Fue aquella la única etapa disciplinada en

su vida. Lo hubiera pasado bien de no ser por el frío. Aprendió a disparar, cómo no. Armas modernas y algunas otras no tan modernas; se guardaban en el polvorín y las utilizaban los cadetes para ejercitar tiro. Roque sentía algo inexplicable al empuñar un instrumento diseñado con el único objetivo de matar a otra persona.

Al sostener la pistola vuelve a recordar esa sensación. Mueve un par de resortes que le cuesta localizar. Comprueba la recámara, el percutor: todo meticulosamente engrasado. Roque se pregunta cómo pudo perderse. Quién en su sano juicio permite que una pieza de museo en perfecto estado, como esta, acabe en una cuneta. Extrae el depósito de balas: hay ocho. El cargador parece albergar capacidad para nueve. El arma ha hecho fuego en algún momento reciente.

—¡Lidia! Esta pistola está sucia.

—¿Qué? —exclama haciendo aparición por la puerta.

—Que alguien la ha disparado. A lo mejor se ha cometido algún crimen con ella. Si me la pilla la policía me cargarán lo que la pistola lleve encima.

—Roque, no seas gilipollas. ¿Quién va a cometer algún crimen con semejante antigualla?

—Tú me estás pidiendo que yo lo haga.

—No me lées, ¿eh? ¿Has visto alguna vez a los chicos del Fernando Rosas con una mierda como esta? No ¿Sabes de alguien que se le haya ocurrido armar algo aquí sin que lo sepa la gente de Rosas? No.

—Bueno.

No le falta razón a Lidia. Los únicos que cometen delitos por aquí son los de Fernando Rosas. Pero no practican robo a mano armada. Ellos mismos se encargan de impedir que otras personas vengan a la zona a armar líos, a llamar la atención de la prensa y del Ministerio del Interior. No. Las cosas están bien como están. Ellos se dedican a sus drogas, a sus putas, a su usura y a mantener las miradas lejos del territorio.

—¿Por qué no la pruebas? —pregunta Lidia.

Se ha puesto unos vaqueros un tanto raídos y unas zapatillas de deporte. Lleva la misma camiseta que hace unos segundos, pero se ha cambiado la cazadora fucsia por una chaqueta de lana.

—No sé. Me da cosa.

—No seas mierda, Roque. Sabes que todo depende de este arma. Si no funciona, estamos jodidos.

—¿Por qué no me dejas un poco tranquilo?

—Vete a tomar por el culo.

Lidia vuelve a entrar en la casa y se pierde por el pasillo que conduce al cuarto del colchón. Roque se queda más relajado. Hasta ahora no ha cogido la pistola por la empuñadura, la sostiene como lo haría un dependiente de armería, por el cañón y por la zona del percutor, de manera muy profesional. Roque mira los viñedos. Avanza hacia el final de la parcela. Se apoya en el extremo de la valla que delimita la puerta de entrada. Estudia una vez más el arma y no tarda en descubrir el modo de amartillarla. Lo hace. Se asegura de que hay una bala en la recámara. Entonces toma la pistola por la empuñadura y estira el brazo. Coloca la muñeca izquierda debajo para amortiguar el pulso renqueante. Apunta hacia el horizonte, aguanta la respiración.

«Pero mira que estoy haciendo el gilipollas». Roque lo piensa mejor y relaja el cuerpo. Expulsa el aire. No le gusta el arma. No le gusta la idea.

Y ahí está: el perro flaco, que aparece desde detrás de un par de vides, moviendo el rabo. Algo de sangre le gotea de una pata: una herida abierta, posiblemente algún parásito. Roque lo observa. El perro flaco olisquea la base del tronco de uno de los arbustos. Lo hace exhaustivamente, con un prurito que incomoda. Recuerda a alguien que intentase sorber un fideo kilométrico. Finalmente se vuelve de costado y levanta una pata. Derrama un chorro corto pero intenso, que incluso levanta algo de polvo. A Roque le da por imaginar su olor. Puede escucharlo desde donde él está. De repente la pistola le pesa más en la mano. Le cosquillea. Le pica. Le quema.

Roque vuelve a levantarla. Recupera su postura de tirador experto. Sostiene la pistola con el brazo derecho estirado y con el izquierdo sirviéndole de apoyo. El perro flaco se queda mirándole, la curiosidad en sus ojos amarillos. Peste de perro flaco. Parece desafiarle con burda inocencia. Con una mirada inoportuna que pretende insultar a quien la recibe. Asco de perro flaco. Asco de perro flaco. Fija al animal en la mirilla. La pistola se mueve mucho. El pulso es un tren de mercancías que le recorre las venas del brazo de abajo arriba. Toma aire. Retiene todo el que puede en sus pulmones. Asco de perro flaco. Aprieta la mandíbula. Aprieta los músculos de la espalda. Del brazo. Del dedo.

Una explosión. Invade el viñedo. Revienta los tímpanos. Decenas de pájaros estallan de pánico alzando el vuelo a la vez. ¿Puede haber tantos? La bala alcanza al perro flaco encima de la pata delantera izquierda. El animal, pobre

animal, suelta un quejido. Pero calla pronto. Parece intuir que del silencio depende su vida. Sale corriendo sobre tres patas, dejando un reguero de sangre. Torpe. Con paso torcido pero rápido. «En la cruz». Roque sabe que ya no queda mucho perro. Lo observa mudo. Estupefacto y poderoso. El arma ha empujado sus brazos hacia el cielo en un movimiento seco, recto. La bala ha llegado al lugar exacto que Roque había seleccionado por la mirilla. La perplejidad va disolviéndose. De pronto, un sentimiento de satisfacción le sube desde el estómago y le entran ganas de reír.

—Joder. Vaya si funciona.

13:30

Es como si el flautista de Hamelín hubiera visitado la noble población de Quel y hubiera tocado en ella su instrumento para llevarse a todos los gatos y los hubiera conducido hasta allí, ante los ojos resignados de la teniente Lucía Utrera. Al menos dos docenas de felinos caminan a sus anchas entre los restos de un campamento, bien montado y mejor abandonado, en una hondonada no demasiado profunda y suficientemente ancha. Una tubería que baja por el talud desde sabe Dios dónde aprovisiona el agua. La electricidad llega por un cable furtivamente conectado a una torreta. Nadie diría que es un poblado de chabolas: la mayoría han sido construidas a ladrillo y cemento y disponen de varios dormitorios, cocina, salón. Retretes en muchas de ellas dan a entender que el subsuelo oculta fosas sépticas o una conexión afortunada con las cloacas de Quel, el pueblo que se ve al sur.

Los gatos deambulan y se tumban encima de los sofás y sobre las encimeras, y no encuentran resistencia alguna, ningún escobazo en el hocico, ninguna patada disuasoria, porque están solos. Los muebles pequeños, los aparatos electrodomésticos, todo aquello que se puede desmantelar, recoger y transportar en corto plazo de tiempo ha sido desmantelado, recogido y transportado.

Nada ni nadie. Al igual que en toda la investigación de la niña Nuria Isabel: nada ni nadie. Lucía mira al campamento con una frustración contenida. No muy lejos hay un taller en una enorme nave llena de manchas de óxido. Un estruendo mecánico interrumpe el rezongueo de los felinos. En todo el campamento no ha aparecido un solo indicio de consumo o venta de drogas,

de posesión de armas o de cualquier otra actividad ilegal. Se lamenta la teniente de no haber estado más lista, de no haber solicitado un control en carreteras para vigilar una huida tan extrovertida como esta: un clan gitano completo, con sus muebles, con sus destartalados vehículos, con sus hijos y mascotas.

—Si hubieran sido traficantes, no vivirían aquí —ha dicho la teniente al verlo.

Pero no es algo que le sorprenda. Fernando Rosas ya se lo ha advertido: «Esos no matan una mala mosca, por el amor de Dios; ni siquiera les dejan acercarse a mis muchachos, que se piensan que los vamos a pervertir. No me creo que tengan que ver ni con esto ni con nada». Los Pajaritos son gente honrada. Gente que no cumple la ley, pero que no por ello deja de ser honesta. No están censados, no renuevan su documento nacional de identidad. Los chicos abandonan secundaria, los mayores no saben leer. Viven recogiendo cartones y chatarra, vendimiando a final de verano, aportando su brazo ahí donde hace falta un bracero. Montan puestos de golosinas en fiestas patronales. Quizá, en algún momento, roban algo de fruta o verdura de los huertos y la venden en los mercados más barata que quien ha tenido que trabajarla. Pero no son asesinos violentos, no son traficantes. El dinero no los haría más felices.

Fernando le comunicó a la Grande dónde podía encontrarlos. «Se lo indico por si acaso puede servirle de algo, pero ya le digo yo que no creo que allí vaya a haber más que cartón y chatarra». No obstante, Lucía no perdió el tiempo y desde Villa Rosas se ha dirigido a la carretera de Quel hasta dar con el poblado.

La teniente camina sobre un retazo de tierra apisonada cuando dos coches aparecen arriba, sobre el talud. Es el Renault de la Guardia Civil que conduce Campos. Lo aparca junto al Nissan. Tras él llega otro exactamente igual. Campos se apea, acompañado de un guardia. Del otro Renault también descienden dos uniformados. Antes de que se aproximen, Lucía ya está dándoles órdenes.

—Vamos a ver si echamos otro vistazo al poblado, ¿de acuerdo? Alguna pista tienen que haber dejado sobre dónde iban.

Campos baja los últimos metros de talud deslizándose sobre sus suelas. Se acerca a la teniente, su cuerpo pequeño parapetado tras unas gafas de sol metálicas.

—Hemos hablado con los del taller. Uno de ellos estaba fumando en el exterior ayer por la tarde —mientras habla comprueba un pequeño bloc de notas— y vio pasar una furgoneta Ford blanca que llevaba mucha carga sobre la baca, en dirección Arnedo. No le dio mucha importancia. Aparte de eso, no han visto a ninguno de los del poblado en dos días. Dicen que son gente tranquila, que a veces les ayudaban a descargar a cambio de unos euros y que incluso el Pajarito, es decir, el patriarca que da nombre a toda la familia, les tenía cariño y les regalaba tomates. Nunca han visto por aquí a nadie que viniera a por droga ni han oído disparos ni nada de nada.

Los rayos de sol se reflejan en las gafas de Campos de una forma que parece estudiada. Lucía se alegra por él, porque sabe que si se viera a sí mismo se gustaría.

—Eso confirma lo que me dijo Fernando Rosas. ¿Nunca les vieron en pelea con los de Calahorra?

—Jamás. No entienden que puedan estar metidos en líos. No hacían más que repetir que son buena gente.

Lucía aprieta los labios. Por un momento el cansancio la invade y se le ocurre pensar en qué estará cocinando Bernard hoy. En el cielo hay cúmulos de nubes redondos y gruesos, como hechos de arroz con leche. Se sacude el pensamiento contraatacando con el recuerdo de eternas horas de ejercicio: la última vez que necesitó perder peso.

—Bien, ¿tenemos la descripción del Pajarito y su tropa?

—La tenemos —confirma Campos.

—¿Está ya en el cuartel, la descripción?

—Está.

—Ramírez —el joven se vuelve—. Vámonos a Calahorra. Hay que dar aviso: buscamos a una familia de gitanos conocidos como los Pajaritos. No están censados, probablemente las matrículas de sus vehículos serán ilegales, no utilizan tarjeta de crédito ni tarjeta sanitaria ni número de la seguridad social y su descripción coincide con la de cientos de personas.

—Sí, mi teniente —contesta el chico mientras se lanza a caminar hacia el Patrol.

—Dios nos coja confesados —certifica la teniente.

El coche está en marcha. El camino de salida acumula polvo resbaladizo, los Renault lo tendrán difícil. Una vez en la carretera, Lucía contesta su teléfono móvil. Bernard al otro lado de la línea.

—Hola, ¿qué tal andas?

—¿Qué vida? —bromea él con su delicioso acento.

—¿Ya hablas como un riojano, niño?

—Chorra que sí —es curioso cómo, por mucho que estas sean palabras autóctonas, en la boca de Bernard suenan absolutamente británicas, con la ese líquida abriendo el *shorra*.

—¿Qué has hecho?

—He llevado a los niños a la procesión. Está muy bonita.

—¿Sí?

—No sabía yo que las procesiones fueran tan grandes por aquí, muy bonita.

—¿Pero como las de allá?

—¿Como las de Córdoba? No. Distinta. Más seria. Igual las de allí son más lucidas, pero esta daba más miedo, no sé cómo decirte.

—Ya. ¿Y les ha gustado a los niños?

—Mucho. Y esta noche los voy a llevar al Paso Viviente, que participan todos los que montaban el tinglado ese del Mercafórum.

El Mercafórum es una reproducción de un mercado romano que cada año se representa en Calahorra. Uno puede comprar artesanía y comidas caseras. Lucía recuerda lo bien que lo pasaron los pequeños. Se les abría la boca ante el desfile de legionarios con sus corazas, algunos incluso a caballo. No se escatima en lanzas ni escudos.

—Suena bien.

—¿No podrás venir?

—No lo sé, niño. Estamos como si no hubiéramos empezado. ¿Hay mucho jaleo por ahí? ¿La prensa?

—Yo ya no veo tanta cámara como hace un par de días. Ahora mismo desde la ventana no veo ninguna, ¿ok?

—Eso es bueno. A ver si nos dejan en paz. Te veo a la hora de cenar, espero poder estar con vosotros.

—No lo creo. El Paso Viviente este empieza pronto.

—Entonces os busco yo por ahí. Adiós.

—Hecho. Adiós.

Una noche más en la que Bernard tendrá que hacer el papel de madre mientras ella trabaja. Ahora hay más nubes en el cielo. Van acumulándose hacia el sur, pacíficas e indolentes, como borregos a la entrada del corral. Ramírez lleva la ventana abierta y conduce muy tieso, con el respaldo del

asiento totalmente erguido y los hombros cerca del volante. Decide la teniente que, si no va a poder disfrutar hoy de su familia, al menos tiene derecho a divertirse un poco.

—¿Cuándo me va a contar qué hacía sin camisa en el polígono de las putas, Ramírez?

Este enrojece.

—¿Perdón, mi teniente?

—Lo de las putas, hombre. ¿Cuándo me lo va a contar?

—Mi teniente, yo —la voz del pobre Ramírez tiembla—, se lo juro, yo no estaba bebiendo *whisky* en una botella de plástico como se ha dicho, y lo de la camisa tiene explicación. Todo tiene explicación. Yo estaba...

Se escucha el estampido. Ha venido desde la izquierda, de la profundidad de un gran viñedo. La teniente y Ramírez giran sus cabezas hacia allá. Quizá la detonación hubiera pasado desapercibida si no fuera porque ellos saben cómo suena un disparo. «No es coto de caza», se dice la teniente. Ambos se interrogan con los ojos: ¿qué hacer? Ramírez pega un volantazo. El coche se traslada al otro carril con violencia. Las ruedas del Patrol chillan como un cerdo. Llegan a tocar la cuneta contraria. No vienen coches de frente. Fortuna. Ramírez toma el control, tranquiliza el vehículo desbocado.

—¿Qué coño ha sido eso? —grita la Grande.

—¡Un perro! ¡Joder!

Lucía mira hacia atrás: una figura cuadrúpeda, esquelética, se esconde entre la vegetación. El perro parece cojear, ha dejado un reguerillo de sangre sobre el pavimento.

—Lo siento, mi teniente, casi lo atropello.

—No es culpa tuya, pero frena, frena.

Ramírez detiene el coche en la cuneta con las luces de emergencia encendidas. Ahora se ubican a unos kilómetros del lugar donde fue encontrado el cadáver de Nuria Isabel.

—El disparo ha venido de esos huertos de allá. Entrando por este camino.

—¿Quiere usted que vayamos a comprobarlo?

—No sé. No estaría de más. Imagínese que encontramos algo.

El Patrol avanza por la vereda llena de baches. Roque lo observa desde la ventana justo después de que atravesase el cambio de rasante. «Mierda, puta», se dice. Lidia dormida en un sofá con el cuello torcido. Roque aún tiene el arma en la mano, acaba de entrar en la casa después de disparar con ella al

perro flaco. Se ha encontrado a Lidia ya narcotizada, una jeringuilla con sangre abandonada en el suelo, junto a la pata de la mesa. Roque mira a su alrededor, busca un escondite para el arma. Luego lo piensa mejor: de todo lo que hay en la casa, la pistola es lo que menos merece la pena esconder. Nada más que una pieza de museo. No tiene licencia, pero puede decir que se conserva en su familia desde hace décadas y que de vez en cuando la hace funcionar para mantenerla a tono. Si se la confiscan, mejor que mejor: sería la excusa perfecta para escapar de los absurdos planes de Lidia. Sobre todo ahora, que ya no le empiezan a parecer tan absurdos. Sin embargo, en la casa aún quedan dosis de heroína, imprescindibles. Sin dinero para comprar otras, no sabe cómo podría tan siquiera respirar hasta hallar solución a lo de Rosas.

El todoterreno de la Guardia Civil se detiene ante la puerta y de él bajan una mujer grande y fuerte y un chico alto y muy delgado. Curiosean por encima de la valla, mirando hacia la plantación. Desde ahí no pueden ver el lugar donde ha hecho fuego contra el perro flaco, se lo tapa la casa. Decide salir a defender su propiedad antes de que ellos salten la cerca. Se mira en el espejo: no está tan pálido como habitualmente, no siente demasiado frío. Se pone un jersey y unos pantalones y se calza unas chanclas sobre los calcetines renegridos.

—Muy... buenos... días —lamenta que el saludo haya salido tan lento de su boca.

—Buenos días —contesta Lucía—. Hemos escuchado un disparo desde la carretera, ¿ha oído usted algo?

«Así que es eso», se dice Roque. «Putra pistola que me va a buscar la ruina». Sin embargo, los guardias no van a entrar en su parcela.

—No señora. Estaba durmiendo, no he oído nada.

—¿Ah sí? —sigue la teniente—. Creemos que ha salido de su propiedad.

—Yo no he oído nada, ya le digo.

—¿Nos permite usted entrar y echar un vistazo al viñedo que hay por ahí?

Roque se hace el interesante mirando hacia donde le señala la teniente. Luego se vuelve hacia ella, punzándola con las pupilas. La suerte está de su lado.

—Señora, no me gusta que entren donde vivo. No está limpio, ¿sabe? Hay incluso ratas. Prefiero que no entren. Si ustedes tuvieran una orden judicial no me negaría.

Lucía lamenta haber sido tan torpe. Si hubiera sabido que iba a encontrarse

un yonqui con aspecto de no hacer nada bueno allí dentro, se habría trazado una estrategia más persuasiva para entrar sin orden.

—Pero pueden ustedes dar la vuelta por ese camino
—sigue Roque—. El viñedo no está dentro de mi parcela.

Lucía gana tiempo para registrar con los ojos todo lo que puede. No parece más que la morada de un pobre hombre. Se lleva la mano a la gorra para despedirse de él, suben al Patrol y abandonan el lugar. No merece la pena dar la vuelta para comprobar el viñedo. La supuesta explosión podría haberla producido cualquier sonido rebotado. Raro sería que fueran a encontrar allí un casquillo de Mauser nueve milímetros.

17:00

—¿Todavía estás dándole vueltas a lo de ayer? —pregunta Chus. Resulta mucho mejor conversador cuando se encuentra a solas con Paulino. Eso se debe a que considera que el chaval sabe escuchar. Le gusta transmitirle experiencia, enseñarle cosas del negocio. Con él no caen en saco roto.

—No lo sé.

—No le des más vueltas. Ulises es un gilipollas.

—¿Pero por qué coño solo es gilipollas conmigo?

—Eso es lo que tú te crees —objeta Chus meneando su cabellera crespa. Se acuerda de la escena de la mañana de ayer, ante Roque. Ulises amenaza, Roque y Lidia tiemblan, pero no de miedo: de abstinencia. Los modos de héroe de serie B. Teatrales, sobreactuados. Intérprete de gimnasio. «*Fegnando te matagá como una gata*». ¿Es que nadie puede aconsejarle que evite las palabras con erre? Es más: ¿es que nadie puede aconsejarle que evite abrir la boca? Eso. Ulises intenta ser rata rabiosa y se queda en una hermosa gata.

Chus se ríe por lo bajo de sus propias ocurrencias. El coche de Paulino circula por la vieja carretera de Zaragoza, hacia Rincón de Soto. Huele a nuevo. Es un buen coche: otra de tantas razones por la que los muchachos le envidian. El favorito, el buen pariente. Paulino no solo admite que le va bien con Fernando Rosas: además se compra un Audi A3 para que se entere todo el mundo. Ha cumplido veintitrés. Madurez de sobra, según su tío. Quizá en unos años ya le deje controlar el negocio de alguna zona. Quizá quite de en

medio al tonto de Ulises y le permita hacerlo a él. Él se sabe querido. Se nota en cómo el tío le mimaba, en cómo, poco a poco, le va encargando cosas; en la ilusión que demuestra cuando Paulino apaña bien los recados. Hace dos años salió de la casa por primera vez para ayudar a Chus en un cobro. Paulino vigilaba el coche. Ahora es Chus el que viaja en el asiento del acompañante.

—Te tiene miedo. Hazme caso: soy un poco psicólogo, ya me lo dice mi chica —Chus se refiere a una de las muchas mujeres que tiene distribuidas por varias localidades a la redonda.

—¿Y por qué iba él a tenerme miedo?

—Tú amenazas sus ambiciones. No te enfades, pero Fernando no va a estar al frente de esto toda la vida.

Chus acentúa que no desea que Paulino se enfade. Porque ese tema fue, precisamente, lo que precipitó la discusión de la noche anterior. Y a punto estuvo de conseguir que se fuera a la mierda lo de las mesas de Borregos.

El grupo de los tres asaltantes, Paulino, Ulises y Chus, estaba a punto de allanar el Casino Principal. Eran ya las tres y media de la mañana de un día más que largo. Ulises se había servido una buena cantidad de coca para mantenerse despierto. Paulino empezó a sentir que el sueño podía con él y decidió hacer lo mismo. Chus y Ulises esperaban junto a un ventanuco con la palanca y el hacha. El chaval se demoró dentro del coche. Ulises, que se frotaba las fosas nasales, le apremió: «Venga, niño, que porque seas el favorito no me vas a joder esto; mientras tu tío no se jubile, mando yo». A Paulino en un instante le empezó a hacer efecto la coca. Se le encendió el alma. Salió del coche gritando: «¿Que mi tío qué, tonto de mierda? ¡Mi tío te va a enterrar a ti y a todos tus hijos, cabrón!».

Uno nunca sabe qué va a necesitar Fernando. Lo más habitual, saldar deudas. También hay otras faenas: conseguir pescado bueno, no la mierda que vende el súper; ir a por los periódicos; traer un coche de lujo de Alemania; extorsionar a un perito gemológico madrileño; hablar con los chicos; hacer las chuletas en una barbacoa; darle con un palo a un camello torpe. A pequeños pasos Paulino va abarcando cada vez más tareas. Pero cuantas más tareas le encomienda Fernando, más gilipollas es Ulises con él. Hoy mismo, hace unas horas: parece que Ulises quería cobrarse la bronca de ayer y aprovechó la ocasión para subrayar quién se encuentra más cerca del jefe.

—Escucha, chaval. Fernando quiere que vayas al Top. Que las chicas estén todas listas para la noche. Que no falte nada: coca, bebidas buenas, cigarros

(cigagos). Bueno, ya sabes.

—Pero hoy son los Borregos.

—¿Te crees que Fernando va a dejarte sin ir a los Borregos? Dice que le vas a hacer rico. Y más te vale. No, ve al Top ahora. Llevas la farlopa y Mauricio que se encargue del resto. Ve con Chus, que sabrá qué hacer si revolotean los picoletos.

Cinco minutos después, salían del garaje. Paulino vive en un piso de nueva construcción a pocos metros del chalet de Fernando Rosas. Lo comparte con su madre y sus dos hermanas, pero el alquiler lo paga él íntegramente. Su padre, hermanastro de Fernando, murió hace mucho. Es el único de sus amigos que tiene su propia casa. Y un Audi.

—Chico, no sé si te das cuenta —le dice Chus bajando el tono hasta convertirlo en un roce que se esconde tras el ruido del motor del coche—. Fernando confía mucho en ti, no me extraña, yo también lo haría. Y además lo veo cansado. Creo que quiere esperar el momento en que estés listo para pasarte las riendas. Y eso a Ulises le jode.

—Oye Chus, vamos a cambiar de tema, ¿vale? Mi tío no va a pasarme nada. Ni está cansado: está como nunca. ¿Cómo va lo de esta noche?

Chus sabe cuándo abandonar. No le gustan las conversaciones incómodas.

—Bien. No va a haber problemas.

—¿Te va a tocar estar ahí?

—Sí. Haré algo de guardia. Parece que Casimiro no se fía de que los de la Unión o el Principal no se vayan a tomar la revancha. Ya le hemos dicho que no va a pasar nada, que son trabajadores y jubilados, no macarras. Pero, en fin, mientras pague.

—Bueno, pues nos veremos ahí, entonces.

—No sé si estaré muy cerca de la mesa. Ya sabes que no me gusta jugar. El ambiente se carga de humo y me molesta. Hay mucho borracho.

Y dicho esto, Chus se sumerge en el silencio. Es buen hombre, Chus, aunque un poco coñazo. Solo abre el pico para dar consejos. Paulino los aprecia, pero también le gustaría algo de conversación divertida de vez en cuando. El chaval conecta la radio, empieza a sonar la música habitual, que se escapa por las ventanillas.

Conduce hasta la salida de la carretera de Zaragoza. Casi todos los clubs se encuentran en Rincón de Soto. Al menos, los más populares. Pero el Top no es popular: el Top tiene categoría. Así que está un poco más escondido,

camino de Alfaro, en un pequeño polígono; lejos de los ojos de quienes viajan por la general. El sol brilla; se agradece, en abril. A sus flancos el campo se extiende hasta unos cerros lejanos que delimitan la llanura.

El Top no tiene luces de neón moradas y rosas, como cabría esperar. Consiste en un edificio de dos plantas. Parece más una casa de campo grande o un hotel. No hay rótulo ni luminoso alguno que indique dónde se ha ido a parar. Un aparcamiento con piso de gravilla arrastra el coche al cobijo de un muro. Ventanas con rejas verdes y algún geranio en el alféizar. Puerta de doble hoja también con reja verde y un cristal translúcido. Como un edificio de pueblo. Chus baja una bolsa de deporte del maletero mientras Paulino llama a la puerta. No se hace esperar mucho, la puerta se abre. Al otro lado, un hombre de casi cincuenta años, delgado, bigote canoso. Su aspecto es el de una época pasada que nunca fue mejor. Recuerda a un representante de Eurovisión que no se hubiera cambiado la ropa desde el día del festival.

—Mauricio —saluda el chaval con desgana.

—¡Paulino! ¿Ya estás aquí otra vez? Pasad chicos.

Por dentro, el Top es otra cosa. La planta baja contiene un espacio diáfano de casi doscientos metros cuadrados. Pintura de colores fantasía, barra blanca, escenario iluminado con haces rojos y azules. Los detalles se cuidan: anaqueles de espejo con fluorescentes para las botellas; siluetas de *top models* grabadas por las paredes; taburetes tapizados con polipiel carmín; mesas redondas bajas y butacas en zonas reservadas. Huele a Ajax Pino y el aire fresco predomina por mucho que se fume.

Se sientan a una de las mesas, ocupando butacas rojas y azules. La voz de Mauricio se afemina escandalosamente al final de las frases. A Paulino le resulta desagradable: parece militar la pedofilia. Pero con las chicas se lleva excepcionalmente bien. En primer lugar porque es homosexual, así que no les debe ni les pide favores. Y en segundo lugar, porque tiene un don para conseguir de ellas lo que haga falta, sin obligarles a nada. Paulino no lo sabe, pero Fernando contrató a Mauricio después del incidente de la chica de la silla. Una reina del Paralelo venida a menos, para dar un giro a sus atemorizados recursos humanos.

—Me tenéis que disculpar un momento —dice a toda velocidad—. Una de las niñas está de nones y tengo que hablar con ella. Lo sé, es una crisis. Lo siento.

Al fondo de la sala hay una puerta que da a un pasillo empapelado. Junto a

ella, una joven negra espera. Pelo naranja peinado en trencitas que cae sobre un rostro dulce. Aún no va vestida de faena, pero se adivinan buenas curvas bajo el chándal.

—Yasmín, ponle a estos chicos lo que quieran y no te preocupes que yo hablo con Dani. Se llama Daniela —aclara dirigiéndose a Paulino—, una rubita preciosa, de Salvador de Bahía. No sé qué le pasa pero lleva casi una hora llorando en su habitación. La negrita es su mejor amiga. Esto es como una familia, tú ya lo sabes.

Y le guiña un ojo al chaval.

Yasmín le lleva un tercio de Heineken a Paulino y un vermú a Chus. Se acerca al equipo de sonido, lo conecta: música brasileña invade el local. La chica coge una revista y se sienta a esperar en uno de los taburetes de la barra. No pasan ni cinco minutos cuando la puerta del pasillo vuelve a abrirse y aparece Mauricio con una chica rubia de ojos clarísimos. No tendrá ni veinte años. Viene sonriendo mientras se limpia las lágrimas con un Kleenex. Él la conduce agarrada del hombro, le acaricia el brazo paternalmente.

—Es normal, somos seres humanos —le viene explicando—. Si te vuelve a pasar quiero que hagas exactamente lo que has hecho hoy. Hay que desahogarse. Hay que sacar las energías negativas. Enciérrate en la habitación y tira tu ropa al suelo y chilla como una zorra histérica todo lo que quieras. Sabes que nos tienes a todos para estar contigo.

La chica se ríe feliz. Abraza a la negrita y ambas se pierden por el pasillo. Mauricio ocupa su lugar en la mesa, contento.

—Lo he vuelto a conseguir. Esta noche esa chica dará lo mejor de sí y seguirá entrando dinero en el club. Y eso es lo que queremos todos, ¿no? Fernando gana más dinero, yo inflo mi comisión, y Dani ahorra todo lo posible para volver a Brasil con su hija y dejar de ser puta. Genial.

—Sí, genial —celebra Paulino sin entusiasmo—. Pero escucha un poquito, que hablas a toda hostia. ¿Te ha explicado el Ulises algo de lo de estos dos días? Necesitamos el club al máximo. Fernando ha llegado a un acuerdo con Casimiro para traer aquí unos buenos clientes. El caso es que no se sabe a qué hora vendrán, porque estarán jugando Borregos. Así que hay que tenerlo a punto toda la noche. Y las chicas guapas y preparadas.

—Estupendo. Justo ahora. Tengo a tres con la regla.

—¿Tres?

—Sí. Se les sincroniza. Leí en una revista que las hormonas se diseminan a

través de...

—Oye, oye —interrumpe Paulino— que no me interesa. Que estamos con prisa, compañero.

Chus ríe con la nariz metida en el vaso de vermú.

—Da igual —sigue el chico—. Tú ten preparado todo lo que puedas. ¿Que una chica está con el período? Pues la dejas descansar. Peor para ella. Estos son de los que dan buenas propinas, te advierto. Lo importante es que cuando vayan pasando por aquí se diviertan. Hay que quedar bien, muy bien. Mira.

Chus pone la bolsa de deporte encima de la mesa. Parece toda estrujada, como sin aire, medio vacía. Abre las cremalleras. Dentro hay cuatro paquetes, cada uno con un cuarto de kilo de polvo blanco. Y una bolsita con quinientas píldoras. Suficiente para envejecer entre barrotos si la Guardia Civil les a da el alto. Paulino sopesa los paquetes. Deja uno encima de la mesa y guarda los demás. Mientras, Chus aparta un puñado de pastillas, las cuenta y las va dejando en un cenicero limpio que ocupa el centro de la mesa. La música se ha quedado puesta y Vinicious canta *Samba da Benção*. Mauricio enciende un cigarrillo rubio y lo sujeta con la punta de los dedos índice y corazón.

—Esto es para los clientes que quieran comprar. Te vamos a mandar a un tipo para que la cuide y para que se encargue de venderla. ¿Tienes báscula? Perfecto. Pero escucha, que aquí viene la buena noticia. Las chicas, y tú también, tenéis permiso para tomar toda la que queráis. Cortesía de Fernando Rosas.

—Ay, qué majo —expresa Mauricio.

—Sí. Hay que quedar bien, Mauricio, es la prioridad. Así que las queremos despiertas y animadas. No agites tanto las manos, por favor, que me metes el humo del cigarro en el ojo. Bueno, vigila tú que ninguna se exceda que luego pasa lo que pasa.

—Por descontado, chiquitín.

—No me llames chiquitín.

Chus emite una carcajada sonora. Cuanto más antipático se pone el chaval, más ternura le dedica Mauricio mediante miradas y entonaciones.

—¿Qué más? —se pregunta Paulino—. Sobre las diez de la noche te vendrá el muchacho y ya empaqueta él la coca en pollos. Fernando quiere que hoy las trates muy bien. Dales una cena un poco especial, ¿vale? Que les guste. Y antes de las doce no las hagas trabajar mucho. Abre tarde. Si tienes alguna de morros no la fuerces, que haga lo que quiera.

—Conmigo siempre hacen lo que quieren. Que, casualmente, es lo mismo que yo quiero.

—Lo que tú digas. Siempre que estén listas para esta noche— tamborilea en la mesa con los dedos—. Y nada más.

—No tiene mala pinta —dice Mauricio, e inhibe el impulso de llamar chiquitín de nuevo a Paulino.

—Hay dinero, yo creo, Mauricio. Oye, Chus, ¿te importa quedarte tomando otro vermú? Voy un momento a ver a las chicas.

Chus levanta una ceja mientras él se escabulle por la puerta del fondo. Vinicius canta: «*Eu te abençoô, sarava.*» Mauricio se ilumina.

—¿No teníais prisa? —le grita cuando desaparece tras la puerta, y luego se dirige a Chus—. Ya te digo que este niño viene mucho por aquí últimamente.

Y le da una larga calada al cigarrillo entre sus labios apretados y sonrientes.

En una habitación, cortinas rosas esconden la deprimente vista del polígono. La cama bien estirada, con un edredón de colores. Y, sobre el colchón, Ada lee una revista para chicas. Sus diecinueve años maduran por el noble porte incaico. Ojos muy rasgados, mejillas tersas con pequeños hoyuelos, boca ancha. Cabello negro, largo como la visión de un fantasma en la noche. Solo lleva unas bragas y una camiseta de tirantes por encima del ombligo. Pregunta quién es cuando llaman a la puerta. Una voz algodonosa en la que se deslizan las eses, salidas del centro de todos los placeres.

Paulino entra y se sienta en una silla junto a la cama. Ella sonrío y le dedica un beso. El chico se queda un rato mirándola sin hacer nada. Ada ha dejado caer la revista al suelo. Él toma una foto enmarcada de encima de la mesilla: un niño de algo menos de un año; alguien lo sujeta por los brazos para que se mantenga en pie. La boca y los ojos son de Ada. El resto no lo sabe ni ella ni nadie. Pero Paulino mira la foto como si le robase el espíritu.

—¿Es nueva?

—Me llegó recién hará una semana, por Internet. Estaba esperando a conseguirle un marquito para colocarla.

—Es muy guapo.

—Siempre dices lo mismo.

—Porque es verdad.

Ella sale de la cama y se sienta sobre su regazo. Le pasa una mano por detrás de la nuca y lo besa cálidamente. No es la primera vez que Paulino ve una foto del bebé. Desde que aprendió a amar a su madre sintió que ese niño

le estaba predestinado. Ser o no ser el padre biológico no supone más que una circunstancia anodina. Si quiere así a Ada, quiere igualmente todo lo que Ada posee.

—Será feliz aquí.

—No digas eso.

—Ada.

—No quiero que me hagas promesas que no puedas cumplir. El niño está bien en Quito, con mis padres. Lo quieren y lo tratan bien, y tienen de todo con lo que les mando. Volveré con dinero para una casita.

—Yo quiero que te quedes. Ya lo hemos hablado.

Ada le mira deseando creerle. Pero no parece que las personas con las que se ha cruzado en España hayan respetado su palabra. Por eso nunca se engaña a sí misma.

—Aún no se lo he dicho a mi tío —continúa Paulino—. Está muy ocupado ahora. No sé cómo va a reaccionar...

—Paulino —interrumpe ella—. Ay, Paulino, no lo hagas. ¿Qué crees que te va a decir? Soy una puta. Una de las tuyas.

Su voz tan delicada parece hablar de otros temas: pasteles o mariposas o caballitos. Paulino cree que si se colocara un papel ante su rostro ya no se le oiría hablar.

—No conoces a mi tío. Ha estado muy jodido; se le murió una hija, y ahora se ocupa de su familia. Nos quiere.

—Siempre me lo dices.

—Y además confía en mí. Cada vez me da más trabajos. Más que a otros. Más que a muchos que me doblan la edad. A veces se dicen cosas. Insinúa, ¿sabes? Y la gente, los compañeros, Chus y los demás, creen que el tío Fernando piensa en mí para algo gordo. No sé, dejarme ocupado de alguna parte del negocio, o así. Eso dicen.

—Vale.

—¿No me crees?

Ada sonrío y envía una mirada al infinito y luego al cuadro de René. ¿Creerle?

—No me puedo permitir el lujo de creerte, mi amor.

Paulino asiente pensativo y recuerda los muchos motivos que tiene para ello. La comprende. Dado que él sí sabe que lo que dice es verdad, que ella le crea o no supone un problema nimio.

—Mañana. Jugaré a Borregos, el juego ese del que te hablé. Soy muy bueno. Bueno de cojones. Ganaré. Ganaré mucho dinero para él. Se pondrá contento, lo sé. Será un buen momento para comentárselo. Despidete de las chicas.

18:00

La mano se deshincha al sumergirla en agua con hielo. Se vuelve a hinchar al extraerla de la cubeta, cuando la pone a la luz del sol. El líquido gélido se tiñe de rosa por las zonas en las que la piel se abre. Aún pierde algo de sangre. Escuece. Roberto está sentado a la mesa de la cocina. Hace un momento que despertó de un sueño incómodo. El hábito sigue estirado sobre el respaldo de una silla, donde lo dejó al regresar de la procesión. El capirote cárdeno se levanta en el centro de la mesa haciendo equilibrios sobre la base del cono. El bombo, en un rincón, con el parche cubierto de una costra color ocre. La mano le duele. Pero el dolor y la sangre quieren decir que aún vive.

Muchas veces ha imaginado lo que la gente diría si nunca hubiera regresado de África. Un mártir, un santo. No habría quien opinase otra cosa. Por supuesto que así, dejándose los huesos en el río Congo, la carne en el estómago de los carroñeros, su proyecto hubiera tenido éxito. Pero, ¿dónde estaría él para disfrutarlo? No, es necesario tener ojos y oídos para eso. Para escuchar al quiosquero cuando se dijese en voz alta «Pobre muchacho, no habrá nadie igual que él», o a la enfermera cuando se preguntase, «¿A cuántos pretendía salvar, por el amor de Dios?».

Y en realidad, Roberto aún tiene que convencerse de que, yendo a África, hizo lo correcto. Se lo habían advertido: «Si vas ahí, te cagas de pena.» ¿Por qué salvarlos? ¿Por qué trabajar más de diez horas al día en aquellas condiciones? ¿Por qué viajar donde nadie quería ir, aquel destino en el que morían más personas que mosquitos? La respuesta que se da a sí mismo: aquel viaje constituía la mejor opción para remediar la diferencia. La larga y temida diferencia. Lástima que saliera mal.

En aquellos días, realizó un rápido cálculo para evaluar pros, X, y contras, Y. El resultado salió a favor: su destino, un pequeño asentamiento de nombre impronunciable, a cuarenta kilómetros de selva al norte de Goma, la capital de la provincia del Kivu septentrional. Cuando desembarcó en el aeródromo,

un tipo muy pequeñito, de nariz corva y renegrada, absolutamente calvo, lo esperaba. Tendría unos cuarenta y cinco años. Dijo que se llamaba Silvio Porto, de Lisboa, y que era «el único misionero jesuita con suficientes cojones para quedarse en Kivu estando las cosas como estaban». Lo dijo así, con esas palabras remarcadas en un portugués españolizado que por algún tipo de optimismo natural creía comprensible. Se subieron a un *jeep* desvencijado y cruzaron maleza, lodazales, columnas de mosquitos, hormigueros, cauces empantanados. Llegaron al anochecer.

Se trataba de un pequeño hospital de campaña sumergido en plena selva del Parque Nacional de Virunga: cuatro estacas, una lona y una tela antimosquitos. Pocos meses después, los rebeldes de Nkunda instalarían allí su campamento ofensivo, en honor a no se sabe bien qué causa. Por aquel entonces, en la zona aún se escondían refugiados de las matanzas étnicas de la vecina Ruanda, junto a partidas de cazadores hutus huidos de su país que se ocultaban en la selva y no dudaban en saquear pueblos y asesinar tutsis. El dispensario lo atendía el jesuita con una robusta monja aragonesa, de unos cincuenta años, y dos jóvenes misioneras guineanas.

—El campamento ahora *está* pequeño —decía el padre Silvio Porto con una voz cantarina—. Antes teníamos a miles: los que preferían quedarse escondidos en la selva antes que ir a campos de refugiados más grandes.

Unos cinco años antes, la zona había hervido. Cientos de miles de desheredados se movían erráticos de frontera en frontera, arrastrando sus pies por el barro. De cuando en cuando, alguna facción paramilitar o milicianos de cualquier color o tropas que se decían gubernamentales decidían llevar a cabo una operación en la que arrasaban con todo ser humano que encontrasen en nombre de la gloria de cualquier visionario *defensor del pueblo*. Poco a poco, la avalancha de refugiados fue remitiendo en las montañas del Parque Nacional de Virunga, perdieron el miedo a los campamentos grandes o regresaron a sus pueblos ya pacificados. Pero aún quedaban muchedumbres temerosas.

El padre Silvio no hacía preguntas. Sabía que entre sus auxiliados se ocultaban personas que habían matado. Aún seguían ahí, ocultos, porque temían represalias en sus países: nadie podría protegerles ni a ellos ni a sus familias. Convivían juntos hutus y tutsis, gentes de tribus muy distintas. No era un campo de refugiados al uso: las tiendas se dispersaban por hectáreas de terreno, separadas unas de otras, ocultas entre la vegetación. Si uno caminaba

durante una docena de kilómetros hacia el norte podía encontrar incluso gorilas de espalda plateada. Pero nadie tenía ganas: todos los refugiados estaban enfermos y todos sufrían hambre, e incluso algunos necesitaban del consejo espiritual que el padre podía proporcionar.

El alma del padre Silvio requería muchos rosarios para soportar las repentinas ausencias. Por ejemplo, podía haber una madre de trece años, seguramente violada; aparecía con su hijo de dos meses a cuestas. El padre Silvio intentaba ganarse su confianza, dejarla que se acercara y reconciliarla con el mundo, con el género masculino. Conseguía que perdiera el miedo, empezara a comer y les permitiese examinar a su criatura. Pero eso no le garantizaba que en cualquier momento la chica se desvaneciera, como por arte de magia, tragada por la barbarie que albergaba la jungla, ahí donde viven los animales más salvajes. Había asumido que la gente desaparecía. Y cuando echaban a alguien de menos durante más de dos días, dejaba de preguntar.

Ahí llegó Roberto. Al paraíso del dolor. El lugar donde te cagas de pena. «¿Es que no te da miedo ir allí?» Claro que le daba miedo. Pero temía más otras cosas: ser demasiado diferente, que sus estigmas durasen toda la vida. Aún tenía veintisiete años, podía cambiarlo. Solo debía lograr experimentar aquello que, al contrario que todos los demás, desconocía.

El día a día en el campamento era un tifón de trabajo y de estímulos desconocidos para él. Picaduras de insectos, la belleza de las mujeres jóvenes, sangre en la tos de los enfermos, dormir al son nocturno de la jungla, disentería en el agua, sonrisas de niños pequeños, lepra, cantos tradicionales, supersticiones absurdas, síndrome de inmunodeficiencia humana adquirida. Estímulos que se mezclaban y revoloteaban sobre las cabezas de los recién llegados como los remolinos de mosquitos al atardecer. Uno podía asimilar solo una parte de las sensaciones que se descerrajaban contra ojos, oídos, piel, nariz y lengua. Esas eran las que agujoneaban con fuerza. Las demás continuaban volando, a la espera de una oportunidad.

A Roberto comenzaron a llamarle el Siemprealegre. Las dos enfermeras monjas y también el jesuita, acababan las jornadas machacados. No les quedaban muchas ganas de sonreír. Pero Roberto no. Era silencioso y reservado, pero siempre lucía una sonrisa para los niños que hablaban ese extraño inglés incompresible o algún dialecto de otra galaxia. Roberto realizaba su trabajo con resolución. El Siemprealegre. Por supuesto, no lo

pronunciaban así, sino mediante un vocablo ininteligible que el Padre Silvio le había traducido. Podía tratar a un adolescente al que hubieran amputado los dedos de un machetazo en una razia rebelde y después sentarse a leer periódicos deportivos atrasados, que le enviaban en paquetes desde España, y hacer comentarios: «Hoy hace menos calor que ayer» o «Parece que el Logroñés no va mal, a ver este año».

Roberto sabía que en España jamás encontraría casos de lepra y se alegró de tener la oportunidad de tratar alguno. Ahí donde otros hubieran maldecido a Dios, hubieran repugnado la Creación, hubieran renegado del ser humano, Roberto, sin más, disfrutaba tratando enfermedades nunca vistas o erradicadas en Europa. Sarampión, malaria, úlceras. Un reto para sus habilidades. Y además, las lesiones, amputaciones, heridas abiertas, suponían una buena práctica para sus dedos poco expertos en cirugía.

—Eres muy fuerte, Roberto —le dijo un día la monja aragonesa, una mujerona con pelos en las piernas y los brazos como patas de jamón—. Nunca habíamos tenido un cooperante que aguantara lo que tú estás viendo.

Un día las agallas de Roberto sobrepasaron el límite del hermetismo. Por la mañana llegó un grupo de niños. Cinco hermanos, tres chicas y dos varones. El mayor de ellos guiaba la cordada. Llegaban apoyándose unos en otros, con los ojos inundados en lágrimas y gestos de dolor demasiado adultos como para observarlos en el rostro de un niño. A todos ellos les habían cortado el pie izquierdo por encima del tobillo. Viajaban con sus padres. Fueron atacados por un grupo paramilitar que ni siquiera se identificó. Mataron a los padres y mutilaron a todos ellos. En principio eran siete. Dos de ellos se quedaron por el camino. Habían recorrido cincuenta kilómetros cogiéndose de la mano, saltando sobre su pie derecho o apoyándose en el muñón ensangrentado. Cruzaron la selva gracias al coraje del hermano mayor, que les sirvió de líder, les practicó torniquetes, les dio ánimos en los peores momentos. Nadie se explicaba cómo pudieron llegar tan lejos. Roberto hizo lo que pudo por todos ellos, trabajó rápido, cumpliendo con su deber de forma metódica y fría. Limpió y desinfectó los tajos de los dos que parecían más sanos. Los otros tres presentaban fiebre y sus heridas olían mal. Pero no contaba con una provisión demasiado nutrida de antibióticos. A los pocos días, dos de los niños enfermos, los más pequeños, habían muerto por septicemia. El tercero, el mayor, se restableció a una velocidad asombrosa, con una fortaleza que dejó sorprendido al padre Porto.

—Creí que perdíamos a los tres. ¿Cómo resistió con la poca dosis de penicilina que teníamos?

Roberto susurró al oído del jesuita. Lo hizo porque creyó que debía saberlo. Aunque también había un poso de vanidad en esa confesión. Ahí, en la selva, la inteligencia, su inteligencia, servía para conservar vidas, y el sentimentalismo, ese sentimentalismo que estropeaba partidos de fútbol, no valía más que para perderlas.

—Padre. Él era el más fuerte. Era el único que tenía posibilidades de sobrevivir. Le di a él todo el antibiótico. Si lo hubiera dividido entre todos, los tres habrían muerto.

El padre Silvio apuntó su enorme nariz de cernícalo contra la frente de Roberto. No dijo nada. Apretó los labios y dejó escapar un resoplido rabioso por las fosas nasales. Luego salió del hospital de campaña y se fue a rezar.

Mientras enterraban los cuerpos de los dos muchachos, las monjas lloraban. El sacerdote no podía quitarle la vista de encima a Roberto, que miraba al chico mayor, el superviviente, con un gesto de orgullo y triunfo. Al contrario que en las películas de Hollywood, en el funeral no llovía. El sol caía a plomo esquivando los obstáculos de la vegetación, devastando con su peso las cabezas y los hombros de los asistentes. Roberto lo soportaba con el cuello bien estirado. Levantó la cabeza y observó a un mono que aullaba indiferente en la rama de un árbol, a unos quince metros por encima del suelo. Y pensó en lo estúpido que era eso: en el tiempo en que se enterraba a estos niños, él podía estar haciendo curas, administrando sueros o pidiendo otra puta caja de antibióticos a los oficiales del MONUC. Pero no, ahí estaba. Simplemente porque los demás decían que había que estar, porque esa era la forma *humana* de actuar. Como si no fuera igual de humano agarrar a siete niños y cortarles el pie izquierdo. ¿Qué otro animal, aparte del ser humano, entendía la crueldad de una forma tan clara? Crueldad y misericordia eran, ambas, cualidades humanas y ningún animal podía regirse por semejantes parámetros. Y entonces miró al mono, un animal adaptado a las tinieblas de la jungla. Y pensó que quizá él tenía más que ver con aquel mamífero que con el padre Silvio y sus monjitas. Se dio cuenta de que, desde que había puesto sus pies en esa tierra, vivía feliz. No necesitaba hacer el menor esfuerzo para ello, ninguna prueba, ningún ensayo ni error. El Kivu le acogía tal y como era. El Kivu le pedía que se comportase de forma natural. Era bueno para el Kivu que él se comportase así, que diera rienda suelta a su

auténtica personalidad en lugar de reprimirla, como llevaba haciendo toda su vida. Hacía mucho tiempo que ni siquiera se veía obligado a calcular. Y se sintió poderoso, más aún que en aquellos años de instituto. Por primera vez, decidió abandonar su proyecto. Simplemente, ser él mismo.

Tres meses más tarde fue arrastrado fuera de su tienda por una turbamulta enfurecida. Dormía al amanecer, envuelto en una manta húmeda sobre una colchoneta, cuando la hoja de un machete rasgó la lona en dos partes. Fue atrapado por una docena de manos oscuras, que acababan en muñecas huesudas y malnutridas. Atraparon sus extremidades y le taparon la boca sin darle tiempo a gritar. Lo llevaron a rastras, boca abajo, dejando que su rostro arase el barro rojo y comiese hormigas y se arañase con zarzas urticantes. Cuando se alejaron a cientos de metros del hospital de campaña, le soltaron las piernas. Entonces pudo volverse y reconocer a sus asaltantes. Había esperado encontrar a una patrulla de iluminados guerrilleros, viola niños, mata viejos, saqueadores. Pero quien le rodeaba era la gente del campamento. No había muchos adultos entre ellos. El hermano mayor del pie cercenado sostenía con la mano izquierda una muleta y con la derecha un reluciente cuchillo. Un joven, no tendría más de dieciocho, vestido únicamente con un pantalón corto de algodón, le apretaba la pierna contra el pecho mientras suspendía otro machete sobre la punta de su nariz. Había otros dos muchachos con cuchillos y varias niñas que apenas llegaban a la adolescencia rodeando su cuerpo humillado, medio enterrado en el fango. Le miraban con odio, los puños prietos, los ojos como piedras. Una de ellas se acercó y le escupió en la cara, el salivazo le resbaló a pocos milímetros del labio superior. Otras tantas siguieron el ejemplo. Todos ellos habían sido sus pacientes alguna vez. Frecuentaban el hospital de campaña y el Padre Silvio les daba alimentos y ayuda y celebraba misa con ellos. Roberto empezó a respirar demasiado rápido. Por primera vez en su vida no le salían las cuentas. Ni X ni Y. Los pensamientos racionales no germinaban en su cabeza.

Le desnudaron. Se sintió ridículo y pequeño. Las chicas se reían de él y los chicos le dedicaban gestos de furia. El líder, aquel que rondaba los dieciocho años, le hizo arrodillarse en mitad del claro. El tiempo se dilató, los sentidos de Roberto se abrieron y empezaron a absorber un torrente de percepciones. «Me van a matar», concluyó. Sí, le iban a matar. Y eso no era bueno, no había ningún resultado posible para esa ecuación que le resultara favorable.

Matemática pura. Empezó a temblar. Ni siquiera sabía en qué idioma dirigirse a ellos. Cerró los ojos y estuvo a punto de perder el sentido. Escuchaba los insultos de algunas mujeres y las risas de otras. Sintió el tacto fresco del machete en el cogote. Luego escuchó el aire zumbar al levantarse la hoja.

Una voz en dialecto *swahili* salió de entre los árboles, como el poder de Dios hecho verbo. Al principio Roberto pensó que se trataba de otro macaco. Pero era el Padre Silvio. Se interpuso entre Roberto y su verdugo. El médico perdió el equilibrio y cayó de costado, respirando grandes bocanadas que no llegaban a saciar la velocidad crítica de su corazón. El padre intercambió palabras en *swahili* con el chico del machete y escuchó las respuestas de este. A cada frase nueva del verdugo, el padre se volvía para lanzar miradas penetrantes de preocupación, de dolor, de lástima, al cuerpo de Roberto. «¿Es que no te da pena?». Los interlocutores fueron subiendo la voz: se empujaban. Alguna de las chicas intervenía con gritos furiosos. Pero luego el padre Silvio se dirigió a la multitud con un discurso que pareció calmarlos. En el momento de mayor relajación, miró a Roberto.

—No puedo hacer más por ti. Vete. Si no, te van a matar. Cruza el sendero del oeste durante toda la noche, si tienes suerte llegarás a un puesto destacado del MONUC. Corre.

El Padre le alcanzó los pantalones. Roberto se levantó renqueante y encontró fuerza en sus piernas. Agarró los pantalones y se agachó para hacer una bola con toda la ropa que pudo recoger. Luego, desnudo, se puso a correr como un animal rabioso. Se escurrió entre las hojas de los arbustos y en pocos minutos alcanzó el sendero que conducía al oeste. Al alejarse, escuchó de nuevo la discusión entre los refugiados y el padre ganando en volumen y en agresividad. Lo seguirían, no había duda. Lo seguirían. Y si le daban alcance, lo matarían. Era una ecuación sencilla.

A su regreso de África no tenía dinero para alquileres. Roberto agradeció el refugio de la vieja residencia del doctor Ortega. Aún ahora se conserva como cuando el doctor Tomás Ortega la habitaba. Infestada de decoración, paradójicamente espartana. Los marcos dorados sobre el tocadiscos, el espejito de afeitar a un costado del baño, la placa que conmemora el retiro. En el despacho, las vitrinas: todos y cada uno de los estúpidos objetos que no se ha visto obligado a vender. Parecen más nuevos que entonces, cuando el niño visitaba a su abuelo, señor alto de espalda recta, perpetua corbata,

médico de pueblo. Trato delicioso que contrastaba con la naturalidad campesina de aquellos años. Estirado, lo llamaban algunos. Pero eso se debía a que nunca se habían puesto enfermos. Cuando las próstatas se hinchaban y el doctor Ortega introducía un dedo por el culo para explorar, empezaban a apreciar la delicadeza y el distanciamiento.

Un Roberto asustado tomó posesión del piso del doctor. Apreció el pasillo interminable, el despacho severo, la consulta presidida por camilla, con su foco de brazo articulado, con su instrumental obsoleto. Espacios de un vacío rotundo, como un museo sin visitas. Claustros individuales que invitaban a ordenar cuerpo y alma, a establecer cálculos y a determinar qué hacer con los años que le quedaban de vida. Paseaba por aquellos vacíos chasqueando los dedos, pasando entre ellos imaginarias cuentas de rosario que arrastraban los misterios de su vida. Meditaba sobre las demás personas porque así meditaba sobre sí mismo: el enigma que aquellas escondían era lo que necesitaba resolver para comprenderse. Empleó en esta tarea casi un año. Salió poco, bebió poco, comió poco, respiró poco. Sus escasos ahorros se iban agotando. Se decidió a vender parte de la colección del doctor Ortega. Lo hizo por Internet, de forma anónima, para que nadie le llamase desarraigado. Poco después consiguió un puesto de trabajo en el ambulatorio. Providencial. Si hubiera Providencia.

Roberto se encuentra muy bien en ese piso. Ha llegado a mimetizarse con las vastas estancias. Nada distrae sus pensamientos, que normalmente son cálculos, evaluaciones de circunstancias cotidianas, estudios de relaciones con cualquiera de los humanos que lo rodean. La casa acoge esos momentos de concentración como un estuche de terciopelo. Ahora, por ejemplo, acaba de darse cuenta de que durante la media hora que ha pasado con la mano derecha sumergida en el agua helada, no ha dejado de pensar ni por un momento en Eva.

18:10

Ángel está harto. La habitación de madera se apretuja a sus pies. La amplitud se reduce a la superficie de sus suelas. En la tele, la enésima versión del Éxodo. Moisés de mechas rubias y *lifting* bajo barba postiza. No sabe cuántas veces se ha asomado ya a la ventana.

No se aleja mucho del teléfono. Aprovecha las excursiones al baño para estirar los músculos. Pasea por la habitación. Apaga la tele. Se tumba en la cama y abre una novela: *El Grial de los Templarios*. A las tres páginas admite que no puede concentrarse. Tamborilea con la mano sobre el teléfono. Duda entre hacer o no hacer una llamada. Aprieta en los dedos un papel rasgado: el número de Fernando Rosas.

Ayer, cuando salió de Villa Rosas, todo era de un color más vivo. Estaba a salvo. Su familia, sus hijos, también. Al anoecer, sin embargo, las horas fueron estirándose. Se hicieron largas como películas sobre el Éxodo y libros de Templarios. Las pasó diciéndose: «El viernes a mediodía vence el plazo», «No me van a coger». Pero las horas son las horas. Volvió el miedo. Justo al regresar de la reunión con Fernando, estaba dispuesto a salir para celebrarlo. Tan dispuesto que nada más entrar en la habitación se dio una ducha y se repasó con la cuchilla el rostro. Sin embargo, al asomarse a la ventana contempló el Paseo del Mercadal plagado de claroscuros inquietantes: el revuelo de las terrazas, los riojanos como hormigas antes del chubasco. Entre ellos podía disimular cualquier extraño.

No. No parecía muy seguro. Así que decidió ponerse un albornoz blanco y echarse sobre la cama. Ver las noticias, quizá alguna película. Pensó en llamar a Adela. Pero, ¿dos veces en el mismo día? No: sospecharía. Pidió la cena al servicio de habitaciones y estudió al chaval que se la trajo. Le dejó una buena propina y comió ensalada y pollo viendo *Ben-Hur* en Televisión Española. Ya había pasado la carrera de cuadrigas cuando intentó dormir. No pudo. Volvió a la película y terminó de verla. Y luego peleó contra el insomnio.

Hoy las cosas no han cambiado mucho. Ha abierto la puerta a dos empleados del servicio de habitaciones: el desayuno y la comida. Ha esperado la llamada de Fernando Rosas como la de un donante de hígado. Ha paseado por el cuarto y ha hecho de vigía desde la ventana.

En estos momentos, sus ojos corroen el reloj. No se puede creer que lleve encerrado en esa habitación tantas horas. Odiar la pérdida de tiempo le ha hecho rico. En Madrid los minutos se utilizan como moneda. Quizá es por eso por lo que no puede recordar con fidelidad los rasgos de su hijo. Nunca le ha parecido demasiado trágico no haber sido espectador de su crecimiento. Pero ayer, durante el insomnio, intentó concentrarse en él, en los ojos morenos y en los hoyuelos de sus mejillas. Visualizó mentalmente un aspecto

general, un rostro a reconocer. Pero no podía reconstruir detalles. Se pregunta si, alejado de un contexto familiar, por ejemplo, si el niño estuviera paseando ahora mismo entre la muchedumbre del Paseo del Mercadal, ¿lo identificaría?

Esos pensamientos ya los sufrió la pasada noche y los ha sufrido esta misma mañana. Cuando se reeditan de nuevo, ahora, resultan demasiado lacerantes. Despliega el teléfono móvil, marca el número de Fernando Rosas. Suena el primer tono. El segundo, el tercero. Desfilan una decena de tonos hasta que la línea se corta con un molesto pitido y una inscripción en la pantalla: «Sin respuesta». Lanza el móvil contra la pared. Lo descarga con todas sus fuerzas. Un *crac* promete desperfectos internos graves. Se echa en la cama y mira al techo, ni más ni menos. Después de unos minutos se queda dormido.

Golpes en la puerta. Ángel se incorpora. Estaba soñando algo cálido. No puede asegurarlo, pero cree que Pablo y Adela se encontraban ahí. Y también Fernando Rosas. No se ha frotado aún los ojos cuando los golpes se repiten.

—Un momento.

Mira a su alrededor, nervioso. El reloj marca ya las nueve de la noche. Se lamenta por haber dormido tanto tiempo. No espera visitas, solo llamadas. Busca a su alrededor una posible arma: se centra primero en un jarrón, en un perchero después. Intenta agarrarlo, pero está atornillado a la pared. Finalmente toma una silla por el respaldo con ambas manos y se coloca detrás de la puerta.

—¿Quién es? —pregunta.

—¿Señor (*señog*) Verdasco (*Vegdasco*) de Vega? Soy Ulises.

—¿Quién?

—Ulises. De parte del señor Rosas.

Ángel echa una mirada por una rendija. Luego abre. Efectivamente: ahí está Ulises, vestido con un traje marrón que le va corto.

—Creía que me llamarían. Llevo aquí muchas horas.

—Lo siento. Su móvil no daba señal.

Ángel le dedica un gesto de desprecio al teléfono tirado en una esquina.

—Fernando estaba preocupado.

—¿Por qué han tardado tanto en venir?

—No lo sé. No hemos tardado tanto. Es mucho dinero para reunir en una tarde.

—Ya.

—Fernando nos espera en el casino.

—¿Hay casino en este pueblo?

—Sí. Bueno, algo así. En realidad hay tres.

—Tengo que cambiarme.

Mientras Ulises aguarda en los salones del Parador, Ángel saca un traje Hugo Boss de la maleta. Lo encuentra arrugado, no lo colgó de una percha al llegar. No esperaba tener que entrar en un casino. Ángel arroja todas las prendas dentro de la maleta, incluye los objetos de aseo, la cierra. Luego se pone el traje y se contempla un rato en el espejo. No le gusta, los pantalones zigzaguean sobre los tobillos. Tampoco los zapatos brillan como deberían. Un casino. Podían haberle avisado antes. Baja las escaleras, paga la habitación y entrega la llave. Le hace ver a Ulises que se siente incómodo con su aspecto.

—Será más que suficiente —contesta este muy tranquilo.

El Cayenne queda aparcado en una callecita tras el Nuevo Casino, donde casi termina Calahorra por el este. Ulises ignora la entrada principal, una puerta acristalada que se encuentra en un cruce, entre edificios de ladrillo, construcciones muy de los años del Sindicato Vertical. Al pasar, Ángel observa a través del vidrio cierto barullo dentro. Parece poco más que una taberna de barrio, con sus mesas de plástico y sus muebles de formica y su tragaperras. Aunque al fondo hay una puerta que debe de dar paso a otras salas. Eso sí, despide el tipo de fragancia propia de los lugares que concentran diversión: discotecas, hipódromos y parques de atracciones. Vislumbra algún paisano que otro, vestidos con chaquetas de punto, pantalón de franela o vaquero y zapato de rejilla o mocasines o zapatillas de deporte. ¿Casino? Ahora sí que se siente incómodo. Siguen adelante unos metros por la acera. Ulises dobla una esquina y se detiene frente al acceso a un edificio de viviendas. Es la puerta de atrás. Dejan a la derecha la escalera de subida a los pisos y toman un pasillo largo.

Una última puerta les lleva a un distribuidor, todo alicatado como un colegio público, desnudo de decoración. Al frente sale otro corredor que, por la intensidad del bullicio, parece conducir al salón principal del casino. No hay música, pero una superposición de voces roncas, aflautadas, graves, chillonas, gritonas, susurradas, confluye sobre ellos. La baldosa que cubre la pared convierte esas voces en hojalata. A su derecha un hall conecta la entrada principal con el distribuidor. Ahí se ha colocado una mesa plegable donde un señor con jersey verde cobra la entrada a los jugadores. Echa las

monedas en cajas de puros y reparte *tickets* numerados que arranca de un mazo grueso con muchas grasas. «Un casino», se repite Ángel.

—Hola, Sebastián —saluda Ulises, y el hombre dedica una sonrisa singularmente sana a los nuevos visitantes.

Tras Sebastián se muestra la entrada a los baños, hoy nadie usará el de mujeres. Y, un poco más allá, el bar que veía Ángel desde la entrada principal. En él, una camarera, la única hembra de todo el casino, despacha cubalibres y Farias. Algunos hombres se han quedado ahí, pero la mayoría han pasado ya a hacer juego, a juzgar por el ruido.

Ulises gira a la derecha y conduce a Ángel hacia una puerta distinta, tras la cual hay un despacho bastante amplio. En una butaca se sienta Fernando Rosas, con otro de sus trajes negros de chaleco blanco y camisa negra. Tras el escritorio hay un hombre mayor, pequeño y calvo.

—¡Chaval! —festeja Fernando con sus ojos ovales—. ¿Qué ha pasado con el teléfono?

Ángel solo responde con un apretón de manos, Ulises se encoge de hombros. Le presentan al hombre mayor como Casimiro, el dueño del local.

—Estás en tu casa —invita el tal Casimiro.

—Oiga, Casimiro, compadre —le dice Fernando al viejo—. Tenemos que resolver el asunto ese del que le he hablado. ¿Le importa dejarnos un momento?

—Lo dicho, Fernando, estáis en vuestra casa. Sabes que yo por ti... Yo por ti... Me cago en diez, yo por ti lo que sea.

Y abandona el despacho haciendo reverencias con un cráneo reluciente. Ulises se apresura hacia una cartera de cuero abandonada en una estantería, de ella saca unos papeles.

—¿Qué tal has pasado el día? —pregunta Fernando a su invitado.

—Mal.

—¿No has salido a ver la Semana Santa? El Paso Viviente es muy emocionante. Yo no voy porque me echo a llorar, te lo juro.

—No he salido del hotel. Tenía trabajo.

—Es una pena que te lo pierdas. Si quieres te puede acompañar alguno de los chicos.

Ángel frunce el ceño ante tal perspectiva.

—No, gracias, Fernando. Estoy cansado. Necesito solucionar este asunto y volver a Madrid cuanto antes.

Fernando le sonríe con todos los dientes, pestañas y párpados.

— Prisas!  C mo sois los de Madrid!

Ulises le tiende los papeles que acaba de sacar de la cartera negra.

—Esto es un acuse de recibo que nos tienes que firmar. También el compromiso de dejarnos entrar en lo de Rusia (*Gusia*).

—S , es solo una formalidad —dice su jefe mientras se levanta de la butaca y se dirige a uno de los cuadros que hay en la pared, el bodegón de un plato de frutas—. No sea que nos olvidemos de cuánto te hemos prestado y luego haya problemas.

— Necesitas tenerlo apuntado? —pregunta  ngel.

— Eres un cachondo! Ojalá vivieras más cerca, chaval.

Fernando retira el cuadro. Tras él se oculta una caja fuerte. Parece vieja, con un aspecto cómico, como las que se dibujan en los tebeos. El código se marca girando una rosca a derecha e izquierda. Cuando la abre, Fernando saca una bolsa de deporte del interior. La arroja sobre el escritorio, ante  ngel. Este no espera permiso para comprobar el contenido. Dentro hay un estanque morado: billetes de quinientos euros.

—Antes de que termines de contarlo —interviene Fernando—, debes saber que solo hay cuatrocientos cincuenta mil.

 ngel aprieta los billetes entre las manos.

—Necesito medio millón, no se conformarán con menos.

—No te preocupes,  ngel. Tendrás el medio millón completo dentro de una hora, más o menos. Lo siento, chico, siento hacerte esperar. Pero es que nos has cogido con muchísimo jaleo. Y ya sabes que medio millón es medio millón, no se apaña fácilmente.

 ngel recupera el aliento, pero aún sigue algo perplejo. No le gusta que se improvise a sus expensas. Sin embargo no puede quejarse, por supuesto. Fernando se da cuenta.

—Mira, yo ahora me tengo que ir al aeropuerto de Logroño a recoger a unos invitados de Casimiro. De camino vamos a parar en un rincón especial, un sitio nuestro. Ahí tenemos unas reservas. Te lo traeremos, meter s lo que te falta en la maleta con el resto del dinero y aquí paz y después gloria.  Te parece?

—Si quieres que sea sincero, Fernando: he pasado miedo. Esperando todo el día; pensaba que no ibas a poder conseguirme el prestamo. Estoy aliviado.

—Eh, oye —contesta el otro—. Yo *consigo*. Y ahora deja de tocarme más

las pelotas y vámonos al casino a jugarnos unos euros y a empujarnos unos cacharros, ¿no?

Ángel se queja.

—Yo me tengo que volver a Madrid cuanto antes.

—Bueno, pero tendrás que esperar a que te traigamos lo que te tenemos que traer. ¿Qué vas a hacer mientras tanto? Ya has dejado la habitación. No te irás a quedar en este despacho, ¿no? Venga, hombre, no me jodas. Solo tienes tres horas y media de coche. Además, ¿vas a contarle a tu gente que no has visto de Calahorra más que el Parador? No. No te dejes. No señor.

—Fernando, es importante. Agradecería que me trajeras el dinero cuanto antes.

—Los cojones. En La Rioja los pactos se cierran con un apretón de manos y con unas copas.

—Y con un acuse de recibo.

—Si las cosas fueran como antes, me valía con verte la cara. Yo sé que tú no me vas a mentir, te lo juro por todo lo sagrado. Pero si hago una excepción contigo, bueno, ya me entiendes. Vamos a beber. Brindaremos por tu padre. No me hagas el feo. Luego yo me voy a por el dinero, tú me esperas aquí y, en cuanto vuelva, nos despedimos.

—No puedo dejar la bolsa por ahí.

—Aquí tienes —contesta Fernando entregándole un papel con un diagrama—. Son las instrucciones de la caja fuerte. Deja la bolsa dentro y cámbiale la contraseña. Podrás sacar el dinero cuando te vayas.

22:00

«Antes de la fiesta de Pascua, sabiendo Jesús que había llegado su hora de pasar de este mundo al Padre, como amaba a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo.»

La megafonía da comienzo a la representación. Una cadena de altavoces conectados entre sí cubre todo el perímetro: el cenáculo, el Monte de los Olivos, el Palacio de Poncio Pilato, el Templo de Jerusalén, el Gólgota. Proyecta música que se multiplica al circundar espacios, melodía épica.

La avenida se ha convertido en un feliz termitero que se mueve en oleadas, entre anacrónicas edificaciones de yeso y poliespán. Aquí y allá, Roberto se

cruza con legionarios romanos: hábito rojo, coraza y yelmo, espada en el cinto, sandalias de cuero. El ejército es innumerable.

«¿Cómo, así que este año no vas de legionario?», le dicen a uno que este año no va de legionario. «Que muchos recuerdos del abuelo», sale por ahí este, con cara de susto. «¡Qué bien te queda la minifalda!», le prometen a otro que sí va de legionario. «Ay, qué pintas que me llevas», se deja oír la novia de un judío al que le queda corta la túnica y no se ha quitado los calcetines de tenis: «¡Das mucha risa!» Un centurión con el casco rematado en plumas, un fariseo con su toca y patillas y hábito negro, un enorme caballo tirando de un carro de combate, un vendedor de frutos secos que hará el agosto.

El Cenáculo es una cubierta sostenida por columnas dóricas, de poliestireno, que cobija una mesa corrida en la que se ha colocado pan y un cáliz. Los doce apóstoles están muy serios. Simón Pedro, el único con espada, se ha dejado crecer la barba: muchos días de picores y calor en el cuello.

La mezcla de la narración con la música pesa en los oídos. San Juan Evangelista sacude los brazos, eleva los dedos y estira los músculos de la boca para hacer como que es él quien narra la historia aunque, evidentemente, está grabada. Todo es un *play back*.

«Y cuando cenaban, como el diablo ya había puesto en el corazón de Judas Iscariote, hijo de Simón...»

Pero las sombras interceden con sus manos en movimiento, con la música, con la presencia callada de los legionarios, los judíos y los calagurritanos: el efecto funciona. Atrapa la atención de los espectadores a pesar de que ya conocen la representación al pie de la letra: año tras año, se repite la misma. Roberto mira a su alrededor y se pregunta una vez más por el sentido de todo aquello. Por lo menos a él le sirve de algo, de algo práctico, le sirve para esta vida, no para una supuesta vida eterna en un hipotético más allá.

Pero, ¿en verdad le sirve? Hasta ahora lo tomaba como una terapia que creía efectiva. Y, sin embargo, la noche de lunes a martes de hace una semana durmió muy bien. Y no debería de haber sido así, debería haber pasado la madrugada en vela torturándose. Aún tiene mucho trabajo por delante.

Jesucristo entra en escena. Lo interpreta un hombre de unos cuarenta y cinco. Delgadez extrema, rostro enjuto que absorbe sus propias mejillas, ojos oceánicos.

«¿Entendéis lo que he hecho con vosotros? Vosotros me llamáis maestro y Señor, y decís bien, porque lo soy. Si, pues, Yo, el Señor y Maestro lavé

vuestros pies, también vosotros debéis lavaros los pies unos a otros.»

El Cuerpo y la Sangre de Cristo ya han sido repartidos y se ha fraguado la promesa de amarnos los unos a los otros como Él nos ha amado. Entran los legionarios romanos, que seguro que son los favoritos de los niños con sus corazas, lanzas y escudos.

«¿A quién buscáis?»

«A Jesús el Nazareno.»

«Yo soy.»

Pronto Jesús es atado de pies y manos y conducido al palacio de Poncio Pilato. La megafonía se apaga progresivamente y es sustituida por un quebrar de tambores: la banda del Paso, toda disfrazada de soldados imperiales, que escolta el avance de Cristo prendido. Roberto sigue a la multitud. Rostros conocidos aquí y allí. Se cruza con una señora a la que le ha cosido la ceja: «¿Qué vida, hermoso?». El público se apretuja ante el muro de legionarios con lanza que delimita la escena: están ante la escalinata de la residencia de Pilato.

Todas las luces de la avenida se apagan. Y una carga de percusión tribal da comienzo a través de la megafonía.

A escena sale el grupo de chicas con las cariocas luminosas. En la reciente oscuridad de la noche, lucen como balas trazadoras en movimiento perfectamente circular, con centro en los dedos cálidos de cada una de ellas. Son seis. Visten una túnica corta blanca, a medio muslo, con un solo tirante de forma que el escote dibuja una línea diagonal sobre el pecho, bien ceñido. Eva se sitúa la primera a la izquierda. Roberto no sabe decir si es más alta que las otras o si su túnica es más corta. Pero las piernas brotan bajo la falda blanca, extensas y lisas, hasta posarse sobre las tablas del suelo con unos pies ligeros. El pecho crece bajo el escote y el hombro que queda descubierto brilla provocador. El pelo negro recogido en una diadema dorada deja ver la nuca de cáscara de huevo.

Las percusiones se acentúan, una línea de contrabajo insiste en la misma nota. Las bailarinas del pretorio forman una saeta, hacen girar las cariocas sobre sus frentes y bajo sus cinturas. Arquean las espaldas y proyectan una pierna hacia arriba. Eva. Su falda ondula, se deja invadir por la imaginación desde las rodillas, que se mantienen rectas al mover las piernas. Se echa atrás y se hinchan sus pechos y se proyectan luego hacia delante y se aprietan contra la tela ajustada de la túnica. Luego curva la cintura a un lado y luego

abajo. Abre las piernas y deja caer el torso hacia el centro, deposita la carioca luminosa en la línea que pintan los pies. Un inesperado foco de luz que se enciende perfila sus hombros. La percusión se acelera, se dispara a galope, el contrabajo intensifica el sonido grave que entra por los intestinos. Eva tornea la cintura y cambia de posición en un salto largo en el que la anatomía no vibra un ápice. Entran los instrumentos de viento, se levantan las notas de trompeta. Roberto la observa con ojos abandonados. Cae sentada y agacha el torso y un retazo de piel blanca y curva asoma por encima del escote y su cuello se estremece cuando traga saliva. La punta de las cariocas forma líneas de colores en la oscuridad, círculos efímeros naranjas y verdes que enmarcan los cuerpos de las jóvenes. Eva junta mucho los brazos y mueve las muñecas y echa la cabeza hacia atrás para enseñar ese cuello de pluma, y parece mirar a los ojos a Roberto y solo a Roberto.

La música acaba. Las bailarinas paralizan todo movimiento, algunas quedan sentadas en el suelo con las piernas estiradas, otras se tumban sobre el costado. Estalla un aplauso. Eva se mantiene en una postura angulosa de deidad hindú con millones de brazos. Sus cariocas se han enrollado alrededor del torso: un último ejercicio de destreza.

Entra Poncio Pilato. Jesús es azotado, coronado de espinas, interrogado, encomendado al pueblo, que escoge a Barrabás, condenado a muerte.

«No tendrías potestad alguna sobre Mí si no te hubiera sido dada de lo alto; por eso, el que me entregó a ti tiene mayor pecado.»

Las legiones se colocan en formación y comienza un largo camino hacia el Gólgota, situado al final de la Avenida Valvanera. Pero Roberto ya no sigue el espectáculo. Deja que la gente le adelante. Poco a poco, la explanada que rodea el pretorio se vacía. Solo queda un coche de la Municipal y un caballo que renuncia a moverse. Las ventanas que se asoman a la Valvanera se apagan y las personas que observaban desde la altura se desvanecen. Roberto aguarda. De detrás del decorado del palacio salen correteando seis chicas. Van cubiertas con mantos de colores apagados. Pero no cabe duda de que son las bailarinas del pretorio. Se dirigen a unirse a la cola de la comitiva, antes de que Cristo sea crucificado. Eva se encuentra entre ellas. Pasa a una docena de metros de Roberto sin percatarse de que está ahí. Él no sabe si llamarla. Debería hacerlo, luego le costará reconocer que estuvo viéndola bailar. Es más natural que se encuentren allí, sin más explicación. Pero no le sale la voz. Algo, en una zona situada entre el cuello, el corazón y los pulmones,

parece no estar haciendo su trabajo.

Finalmente, es ella quien lo ve.

—¡Roberto! —exclama, y retrocede los pocos pasos que la separan de él.

Se coloca ante el médico. Debajo del manto de judía aún lleva la túnica de bailarina pagana. Así que no, no se ha desnudado tras el palacio. Sin embargo, él prefiere seguir imaginando que lo ha hecho.

—Te he visto. El baile. Ha quedado bien.

—Gracias. Pues serás el único que ha venido a verme, porque mis padres iban a hacer otras cosas y mi hermana está estudiando.

—Bueno, ellos se lo pierden.

—No creo que lo disfruten igual que tú.

Eva presume de párpados muy pintados. Salpicaduras de purpurina refulgen por el cuello y el escote. Sujeta el manto del disfraz de judía de forma que él pueda observar sin obstáculos su cuerpo.

—¿Por qué dices eso? —pregunta él.

—Por nada. Porque sé que te gusta mucho la Semana Santa. Bueno, ¿vas a venir a la cena o qué?

—Eh, no creo que pueda. Es decir, que tengo cosas que hacer. Igual te veo luego por ahí.

—Claro, podemos quedar.

—Eh, sí.

Una mano, un cachete en el hombro de Roberto. Se gira para comprobar quién le ha dado la amistosa palmada. Lo primero que ve es un brazo derecho en cabestrillo. Luego un rostro sonriente con un gran bigote, ancha *txapela* coronando el conjunto: Javier, el anticuario.

—¿Qué pasa, chaval!

—¡Eh, qué vida! —responde Roberto, y no sabe si lo hace fastidiado o con alivio.

—¿Qué andas?

—Aquí, viendo el Paso.

Eva sonrío para dar una apariencia agradable, pero no saluda. Le suena el rostro de Javier como podría sonarle el de cualquier otro vecino del pueblo.

—¿Qué tal ese brazo? —pregunta Roberto con interés poco profesional.

—Me han dado analgésicos.

—Bueno. ¿Vas a ir a los Borregos?

—Ahora mismo. Iremos un poco a echar un cacharro, aunque sea. ¿Tú no?

—No creo.

Eva se ha cerrado el manto sobre los hombros. Un poco más adelante dos de sus compañeras de baile la esperan. Se encogen porque tienen frío.

—Oye, qué me dices de lo de la colección.

—¿Qué colección?

—Chico, la colección de tu abuelo. ¿Quieres vender o no?

Eva se muestra curiosa.

—Que te he dicho que ya he vendido todo lo que quiero vender —dice Roberto.

—¡Eva!— una de las bailarinas que esperan apremia a la chica a grito limpio.

—¿Pero tú sabes lo que yo te he encontrado? —sigue el anticuario—. Pierdes una oportunidad con un buen contacto mío.

—¿Tienes una colección? —pregunta ella—. ¿De qué?

Javier contesta antes que el médico.

—Este chico tiene una colección cojonuda de antigüedades militares. Pertenece a su abuelo: uniformes, insignias, botas, pistolas antiguas. Todo de principios de siglo. Merece la pena verla.

—¿Me la enseñarás?

—Claro, claro —responde él.

—¡Eva! —vuelve a llamar la bailarina— ¡Que tenemos que ir!

—Bueno, me voy —se despide ella apresurada—. Llámame para después. ¡Bueno!

—Hasta luego —dice Roberto.

—¡Bueno! —añade el anticuario sin saber muy bien de quién se despide.

Eva echa a correr tras la bailarina y se pierde por la Valvanera.

—¿Esa es la niña del Vicente y la Marisa? —pregunta Javier—. Joder, cómo se está poniendo de potente.

Roberto la observa alejarse, ignora a su interlocutor.

—Bueno, ¿y qué dices de la colección?

—Chico, qué cansino eres. Si la quiero vender ya te llamaré.

—Pero no me engañes, que hay confianza.

—Que sí hombre, pesado.

Se dan la mano y se separan. Roberto mira al fondo de la avenida por donde se aleja Eva. En pocos minutos Jesucristo será crucificado.

22:20

Lucía llega en un feliz momento: una música celestial, sinfónica, megalómana, trompatea por el aire. Cae de las nubes, rasga los cielos. Columnas de humo rosa brotan del Santo Sepulcro. Como cada Jueves Santo, Jesucristo se eleva hacia la derecha de Dios Padre colgado de una grúa. Un dispositivo de efectos luminosos y fuegos artificiales conduce la escena a niveles místicos y los pequeños observan estupefactos y los adultos también.

Un enorme depósito de agua, a cuyos pies se alza la cruz, corona un parque ensenado. Ella se ha puesto un chándal y un cortaviento negro, suficiente uniforme ha tenido ya por hoy. Se siente desaseada después de tanto trabajo. Lleva un rato deambulando para encontrar a su familia. Habían acordado esperarla a la izquierda del depósito, pero el parque está tan abarrotado que no es fácil verlos. La envergadura de Bernard debería ser una ayuda.

Allí está. Lleva a Marcos sobre los hombros, a un metro noventa centímetros del suelo, para que vea bien el espectáculo. El cuello de Bernard apenas lo nota. Mientras, el brazo izquierdo sostiene a Claudia a la altura del pecho: seguro que se ha negado a quedarse en la sillita. Eso no lo podría hacer ese otro tipo que hay a su lado, tan guapo, tan delgado, tan birria, que sufre penosamente al empujar el cochecito de un niño que ha heredado los genes de la belleza y de la debilidad.

Bernard, al contrario de lo que parece, es deportista. Fue campeón universitario de lanzamiento de peso, jugó al rugby en segunda línea: un equipo irlandés semiprofesional lo quiso en sus filas. Aún conserva potencia para atravesar una pared. Eso a ella le encanta.

Marcos observa en estado de hipnosis la ascensión del Mesías a la punta de la grúa. El pobre actor azulea de frío. Ha pasado unos buenos minutos en la cruz, inmóvil, con el único abrigo del taparrabos blanco. Necesitará una sopa de pollo para recuperar el tono. Alguien se la proporcionará antes de que cante el gallo. Marcos, aún demasiado pequeño para distinguir realidad y ficción, ve para creer. Lucía se sitúa a su lado y el niño no se da ni cuenta, absorto de música y pirotecnia. Bernard sí que la descubre. Quiere besarla pero, con el niño al cuello y la niña al brazo, apenas dispone de movilidad. Así que le envía un beso con un gesto no muy varonil.

El espectáculo termina. Cristo baja de la grúa oculto a los ojos de los niños tras el depósito de agua. Las legiones se disuelven, los judíos inician su

diáspora. Hablan entre ellos intercambiando pareceres y preguntándose qué van a hacer esta noche: «Hay fiesta en». «Yo me voy a». «Yo no puedo, mañana tengo que».

—¡Mamiiii! —grita Marcos, y trata de echarse a sus brazos olvidando que está muy alto y que Bernard sujeta a su hermana con una sola mano. Aún así salta y cae sobre el pecho de Lucía. Ella lo siente pesado, adulto. Una constitución poderosa, unos huesos fuertes, una musculatura desarrollada. Será como su padre. Lucía lo besa y él se deja besar. En esto también será como su padre.

—Al final has podido venir —dice Bernard.

—Evidente. Sí, tenía ganas, niño —contesta ella echándole el brazo por el cuello, allá arriba—. Necesito un descanso.

—Pues descansa. ¿No va bien la cosa o qué?

Una buena pregunta. Lucía no quiere, pero vuelve a hacer un breve repaso al día de trabajo: ¿podía haber resultado más estéril?

Cuando regresó a la casa cuartel con Ramírez ya habían dado aviso para alertar a las unidades de carretera. Ordenó localizar a todo un poblado gitano en movimiento, no creía que estos fueran a ser discretos. Parecía fácil: esperaba una docena de llamadas con información precisa. No se produjo ni una. Los Pajaritos se han esfumado. Nadie da una pista. Nadie ha visto pasar una comitiva de chatarra motorizada, furgonetas y coches viejos camino de Valencia, ni de Madrid, ni de Irún.

Y, para colmo, los dos muchachos de la Unidad Central, Fonseca y Sagredo, se largan. Se van. Según dicen los de Madrid, ya han hecho todo lo que podían hacer. La presión mediática no es suficiente para justificar su presencia allí, en La Rioja, cuando hay tantos frentes encendidos en Levante y Málaga contra mafias. Donde hay europeos, los gitanos dejan de importar. Sin embargo, las televisiones siguen en Calahorra. Los periodistas duermen en sus hoteles y custodian firmes la casa cuartel para efectuar conexiones en directo. Sujetan el micro a pocos centímetros de la boca, teatralmente tensa, en impostada pose profesional para hablar de la muerte de una niña de catorce años. En cuanto devuelven la conexión, se ríen de la burla que les estaba haciendo el cámara, se van a tomar un vino, a reservar mesa para comer cordero, a hacer hambre con unas patatas bravas.

Lucía no quiere caer en la manía persecutoria, no, se niega. Se niega a creer que el honorable comandante García esté moviendo hilos en Madrid para

dejarla en evidencia. Para demostrar que una mujer no puede llevar una casa cuartel tan grande como la de Calahorra. Para reiterar que su sobrino estaría mucho más capacitado y que la decisión de enviarla a ella se tomó para obtener una foto: la instantánea propagandística de un Cuerpo moderno que tiene entre sus mandos cada vez más mujeres. Lucía no quiere caer en la manía persecutoria. Pero, si no es así, ¿qué sentido tiene que se lleven a Fonseca y Sagredo en plena avalancha de periodistas, cuando aún no se vislumbra una sola certeza acerca del crimen?

«Veamos», piensa. Hasta el momento tiene lo siguiente: una niña muerta de catorce años; una familia muy enfadada que ha reunido pistolas caseras; un clan entero, rival de la familia enfadada, desaparecido; un pequeño jefe mafioso que tiene que saber más de lo que cuenta, pero al que no se le puede molestar porque no hay nada que lo incrimine; un arma antigua que no está, cuyo dueño se desconoce.

Campos ha pasado el día tratando de localizar coleccionistas, tiradores, expertos en armas de fuego. Por la mañana condujo hasta Haro. Visitó el Club de Tiro Rioja Alta. Lo recibieron con mucha amabilidad, pero aseguraron que ninguno de sus miembros poseía armas antiguas ni conocían a nadie que pudiera poseerlas. Solo uno de ellos tenía un viejo Colt de seis disparos, una preciosidad. Campos fue a buscar a esa persona al trabajo, un taller de chapa y pintura. No interpuso ningún inconveniente a la hora de enseñarle el revólver y ayudarle en todo lo posible. Finalmente Campos le dejó su número de teléfono y le rogó que lo llamara si recordaba a alguien que pudiera poseer una Mauser nueve milímetros. El tirador le dio su palabra.

A la vuelta se detuvo en Logroño en una tienda de antigüedades. Vendían allí sables y mosquetes, carabinas que no habrían podido ni detonar. El dueño sabía tan poco como los del Club de Tiro Rioja Alta. Le dijo que una pieza así podría tener cierto valor en el mercado y que si localizaba a alguien sospechoso, si alguien le hacía alguna pregunta acerca de un arma así, no tendría inconveniente en informar a las autoridades. Al final regresó a Calahorra justo a tiempo para visitar a los Pajaritos.

Así que Lucía piensa que lo único que tienen es que no tienen nada. Ahora urge encontrar a los Pajaritos. Averiguar por qué han huido y por qué los Chamorro se la tienen jurada. Qué esconden. Tampoco estaría de más poner bajo vigilancia a Fernando Rosas, no sea que vaya por ahí haciendo justicia a sus anchas. Si, por otro lado, ha tenido algo que ver con el crimen, no tardará

en dar un traspiés que lo desvele. Y por último, para desgracia de Campos, deben seguir buscando esa maldita pistola. Aunque haya que dragar todo el Ebro para encontrarla.

—No ha sido un buen día, niño —confiesa mientras estrecha a Marcos en sus brazos.

—Bueno, mañana tendrás otro más para seguir con ello —dice él—. ¿Qué te parece si vamos a casa, te doy algo para que cenes, acostamos a los niños y duermes un poco?

—Me parece estupendo.

23:00

Fernando lo conduce agarrado por el brazo con una amable llave inmovilizadora. Van más allá de Sebastián, el hombre que vende las entradas. Al cruzar la última puerta el bullicio cobra vida.

Lo que tiene ante sí es una enorme sala diáfana. Unos trescientos metros cuadrados. Gente y gente que grita y bebe y ríe y pone los ojos en blanco de vez en vez. Junto a la entrada hay una barra que cambia dinero por combinados: vasos dobles de plástico. Las botellas bailan a buen ritmo, ninguna se mantiene incólume. En un cubo de basura descansan en paz recipientes de vidrio, restos de precintos, vasos, limones aplastados. Los hombres beben. Beben mucho. Y Ángel dice «los hombres», porque en todo el salón no hay una sola mujer.

Se suceden mesas de jugar a las cartas siguiendo el perímetro rectangular de las paredes, como delimitando un espacio central. En algunas de esas mesas hay tipos que se baten con ristras de naipes en las manos y billetes de cincuenta bajo copas que actúan de pisapapeles. Arrojan las cartas con energía sobre el tapete, si ganan arrastran el dinero con los antebrazos hacia su pecho, si pierden sueltan una blasfemia.

Pero la gran aglomeración se produce en el interior del espacio central. Los hombres rodean algo tan concurrido que queda oculto. Todos miran hacia allá, hacia el centro, un círculo inexpugnable protegido por una muralla de espaldas, algunas anchas y robustas, otras pequeñas y escurridas. Por encima de las cabezas, grandes, estrechas, achatadas, calvas o melenudas, de personas imberbes, jóvenes, adultas, ancianas, ondean y se agitan fajos de

billetes en alto, como medidos en el aire por la presión del sonido, por los gritos de emoción, por curiosas palabras que Ángel aún no comprende. Todos los ojos, todos los oídos, todas las palabras, todos los metabolismos, digestiones, procesos orgánicos y de división celular, parecen depender única y exclusivamente de lo que ocurre dentro del círculo de espaldas. Es como un agujero negro: las personas se aprietan como un todo sólido en el centro y van quedando más libres y gozando de más espacio a medida que se desplazan hacia la periferia.

Y se fuma. Los hombres sostienen gruesos Farias entre el dedo índice y corazón mientras pinzan los billetes con el meñique y pulgar de la misma mano. El aire es una mezcla de humos y alientos: brotan de chimeneas vivientes que ignoran el lagrimeo como algo propio de débiles y que ofrecen sus ropas al aroma para luego poder certificar con su olor que han estado ahí. Algunas ventanitas altas se abren a un patio. Pero sus reducidos vanos no dan abasto para trasladar tanto humo, respiraciones y transpiraciones de dentro hacia fuera.

—No tardo nada —dice Fernando—. Disfruta, pide una copa, di que te invita Fernando Rosas, y acércate a mirar el juego.

Ángel distingue a Paulino. Se mantiene apartado del núcleo sólido pero vigila muy atentamente lo que ocurre en el centro. Él también quiere saber qué hay ahí, en ese centro. Por un momento, deja de pensar en los quinientos mil. Puede que la adrenalina que arrasa todos estos cuerpos de su alrededor se esté extendiendo por el aire, diluida en una gran cantidad de etanol y humo de tabaco. Un cóctel implacable que penetra en el cerebro e infecta lo que circula por la sangre de, por ejemplo, ese tipo de camisa abierta hasta el ombligo que cuenta en la mano un taco de billetes antes de abrirse hueco a codazos a través de las espaldas. Así que Ángel hace lo que le ha recomendado Fernando. Se acerca a la barra y consigue que le sirvan un *gin tonic* nacional, sin limón y en un vaso de PVC templado.

—Oye, perdona, ¿me puedes sujetar esto un momento?

Javier, el anticuario, no puede sacar el dinero del bolsillo y sujetar la copa al mismo tiempo por culpa de la escayola. Como Ángel está obstruyendo el paso hasta la barra, se ve obligado a pedirle auxilio.

Ángel sujeta el vaso de Javier. Este saca unas monedas y con ellas paga la copa que acaba de pedir.

—Me tenía que haber quedado en casa con el brazo así, pero llevo todo el

año apartando algunos euros para venir a jugar y no me daba la gana perdmelo. ¿Es la primera vez que vienes a los Borregos?

—¿A qué?

—Se nota mucho que es la primera vez que vienes, hombre. No eres de aquí, ¿verdad?

—De Madrid.

Ángel no sabe por qué está hablando con ese tipo. Pero se siente seguro en el feudo de Fernando Rosas: lo ve cerca de la puerta, dando instrucciones a Ulises y al otro guardaespaldas, de pelo largo rizado. Sin duda se le ha encargado la vigilancia.

—Estoy aquí por casualidad.

—Pues esto es para verlo, ¿eh? —y el anticuario acentúa el eh con un *vibrato* muy de tenor italiano—. ¿Te han contado cómo se juega?

—No he tenido tiempo de aprender.

Javier le hace una seña a un grupo de tres hombres sentados ante una pila de vasos vacíos.

—¡Oye! ¡Voy a enseñarle a este la mesa! —les vocea—. ¡Estoy por aquí!

Los otros le despachan con una afirmación.

—Ven, ya verás. Por cierto, me llamo Javier.

Piensa Ángel que Javier se ha tomado más de uno de esos vasos de plástico. Lo nota en que sobetea un poco las sílabas con la lengua y en que tiene la nariz roja sobre el bigote. Pero aún camina con agilidad y mantiene el equilibrio. Sin embargo, está lo suficientemente desinhibido como para apartar de un escayolazo a los primeros tipos que se arremolinan en torno al círculo. Se abre camino hacia el interior del agujero negro. Javier pone su escayola como pretexto para que le cedan un espacio más amplio de lo normal y, cuando lo consigue, tira del brazo de Ángel, que se cuela a su lado. Ahora están hombro con hombro, en la región central. Una barriga oronda roza su espalda, acolchada y esponjosa. El hombre que ha quedado a pocos milímetros a su izquierda proyecta hacia él un aroma mezcla de sudor y vino barato. A su derecha, hay otro tipo compacto, «pelopincho» y rostro serio, que le devuelve una mirada antipática cuando entra pidiendo perdón.

—¡Qué dices, Vicente! —saluda el anticuario al «pelopincho».

—Aquí estamos, a ver cómo se da la noche —contesta este.

La mayoría de los que asisten al juego son más bajos que Ángel y sus voces y el humo de sus cigarrillos le rodean como un mar de nubes visto desde un

monte. Podemos considerarlo en segunda fila, tras cuatro sillas colocadas junto a una mesa de billar. Es una mesa idéntica a aquella que ha visto en Villa Rosas. Solo tiene un agujero en la parte superior derecha. En el lado opuesto, es decir, el inferior izquierdo, un listón de madera, suspendido unos centímetros sobre el tapete de fieltro, forma un pequeño espacio triangular en el que descansan las ocho bolas. Junto a las bolas, la varilla con la que Paulino las impulsaba hacia el agujero: parecida a un amasador de cocina pero con un ligero rebaje al que se ajustan perfectamente las ocho esferas.

Los hombres se apretujan contra los lados anchos de la mesa. Sin embargo, junto a la banda superior, en una silla cerca del único agujero, solo hay un tipo con gorra. Lleva la jubilación tatuada en el rostro. En la mano sostiene un micrófono, su voz se amplifica por un baffle minúsculo colgado de una columna. Vocaliza minuciosamente, como un cantante de zarzuela en las partes recitativas. Sus palabras, a través del altavoz, se imponen sobre el torbellino de gritos, risas y aplausos. Y sus frases no desmerecen: son fórmulas que repite una y otra vez y que, como todo lo que hay aquí, dejarían de cobrar sentido fuera de la sala, lejos de esta extraña mesa de billar, en oídos de otros que no fueran calagurritanos que sostienen billetes en alto. Ángel lleva escuchando esas frases desde que entró, preguntándose qué querrán decir.

—Pues verás —dice el anticuario después de sorber un poco de bebida—, para empezar esto solo se hace en Jueves Santo y Viernes Santo.

—Ah. ¿Por qué?

—Porque nadie jugaría todas las semanas, hombre. Se mueve mucho dinero.

En ese momento el altavoz deja escuchar: «Número ciento cuarenta y cinco». Un tipo obeso y rubicundo se acerca al otro extremo de la mesa y toma la varilla. Entonces todos los que rodean a Ángel parecen volverse locos: empiezan a depositar billetes de cincuenta sobre la mesa como si les causasen un dolor insoportable en las manos. El dinero surge de todas partes: los que no llegan a la mesa entregan billetes a los mejor situados; estos lo colocan en el tapete por ellos, en otro triángulo dibujado con tiza a la derecha de quien lanza.

—¡Dinero tiene la Mesa! —grita el jubilado de la gorra a través del micrófono.

Los billetes forman montoncitos separados sobre el triángulo. Entonces el obeso, que está contando su propio fajo de divisas, empieza a poner dinero

encima de cada montoncito: si le han echado dos billetes de cincuenta, él coloca encima otros dos, si le han echado ciento cuarenta, él coloca dos de cincuenta y dos de veinte. Dinero de todos los colores, de todas las cifras, fluye de mano en mano delante de los ojos de Ángel. Y nadie parece tener ningún problema, ni los que están detrás se muestran desconfiados por perder de vista su capital. De pronto, a una orden de micrófono, «¡La Mesa no va más!», los paisanos dejan de colocar dinero. Y, a cambio, alguno de ellos agita billetes en el aire, mirando en todas direcciones y berreando: «¡Cincuenta a malas!» o «¡Cien a buenas!». Otros jugadores aceptan la apuesta señalándose sin más con el dedo y, entonces, quien ha lanzado el desafío pasa los billetes a su oponente para que los guarde, demostrando así buena voluntad.

—¡Va bola! —grita la Mesa, o la Banca, es decir, el jubilado de la gorra.

El público baja la voz todo lo posible, que no es mucho, mientras el obeso toma la varilla y ajusta las ocho bolas al rebaje y agacha su pesado cabezón para calcular la trayectoria que hay desde la esquina hasta el agujero.

—Verás —susurra el anticuario—: la gente que ha colocado el dinero en la mesa apuesta contra el que tira. El que tira *casa* todas las apuestas que quiera, y cuando ya no quiere *casar* más, lanza las bolas con la varilla, todas a la vez. Si hace buenas, se lo lleva todo y sigue tirando. Si hace malas, lo pierde todo y espera a que le vuelva a tocar turno. Así de sencillo.

Y tan sencillo. Lo único que lo complica es que debe de haber seiscientos euros diseminados sobre la mesa y que la tirada dura tan solo unos instantes. El gordo ha tenido que cubrir lo que le apuestan con unos trescientos de su bolsillo. Si hace malas, los habrá perdido en un absurdo abrir y cerrar de ojos.

—¿Cuándo son buenas?

Antes de que Javier le responda, el obeso impulsa la varilla con un golpe seco de muñeca. Las ocho bolas recorren el fieltro suavemente. Cuando llegan al agujero, entran cinco y se quedan fuera tres.

—¡Malas! —grita la Mesa a través del altavoz, y una bandada de manos recoge los montoncitos de dinero que el tirador ha duplicado. El gordo no puede hacer otra cosa que dedicar un gesto de mala fortuna a la parroquia y retirarse a pasear su fastidio entre la gente. Hace quince segundos era trescientos euros más rico.

—Son buenas cuando entran pares. Malas cuando entran impares. El listón de madera, el que cruza en diagonal esa esquina, es para que no se pueda

girar la varilla de forma que las bolas salgan en fila india y entren todas en el agujero —esta última explicación la acompaña con un movimiento de manos muy visual que aclara la idea.

—¿Y la gente apuesta también entre sí?

—Si apuestas en la mesa siempre vas a apostar contra el que tira. Pero yo puedo coger y gritar: «cien a buenas». Y, si alguien me admite la apuesta, pues eso, que van cien a buenas.

Mientras completa la explicación, la Mesa ha cantado un nuevo turno: «¡Ciento cuarenta y seis!» Y ya está empezando con el siguiente misterio: «¡Dinero tiene la Mesa! ¡Dinero tiene la Mesa!». El lugar del tirador lo ha ocupado un tipo pequeño con bigote que sujeta la varilla y se concentra. Uno calvo que lo acompaña se encarga de igualar o, como dice el anticuario, *casar* todos los billetes que ponen en juego brazos enloquecidos.

—Para que aprendas, te juego diez a buenas. O a malas, lo que más te guste —le propone Javier a Ángel, mientras tira al suelo su vaso de plástico, ya vacío.

—No sé. No parece un juego muy difícil. Es un poco tonto, ¿no?

—Ya, pero engancha que me cago en todo. Chico, por diez no te va pasar nada. Es para que no digas que has estado aquí y no has jugado.

Ángel empieza a pensar que ese es un argumento que, sin tener mucho sentido, siempre funciona para convencerlo de cualquier cosa.

—No, claro —responde mientras saca de la cartera un billete de diez y se lo enseña al anticuario.

—Guarda tú los dos. Tú a buenas y yo a malas, entonces.

—¡Va bola! —grita la mesa.

Y las esferas blancas vuelven a cruzar la diagonal sobre el tapete. Entran las ocho.

—¡Buenas! —sentencia la Mesa.

—Mira, ¿ves qué fácil? —comenta Javier mientras le hace un gesto a Ángel para que se guarde el dinero—. Ya verás como dentro de un rato vas a estar jugando.

—No lo creo. Tengo prisa. Vuelvo a Madrid esta misma noche, en cuanto alguien cumpla un encargo.

—Vaya por Dios. Pues mientras aprovecha, ¿no? ¿Qué te parece si ponemos cincuenta euros entre los dos y jugamos contra la Mesa, que es lo divertido?

Ángel mira hacia el lugar donde se encontraba Fernando hace un rato. No lo

ve. No sabe si ya se habrá ido a *cumplir el encargo*. Espera que sí, aunque le extraña que lo haya hecho sin despedirse. Parece una persona bastante dada al ceremonial: saludos, despedidas, exaltación de la amistad y hombría, cachondeo, lo que haga falta. En fin, lo mejor es tomárselo con calma. Cuanto menos piense en los minutos que van pasando, más dominará la ansiedad. Así que Ángel decide relajarse. Tomará unas copas. Jugará un poco. Y antes de que se dé cuenta, Fernando ya estará aquí con los cincuenta mil que faltan. Entonces se podrá ir. Mientras tanto, el resto del dinero aguarda a salvo en la caja del despacho. Él lleva unos trescientos euros encima.

—De acuerdo —dice.

Unos segundos después la mesa dicta «malas» y el tirador pequeño del bigote se retira haciendo aspavientos. Unos dedos anónimos les acercan los cincuenta euros que han depositado sobre el tapete. Y Ángel observa encantado cómo el billete regresa multiplicado por dos.

23:45

Caricias. Una mano cándida recorre la frente de Roque. Casi duerme. En su mente toma forma un pequeño pájaro, sin saber por qué. Posado en el suelo. Diminutos saltos sobre dos patitas como muelles. Saltos en un camino desierto, rodeado de árboles. Ha llovido el día anterior y el agua se acumula en charcos. El pájaro, un simple gorrión, bebe un poco. Hay otras aves, pero es el gorrión el que más cerca se encuentra. Un Roque de once años lo observa desde diez metros de distancia. «¡Escapa!», piensa. «¡Escapa!». Roque lleva bajo el brazo una carabina de aire comprimido.

A su lado, un adulto: su padre, pocos años antes de morir. Una de sus rodillas se clava en el suelo. Desplaza los miembros lentamente, meditadamente. Apoya la mano izquierda en el hombro de Roque. Habla muy bajo y de una extraña forma. Sus ces son eses. Pero sus eses no existen: el acento propio de Gran Canaria. Un lugar, un misterio. «África», piensa a menudo, como en las películas de Tarzán. Una isla rodeada de playas por las que pasean los camellos. Nativos cargan tus bultos por unas monedas, hay caníbales y leones y los cazadores furtivos reciben su merecido. Roque es un pequeño con mucha imaginación.

—Apóyate el rifle y apriétalo contra el hombro, con mucha firmeza; más firme aún, que te haga casi daño.

Roque sigue los consejos pero su mente se concentra en el deseo de que el pájaro eche a volar. A través de la mira, el gorrión determina un punto inerte agitado por ráfagas de viento.

—Centra bien al pájaro. El brazo izquierdo más rígido. El dedo al gatillo. No, solo con la yema, con la puntita. Eso es. Ahora no respires. Y cuando estés listo dispara.

El niño obedece. Cuerpo rígido. Respira para la eternidad. «Escapa, por favor». No puede mantener la tensión de los músculos durante tanto tiempo. Pronto tendrá que apretar el gatillo.

Decide que no va a hacerlo. Decide que puede salir de esta situación sin decepcionar a nadie. A fin de cuentas, los niños aprenden a mentir a sus padres. Desvía el cañón del rifle, apunta unos milímetros a la derecha del pájaro. Una distancia imperceptible. Está contento con la decisión. Encuentra fuerzas para tensar los músculos de nuevo. Aguanta el aliento. Aprieta el gatillo. El pájaro aletea dos veces en el aire y cae muerto. El perdigón le ha alcanzado. Mal tiro, Roque.

—¡Buen tiro, Roque! —sonríe su padre.

Le sacude el pelo de la cabeza con orgullo. Por el contrario, las manos de Lidia se deslizan más despacio. Sale de su ensoñación, abre mucho los ojos para despejar bien los párpados. Más adelante también aprendió a mentir a su conciencia. No era más que una chiquillada. No era más que un gorrión. Pronto empezó a salir solo con la carabina, sin la compañía de su padre. Disparaba a pájaros. Descubrió una casa en ruinas donde tirar contra las ratas, un trofeo más escurridizo. No resultaron ser un blanco tan divertido como los gatos solitarios que iban a cazarlas. A fin de cuentas, el pájaro no había querido echar a volar.

Roque se chupa el dedo y frota una gotita de sangre que le asoma en el antebrazo. Ahora ya puede sentir los masajes de Lidia. El sofá se curva bajo su espalda invitándole a permanecer. Pero entonces se topa con ese bulto oscuro en el suelo: la pistola. La pistola le extirpa el momento de paz. Traga saliva pensando que quizá encuentre voz bajo ese cúmulo tan denso atascado en la garganta.

—No creo que pueda hacerlo, Lidia. Me da miedo.

Los dedos de ella se detienen en la coronilla. Se incorpora y se deja caer

sobre el respaldo para observar a Roque directamente a la cara. Él suele temer esa mirada. Pero ahora no es de furia ni de desprecio. Es lo más cercano a una mirada de comprensión que ha podido llegar a ver nunca en el rostro de Lidia. Sus ojos lo arrojan con dulzura.

—No digas nada antes de escuchar lo que tengo pensado. Si hay algo que no te guste y decides no hacerlo, no me enfadaré. Pero tendremos que pensar en otra forma de conseguir el dinero.

Roque escucha sorprendido esas palabras tan razonables. Le cuesta asimilarlas por sencillas y conciliadoras. Asiente meditándolas aún.

—Dentro de una hora y media saldremos hacia allá. Yo te esperaré con el coche en la puerta. Lo dejaré donde los contenedores, allí nunca aparca nadie y está justo enfrente. Tú te pones la media y coges la pistola.

Lidia toma el arma y se la mete bajo el jersey.

—Te la pones así, ¿vale? Como es de noche, la gente tardará unos segundos en ver que llevas la cara cubierta. De todas formas, no saldrás del coche hasta que la calle esté despejada. ¿Has estado alguna vez en el casino? Sí, ¿verdad? Bueno, ya sabes cómo es. Primero tienes un bar, con la barra a la izquierda y unas mesas a la derecha. Luego al fondo hay un pasillo que te lleva a una sala grande donde están las mesas de Borregos y las de jugar a las cartas. Es importante la rapidez, ¿de acuerdo? Tú entras, y nada más cruzar la puerta sacas la pistola y apuntas a la camarera.

—No jodas.

—Escucha: los días de Borregos suele estar de camarera la mujer del Casimiro, el dueño. Es porque su marido no se fía de las desconocidas. Y con la mierda de sueldo que paga no ha conseguido mantener a ninguna chica de confianza. Bueno, eso es lo de menos. Necesitas encañonar a la camarera, porque así podrás tener controlados a todos los que haya allí. Pero muy deprisa, ¿eh?

—Vale.

—La haces salir de la barra y la coges así, por detrás. La puerta de entrada tiene un cerrojo sin llave: es importante que lo cierres. Y una vez que estés seguro de que nadie va a entrar por tu espalda, disparas. Sí: disparas al techo. Y te pones a gritar como un descosido para que te escuchen los del bar, ¿de acuerdo? Normalmente todo el mundo está al fondo.

—¿Cómo sabes tú eso? En Borregos no pueden entrar las mujeres.

—Eso no te importa. Tú coges a los que haya allí y les haces pasar a la sala

de juegos. Lo principal es que no se te queden a la espalda, si consigues tener a todo el mundo siempre delante de ti, ya pueden ser quinientos que da lo mismo: los controlas. Nada más entrar en la sala de juegos, vuelves a disparar al techo. Con eso te habrás ganado la atención de todos. Sujetas bien a la mujer del Casimiro mientras, ¿eh? Bien cubierto detrás de ella. Luego obligas a que la gente camine hacia la pared del fondo. Que te den la cara, no está de más que les hagas levantar las manos. Les apuntas con el arma. Cuando estén unos metros por delante de ti, te acercas a la mesa de Borregos. De allí te llevas el dinero del tapete. Pero no te vayas a distraer cogiéndolo tú. No. Obligas a la mujer del Casimiro a que lo coja ella. Apuntas a la gente, le dices a la señora que se meta el dinero por los bolsillos, por el jersey, por donde pueda. Ella siempre entre tú y el resto. Una vez hayas acabado, y esto es lo más peligroso, te acercas a los demás. Y muy clarito les dices que vacíen los bolsillos y le den el dinero a la señora.

—Me dirán que no, si yo no puedo registrarles.

—No lo harán si le pegas un tiro en la rodilla al primero que se niegue.

—¿Qué?

—Tienes que hacerlo, Roque —dice Lidia con un fulgor en los ojos que le demuestra la absoluta confianza que tiene en su plan—. Hazme caso, funcionará.

—Continúa —contesta el otro, seducido por la fe de Lidia.

—Probablemente la primera persona a la que obligues a sacarse el dinero del bolsillo se negará a hacerlo. Tú le pegas un tiro en la rodilla. No le pasará nada, pero se cagará de dolor. Dará muchos gritos y saldrá sangre. Pero no será grave. Te dará todo lo que tenga. Y el resto de los presentes, que no han visto una pistola, ni han oído un tiro, ni han presenciado un crimen en su vida, estarán tan acojonados que te soltarán lo que lleven. Puede que se queden con un poco, los más valientes. Pero no te preocupes, habrá bastante. Haz que la señora empiece por la derecha y termine por la izquierda. Y entonces vuelve a sujetarla por el cuello y, dando pasos marcha atrás, sin perderlos de vista, te llegas hasta el pasillo. Hay una puerta en la sala de juego; obligas a la señora a cerrarla con llave. Les distraerá unos minutos y te dejará más tranquilo. A tu derecha estará colocada la mesa donde se pagan las entradas. También allí habrá algo de dinero, no mucho, pero no tan poco como para dejarlo. Que lo coja la señora también. Entonces te vas de allí con ella. No te quites la media ni te salgas de su espalda. Si hay alguien en la

calle, le apuntas y le gritas cualquier cosa. Te subes al asiento de atrás del coche con la señora. Le tapamos los ojos con una venda. Yo arranco y salgo por la carretera de San Adrián. Me llego hasta un sitio que he visto, un camino que sale de la carretera y pasa entre unas huertas. Allí los árboles nos esconderán y es imposible que a esas horas haya nadie. A la señora le sacamos todo el dinero y el teléfono móvil, si es que lleva. La dejamos tirada y nos vamos con el coche.

—La señora podría reconocerlo.

—Vamos a robar uno. Lo robaremos en el polígono de Quel. Aparcaremos el Citroën, nos llevaremos cualquiera que haya por ahí. Después de dejar a la señora, devolvemos el coche robado a su sitio y nos vamos a casa con el nuestro. Al día siguiente nos largamos directamente a Galicia con todo el dinero. En dos días tendremos el doble y se lo podremos dar a Fernando Rosas. No será todo lo que le debemos, pero será suficiente para que no nos mate.

Roque está impresionado. Como un idiota, menea la cabeza arriba y abajo. El plan se le antoja infalible. Nunca se le hubiese ocurrido a él. Nunca pensó que pudiera surgir de la cabeza castigada de Lidia. Una vez más, Lidia impredecible.

—Lo haremos.

Ella agarra a Roque por la nuca y le besa sonoramente en la mejilla. Lo aprieta fuerte contra su pecho, lo exprime con sus brazos. La chimenea está encendida. Se quema algo de madera y deja escapar un reguero de humo. Roque siente calor. No sabe si ha dado su consentimiento demasiado deprisa. Con tanta información, no puede pensar. Lidia sabe ahora mismo cómo se encuentra él: abrumado, eufórico, dócil. Le ha robado el tiempo para meditar, dudar o temer.

Ella se lleva la mano al bolsillo y saca un paquetito pequeño, de los de medio gramo. Roque la contempla curioso, ahora que no tiene la cabeza donde no la tiene que tener. Deshace el paquetito. Lo despliega con cuidado. Encima de la mesa coloca una minúscula montañita del polvo acristalado blanco. Parece poco, pero cuando lo distribuye con ayuda de una tarjeta consigue hacer tres rayas de unos dos centímetros. Más que suficiente. Mucho más. Luego enrolla un papel que hay por ahí. Se lo introduce en la nariz y se acerca a la primera raya. Sonido de una fuerte aspiración. Es como si el aire hubiera entrado tan fuerte que la cabeza de Lidia se hubiera ido

hacia atrás. Se lleva la mano a la nariz y se frota. Roque sigue mirándola.

—Hacía tiempo que no tomábamos coca. ¿De dónde la has sacado?

—No preguntes esas cosas. Hoy va a ser un día especial. Nos va a venir bien la coca. Para ti las otras dos.

Roque se incorpora y se hace con el canutillo. En dos golpes de viento toda la coca que había sobre la mesa se encuentra dentro de sí mismo. Un picor ácido en la parte alta de la nariz: se pellizca el tabique con los dedos. Ahora cada latido de su corazón acerca un poco más la coca a los centros receptores del cerebro. Un torrente sanguíneo cargado de fuerza. Confianza. Pronto las encías de Roque se duermen y un sabor farmacéutico se le instala en el fondo de la lengua. Ya todo parece más fácil. Ya no tiene que preocuparse. Los de Borregos, pobres diablos que no saben la que se les viene encima. Acaba de obtener la dosis de agresividad necesaria. Esta noche va a ganar dinero. Pagará sus deudas. Pronto conocerá Canarias.

Qué fácil.

Unos instantes más tarde están subidos al Citröen. La pistola pesa en el pantalón de Roque, pero ya no se da cuenta. Ahora la sujeta con confianza. Ahora es su herramienta, no su enemiga. Ya no la teme, él es quien debe ser temido. Vuelve a cruzarle por la cabeza la antigua escena de la caza del pájaro. Solo que parece distinta: ya no está tan seguro de haber querido apuntar mal, ni de que el pájaro se negara a huir.

Lidia arranca y alcanza la carretera. Pone la radio y busca una emisora en la que suene música. En cuanto la encuentra, empieza a llevar el ritmo con las manos en el volante, canta las estrofas que conoce, contagia el entusiasmo a Roque. Lo importante es mantenerlo así: no dejarle pensar. Que actúe.

El polígono de Quel: una calle con no más de cinco naves alineadas en el lado de la izquierda y un extenso campo de cultivo en lado derecho. Una granja de alimentación de cerdos. Un almacén de piensos para ganado. Huele a rayos incluso en una noche refrescada por la brisa, como la de hoy. Cuando el Citröen se acerca, Lidia se esfuerza en hacer callar a Roque. Baja la música. Es difícil que haya alguien en las naves a esas horas. Nadie trabaja en ellas hasta tan tarde. Pero no hay que bajar la guardia. Lidia detiene el coche a unos cien metros. Lo aparca cuidadosamente en un sitio permitido.

—¿Por qué lo dejas tan lejos? —pregunta Roque.

—Por las huellas. Si identifican el coche robado y lo encuentran aquí, puede que busquen huellas junto al lugar donde lo dejemos. Y por las huellas

pueden identificar cualquier vehículo.

Se cuidan de cerrar las puertas con suavidad. De caminar ligeros y discretos. Sus sombras son muy delgadas y difusas. Como si la luz de las farolas no les identificase como auténticos seres humanos y les otorgase una sombra que no les corresponde, de zarza o de culebra. Se encogen en sus abrigo. Tienen frío a pesar de ser abril. El olor de los cerdos dormidos Enseguida les rodea, por mucho que sus narices estén rotundamente anestesiadas. En ese momento solo dos farolas iluminan la calle, una al principio y otra al fondo. Algún insecto vuela a su alrededor. Detrás de los edificios se extiende un campo inmenso. Podrían estar mirándoles desde cualquier lugar. Es algo que debería preocuparles, pero no.

Varias zonas densas de oscuridad separan los edificios. Construcciones cuadradas, muros renegridos por la noche. Tan negras y altas que parecen gigantes. Podrían caer sobre ellos en cualquier momento y despojarles de su ropa, torturarles, arrancarles la piel a tiras. Roque quiere compartir estos pensamientos con Lidia y las palabras continuamente tientan su boca, pero ella, que rige mucho mejor, le obliga a callar. Aun así, Roque se sorprende de no tener miedo.

—Allí —señala ella.

Entre las sombras asoma una leve claridad. O más bien un paño gris entre tanto negro. Es una combi de color blanco, la típica furgoneta de un mecánico o un fontanero. Está aparcada en la entrada a una de las naves, tras una valla baja. Roque prueba con la manilla de la puerta. Ingenuo.

—Está cerrada.

Da un par de vueltas sobre sí mismo buscando algo contundente para romper la ventanilla. Por fin ve una piedra del tamaño de un melón al otro lado de la calle, dentro del perímetro de luz de una farola. Corre a buscarla. Mientras tanto, Lidia extrae un destornillador muy pequeño de su chaqueta. Explora con él las ranuras de la puerta. Se escucha un *clic*. El coche queda abierto. Roque vuelve con la piedra.

—Dónde vas con eso, tonto del culo. ¿Quieres despertar a todo el pueblo?

—¿Cómo coño lo has abierto? —pregunta masticando fuerte las palabras.

—Con esto.

—¿Dónde has aprendido?

—No es asunto tuyo. Sube.

Roque ocupa el asiento del copiloto. Decide dejarlo todo en manos de Lidia.

Ella se agacha bajo el salpicadero y hace palanca para extraer una maraña de cables de todos los colores. Él descubre también en sus manos unos alicates que no sabe dónde ha conseguido. No dice nada. Lidia pela algún cable y lo va empalmando con otros arbitrariamente. El ruido del arranque. Lidia sonríe. Insiste un poco más. Ahora detrás del arranque se escucha el motor de gasolina. Está en marcha.

—Hecho —dice.

Pero no, no está tan hecho. Un estridente escándalo estalla. Ambos saltan. El coche tiene alarma. Roque abre la puerta y echa a correr esperando que Lidia le siga. Busca cobijo bajo un alero tenebroso. Pero está solo. Lidia permanece en el coche: inspecciona cables. El sonido de la alarma le roba minutos de vida. Por fin se decide y corta una conexión.

El silencio vuelve.

Roque escucha cómo su corazón va perdiendo fuerza. Pero sus piernas y sus brazos continúan rígidos. Espera que alguien que haya escuchado la alarma venga a echar un vistazo. Vigila a su alrededor. Nada se mueve entre las sombras. Aguarda un minuto. Aguza el oído. Desde ahí puede percibirse el leve rumor de los coches circulando por la carretera general. Pasa otro minuto. Sin duda Lidia pretende asegurarse de lo mismo. No se hablan, no se buscan con la mirada, se esperan hasta que transcurren cinco minutos. Entonces Roque se relaja. Y escucha un susurro.

—No hay nadie. Ven ya.

Roque sale de su escondite y se sube al coche. Lidia pone dirección a Calahorra. Durante un rato permanecen en silencio. Todavía sigue en ese estado de relajación que sucede al de alerta. De pronto Roque se siente abatido. La tensión parece haberle agotado. Los miembros le pesan y la cabeza parece querer descanso. No es eso. Roque sabe qué le pasa. Solo necesita tocar a su novia en el brazo, esta ya entiende lo que Roque quiere. Saca el medio gramo de coca de su bolsillo y se lo entrega.

Roque, con habilidad, vacía lo que queda del paquetito sobre la caja de un disco compacto. Dibuja con el polvo dos líneas larguísimas. Su pulso se muestra capaz de anular el traqueteo de la suspensión de la furgoneta por el pavimento en mal estado. Esnifa de una sentada. Luego le ofrece el canutillo y el CD a Lidia. Esta rehusa. Roque se encoge de hombros y se esnifa también la otra raya. Pronto su cuerpo vuelve a entonarse y su cerebro a despejarse. Se rasca bien la nariz. Se mete el dedo para frotar por dentro. Al

sacarlo, la uña tiene algún rastro de sangre. Ahora las luces brillan más.

Entran en Calahorra. Lidia busca las calles menos concurridas. No es que haya salido poca gente de copas, es que los bares están lejos. Son las tres y veinticinco de la madrugada del viernes: la hora de los más bolingas. Eso les favorece para pasar desapercibidos. Todo está bien tranquilo, no obstante. Únicamente un matrimonio vuelve a su casa, ella con un abrigo de piel, él en camisa de manga corta. Las calles ofrecen una absoluta sensación de seguridad. Giran a la izquierda. Ya puede verse la puerta del casino. Cuanto más se acercan, más confiado se siente Roque.

—¿Dónde has comprado esta farlopa? Es muy buena. No tan buena como la que traía yo de Galicia, ¿te acuerdas de aquel colega? El tipo que...

Ante estos accesos repentinos de charla, Lidia responde con silencios. Está concentrada. Sabe que todo va a ir bien.

El coche se detiene junto a unos contenedores de basura amarillos y verdes. En ese momento tres tipos están abandonando el local del casino. Dan voces de buen humor. Visten jerseys de punto y pantalones de pana. Han bebido. Son señores, trabajadores, rondan los cincuenta y hoy es su noche. Probablemente inicien ahora el asalto a algún puticlub de carretera para gastarse lo que hayan ganado o lo que no hayan perdido. Lidia les deja marcharse. Tumultuosos como chiquillos. Socarrones y voceras. La calle no tarda en quedarse en calma. Ella mira las fachadas de los edificios que los rodean. Todas las ventanas permanecen a oscuras, muchas de ellas con las persianas bajadas. Luego vuelve a agarrar a Roque por el cuello y le da un beso en la boca.

—Es el momento.

—Todo va a salir bien —promete él—. Tengo ganas de ver la cara que pone el dueño.

Eso tranquiliza a Lidia. Roque parece eufórico. Sus ojos quieren cobrar vida propia, salir de las cuencas y matar a alguien a golpes. Los músculos de la cara se le contraen en continuos tics irregulares. Da miedo, eso es bueno. Casi podría aconsejarle que no se pusiera la media. Pero eso no supone una opción sensata. Así que Roque se enfunda el rostro.

—Esta media es muy gruesa. No veo bien.

—Aquí hay poca luz. No te preocupes, dentro verás mejor.

Roque confía. Saca la pistola de los pantalones. Vuelve a besar a Lidia a través de la lycra.

Abre la puerta del coche y sale. Escucha un ruido. Algo se mueve rebuscando entre las bolsas de basura de los contenedores. Ahí, a su lado. Una criatura grotesca que cojea sobre una pata. Con una pelambrea manchada de sangre en algunas zonas. El perro flaco lo mira y mueve el rabo saludando. Parece recordar mejor aquellos restos de pollo que alguna vez Roque le ha lanzado que el estampido y el aguijonazo de esta misma tarde. Peste de perro flaco. «¿Cómo has llegado tú hasta aquí?» Debería estar muerto, tirado entre las vides a kilómetros. Es imposible que haya caminado hasta la ciudad con una bala en el lomo. En un solo día. Pero allí está, retozando entre la basura, recreándose en el olor putrefacto que sale de los contenedores. Roque lo contempla incrédulo unos instantes. Luego decide que no es momento de quedarse ahí.

Su reloj marca las tres y treinta y siete. Cruzar la calle le lleva dos segundos. Mira a izquierda y a derecha. No ve a nadie por la acera. De una patada abre la puerta del casino. Entra férvido, las sienes rebotan en su cabeza, el corazón detonado. Pronto se da cuenta de que en el interior tampoco ve bien. La media que ha escogido no permite el paso de suficiente luz. Las formas quedan reducidas a bultos. Las personas, a sombras. Por el momento, hay dos. Roque no puede precisar el sexo de esa silueta de hombre, pero con voluminosa cabellera de señora, larga y crespa, que ocupa una mesa cerca de la entrada. La camarera se encuentra en el lugar previsto, tras la barra. Roque grita algo que ni siquiera él mismo comprende. Apunta a la camarera a la cara. No es la mujer del Casimiro. Solo un rostro aterrorizado que levanta unas manos que tiemblan.

3. VIERNES SANTO

00:40

Un forro polar rojo tirado en el suelo. Poco más adelante, unas zapatillas de deporte. En el sofá del salón, Roberto: pantalones bajados, pañuelo de papel húmedo. La conmoción, aún. La vista emblanquecida, el jadeo. No se reconoce. En estos momentos no sabe quién es. Los pensamientos e imágenes que inspiran sus actos íntimos suelen ser muy abstractos: un conjunto de formas eróticas femeninas que no pertenecen a ninguna mujer en concreto o, más bien, que pertenecen a todas. Nunca una persona había despertado un deseo tan potente como para dedicarle el completo de su imaginación: Eva echando hacia atrás la cabeza para resaltar los pechos, Eva agarrándole de la mano y llevándole a una habitación apartada, Eva arrancándose la túnica y mostrando su desnudez interior, Eva tomando cuidadosamente su pene y metiéndoselo en la boca. Nunca antes nada le había hecho actuar así.

—Es verdad. Nunca había estado así.

Roberto perdió la virginidad muchos años atrás, en un club. Dinero, X, por sexo, Y, una ecuación sencilla cuyas incógnitas no ocultan ni sentimientos ni emociones, variables que le son tan ajenas. Hubiera podido tener novia. Muchas veces. Su atractivo y su misteriosa forma de ser le han proporcionado pretendientes. Hizo el amor con algunas de ellas, pero nunca ha llegado a comprender qué estado emocional puede robar el protagonismo al placer físico. El sexo es placer y, ante todo, necesidad. Como cualquier necesidad, según sus sencillos cálculos, se sacia a cambio de algo. Ya sean unos euros o unos minutos suministrando charla insulsa en un bar de copas.

Esto es así para Roberto porque no puede llegar a comprender nada más. Dar algo a cambio de conseguir sexo; invitar a jugar al fútbol a un niño inútil a cambio de que no se estropee el partido; invertir horas en practicar la religión a cambio de reconocimiento; vivir como el más abnegado de los seres humanos a cambio de conseguir comprender, precisamente, comprender a esos seres humanos. Se sabe raro y distinto, y toda su existencia se ha esforzado por actuar de una forma que compense sus divergencias.

Pero también sabe que si sigue esforzándose así, se curará. Conocerá lo que

los psiquiatras llaman empatía, que es lo que los curas llaman culpa y lo que el resto de los mortales llaman pena. ¿Qué es la pena para superar lo razonable? No lo sabe. No pudiendo experimentar esa pena se siente al margen del universo humano. El telediario se colma de noticias que dan pena, en la series de televisión de mediodía la protagonista venezolana siempre acaba llorando por algo que la mata de pena, en Navidad existe la obligación de sentir pena por los pobres y en Semana Santa la pena por la muerte del Salvador llega a tal punto que las personas cargan con pesados leños, se visten de agónicos fantasmas con capuchones puntiagudos y las mujeres se ponen velo y encienden cirios. Pronto supo que debía aprender a conocer esa pena, dominarla y hacerla suya. Eso, o vivir como un monstruo para siempre.

Así comenzó su proyecto. Primero por imitación. Siendo adolescente frecuentaba los velatorios, donde dejaba que se le humedecieran las córneas a conciencia: sabía hacer que los ojos se estiraran como una gota de pintura que resbala por la pared, los labios se le combaban hacia abajo. «¿Esto es pena?», se preguntaba. Al menos parecería el aspecto de la pena. Pero a pesar de sus dotes para interpretar, gracias a las cuales siempre se ganaba los deseos de ánimo de los presentes, Roberto seguía sin entender.

También debió haber pena cuando sus padres bajaron aquella mañana las escaleras, abrieron la puerta del garaje y se metieron en el coche. El estampido hizo temblar los cimientos y rompió cristales en decenas de metros a la redonda. Él salió y esperó sentado en la acera. Se contempló en el reflejo de un resto de cristal roto: el rostro renegrido, su rostro de curiosidad. Bomberos, policía, ninguno se atrevió a mirarle a los ojos sucios de hollín: no estaban preparados. Se limitaron a actuar mecánicamente, localizar el foco de la explosión en una bombona de butano defectuosa, asegurar el edificio. Dejaron el trabajo del niño para los psicólogos. ¿Les daba demasiada pena? Sí, es posible que sí.

Pena, indudable, cuando le recibieron en casa del tío Alfonso. Los gestos de ellos, el primo, la tía: cautivó en su memoria todos esos registros. El silencio se comía la casa. Pero él durmió nueve horas de un tirón. Al día siguiente no fue al colegio y el primo le entretuvo con videojuegos. Roberto se reía a carcajadas. Alfonso y Mari hablaron de ellos con un psicólogo de la Seguridad Social: «Debe haberlo bloqueado todo», oyó que decían. «Ahora mismo la muerte no ha tenido lugar para él.»

Después de un tiempo comenzó a hacer amigos. Descubrió que nadie

necesitaba de los razonamientos que él se veía obligado a efectuar. Para el resto de las personas las relaciones funcionaban de forma intuitiva. Casi siempre acertaban. Sin embargo, Roberto no: necesitaba de la práctica por ensayo y error. Si hacía o decía algo que disgustaba a alguno de sus amigos, tomaba nota para no repetirlo, aunque no entendiese el porqué. Cuando comenzó la universidad, después de la mala experiencia en el Curso de Orientación Universitaria, se propuso esforzarse mucho más. A partir de ahora, nada de resolver los problemas con mataratas: debía observar mejor, imitar mejor, extraer conclusiones más claras. Aprendió una serie de comportamientos recurrentes que le sirvieron de mucha ayuda: pedir perdón, hacer regalos, agradecer las cosas y no negar favores. Como en realidad solo era capaz de medir el peso de estas acciones por lo que conseguía a cambio, no le costaba nada ponerlas en práctica.

Durante la carrera, tuvo una compañera de piso muy guapa: rubia de pelo, piel oscura, gaditana. Roberto ya sabía lo que ocurre cuando propones fríamente un coito, así que no lo hizo. Ella quedó embarazada de un tipo que llevaba tres años en primero de Relaciones Laborales. El le dio la enhorabuena, tal y como debe hacerse ante una gran noticia. Ella le llamó hijo de puta, se encerró en su habitación, se echó a llorar.

Roberto percibió el error. Se documentó correctamente. Pidió opiniones a gente de confianza. Finalmente le rogó que lo perdonara, la invitó a cenar, al teatro, a bailar, le ofreció ayuda para cualquier cosa: dinero para abortar sin que los padres se enterasen. La chica lo agradeció siempre. Lo compartió con su grupo de amigas: ellas se derretían cada vez que lo miraban a los ojos. Hicieron el amor el día de la graduación. Roberto no acabó de entenderlo demasiado bien, pero así había sucedido. Ensayo y error, calibrar el comportamiento. Llegó a pensar que sería una filosofía muy útil también para el resto de las personas.

De todas formas no renunciaba a la idea de ser igual que el resto. Curarse: su proyecto. Porque, al fin y al cabo, se sabía enfermo. Había leído aquellos manuales de psiquiatría y ahí, al alcance de la mano, figuraba su mal. Un mal nefasto que conducía al ostracismo: si uno quedaba a merced de ese mal, se acababa en la cárcel; si pedía ayuda, en el manicomio. Ser excluido, ser sancionado. Roberto no pasaría por eso. Se curaría o moriría.

Roberto terminó la carrera, pasó el MIR con buena nota. Decidió ir a África. Era lógico. A la zona más jodida del país más jodido del continente más

jodido. ¿Dónde si no podría llegar a entender? Compadecer la efímera, inerte vida de los habitantes de aquella región de guerra, de hambre, de enfermedad. Era allí o en ningún lugar, nunca jamás. Sin embargo nada marchó como esperaba.

Lo sintió en el entierro de aquellos dos chicos. Los hermanos del pie izquierdo amputado. Su rostro libre y tranquilo. Contempló el atardecer que empapaba las hojas selváticas convirtiendo el suelo terroso en un calidoscopio. El padre Porto clamaba algo católico en portugués. Las enfermeras lloraban hasta vaciarse de líquidos corporales. Los otros tres chicos, los que habían sobrevivido, dos niñas y el hermano mayor, aguardaban sentados en el suelo, inexpresivos. Localizar el dolor en su rostro era como excavar en la tierra buscando magma. Perforabas sus ojos infructuosamente, los perforabas, y cuando dabas con ese sufrimiento era demasiado tarde y te sentías carbonizado por él. ¿Por qué habían aprendido a ser tan indiferentes? ¿Eso los hacía mejores, más aptos para sobrevivir? Luego, Roberto, entre los gritos de los monos y los pájaros, solo podía pensar en una cosa: «Si no le hubiera dado todo el antibiótico al mayor, ahora habría tres tumbas y no dos». Geoffry, así se llamaba el primogénito, miró al médico salvador: le dedicó una sonrisa triste al Siemprealegre. En manos de la hermana Matilde el muchacho habría muerto. No valía la experiencia, la habilidad. Ella habría dividido la dosis, cómo no. «Una dosis ridícula», se decía.

Por primera vez, la indiferencia, la falta de empatía hacia los demás, se convertía en una ventaja, no en un obstáculo. Donde otros se quedaban atascados por sus emociones, él podía perseverar. En Kivu, Roberto era superior. Había ido allí a buscar una cura, a buscar esa culpa, esa pena que era incapaz de sentir por nada ni por nadie, el lugar donde «te cagas de pena». Y, sin embargo, había hallado un paraíso donde él se convertía en el miembro más sano, porque la mayor discapacidad, en ese hábitat, consistía en sentirse culpable. Su orgullo quedaba saciado.

Lo hizo una mañana. Hacía fresco para la época del año. Pequeñas acumulaciones de niebla del tamaño de una persona gruesa flotaban a pocos centímetros del suelo. También había vaho entre los árboles. Se puso las botas, salió de su dormitorio, la tienda canadiense que acumulaba ropa, insectos largos como dedos, algo de material médico. Nadie se había levantado aún. Se sirvió un café del termo del hospital de campaña. Caminó

hacia la fronda y se introdujo donde nadie le veía. Allí orinó. Luego avanzó un poco más, durante unos veinte minutos. Encontró una mujer solitaria paseando por un claro. ¿Qué hacía por allí? Una joven que decía tener veinte años, aunque aparentaba mucho más; asidua a los oficios del Padre Porto y a las comidas de la Hermana Matilde. Ella le dedicó un saludo blando. Roberto recordó haberle cuidado unas fiebres. Le devolvió el saludo. Se acercó a ella. De un solo golpe le clavó un machete en el cuello. Ni siquiera se había dado cuenta de que lo llevaba en la mano. Lo había tomado del hospital distraídamente, como se hace cuando se va a recorrer la selva. Se lo había colgado de la muñeca por la correa de la empuñadura. Lo lanzó contra la garganta de la mujer con alegría, como un hacha contra un abeto de Navidad. Los ojos de ella preguntaron por qué, pero enseguida se vaciaron y quedaron secos. Se desplomó ligera, sin hacer ruido.

Roberto se agachó junto al cuerpo, observó el corte. «No pensaba que estuviera tan afilado». Más arriba de la herida los músculos del rostro perdían tensión. El gesto cada vez más pleno de paz. Los pulmones dejaron de hincharse y deshincharse. A Roberto empezaron a dolerle las rodillas de estar acuclillado y se sentó en el suelo con las piernas cruzadas. Tan cerca del torso de ella que podía sentir su calor desvanecerse. La estudiaba como un niño interesado en la actividad frenética de un hormiguero. Lo último que pensó, antes de dejarla ahí, fue en lo que le gustaba el estampado de su falda. «No se usan colores tan vivos en España, es bonito». Se levantó y movió las rodillas para desentumecerlas. Se detuvo en un riachuelo y limpió el machete. Luego regresó al campamento. Se sirvió otro café y se comió un bollo.

—Buenos días. ¡Qué madrugador! —dijo al verle la hermana Matilde.

—He ido a dar un paseo, la mañana estaba fresca —contestó él, risueño.

Cuando volvió a acordarse de la joven, ya había anochecido. Se preguntó entonces por qué lo había hecho. No pudo darse una respuesta clara. Se trataba del primer acto irracional de toda su vida. La primera vez que actuaba siguiendo el dictado de su instinto, sin necesidad de un motivo, sin un cálculo, sin una X ni una Y. Igual que quitarle la batería a un juguete: no encontró placer ni disgusto, solo indiferencia. ¿Por qué? Tal vez, solo tal vez, por poner a prueba su recién descubierta superioridad. Por comprobar hasta dónde llegaba el poder de la ausencia de culpa; si se veía capaz de quitar una vida, sería capaz de salvar más aún. Y sí: era capaz. Se sintió privilegiado. No tenía que esforzarse para convertirse en el mejor aquí, solo dejar que su

instinto actuara.

Supuso, también, que el Kivu tenía que ver con ello. El Kivu se había desplegado ante él como una proyección de su alma. En el Kivu nada tenía consecuencias. La muerte de una persona era tragada por las plantas y los insectos en pocos segundos, la existencia continuaba, el tiempo no se detenía, sin preguntas, no había un efecto para la causa de la brutalidad. La brutalidad y la impasibilidad paseaban de la mano entre los árboles del bosque. En la conciencia de Roberto ocurría lo mismo. Solo el miedo a lo que pudiera pasarle a él, a la exclusión, al confinamiento, a ser tratado de loco o de criminal, había mantenido esa indiferencia a raya hasta ahora. Pero eso era en Europa. En el Kivu aquella contención no resultaba necesaria porque no pasaba nada. Había tantos sospechosos a quien atribuir el asesinato como habitantes tenía el país. Supuso que, ahora que había renunciado a su proyecto, a su curación, la enfermedad se había apoderado de él. Pero no le importó. A fin de cuentas, todo el mundo en aquel lugar padecía alguna enfermedad.

En muchos de los manuales de psiquiatría que había estudiado, se hablaba de casos en que los pacientes experimentaban placer al hacer algo como lo que acababa de hacer. Él no lo había encontrado placentero. Pero merecía la pena darse una segunda oportunidad, ya que se sabía suficientemente capaz de llevarlo a cabo. Le entró una curiosidad médica, científica: ¿pueden, de verdad, disfrutarse esos actos? ¿Cómo se disfrutaban? ¿Sería algo parecido al sexo, a comer, a respirar aire puro, a reír a carcajadas? Sucedió en la noche. Salió a pasear con el machete. Encontró a una pareja copulando entre la vegetación. Se acercó a ellos sin que se percataran de que estaba ahí. Tampoco halló ese placer del que hablaban los psiquiatras, ni siquiera le resultó divertido o especial. Un acto como cualquier otro, como orinar por las mañanas. Y además: Roberto cometió el error de no deducir que una pareja copulando al aire libre atrae miradas. Miradas furtivas y burlonas de muchachos ocultos entre el follaje. Había ahí al menos tres chicos de unos diez o doce años, escondidos en los arbustos, compartiendo como buenos amigos una botella de cerveza caliente. A uno de ellos le faltaba el pie izquierdo. Si el hombre que hacía el amor con la mujer los hubiera descubierto, se habrían ganado una buena paliza. Si Roberto los hubiera encontrado, les habría cortado el cuello.

Pero no se molestó en registrar el perímetro, no lo creyó conveniente: al fin

y al cabo, estaba en el Kivu, podía confiar en que las atrocidades se difuminaban de forma anónima, perdían la categoría de horror, se olvidaban como se olvida un pestañeo. Antes del alba, la turbamulta fue a buscarle a su tienda. De no ser por el padre Porto nunca habría salido de África. Roberto supuso que el jesuita no llegó a creerse del todo las acusaciones de los justicieros, que las atribuyó a un malentendido. El caso es que no volvió a verlo.

Lo de Nuria Isabel ha sido distinto, pero igual de frustrante. Aún está muy reciente. Roberto piensa en ello como quien recibe la noticia de que un cáncer ha vuelto a despertar después de meses de quimioterapia. Cuando regresó a Calahorra, retomó la ambición de curar su mente y olvidó los delirios de grandeza, que ya le habían costado demasiados disgustos. Había estado a punto de pagar con la vida, eso conllevaba un riesgo intolerable: lo juzgaba irracional, no encajaba en ninguna ecuación inteligente. Además, Calahorra era muy diferente al Kivu: luminosa, aséptica, civilizada. Volver, desbrozar los pensamientos, arrancar malos brotes y recuperar la cosecha original. Comenzar de nuevo.

Ya lleva meses en este duro trabajo. Vive, se despierta y respira para su proyecto. El tiempo libre no tiene significado. Puede leer el periódico en algún bar, repasar libros de medicina. Pero nada más. Las noches de ambulatorio, los días de sacramentos y oficios. Las noches de velas al Santísimo, los días de ambulatorio. Repartir rancho en la Cocina Económica, recoger ropa para Cáritas Parroquial, enseñar inglés en Centro Reto. Buscar la pena allí donde esté. La televisión se ha mantenido apagada. Las horas de sueño se han racionado. A menudo se detiene frente al espejo y se pregunta si su interior ha experimentado algún cambio. La respuesta siempre supone una incógnita.

Hace unos días se sintió estúpido. Tanto trabajo para apenas poder pasar por un ser humano. ¿Acaso no había perseguido la culpa como solo un cristiano la puede experimentar, acaso no se golpeaba el pecho cada vez que iba a misa, por mi culpa, por mi culpa, por mi gran culpa? Había azotado el parche de su bombo como un auténtico pecador, ¿acaso no debería haber sanado ya, después de tantos meses de entrega? ¿Qué podía hacer para confirmarlo? Impaciencia, eso sintió, sí: impaciencia. No quería repetir errores. Y aún así, debía conocer. Saber si la sociedad ya podía contar con él como un miembro sano. Saber si ya estaba hecho. ¿Pena? «Puede ser que ahora sí», se dijo.

¿Ponerlo a prueba? De acuerdo: intentarlo al menos. Calculó bien sus acciones. O creyó que lo hacía. No debía cometer una estupidez, nada que lo relacionara con la víctima. Así que eligió al azar.

Salió el lunes de la semana pasada. Ya era de noche. Una pistola en la vitrina del doctor Ortega. La munición en unos cajones. Supo engrasarla y montarla. La cargó.

El parque del Cidacos: no había un alma. Algo de humedad caía de unas nubes cercanas, se extendía como aceite frío. No se movía una brizna de viento. El parque estaba oscuro, las farolas apagadas, a saber por qué. Sonido: el manar de pequeños cauces de agua. A lo lejos, la adolescente morena, fina. Ella fumaba en una zona de juegos infantiles. ¿Sola? Sí. Antes de dar el primer paso imaginó cómo iba a suceder todo.

Se deshizo del arma limpiando las huellas: la enterró a un par de kilómetros del cuerpo, en otra huerta cerca de la carretera de Arnedo. Una pieza de museo sin registrar. Nadie la hubiera tomado por mortífera y nadie sabía que se encontraba en su posesión. Todo funcionó a la perfección. Si él era sospechoso, toda La Rioja era sospechosa. Y entonces, ¿por qué la frustración?

Cuando volvió a casa, una cena ligera: bocadillo de atún escabechado, un vaso de leche. Se tumbó en la cama, estuvo leyendo un artículo de nuevos tratamientos para el Alzheimer. «Ya publican cualquier cosa», pensó: no le gustaba lo que leía. «Obsoleto, pobre, improvisado». Se quedó dormido, la luz encendida. El despertador lo levantó, como todos los días: un café, unas tostadas. Caminar hasta el ambulatorio. No había muchas visitas: un dedo roto, un octogenario con gripe, unas almorranas que no paraban de sangrar y un cálculo biliar. Almuerzo con un par de compañeros: hablar de fútbol. Uno, del Logroñés; el otro de Osasuna. Empezó la discusión. «¿Y el Calahorra? ¿Y qué tal si animamos al equipo de aquí? ¿Qué tal si creamos comunidad?» A media tarde, vuelta a casa: el sofá. Entonces y solo entonces: Nuria Isabel. No había pensado en ella en todo el día.

¿Y la culpa? ¿Y la pinza en la nuca, los párpados abiertos hasta la sequedad durante noches y noches, y la dispersión en el trabajo, la imagen de la víctima enraizada en la retina, llorar sangre, correr al confesionario, hincarse de rodillas, rasgarse la camisa, entregarse a la policía azotándose el pecho, colgarse de un pino, todo eso que prometen los curas para los terribles pecadores, la sintomatología de la culpa? No: de eso nada, nada de nada. El

experimento había fallado.

Roberto se desespera. Durante unos días un agujero de oscuridad ha rodeado sus pensamientos: ver el mundo a través de un tubo de cartulina negra. «Aún soy diferente». Y eso sí que le ha llevado a dispersarse en el trabajo. «Nunca podré ser como los demás. Quizá me valiera más llamar a la puerta del psiquiátrico, recluirme para vivir tranquilo donde debo estar». También es cierto que nunca antes se había compadecido tanto de sí mismo. Eso también es verdad.

Sí. De pronto Roberto piensa en eso. Contrae los músculos de las cejas. Vuelve a encontrarse en el salón de su casa. Siente triste por él. Sí, quizá. Y puede que eso sea un comienzo, ¿por qué no? Reflexionando, se le ocurre a Roberto, esa ausencia de vínculos con la asesinada, ¿no habrá propiciado la indiferencia? A fin de cuentas, él lo había visto: en los velatorios quienes más lloran son los familiares y amigos cercanos. Y, a él, la joven gitana le importa un cuerno.

Si ahora vivieran sus padres podría repetir el experimento, comprobar si el parentesco con la muerte le quiebra el ánimo y le mata a llorar. Está por ahí el tío Alfonso. Pero no cree que exista un gran afecto que le una a él. Al menos, no está tan seguro de ello como para arriesgarse a matar a alguien con quien la policía podría relacionarlo.

Y luego está Eva. Claro. Está Eva. ¿Acaso no se decía hace unos minutos que nunca había sentido por nadie nada parecido a lo que siente por Eva? ¿Acaso no empieza a pensar que puede ser amor, como el que cualquier hombre normal debe a cualquier mujer normal? De hecho, Roberto continúa sentado en el sofá con el calzoncillo bajado y la mano derecha cerca del pubis. Perplejo. Una ráfaga de viento fresco entra meciendo la cortina. Le acaricia el pelo.

«Eva».

Le invade una sensación violenta al volver a pensar en ella. Algo parecido a la esperanza. Ahora, y solo ahora, puede decir que está seguro de que, por vez primera, sufriría la ausencia de alguien. Quizá debería poner a prueba esa intuición. Quizá debería comprobar de verdad si ya está curado.

—Pues para que te hagas una idea, yo no sé en qué año se empezó a jugar a esto de Borregos, pero llevo viéndolo desde que tenía uso de razón. Ahí por el cincuenta, siendo yo niño, ya recuerdo que se jugaba. Antes se apostaba más fuerte, creo yo. ¿No te parece a ti, Julián?

—Bueno, ahora ya se apuesta, ¿eh? —el tal Julián, un tipo magro, acecinado al sol del campo.

—Sí, pero no sé, no sé si es lo mismo, cago en sos

—momentos de languidez que puede permitirse un anciano con el brazo roto cuando ha bebido demasiado. Ángel se encuentra en una situación que no esperaba un par de horas antes. Sin embargo, es la primera vez en estos dos días que no piensa en rusos con automáticas. Han abandonado la mesa de Borregos un rato para rellenar sus copas. Se han juntado amistosamente al grupo que en principio acompañaba a Javier, una colección de septuagenarios. Algunos se conservan entre algodones, otros están ajados de un mediodía tras otro contra sus mejillas—. Yo te cuento mi experiencia, que es como la de tantos otros, porque aquí a cualquiera que le preguntes te va a contar alguna anécdota. Yo creo que fue en el setenta y tres, aquí con mi amigo Julián.

—En el setenta y tres fue, sí señor.

—Pues en el setenta y tres hicimos trece buenas seguidas. Tirando, ¿eh? Trece buenas. Unas trescientas mil pesetas de la época, para que me entiendas lo que era la cosa. Ahora serían unos doce mil, calculo yo. Doce mil, ¿no?

—Pero doce mil ya se juegan, ¿eh? Calcula que sobre la mesa habrá unos mil euros por tirada —sus voces son de tierra, arrugadas como sus pieles, tostadas, remarcando cada sílaba, en especial las últimas vocales, reafirmando con mucho me cago en esto y me cago en aquello.

—Ya, si tiene razón. Pero antes, me acuerdo yo, que muchas veces estaba aquí... Bueno, cuando este pueblo era más pequeño y nos conocíamos todos, ¿eh? Y el banco era cosa como casi de familia. Pues siempre estaba aquí el director del banco. Y si había uno que se *quedaría* sin blanca, le acompañaba, le abría el banco y le sacaba más dinero para seguir con las apuestas. A cualquier hora, ¿eh?

—Hace mucho de eso. Hace mucho, me cago en diez.

—Sí hombre, te hablo de las primeras veces que vine yo.

—Pero, Javier, ahora la gente sigue igual que tú y que yo, ¿eh? Lo que se hace es: de tu sueldo vas apartando mes a mes una pequeña cantidad que

juntas para jugártela. Y eso es lo que tienes, y ya, por si acaso, lo das por perdido. Imagínate que ahorras cien mil pesetas, ¿cuánto es eso en euros? Imagínate que *ahorrarías* seiscientos euros. Pues eso te lo juegas y, si lo pierdes, pues lo pierdes, porque para eso está. Y si vuelves a casa pues, yo qué sé, con mil doscientos, pues te llevas a la mujer a cenar a un sitio caro, que ya que la pobre no va a disfrutar del juego.

—Porque aquí las mujeres no pueden entrar, ¿sabes? Y yo creo que la razón es muy sencilla. ¿Tú ves aquí enfados, o tensiones o malas palabras? No. No ves ni una cosa ni otra. Porque aquí hay, ¿cómo se dice? Cama... Aquí hay camaradería. Tú ya has visto ahí en la mesa que la gente entrega el dinero con total confianza y que luego, si gana, siempre le llega lo que le tiene que llegar. Y que nadie se queda con un céntimo que no sea suyo, ¿eh? Ni un céntimo —acentúa «un céntimo» dando palmadas con la mano sin escayolar sobre la barra—. Aquí hay honradez, a pesar de lo nerviosos que están todos porque se juegan mucho dinero. Pero si *empezarían* a entrar mujeres, esto se convertiría en una pelea de gallos: «Voy a tirar para que me vea fulanita» o «Voy a apostar quinientos de una sentada para que me vea menganita». Y todo el mundo se pondría a chulear delante de las mozas y ya no se aceptaría el perder de tan buena manera. E imagínate estar apostando con la parienta detrás: «Javier, que te están cogiendo el dinero», «Javier, no apuestes contra ese que tira muy bien». Sería un sin Dios. Sin embargo, aquí te puedes agarrar una cazorza de mil pares de cojones y quedarte dormido con tres mil euros en billetes de veinte en la mano, que nadie te va a robar ni uno. ¡Ni uno! —y vuelve a acentuar «ni uno» con otra sonora palmada sobre la barra.

—Y lo que no sé —dice Julián— es lo que has preguntado antes de por qué en Semana Santa. Pues no sé. Pero es el día que se tiene. El día que se tenía, sobre todo de aquella, que te pasabas jodido trabajando de sol a sol, y como eran fiestas de guardar, pues podías dormir la mañana incluso.

Ángel escucha en silencio dando largos tragos. Los ojos le lloran por la aspereza del licor nacional y las nubes de humo, pero aún así los abre mucho cuando escucha algo que le sorprende

—También puede tener que ver con lo de las mujeres, que como entonces eran tan devotas ellas, pues te asegurabas de que ninguna diera el coñazo con que quería venir a ver el juego. Hubo un tiempo en que se suspendía la partida mientras duraba la Procesión del Silencio, por respeto al cura. Pero ahora eso a la gente se la suda.

—Quitando ese detalle, esto lleva tal y como lo ves años y años —comenta Javier.

—Bueno —corrige una vez más Julián—. Como lo ves tampoco, porque este es el primer año que venimos todos a este casino.

—Ah, eso sí.

—El año pasado íbamos a la Unión, que tenía mucho ambiente, y quien quería jugar en un sitio más pequeño, así un poco más íntimo, iba al Casino Principal. Pero como ha pasado lo que ha pasado.

—Es que dicen, te lo explico para que nos entendamos, dicen, pero aún no se sabe, que esta mañana han aparecido las mesas de borregos destrozadas a hachazos.

—Yo solo sé que iba para la Unión y me he encontrado la puerta cerrada, sin ningún cartel que explicara por qué, chico. Ni nadie ahí para decir qué hacía así la cosa en Jueves Santo, que anda que cago en sos.

Ángel echa una mirada a Ulises y sospecha lo que ha ocurrido con las mesas de Borregos. Parece que este es el año del Nuevo Casino.

—Yo hoy no tiro por lo de la mano. Pero ahí es donde se gana o se pierde dinero.

—Yo ya hace siglos que no tiro.

—Ya, porque eras más malo, me cago en todo —la risa del grupo de viejos certifica esta última afirmación.

1:45

Impaciencia. Paulino oye cantar los números. Sujeta los suyos en la mano, aguza el oído, lo asoma al altavoz quebradizo de la Mesa. Está apartado del corro de gente. Escucha las buenas y las malas atento a los rostros de alegría o resignación que escape el círculo central. Solo tiene tres papeletas: la ciento cincuenta y tres, la ciento cincuenta y nueve y la ciento ochenta. Él lo ha querido así. Si las cosas salen como las tiene planeadas no necesitará más números. Debe ser la única persona de la sala que no juega por diversión. No se ha pasado los últimos tres meses practicando por diversión. No quiere dejarse llevar por la sangre caliente, como el resto de los jugadores.

Es un plan perfecto, es una ejecución perfecta, es dinero para Fernando porque es él quien ha invertido en ello. No sabe exactamente qué espera

obtener su tío a cambio: mil euros, quizá dos mil, puede que perderlo todo. Pero se va a sorprender.

—¿Aún no has jugado? —le preguntó un rato antes de irse. Paulino estaba junto a la barra, bebiendo lo que parecía un *gin tonic*—. Mira que se te va a pasar el momento bueno.

—Aún no. Confíe en mí, tío.

Y Fernando, con la misma sonrisa de siempre, se alejó hacia el despacho negando con la cabeza.

Pero ya empieza a ser el momento. Y a Paulino le preocupa que la hora se retrase demasiado. Si los tiradores hacen demasiadas buenas, pasarán más minutos en la mesa y su turno se pospondrá. Los jugadores irán perdiendo dinero y no tendrán con qué apostar. Ha comprado sus números esperando poder tirar alrededor de la una y media. Pero el reloj corre. Y Fernando aún no ha regresado. Paulino quiere que él presencie las tiradas, no tener que contárselas luego.

Paulino está rompiendo todas las convenciones de los Borregos. Aquí nadie calcula, nadie cuenta los minutos, nadie espera ganar ni tampoco perder, nadie quiere ser prudente ni mantener la cabeza fría. Aquí te conducen las ganas de divertirse. Si pierdes todo, qué cojones, si era para jugar, bien perdido está. Y si ganas, a lo mejor te despides de lo ganado en una cena para toda la cuadrilla, que incluya a los que se han quedado sin un céntimo. Paulino, tiene un objetivo.

Vuelve a acercarse a la barra y pide otra tónica, en voz muy baja, que no le escuche más que la camarera. Con su rodaja de limón, su vaso de plástico doble, nadie diría que no es *gin tonic* lo que se está bebiendo a tragos decididos. Luego busca al Maru con la mirada. Lo encuentra hablando con un grupo de cuatro muchachos jóvenes que se dejan llevar por las experiencias del primo. Menudos cretinos. De esos cuatro, tres ya le pegan duro al *speed*. Cuando tengan los años del Maru, al menos uno de ellos caminará como un fantasma en una busca empecinada de alivio. Paulino le hace una seña al Maru. Este se despide de los chavales y se acerca. No le hace falta fingir que está borracho, se ha debido de tomar ya cinco copas y sabe Dios qué más cosas. Justo lo que Paulino necesita.

—¿Podrás contar el dinero?

—Claro, hombre —y alarga la palabra *hombre* como si dudase de su significado—. ¿Cuánto voy a llevar?

—Como te quedas con algo te cagas. Ten en cuenta que es dinero de Fernando.

—Tranquilo.

—Luego te guardas los cien que te prometí.

Por fin la Mesa canta: «Ciento cincuenta y tres». Paulino se apresura a adentrarse en el agujero negro, arrastrando al Maru de la manga. La gente les abre paso. Paulino finge un tambaleo comedido, bien escenificado. Se ha forzado a no pestañear durante unos minutos y el humo le ha puesto los ojos húmedos y enrojecidos. Parece tan borracho como el Maru, a pesar de que no ha probado ni una gota de alcohol. Los hombres de alrededor de la mesa lo miran y preparan sus billetes. Se escucha algún susurro: «Joder, cómo van estos, no meten ni una». Un paisano honrado se dirige a él: «Chaval, ¿seguro que quieres tirar? ¿Por qué no te lo piensas?» Solo por la apariencia que el Maru le contagia, Paulino podría ahorrarse todo el teatro. Pero mejor así. Saca el fajo de billetes que le abulta en el bolsillo del vaquero. Lo divide por la mitad: hay de cincuenta y de veinte. Se guarda una parte y le da la otra al Maru.

—Casa solo hasta trescientos —le dice.

—¡Dinero tiene la Mesa! —anuncia por el altavoz el jubulado de la gorra.

Empieza a llover moneda. El Maru se ocupa de buscar pareja a los billetes que caen. Paulino estudia al público. Hay buenos jugadores a los que ha visto otros años. Allí, sentado en una de las sillas, está el Vicente, el albañil aquel de «pelopincho» que bebía como una esponja y luego se apostaba los dineros de un año en Jueves Santo. Luego hay algún viejo de los de toda la vida, que tiran muy bien pero apuestan poco. Muchos jóvenes borrachos soltarán todo lo que lleven en el bolsillo, ya no piensan. Y hombres maduros de clase alta, de los que viven en las nuevas zonas de chalets: buenas presas.

Entre todos ellos encuentra una cara demasiado conocida. El pijo ese de Madrid que ronda al jefe. Está detrás de las sillas y tiene billetes en la mano. Esa cara de chulo a Paulino no le gusta nada: parece llamarte paleta hasta con el movimiento de las aletas de la nariz. De hecho, se trata del único de los que rodean la mesa que no está haciendo bromas, ni hablando en alto, ni cagándose en algo, ni sonriendo. No parece disfrutar. Ha visto a Paulino jugar en casa y eso no es bueno.

Ángel va a colocar uno de cincuenta sobre el fieltro. Ya tiene medio brazo alargado. Pero en cuanto reconoce a Paulino se echa atrás. Lo ha visto en su

propia mesa, no parece un juego tan difícil como para no dominarlo después de unos días de entrenamiento. Al vacilar, llama la atención: un tipo de gafas gruesas que está a su lado se percata. No pregunta nada, pero recoge de la mesa sus cien euros antes de que el Maru los case.

«Me cago en su puta madre», se dice Paulino. Le dedica una mirada de desprecio a Ángel por el poco disimulo, se pone a pensar qué hacer para solucionarlo.

—¡La Mesa no va más! —anuncia el altavoz.

Al Maru, alguna neurona sana le ha permitido contar hasta trescientos. Ha dejado de casar apuestas al sobrepasar esa cantidad. Se escuchan entonces voces que buscan que alguien cubra una apuesta a malas. La mayoría no encuentra quién juegue en su contra.

—Cien a buenas —grita Ángel, y Paulino reprime una blasfemia, procurando que el cabreo no le saque del papel de novato borracho.

Vicente está justo delante. Es el más rápido: vuelve el cuerpo y con un dedo toca primero a Ángel y luego se señala a sí mismo. Le entrega dos billetes de cincuenta: Ángel se queda sujetando los doscientos euros a la vista.

—Va bola —dice la Mesa.

Paulino se concentra, no sea que lo vaya a estropear ahora. Agacha la cabeza y mide el impulso de sus muñecas. Lanza. Las bolas salen rápidas y bruscas impulsadas por la varilla por debajo del listón diagonal. Cruzan el tapete con velocidad y se estrellan contra el fondo. Cuando se detienen, Paulino sonrío: «Perfecto».

—Malas —dicta la Mesa.

Una tirada horrible para cualquiera que sepa algo de Borregos. Torpe, demasiado fuerte. Han entrado tres bolas. Las otras han rebotado hasta el centro. Las manos se arrojan sobre los billetes: en un pestañeo el tapete se queda vacío. Vicente estira el brazo para que Ángel le entregue los doscientos euros. El tipo de las gafas gruesas le dedica un gesto que parece querer decir: «No tienes ni puta idea». Paulino finge tambaleos. Arrastra al Maru lejos de la mesa.

—Espérame por aquí, que me va a tocar tirar dentro de nada otra vez.

El primo se queda como un poste: solo asiente. No parece tener intención de entretenerse de ninguna manera.

2:00

—Número ciento cincuenta y cuatro —canta la Mesa.

Vicente se levanta de su silla, se impulsa hacia arriba con un ímpetu poco común. Lleva ganados trescientos euros apostando contra la Mesa. Cualquiera otro jugador lo vería como un buen promedio, pero para él aún no ha llegado el momento. Bebe Coca-cola, que la gente lo sepa. Se acabaron los sudores fermentados en las distancias cortas. Si le consideran un aburrido, que se jodan.

Saca su fajo sin ocultar que lleva tres mil euros en el bolsillo: billetes de cincuenta, cien y doscientos.

—Dinero tiene la Mesa.

Los billetes que vienen. Vicente casa todos y cada uno de ellos hasta que dejan de caer sobre el fieltro. Es la tirada con más dinero de la noche.

—Va bola.

Vicente coloca los ojos entrecerrados a la altura de la varilla. El «pelopincho» asoma por encima de la banda, un erizo en su madriguera. Se frota las manos. Lanza. Todas las bolas entran.

—¡Buenas!

Ni sonrisa ni gesto de euforia. Recoge el dinero y lo coloca bajo su banda.

—¡Dinero tiene la Mesa!

Esta vez los jóvenes comienzan a apostar. Aumenta la cantidad de dinero a medida que avanzan las tiradas: existe una premisa según la cual el que lanza «alguna vez tendrá que fallar». Sobre el tapete acaban unos mil euros. Vicente los casa todos.

—¡Va bola!

No lo piensa. Lanza.

—¡Malas!

Imperturbable. Observa cómo sus billetes se esfuman. No pasa nada. Los dos próximos números también son suyos.

—Ciento cincuenta y cinco.

Vicente arroja la papeleta con el número. El papelito planea por el aire con desdén. Como si estuviese yendo a parar a una alcantarilla.

—¡Dinero tiene la Mesa!

El proceso se repite, los billetes aparecen de nuevo. La última tirada ha sido muy fea. Tres bolas salieron y las demás entraron violentas y apretujadas

unas contra otras, como huyendo de un incendio. Eso ha enseñado a los jóvenes que quizá Vicente no sea tan buen tirador como parecía en un principio: la intuición los espolea. Mil quinientos euros sobre el tapete: entran por el rabillo del ojo de un Vicente que se esfuerza en no parecer temeroso. No se ha negado a casar ninguna apuesta. Pero las manos empiezan a temblar.

—¡Va bola! ¡Malas!

Traga saliva. Se frota los ojos con las yemas de los pulgares. No hay problema. Basta con hacer tres buenas seguidas para recuperar lo perdido y luego jugar con cabeza.

—Ciento cincuenta y seis.

La última papeleta de Vicente. Vuelve el «dinero tiene la Mesa». Vuelven los euros de centena en centena. Vuelve el «va bola».

Esta vez Vicente respira hondo. Coge la varilla por los extremos con suavidad, con la punta de los dedos. Suelta todo el aire que lleva en los pulmones. Un latigazo de muñecas, preciso, certero, perfecto. Una buena tirada, diría cualquiera. Las bolas salen suaves, como un cuchillo untando mantequilla. Viajan rectas en buena dirección. Una a una, caen dentro del agujero con un repiqueteo desacompañado. La última se frena. Se frena antes. Justo a un milímetro. Entran siete. Sale una.

—¡Malas!

Vicente se yergue, procura hacer funcionar los pulmones para que el oxígeno alcance el cerebro cuanto antes. Muy quieto. Los asistentes que le conocen, que son muchos, lo miran con lástima, como si no pudiera ocurrirles nunca a ellos.

—Ciento cincuenta y siete.

Y el jugador ciento cincuenta y siete se sitúa frente a la mesa obligando a Vicente a apartarse y a salir por un costado, anónimo y secundario. Evita las miradas. Sale del grupo central, furtivo.

Cuenta su dinero. Le quedan unos mil euros. «Vamos a ver», piensa. «Vamos a ver. ¿Qué pasa este año?» En otras ocasiones no tenía ningún problema en hacer tres tiradas, cuatro, incluso cinco buenas seguidas. Raro era el año que no se iba con, al menos, quinientos euros de beneficio. ¿Qué ocurre?

Lo que ocurre es la presión. Los billetes contemplándole desde el triángulo de la banda. Metiéndose en sus retinas, en su sangre, acelerando el pulso,

impidiendo respirar. Nunca un euro había tenido tanto valor para él como este año. ¿Pero es que no había pasado por situaciones parecidas? ¿Es que el dinero no valía nada cuando no era más que un albañil de cuadrilla, cuando ahorraba cada céntimo, casi sin fines de semana, sin vacaciones en absoluto, pagar su hipoteca, su crédito para el coche, la ropita de las niñas? Entonces jugaba y ganaba. Y no recuerda sentir miedo ni presión. ¿Dónde está la diferencia?

Vicente sabe de sobra dónde. Lo primero que hace: comprarle tres nuevos turnos de tirada a Sebastián. Lo siguiente: acercarse a la barra y pedir un whisky con agua.

2:00

—Hola. Discúlpeme. Me conoce, ¿verdad?

Paulino se ha acercado a Ángel. Este sale del baño, dispuesto a volver al juego hasta que aparezca Fernando. Cuando se aleja de la mesa se olvida de toda la cordialidad y la cercanía. Vuelve a convertirse en el Ángel recién llegado de Madrid.

—Quería pedirle una cosa, si no es molestia. Mire —dice Paulino bajando mucho la voz—, es importante para mí que nadie sepa que he estado practicando en una mesa.

—No sé si te entiendo.

—Antes, usted ha quitado una apuesta. Cuando he ido a tirar, cuando me ha reconocido. Ha cantado mucho, ¿sabe lo que le digo?

—Sí, tienes razón, lo he hecho.

—Ya, si no pasa nada. Pero si la gente se diera cuenta de que he estado practicando, nadie apostará contra mí.

Ángel comprende. Y también descubre por qué el muchacho, que antes parecía borracho como una cuba, ahora habla absolutamente lúcido y mantiene el equilibrio sobre sus dos pies.

—¿Estás tirando a fallar? —pregunta.

—Hostia puta que sí. Me quedan dos números: el ciento cincuenta y nueve y el ciento ochenta. Con el primero tiraré otra vez a fallar. Pero con el otro pienso hacer diez buenas seguidas, si Dios quiere.

—¿Eso es común?

—No, claro que no. Y tampoco es común tener mesa. Nadie tiene mesa en Calahorra. A lo mejor una o dos personas más, pero no se sabe. Y se mantiene muy en secreto. Yo me traje una de billar desde Pamplona, por no comprarla demasiado cerca. Y el agujero se lo hice yo mismo. No es un juego demasiado complicado, ¿sabe? Se coge el truco y luego no se falla. Por eso, si alguien se entera de que practicas, no se gana dinero. Nadie apuesta contra ti. Y yo tengo un dinero que ganar.

—Vistes como si vivieras en una discoteca de jueves a viernes, pero me tratas de usted. Es curioso —dice Ángel, necesitado de elevarse por encima del chaval.

Paulino asume su condición humilde y se encoge de hombros sin saber qué contestar.

—No sé. Es usted amigo de mi tío. Lo tengo por costumbre.

El rostro de Paulino, bajo el *piercing* que lleva en la ceja y sobre el jersey inmenso con capucha, refleja sinceridad. Desde la mesa llegan los sonidos de la megafonía y alguna que otra exclamación tras una tirada exitosa. Al otro lado del pasillo de los baños, que conecta el casino con el bar de entrada, una camarera pone cañas en vaso largo, sin preocuparse mucho por la espuma. Ahí está Chus, acodado en la barra, vigilando quién entra y quién sale. Pasa desapercibido a pesar de su pelo exótico. Parece aburrirse. Paulino le lanza un saludo, pero él no lo ve. Una cocinera aprieta bocadillos de panceta y queso fundido contra una parrilla renegrida. Los paisanos también necesitan comer, no solo de alcohol y juego viven.

—No te preocupes —está diciendo Ángel—. Seré discreto. Y además me voy a ir enseguida, en cuanto vuelva Fernando.

—Llegará enseguida. Ha ido a buscar a un invitado de Casimiro al aeropuerto de Logroño. Viene en avioneta privada.

—Ya lo sé. Espero que vuelva pronto.

Ángel abandona el pasillo en dirección a la barra. Paulino se queda mirándole: «Pijo de mierda». Luego se mete en el baño de caballeros y se encierra en uno de los retretes. El sonido del exterior se amortigua en la puerta de conglomerado. Un pequeño cubículo de paz en el interior de una jaula de monos. Primero hace pis. Luego saca una papelina de coca y se hace una raya cortita sirviéndosela encima de la cartera de piel negra. Sale, se lava las manos. Vuelve a la sala frotándose la nariz y pasándose la lengua por la encía superior.

—Número ciento cincuenta y nueve —dice la megafonía desde lejos.

Paulino se apresura adonde dejó al Maru, que se mantiene como había quedado, en la misma posición, sin pestañear siquiera. Se concentra en iniciar de nuevo su pantomima. Se adentra tambaleándose en el círculo de gente, preparado para errar el tiro.

2:00

—Yo es que aún soy virgen. Todavía estoy esperando al adecuado.

Habla Eva, la espalda bien estirada mirando hacia arriba, a la cara. Su interlocutor es un chico, no más de veinte, fuerte, piel morena, ojos claros. Por supuesto, sabe que ella miente.

El interior de un lavabo: pocos milímetros distancian al uno del otro. Aunque la puerta reduce el estruendo que viene de fuera, tienen que subir las voces para entenderse. Se halla en ese momento de la noche, cuando todo empieza a importar poco. El retrete está sucio y huele a orina, importa poco. El suelo encharcado empapa los bajos de los pantalones, importa poco. El cabello es un cenicero, las bocas barricas de plástico, pero importa poco.

Eva masca chicle de menta: él lo considera una invitación. Se lanza a besarla. Endurece la lengua para buscar la suya. Ella se hace la sorprendida y mantiene los brazos cruzados sobre el abdomen. Tensa el cuello y los hombros. Pero luego se relaja y echa la mano a la nuca del chico suavemente.

Se han encontrado en el exterior. No es de Calahorra. Se sorbía los mocos. Mueve los dedos y el maxilar inferior como un engranaje mal engrasado. Habla deprisa sin contar nada, sin gracia, sin encanto. Pero sus ojos claros y su torso convierten cada palabra en una exhibición de ingenio y gentileza.

—¿Llevas algo? —ha preguntado ella.

—¿Algo de qué?

—No sé. ¿*Speed*?

—No tengo para pasar. Estoy con mis amigos.

Eva ha ensayado sus ojos más seductores, secundados por párpados nocturnos y pestañas espesas.

—¿Y no me puedes invitar a un tiro?

El chico ha dudado. No es más que *speed*. Le pondrá una pequeña, nadie se enterará. Así que ha asentido. Eva lo ha cogido de la mano y se lo ha llevado

al interior del bar. Este consiste en un pasillo angosto con la barra a la izquierda y los aseos al fondo. La música alborota por unos altavoces quebrados que distorsionan. Parece pensada para inhibir los sentidos, más que para bailar o escuchar. El bar se encuentra atestado. Unos cuerpos se rozan con otros, hay un constante vals para dejar paso a quienes entran y salen. Al andar se apartan personas, cortinas de humo y vapor etílico. Lo mejor es no acercarse a la barra, donde se congregan las grandes manadas.

Es uno de los bares de la Ronda, una ruta nocturna por el casco antiguo. La Ronda ocupa varias calles estrechas y oscuras. La multitud se acurruca en las puertas de los locales porque a veces resulta imposible entrar. Beben dentro o en la calle. La amistad se sustancia, el amor se inaugura, los hombres se hacen más hombres y las mujeres más mujeres.

Allí se deja meter mano por primera vez una chica. Aquí un muchacho llora porque no es él quien le mete mano. Unos metros hacia fuera, uno del pueblo pelea a puñetazos con un visitante y pronto acabarán abrazándose e invitándose a beber. Allí una cuadrilla entera canta canciones de charanga y se arrodillan todos a la vez y hacen reverencias estudiadas cuando pasa una chica preciosa.

Así que ahora Eva está encerrada en una letrina claustrofóbica besando a un tipo que le introduce la lengua en la cavidad bucal y la retuerce para extraer Dios sabe qué jugos. Poco a poco, la mano derecha del intruso se desliza por la cintura hacia arriba, furtivamente, hasta el pecho izquierdo. Por el momento ella lo juzga suficiente. Ya tiene lo que quería. Le agarra la mano por la muñeca y se la aparta. Dice que no, que tiene que irse con sus amigas ahora.

—Luego te busco —promete.

El tipo se queda con cara de tonto y una erección sobresaliente. A la puerta del baño se ha formado una larga cola de chicas que quieren entrar.

Eva sale a la calle y se junta pronto con un grupo de amigas. Todas parecen más jóvenes que ella, aunque tienen la misma edad. Visten *legins* de lycra, falda corta, vaqueros pitillo ajustados, camisetas de tirantes y la cazadora echada al hombro. Sus pelos son de gamas de colores variables, la mayoría con flequillos rectos, que están muy de moda y resultan *sexys*. Pero sus pechos y sus piernas cobran más importancia. Eva empieza a frotarse la nariz. Una niña muy delgada, que se llama Carolina, la mira con envidia.

—Joder, ¿ya te has metido algo?

Eva se lleva el dedo a los labios para pedir discreción, pero en el fondo le gusta que sus amigas lo sepan. Hace un rato todas estaban cenando juntas en una gran mesa corrida, hecha con tableros y caballetes, en el cuarto de la Peña Riojana. Ahora se dispersan por la Ronda, entrando y saliendo en bares como una plaga de topillos en sus madrigueras.

Tras una esquina, se escucha una voz, más que rasgada, quemada, que empieza a cantar:

«Con la bota llena vino
Como riojanos que somos
Saludamos a Calahorra
Tierra de amor y de gracia...»

—No se lo digas a la Ana, que es una histérica —pide Eva a Carolina en lo que considera voz baja.

Todos se van uniendo al cantante a medida que el alcohol colma los capilares de las mejillas y los recovecos, los bucles y los valles, que aún surcan el interior de los cerebros.

«... y de rodillas te juro,
que si tuviera dinero,
en medio la calle grande,
con letras de oro
pondría un letrero»

—Ya te digo —contesta Carolina—. La Ana es una cría.

Ahí se levanta un joven y otro enseña el culo por un mirador, y se saca otra copa de un bar, y se golpea una puerta para llevar el ritmo de la canción y uno muerde un vaso de plástico vacío y luego se lo tira a la cara a otro que está despistado, y todos prestan sus voces para cantar a gritos la última estrofa, para lo cual alguno de ellos incluso pega un saltito:

«Di—cien—do:
¡Chorra!
¡Tú eres Calahorra!
La más bonita
Del mundo entero.»

Eva lleva toda la noche buscando algo con la mirada y, ahora que la anfetamina le empieza a conquistar los globos oculares, sus pupilas se disparan en todas direcciones.

—El otro día a la Mari la sacaron de un bar a la rastra, que se cayó redonda,

maja —está diciendo Carolina, la delgaducha.

—Pssst —dice Eva—. Disimula, que viene Ana.

El frío va envolviendo la calle, pero a más alcohol más lo ignoran. Metros abajo, unos chicos inflamables buscan nuevas canciones. Uno de ellos conserva su espada de legionario por un día y sigue el ritmo, dando golpes con el pomo contra la pared.

—¡Eva, cástate conmigo!

—¡Vas listo, Ricky! —contesta ella enseñando el dedo corazón.

«A mí me llaman el tablón
porque me gusta el morapio
pero prefiero beber vino
¡vinovinovinovino!
a que me llamen Serapio
¡Serapio, cabrón!
Que yo no bebo por beber,
que bebo por olvidar.
Porque bebiendo se olvida,
porque bebiendo se olvida
el tener que trabajar. «

—Ana, ¿llevas relleno en el sujetador?

—Eh, no... ¿Por qué? —Ana se ruboriza dado que, efectivamente, no lleva relleno. Desde hace solo unas semanas.

Vanesa llega con varios vasos porque, debido a su timidez, necesita al menos cinco potes para lanzarse a hablar. Una vez bebidos es de las que más deseos inspira por su atractivo y su talla noventa.

Según Eva hace la Ronda, empieza a reinar la visión de túnel, las risas se vuelven escandalosas y las actitudes primarias. Ella sabe que cae por un embudo del que no saldrá hasta que despierte al día siguiente. Habla, ríe y baila, y dice cosas que deben tener algún sentido.

Lleva una de sus minifaldas con botas negras de caña alta. Después del Paso Viviente corrió a cambiarse y retocar el maquillaje. Su madre y Paula acababan de llegar de la calle.

—Hemos estado viéndote —dijo Marisa—. Lo que pasa es que luego no salías y nos hemos cansado de esperarte. Lo has hecho muy bien.

Un beso de enhorabuena. Eva lo agradeció con una sonrisa. Paula la encontró desarmada. Vio que era un buen momento para hacerla rabiar.

—¿Sabes quién estaba también viéndote, ahí cerca de nosotros? El Roberto. El médico. Se le caía la baba, maja.

—Paula, si te *callarías* —ordenó Marisa.

—Que te den por el culo, hermosa —zanjó Eva.

—Llegarás a las cuatro, ¿no? —lanzó Marisa la pregunta desde la cocina, sin asomar la cabeza.

—Sí, mamá, no te preocupes.

Las horas van transcurriendo. Ya son las cuatro y media.

Eva tiene el presentimiento de que hay alguien que la observa entre la gente. Es natural que lo tenga. Los bares empiezan a echar el cierre en la Ronda. Poco quedará abierto en unos minutos. Los nervios oculares de Eva imitan los de las lechuzas, voltean los ojos, independiente el uno del otro. Cuando se cruza con alguien conocido, intenta disimular. Hace un buen rato que no ve a sus amigas. Ahora está sola. Cada dos pasos que avanza, se vuelve para mirar. La respiración la sigue. «El próximo día, nada de *speed*».

Busca al chico de los ojos claros que la invitó a la primera raya. A esas horas, los que quedan ya han perdido el Norte. En un portal hay una tía sentada que vomita en el espacio que dejan sus piernas abiertas. Se ensucia el pelo. Dos muchachos inclinados se ríen de ella. Uno se ha bajado los pantalones, anuncia a gritos que quiere ser el primer hombre en llegar a Marte. Una docena de chicos y chicas lo jalean mientras se saca la polla. «¡Comandante Rabinson, diez segundos para el despegue!» Se mueven ya por la inercia de todo un día avanzando. Toman el camino de sus casas con los párpados chocando entre ellos. Caminan en apretados zigzags. Calle abajo, Eva encuentra al chico de ojos claros. Está besándose exageradamente con un escote generoso de falda corta. Eva decide abandonar. Probará a dormir. Intentará prepararse una infusión de valeriana sin hacer ruido. Solo desea que su madre no espere despierta.

—¡Andevás morena! —grita un descamisado al verla pasar. Ella le arroja una mirada seria. Aprieta el paso: no está tan desesperada.

La luz de las farolas resulta inconcreta: algunas apenas iluminan, otras resplandecen con potencia hasta hacerla echar de menos las gafas oscuras. Su visión periférica está inutilizada. Se va con una falsa sensación de sobriedad, cosa de la anfetamina.

Pronto sale del casco viejo y cruza el Mercadal. Ahí la gente se disuelve. A lo lejos una pareja se besa en un banco. Unos amigos trepan a una fuente para

hacer el mono. La noche se espesa. No debería haberse ido sin avisar a sus amigas. Aunque ya las tiene acostumbradas, se enfadarán. Mañana les enviará un sms para tranquilizarlas. No le apetece hablar con ellas ahora, pero el caso es que tampoco le apetece irse a casa. Hubiera sido el momento perfecto para enganchar al tipo de los ojos claros. Demasiada autosuficiencia, a veces.

Junto a un pasaje vuelve de nuevo la mirada: detrás de ese coche, lo ha visto a través de las ventanillas. Ahí se ha movido una silueta y luego se ha esfumado. Agita la cabeza. Reanuda el camino cruzando el pasaje. Luces fluorescentes, solitarias, suelos pulidos, fríos, más fríos que sus dientes. Le dan ganas de subirse por las paredes. ¿En casa tan pronto? Debería volver con sus amigas. Pero ya está tan lejos de ellas: decide seguir. Saca las llaves del portal. La última esquina. Ahí, junto a su edificio, hay una cara conocida que aguarda. Es Roberto. Cuando la ve, sonrío. Ella le devuelve la sonrisa: parece que la noche no termina al fin y al cabo.

Mira el reloj, son las cinco.

Se encoge de hombros. Merecerá la pena. Se hará un poco de rogar y luego irá donde él proponga. En cuanto a Marisa, una bronca más no le va a hacer mal. También le enviará un sms.

«Mierda». Acaba de darse cuenta de que no tiene batería en el móvil. No habrá sms para su madre. «Qué más da», se dice.

2:15

Otro *gin tonic*. Ángel en la barra. No ha perdido ni ganado: empezó con trescientos, ahora tiene trescientos. Ha jugado con prudencia, ha observado a cada tirador, el recelo propio del novato. Ya no sabe si sigue ahí porque necesita esperar a Fernando o porque hacía tiempo que no se lo pasaba tan bien.

No obstante, ahí está Fernando. Al fin. Aparece por el pasillo de entrada, el de los baños. Viene acompañado de Ulises, de Casimiro, con su calva y su menudencia, y de otras tres persona. Dos de ellos son barrigudos ricos de unos cincuenta años, aspecto de haber venido a por prostitutas. El otro, un hombre gordo y blando, barba gruesa y muy negra. ¿Tinte? Posiblemente. Camina con dificultad, respira con dificultad, ríe con dificultad los

comentarios de Fernando.

Ángel tiende la mano a su anfitrión. Fernando se lo lleva al despacho y le deja abrir la caja fuerte en privado. Con la bolsa de deporte negra encima de la mesa, Fernando le enseña a Ángel los cincuenta mil euros que estaba esperando. Los entierra entre los demás billetes y cierra la cremallera. El mismo Fernando deposita de nuevo la bolsa en la caja fuerte, a pesar de que Ángel trata de impedirselo.

—Fernando, yo me voy ya. Me ha encantado quedarme y jugar un poco. Me lo he pasado bien.

—Eso no puede ser, hombre. ¡Si aún no te has tomado una copa conmigo!

No le da la opción de coger la bolsa y marcharse. Empuja la puerta de la caja fuerte y esta queda sellada. Luego le agarra del codo. Una vez más, lo conduce de vuelta al casino.

—Perdona que hayamos tardado tanto.

Ángel asiente. Hace un rato estaba preocupado, pero ahora los *gin tonic* han reducido la sensación de riesgo. Por otra parte, ya tiene todo el dinero: se puede relajar. La obligación de quedarse unos minutos más en los Borregos no le molesta. Se lo está pasando bien. No se puede hacer un feo a un futuro socio. Fernando le conduce hacia el grupo de personas con el que llegó.

—Déjame aprovechar que acabas de pedir esa bebida para acompañarte —y se dirige a los recién llegados—. ¿Qué quieren tomar?

—Havana con Coca-cola —responde el del pelo teñido, una voz rotunda entre el humo de cigarro.

—Ulises, ¿te importa? Para mí Beefeater con tónica, como el de Ángel.

—Yo quiero otro —dice Casimiro—. Y asegúrate de que los ponen a mi cuenta, ¿eh? Mira, Ángel, te presento a Andrés Soto, abogado, Andrés García, también abogado, y Luciano Valladares. Es empresario de la construcción en Levante, como tú.

—En Alicante y Murcia —matiza Luciano Valladares sin negarse a un condescendiente apretón de manos.

—Le conozco. Me llamo Ángel Verdasco. Soy hijo de Florencio Verdasco.

La frase suena seca. Como una acusación. Valladares se queda callado y le dedica una mirada de arriba abajo, muy serio. Termina luego con una sonrisa.

—Cojones. No te pareces a tu padre.

—No. No me parezco a él en muchas cosas.

El ruido del casino se suaviza en los oídos de Ángel. Aun así: alguna

risotada colectiva, golpes provenientes de un juego de cartas. El humo acumulado sin escape ha oscurecido la robótica luz de los fluorescentes que desfilan por el techo. Ojos en abrasión, pulmones a rebosar del tabaco que antes ha fumado otro.

—Y dime, Verdasco Hijo —dice Valladares dándole una amistosa palmada en el hombro—, ¿qué haces tú por aquí?

—Negocios. Con el señor Rosas. Tenemos entre manos una promoción en Rusia.

—Joder, suena que te cagas. A tu padre le hubiera gustado oírlo. Parece que apuntas alto.

—¿Conocía a su padre? —pregunta Fernando—. Qué gran tipo. Se lo juro por la Virgen que es el mejor tipo que me he encontrado en mi vida.

Como única respuesta, Valladares expulsa el humo de cigarro de un soberano soplido.

—Claro que lo conocía —dice Ángel—. Le robó sesenta millones de pesetas de un negocio en Venezuela. Y luego desapareció.

Adiós sonrisa. A Fernando se le borra de un plumazo. Valladares, sin embargo, enseña dos presuntuosos colmillos.

—No es este el momento para discutirlo, hijo.

Ángel se vuelve hacia la salida. «Abandona el casino», se dice. Pero Fernando le intercepta por un brazo varios pasos más allá.

—Ángel, por Dios, perdóname. Yo no sabía que este tipo conocía a tu padre ni nada. Sabes que yo le quería más que a nadie en el mundo, te lo juro por todo lo más sagrado.

Fernando está cagándose en la casualidad.

—Lo sé, Fernando. No te culpo.

Tenía que suceder: Florencio Verdasco, como buen empresario, había tenido batallas con muchos piratas. Tarde o temprano Ángel se iba a topar con uno.

—Por favor, quédate y tómate la última conmigo. Tendremos que aguantar a este tipo, es un negocio de Casimiro. Y bueno, te voy a ser sincero, a mí me interesaba luego llevármelo al club, que se va a dejar una pasta. Lo voy a desplumar, y ahora más que nunca, sabiendo lo que le hizo a tu padre —abre mucho los ojos—. Pero para eso no es bueno que te vayas tan de golpe. No quiero que se le atraganten las ganas de gastar. Por favor, quédate un rato. Sabré compensártelo.

Lo piensa unos segundos: decide que Valladares no supone suficiente motivo para que se le estropee una noche que ha empezado tan bien, y que ha seguido a un día tan miserable. Asiente. Casimiro, a unos metros, adivina la tregua y empieza a hacer aspavientos con los brazos y a hablar como un feriante.

—Caballeros, vamos a jugar y a beber, que todavía queda mucha velada. Y mañana más.

—Que alguien me explique esta mierda de juego, que yo he venido aquí a apostar —comenta Valladares entre bocanadas de humo.

Casimiro exclama un «por supuesto» y se lo lleva del brazo para que vea la mesa. Los siguen, bebidas en mano, los dos abogados de nombre Andrés. Fernando y Ángel se quedan junto a la barra.

—El tipo dejó a mi padre vendido en Venezuela. Un desfalco. El negocio iba mal y no sabían qué hacer para solucionarlo. Él le propuso coger todo lo posible y correr a España. Mi padre se negó. Al día siguiente, se había largado. Mi padre estuvo a punto de acabar en la cárcel, pero consiguió remontar gracias a sus amigos.

—Creo que me habían contado esa historia.

Los minutos van pasando entre las copas, el dinero que tiene la Mesa, las bolas que van. A la izquierda del corro central unos veinteañeros han bebido demasiado, arman jaleo. Discuten por veinte euros: ya no recuerdan quién ha ido a buenas y quién a malas. Chus se acerca. Lleva casi toda la noche en el bar, junto a la puerta, vigilando quién entra. Cumpliendo con su deber. Acomete breves incursiones en el salón de juego para asegurarse de que el orden continúa siendo orden. Muy disimuladamente, agarra a uno de los chavales por la muñeca y le susurra algo al oído. Luego se la retuerce, aparecen unas lágrimas. Pregunta algo, su víctima responde que sí. Le suelta: el grupo de veinteañeros es invitado a abandonar el local de forma amistosa. Se escucha una voz anciana desinhibida por el Marie Brizard: «Nunca había visto yo esto en Borregos. Ni mangantes ni gorilas había en los otros casinos. Jamás». Los chavales desfilan por el pasillo de salida, pasan por delante de Sebastián, el de los boletos.

—¿No nos devuelven el dinero de la entrada? —protesta uno.

—Cállate —contesta el de la muñeca retorcida, que ya no parece tan borracho.

Durante un rato, Ángel le cuenta a Fernando los detalles del problema de su

padre en Venezuela. Él responde con un caso parecido que le ocurrió a uno de sus antiguos socios en Huelva. Ángel certifica que se trata de algo común. Demasiado común, proclama Fernando. Y establecen su conformidad con que nadie puede fiarse ni de su sombra. «No lo sabes tú bien», piensa Ángel para sí.

En ese lapso cae un nuevo *gin tonic*. Ángel empieza a preguntarse qué hará para viajar hasta Madrid en ese estado. Bueno, no parece para tanto: conducirá directamente a la casa de Fiódor, le entregará el maletín y luego se irá a dormir durante el resto del día. El lunes se lo tomará libre. Quizá el martes también. Los ojos le pican como si tuviera puntas de alfiler bajo los párpados. Se siente tentado de decir tonterías y de perder la compostura. Pero pronto aparecen Valladares y los dos abogados con Casimiro. El gordo tira un vaso de plástico vacío al suelo. El presidente del casino se acerca a la barra para que le pongan más bebidas.

—Aquí la gente apuesta mariconadas —dice el constructor.

—¿Ya habéis estado jugando? —pregunta Fernando.

—Yo ya he perdido quinientos —contesta un Andrés.

—Aquí la gente juega por jugar, no por ganar. Es un entretenimiento —comenta Ángel sin ganas.

—Los cojones —interrumpe Valladares. El alcohol no le sienta bien: no ha bebido ni la mitad que Ángel y ya le ha enrojecido totalmente el rostro, jadea, su voz ha subido aún más de volumen—. Entretenimiento los cojones. Yo eso de divertirse y participar me lo paso por el culo. Yo voy a ganar. Si se va a ganar, se gana, ni por diversión ni hostias.

—Tú mismo —desprecia Ángel.

—Tú mismo una mierda, niño.

—Oye, Fernando. Yo no tengo por qué aguantar a este tipo. No me han educado así.

—No te han educado —sigue Valladares justo en el momento en que la Mesa canta de fondo el número ciento setenta y ocho—. A ver si tienes más cojones que tu padre para apostarte cincuenta mil euros. Yo digo que el tipo que tira ahora la caga. ¿Vas a *buenas* o como coño se diga?

—Escuche, señor Valladares —media Fernando—. No me hace ni puta gracia que se insulte a los muertos. Menos aún si hablamos de amigos.

—No, déjalo, Fernando —interrumpe Ángel—. Voy a apostar esos cincuenta mil. Cincuenta mil a buenas.

—¿Estás seguro? Te prometo por la Virgen que no quedas de cobarde ni...

—Cincuenta mil a malas —dice Valladares.

El humo toma formas curiosas bajo los fluorescentes: aquí una carabela, allá una bomba con mecha, un dragón chino. Atenúa la luz, lava los colores. Visión de túnel. No se podría contar cuánto alcohol se ha bebido la parroquia. Ángel, el suyo, sí: lo resume en cuatro copas, en varias apuestas, en demasiadas horas sin montarse en su coche para salir hacia Madrid, en nuevos amigos que nunca volverá a ver, en cincuenta mil euros. Pero sus oídos han escuchado el número ciento setenta y ocho. Un buen número. Muy cercano al ciento ochenta. Quizá la noche termine aún mejor de lo que empezó.

—Y yo a buenas.

2:45

—Ciento setenta y ocho —canta la Mesa por segunda vez.

Vicente no se ha acercado allí desde el último intento. No se ha acercado a ningún otro sitio más que a la barra. No recordaba necesitar tan poco alcohol para sentirse bien. Hubo un tiempo en el que juzgaba a la gente por su capacidad para tolerar el alcohol. «Pero es solo hoy, Vicente. Hoy lo necesitamos, por mis huevos. Mañana, cartera llena, la botella a tomar por el culo, no lo vuelves a probar. La última copa, los últimos Borregos. El año que viene no habrá alcohol, porque no habrá juego».

Ha tomado posición a unos metros de la mesa. A su lado se encuentra el pijo que antes apostaba con Javier y unos señores bien alimentados. Sin querer, tiene la oreja puesta en su charla. El pijo también debe andar borracho porque Vicente ha creído oír que se jugaba una cantidad absurda de dinero con el gordo ese de barba.

—Ciento setenta y ocho —insiste la Mesa.

Vicente mira a su alrededor. Un bosque de cuellos levantados que buscan a la persona que posee la papeleta número ciento setenta y ocho. No recuerda él tener un número tan bajo. Saca los boletos que compró a Sebastián, hechos un higo en el bolsillo trasero del pantalón. Se acerca el primero de ellos al ojo derecho. Los caracteres ya empiezan a desdoblarse, a resultar confusos, mecidos por una música alegre. Por partes, descifra: un uno, un siete y un

ocho.

Agita en alto la papeleta. Da alguna voz para llamar la atención de la Mesa, que no le corra el turno. Se apresura hacia el centro, le abren paso educadamente. Nota que el pijo y el gordo le siguen y que todo su grupo se suma unos pasos por detrás. Ocupa el lugar del tirador.

Sobre el fieltro cae un *jarreo* de euros. Quienes apuestan recuerdan la cara de Vicente: parece que no lo tienen por buen jugador. Y además se tambalea, oscila, huele. Cuanto más le cuesta luchar contra la ley de la gravedad, más dinero se desliza sobre la mesa.

La borrachera le nubla la prudencia: no se inhibe ante ningún billete. Caen de veinte en grupos de tres, de cincuenta solitarios o de dos en dos, de cien se ven hasta tres juntos. Va casándolos a la orden de «dinero tiene la Mesa». Se queda sin un solo euro que poner. Extiende las manos, las palmas vacías: se las muestra al jubilado de la gorra.

—La Mesa no va más.

Y toma la varilla de lanzar.

—Va bola.

Mira a su alrededor. Los jóvenes le contemplan nerviosos: muchos se juegan una buena cantidad. Tras el muro de cabezas están el pijo y el gordo al lado de Casimiro y de otras personas que no conoce. Cincuenta mil euros. No se siente responsable por ninguno de los dos, ni siquiera es consciente. El resto ocurre rápido. Coloca las bolas, apunta con seguridad, estira las muñecas y lanza.

Entra una.

—¡Malas!

—Muy malas —comenta alguna voz entre el público.

Una marabunta de manos devora el dinero que hay sobre el tapete. Desparecen los euros sin dejar un esqueleto testigo de que alguna vez existieran. Vicente traga saliva, como si no se creyera lo que ha ocurrido, como si no le diera importancia. No lo ha pensado en toda la noche: «Te has jugado lo de los estudios de las niñas.» ¿Por qué va a pensarlo ahora? Alza la cabeza y abandona la mesa apartando a los jugadores. Para ellos será invisible hasta que vuelva a tirar.

Tirar. Pero, ¿con qué? Mira a su alrededor, pivota sobre los pies, busca antiguos amigos que puedan financiarle. No los hay. O se han ido, o no existen. ¿Se puede pedir a desconocidos? No. «No tiene por qué. Alguna

manera habrá de solucionarlo». Las horas de encierro dentro de la sala se convierten en plomo, caen en su estómago. Y empieza a respirar con dificultad. Y piensa en Marisa. Y no sabe qué va a decirle. Y ya no quiere volver a casa esta noche: las palabras nunca aparecerán. Y lamenta haber nacido y por primera vez en su vida entiende a los cobardes que se tiran al Canal de Lodosa o que aparcan el coche sobre las vías del tren a la hora del AVE Madrid—Barcelona.

Deambula por la sala. En sus rotaciones sin sentido va a parar junto a los dos grandes apostadores. Los de los cincuenta mil. Espera que el pijo le dedique una mirada de odio: le gustaría responder con una sonrisa burlona porque le consuela no irse al arroyo en soledad. Pero no, no le dedica una mirada de odio. No le dedica ninguna mirada en absoluto. Está aguantando el tipo ante su oponente.

—Espero que tengas el dinero porque no voy a aceptarte un cheque —dice el gordo—. Más te vale que te pases un día por Alicante y me lo traigas. Te daré una semana, por ser tú.

—Soy yo el que no tiene motivos para fiarse de ti. Y no necesito un mes. En dos minutos te lo traigo.

3:00

La sexta virtud que Ángel admiraba en su padre era el olfato para las oportunidades. Está seguro de haberla heredado, esta sí. Incluso cree haberla potenciado en sí mismo: una vez vista la oportunidad, se debe asumir el riesgo. Quizá Florencio Verdasco no fuera tan osado. Pero Ángel lo es. Por eso corre hacia el despacho: «Ciento ochenta, ciento ochenta, tres gardenias, tres tigres, ciento setenta y nueve, ciento ochenta, *rosa, rosa, rosam, rosae, rosae, rosa*, ciento ochenta, ciento ochenta.»

Alfilerazos en las piernas. Pero no de miedo: de excitación. El día acabará mejor. Mejor aún. «La caja fuerte, la caja fuerte, ciento ochenta». Aparta botas de vino peregrinas con una mano, bocanadas de humo de faria con la otra. Lo siente, lo siente cerca, al alcance de los dedos. «Te lo dije, papá. Las buenas personas no son felices».

A largas zancadas llega al despacho, se encierra en él. No le hace falta sacar la nota. La contraseña: la ha memorizado. Mueve la rosca con demasiada

rapidez. Tiene que empezar de nuevo. Su cabeza le engaña: busca el ciento ochenta, no lo hay. «Ve despacio, Ángel». La cerradura cede y la bolsa de deporte negra cae sobre la mesa con un ruido sordo.

Busca un sobre por los cajones del despacho. Encuentra el adecuado a la izquierda, bajo una grapadora. Innumerables clips que salen disparados al volcar un bote de metacrilato. La bolsa abierta como la panza de un caballo relleno de entrañas púrpuras desordenadas. Cuenta billetes de quinientos lamiéndose el pulgar y acariciando los cantos y apartándolos cuando reúne un grupo de diez. Y, al terminar, alza la vista. Por pura casualidad.

La puerta del despacho está entornada. Lo suficiente para que una cabeza grande, cubierta por un áspero pelo de pincho, quepa por la rendija. Ángel no puede saber cuánto tiempo llevará ahí ese tipo espiando. Pero lo está viendo todo: miles de euros desparramados sobre una mesa llenan sus manos, llenan un sobre, llenan una bolsa negra.

—Disculpe —dice Vicente—. Perdone, estoy un poco borracho y me he confundido esta puerta con la de los servicios.

Y se va. Suelta la hoja de la puerta que se cierra por su propio peso. Ángel contempla unos instantes la salida de Vicente. Conoce su cara. No puede temerle. No parece peligroso; un tipo de aquí, de toda la vida, como le dijo Javier, el anticuario.

El ciento ochenta vuelve a ocupar sus pensamientos.

Rápido. Tiene que darse prisa. Solo unos segundos.

Rellena el sobre con los cincuenta mil, guarda la bolsa en la caja, regresa a la sala, al segundo ha recorrido la distancia que lo separa de Fernando Rosas, Casimiro, los dos abogados, Valladares. Lleva el sobre bien apretado en la mano. El gordo constructor; Ángel se coloca a un centímetro, nariz con nariz. Y le presiona el sobre contra la barriga.

—Aquí lo tienes. Cincuenta mil —anuncia.

Valladares levanta la barbilla. Con un dedo abre la pestaña y cuenta los billetes, como si tuviera un ojo en la yema del pulgar.

—No te sorprendas —sigue Ángel—. Tengo mucho más ahí dentro. Y te juego doscientos mil a buenas en la siguiente tirada.

Valladares levanta aún más la barbilla. Sus dedos se detienen. Estira los músculos de la frente. Sorpresa.

—Coño, Verdasco —dice—. Sí que tienes huevos.

—Ángel, hombre —le susurra Fernando apartándolo un poco del grupo—.

No me jodas. Los cincuenta mil que has perdido te los puedo conseguir otra vez pasado mañana. Pero doscientos mil más es imposible. No hagas el idiota, chaval. Creo que ya hemos bebido todos bastante. Coge el dinero y vete a Madrid, y ya te haré llegar lo que te falte.

—Pasado mañana es tarde —responde Ángel seguro y muy bajito—. Confía en mí.

Valladares continúa observando a Ángel: pequeño insecto en sus pantalones. Los abogados se pegan a él. Esperan una respuesta. Está claro que quieren espectáculo.

—Luciano, hemos venido a jugar, ¿no?

—No me toques los cojones, Andrés.

—A ver si el chaval los va a tener mejor puestos que tú.

Valladares empieza a sudar más de lo habitual, se desabrocha otro botón de la camisa. De pronto se escucha cantar a la Mesa: «¡Malas!» Y a continuación: «Número ciento ochenta». El corro central se abre para dejar paso a un chico. Sostiene una copa en la mano, se tambalea muy borracho. Le acompaña otro joven con pinta de estar mucho peor que él: le cuelga la baba de la comisura de los labios, tiene lamparones en la ropa. Valladares es precavido. Se aleja unos metros de su adversario en dirección a la mesa, agarra a un tipo con perilla que lleva un buen rato siguiendo el juego.

—Oye, ¿has visto tirar antes a ese chaval?

—¡Vaya! —contesta el de la perilla—. Dos veces. Las dos hizo malas a la primera. Y en ninguna metió más de tres bolas. Tira muy mal. Además, va como las avutardas.

Valladares vuelve hacia el grupo moviéndose como un hipopótamo.

—Doscientos mil a malas —propone.

—Y yo a buenas —contesta Ángel.

2:45

Paulino lleva atento un buen rato. Ronda a los jugadores. A pesar de que ha visto entrar a su tío, ni siquiera se ha acercado a saludar. Tampoco ha vuelto a hablar con Ángel ni con nadie más. Pide tónicas en voz bajita, cubalibres para el Maru a gritos.

La Mesa ha cantado el ciento setenta y nueve. El turno se acerca. Es hora de

llamar la atención. Finge perder el equilibrio y busca con su mano izquierda un apoyo. La mano va a caer sobre los amarracos de uno que juega cartas. El trasero de Paulino sigue a la mano. Empuja una arquitectura inestable de vasos, con sus hielos y sus líquidos. Se derraman, empapan el fieltro, mojan también los naipes. Los jugadores se levantan al mismo tiempo. Una exclamación. Paulino se incorpora y no se molesta en pedir disculpas. Retrocede unos metros.

—Chaval, a ver si dejamos de beber un poquito, ¿eh?

—Vete a dormir la mona, hombre.

Responde a estas dos observaciones estirando el dedo corazón de la mano derecha. Se asegura de que la mayor cantidad posible de calagurritanos vea su gesto: quiere eliminar todo rastro de compasión que les impida apostar contra un crío demasiado borracho.

A juzgar por las miradas de desprecio, lo consigue. Idiotas. El objetivo está cumplido. Pero para ello su refresco de tónica ha caído al suelo: no se puede permitir que le vean sin un vaso en la mano. Vuelve a la barra para pedir más. Pasa cerca del grupo en el que se encuentran Fernando, el pijo de Madrid y otros tipos que no conoce. Se muestran tensos y hablan más alto de lo que piensan que hablan. Su tío mantiene las manos rectas sobre la cintura, como pidiendo sosiego. Lo que dicen parece interesante, pero ahora no se debe desconcentrar.

Ya con el vaso de tónica, vuelve a la mesa de Borregos y se lo bebe casi de un trago. Se siente hinchado de tanto gas de refresco. Le acompaña el Maru que ha seguido su progresión natural, propia de la noche. Llega el momento.

—¡Ciento ochenta!

Espera que le caigan encima miradas torcidas, antes que los billetes. Aún no se ha bajado el telón. El show continúa. Saca el fajo de euros, se lo entrega al Maru. Este aún lleva las cuentas, pero Paulino se propone mantenerse alerta: tanto número va a ser mucho para el primo. Y «dinero tiene la Mesa». Y las manos se multiplican y aparecen y se retiran como abejas que pican y se van y vienen desde el fondo, conectadas a largos brazos cuyos cuerpos no se ven, difuminados entre el humo y la visión de túnel. Y algunos billetes se pasan de palma en palma para acabar donde tienen que acabar, que es sobre el fieltro, apostando contra la Mesa. Y otros incluso llegan volando, hechos una pelota para oponer resistencia al aire, y un conocido mejor situado que quien lo lanza deshace el ovillo y lo coloca en el triángulo de tiza que marca la zona

de apuestas, cada vez más llena, y más llena y más llena.

Paulino, su melodrama: guiña mucho los ojos y deja que unas partículas de saliva asomen entre labio y labio. El Maru va casando las apuestas, casi no le alcanza ni el dinero ni las neuronas para todas. Cuando termina el *jarreo* de euros, hay dos mil quinientos sobre la mesa. La apuesta más alta de la noche. Llega el momento de dejar la dramatización: ahora la tirada.

Yergue la espalda, luego la agacha recta, voladiza sobre la esquina de la mesa, el triángulo que dibuja el listón de madera, las bandas donde se agrupan las ocho bolas. Las bolas: las acuña, las cuenta, las acaricia y las dispone en fila india, perfectas, ante la varilla, haciéndolas coincidir con exactitud en el rebaje, tan largo como todas ellas juntas. Ahora mira las bolas, la varilla. Pero un segundo más tarde, ahora ya, está observando el agujero, allí lejano, al otro lado de la mesa. Los ojos, como uno de esos carteles que en la autopista desvela la distancia que queda hasta el destino. Los dedos se pliegan sobre los extremos de la varilla y la aprietan por las puntas. Los oídos escuchan el «va bola» y luego el rumor silenciado que adopta el local: disparo de salida. Una descarga en las muñecas que se contraen, ahora ya, las bolas ruedan por la mesa en dirección al agujero. Una a una, se van colando. Todas.

—¡Buenas! —resuelve la Mesa.

Un murmullo, fastidio general. Pero, de algún lugar de la sala, sin saber de quién ni por qué, Paulino percibe electricidad.

Ya no cabe fingir. Es Paulino, no el Maru, quien recoge los billetes del tapete y los coloca bajo su banda. Es Paulino quien, a la voz de «dinero tiene la Mesa», empieza a casar las apuestas que le enfrentan, aún desinhibidos, los asistentes. Es Paulino quien vuelve a mirar las bolas y el agujero y tira y «buenas». Y es él quien repite la operación por tercera vez.

A la quinta tirada exitosa, los jugadores de su alrededor empiezan a pensar que ni el chaval iba tan borracho ni era tan mal tirador. Las apuestas se moderan. Pero todavía son fuertes: el argumento de que «alguna vez tiene que fallar». En ningún momento la cifra baja de mil euros. Van cayendo en poder de Paulino que no se molesta en contarlos: confía en la gente más que en sí mismo. Fuera de la Mesa se apuesta a buenas. Pocos van.

Al octavo acierto, Paulino queda satisfecho: se relaja, disfruta del juego. Ya debe de haber ganado más de diez mil. Pero siguen cayendo más. En la décima jugada la parroquia no deja más que trescientos euros sobre el tapete.

Quienes apuntan «buenas» no encuentran adversarios.

—Dinero tiene la Mesa.

—¿Para qué? Es como tirarlo a la basura.

En la tirada decimocuarta, las bolas surcan el fieltro con menos ganas, cansinas, repetitivas. Caen al agujero mansas como si se estuvieran despegando del techo. La octava bola, furtiva, se frena, se frena y se frena.

—Malas —canta la Mesa, y Paulino sonríe.

—Hasta el año que viene —dice a los paisanos.

Ha ganado veinte mil. Abandona el juego: un pasillo amplio de personas que le contemplan con admiración o reproche. No sabe hasta qué punto ha desvelado el truco, quién habrá podido adivinar que tiene mesa en casa, quién se habrá dado cuenta de la farsa de la borrachera. El Maru lo sigue, metido en su papel porque no necesita actuar para llevarlo a cabo.

Algunos de los que se cruza vencen la inquina y la envidia: una palmadita en la espalda, una enhorabuena, un «qué cabrón, vaya suerte». Al final de un pasillo de palmas y miradas espera Fernando. Algo ha ocurrido en el grupo de personas que lo acompañan. Paulino puede presumir de intuición, porque cree encontrar un no se qué de suficiencia en el rostro del pijo de Madrid. Se encuentra con la sonrisa blanca de su tío. Los párpados más abiertos que nunca, pupilas en movimiento feroz. Lo recibe agarrándolo por los hombros y devor ndolo con una fila de dientes, lo besa en ambas mejillas. Por su parte, Paulino siente que, terminada la tensión y el efecto de la cocaína, el sueño le vuelve a pesar. Ha aguantado despierto horas, demasiado concentrado como para que la mente no le pase factura.

3:30

—Tendrás que aceptarme un cheque —suplica Valladares.

—No debería —contesta  ngel, más  ngel y menos hijo del padre de  ngel.

Casimiro parece muy incómodo. Valladares es el huésped estrella. Ojala Fernando no estuviera all , tan cerca, tan presente, acechando. Su rostro de satisfacción desconcierta a Casimiro: debe de tener buenos negocios con el chico de Madrid. Si no fuera por Fernando, no dudar a en mentir sobre la apuesta. Incluso negarla. A fin de cuentas, de poco conoce al madrileño. No

le gusta su porte estirado, su manera de mirarlo todo, curioso y despectivo. Valladares es un buen cliente, un buen compañero de negocios, alguien de quien esperar una recompensa por un favor como ese. Sin embargo, Fernando está ahí: Casimiro lo teme.

Fernando llama a Ulises, que ronda imponiendo orden con el bulto bajo la americana. Le susurra algo al oído. Ulises se acerca al grupo y se espera silencioso, a pocos centímetros. Asoma por encima de los hombros de los abogados, de Ángel y del gordo constructor para escuchar lo que se dice. Solo entonces Fernando va a hablar con Paulino, que ahora mismo emerge del círculo de jugadores.

—Firma un cheque —está diciendo Ángel—. Pero si no tiene fondos, te aseguro que me buscaré la manera de cobrártelo con intereses.

Ulises inclina la cabeza para asentir a esta última afirmación, sin que nadie se lo pida,

—Por favor, un voto de confianza —a Valladares se le ha ido la borrachera. Saca dos talonarios de dos bancos diferentes. Escribe la cantidad de cien mil euros en cada uno, a nombre de Ángel Verdasco de Vega. Sobre el papel de los cheques quedan sendas firmas y restos de humedad de las manos.

3:33

—Cuéntame cómo lo has hecho —dice Fernando—. Por la Virgen que te juro que creía que salías pelado.

—Todo el mundo creía eso, tío. Allí estaba el truco.

—¡Serás farsante!

—Tome, tío. Aquí está su dinero. Creo que son unos veinte mil.

—Ya. Mira, me voy a quedar solo con diez mil, ya que has jugado con lo mío. Pero el resto te lo quedas tú. ¿De verdad has estado fingiendo todo el rato?

—He fingido la borrachera y he fingido que no sabía tirar. Nada más.

—Eres más listo de lo que pensaba, y eso que pienso que eres bastante listo.

—No es para tanto, tío.

La luz de los fluorescentes comienza a abrirse paso entre el humo. Ya casi no queda nadie que fume puros. O se los han fumado ya porque no esperaban aguantar hasta tan tarde. Los cigarrillos rubios de los jóvenes se diluyen entre

las cuatro paredes, buscan un escape por los ventanucos del fondo.

—Sí que lo es —continúa Fernando—. Creo que con los diez que acabas de ganar tienes suficiente para empezar a invertir en algo serio. Esta semana te voy a poner en contacto con los de Huelva. Eso lo vas a hacer bien tú solo.

Paulino se enciende. Por un momento se olvida del cansancio. Llevar el contacto con Huelva: beneficios, responsabilidades, respeto. Se acabaron las chiquilladas. Fernando mantiene su media risa, mueca eterna, mejillas plegadas de manera antinatural.

—Tío, se lo agradezco. No le defraudaré. Pero escuche: quería pedirle otra cosa. ¿Puedo invitarle a una copa y hablar un rato con usted?

Los dos se acercan a la barra. Paulino pide. Hace el gesto de pagar, Fernando le sujeta la muñeca y suelta el dinero.

—Tío, se trata de una chica.

Fernando arquea las cejas. Paulino habla de Ada, Fernando ladea la cabeza y escucha con interés. Paulino menciona el Top Ten, Fernando contrae los músculos de la cara, su expresión se enturbia. Paulino abre su corazón, el rostro de Fernando se relaja ligeramente. El tono de Paulino gana en carisma: consigue que su tío no hable hasta el final.

—No quiero juzgar así, en caliente. Haremos una cosa: mañana, cuando nos levantemos, hablamos del asunto. Luego vamos donde Mauricio y conocemos a la chica. Y a ver si me parece tal y como dices.

La gente que pasa cerca de de Paulino aún le dedica miradas de envidia. Se preguntan cuántos billetes arrugados llevará en el bolsillo. Sin embargo, el rostro de Fernando continúa oscurecido. Ya no hay sonrisa en él.

—Y ahora prepárate —dice—. Que no sé qué voy a hacer con el gilipollas este de Valladares y sus abogados. A algún lado habrá que llevarlos.

Paulino asiente y se excusa por un instante. El corazón disparado como el motor de una lavadora vieja. Apura el *whisky*, se aleja de Fernando, rápido hacia el baño. Echa una mirada a los jugadores. Casi todos se han convertido ya en almas errantes con un incierto centro de gravedad. El Maru habla con unos paisanos que le toman el pelo. Los forasteros que rodean a Casimiro tienen la cabeza gacha, los puños cerrados. El dueño del Casino mira a su alrededor como si buscara algo que decir y fuera a hallarlo escrito en una pared. Sebastián parece a punto de quedarse dormido en la silla de plástico, ante la mesa plegable en la que aún hay entradas y números para tirar a la venta. Cuando Paulino pasa con su alegre trote ante él, levanta la cabeza

despertando de un mal sueño.

Busca la entrada a los servicios. Al fondo del pasillo se observa la escasa actividad del bar, mucho menor que hace unas horas. Solo queda una camarera que sirve cerveza al único cliente: Chus. Saluda con la mano. No se ha enterado de nada, el Chus. Luego irá a contarle. En estos momentos tres jugadores maduros abandonan el local, gritos ebrios, pies torpes, con sus camisas gruesas y pantalones de pana. Cuando abren la puerta para salir, le impiden el paso a un asqueroso perro flaco que quiere entrar al olor de lo que sea que se cocine en la plancha. Le cierran la puerta en el hocico. Paulino se mete en el baño.

Mientras se hace un par de rayas pequeñas en uno de los retretes piensa en lo que acaba de hablar con su tío. No ha ido tan mal. Tan solo ha prometido que no prejuzgará. Pero eso es mucho. Ada le encantará. Le seducirá la inteligencia, el encanto, el respetuoso sentido del saber estar. La historia dura de su vida le ablandará el corazón y, cuando lleven conversando quince minutos, Fernando querrá al niño como a un hijo, aún sin conocerlo. Sí. Está conseguido. Una vida feliz y sencilla en Calahorra para los próximos años. Una relación fácil con la gente de Huelva, dinero para él y para su tío, ignorar al idiota de Ulises y pasear por la calle con Ada y René. La cabeza bien, pero bien alta.

Paulino se siente eufórico. Las rayas entran por la nariz, directas al centro del cerebro. Respira una buena bocanada de aire sucio. Un sabor a aspirina le baja por los caños internos de las fosas nasales; se deposita en la parte posterior de la lengua donde el amargor se percibe intenso. El reloj de pulsera marca las tres y cuarenta y cinco minutos. «Sí», se dice Paulino, «hoy empieza todo».

Luego sale del baño. Y, en el pasillo, cuando aún no se ha cerrado la puerta, una bala le atraviesa la cabeza. Cae al suelo, inerte.

3:40

Chus empieza a aburrirse. Su padre, un hombre serio, muy práctico, le enseñó a alejarse de los juegos de azar. «Mi medio hermano acabó en el arroyo por culpa de las tragaperras.» No por jugar a ellas, sino por asaltarlas. Aún así, no le hizo falta mucha mano dura para que el hijo cumpliera la norma: a Chus

apostar le parece soporífero. Podría vigilar dentro, como Ulises, rondando las mesas, dejándose ver, cubriendo bien al jefe para ganarse luego sus favores. Pero alguien tiene que quedarse en el bar. Él lo prefiere. Fumar su propio tabaco, no el humo que sale de los pulmones de todo Calahorra. Beber un vaso de cerveza de vez en cuando, alguna copa. Sin necesidad de hablar con nadie.

Es la primera vez que entra en los Borregos. Le habían contado cómo era, pero no se lo había imaginado tan estúpido. La gente apostándose el jornal, perdiendo todo el respeto por el esfuerzo en el trabajo, por el pan del día a día. No lo entiende. Pero por algo será que le llaman aburrido.

—Ponme un doble de cerveza y ¿qué tienes aún de comer? —pregunta a la camarera—. No sé. Ponme un bocadillo de lomo.

Paulino pasa ante sus ojos por el corredor del fondo. Chus le hace un saludo con la mano. El chico lleva cara alegre. «Debe de haber ganado algo. Igual tenía que haberle apostado». Paulino entra en los baños. «Se lo gastará en coca», se dice sonriendo. Luego mira el reloj. Es tarde, Chus preferiría ir ya al Top Ten. Quizá podría ocupar una habitación libre para dormir un poco. Pero el jefe manda.

Se sienta a una de las mesas. Ahora se van tres tipos borrachos y bullangueros. Se queda solo con la camarera en la zona de la cafetería. Esta le deja el bocadillo y la cerveza sobre la mesa. Chus pega un trago largo y se relame la espuma del labio superior.

La puerta se abre de una patada. Los cristales quedan vibrando. Aparece un tipo flaco, pequeño, de cuerpo huesudo, malsano. Una estúpida media en la cabeza. En la mano derecha, una pistola rara: una auténtica pieza de museo. Se escuchan jadeos profundos por debajo de la media: una respiración húmeda, sonido de mucosidades que obstaculizan el paso del aire por los bronquios.

Roque entra con dos zancadas largas y temblorosas. Solo encuentra a la camarera y a la silueta de pelo crespo sentada ante un bocadillo. La media no le permite ver con claridad. No reconoce a Chus. Lo que sí distingue: la camarera no es quien debería ser. Se trata de una figura delgada. Le sobran al menos cincuenta kilos para ser la mujer de Casimiro. «Bien empezamos, me cago en Dios». Sus pensamientos se atropellan unos a otros. Espera unos instantes para ordenarlos. Dos caras perplejas le observan. Intenta recordar las instrucciones de Lidia: cerrar la puerta, encañonar a la camarera, disparar

al techo para que te tomen en serio, llevar a toda la gente a la sala de juegos, otro disparo al techo, arrinconar contra la pared, obligar a uno a recoger el dinero, dejarlo sobre la mesa. «Bien, Roque, bien, la puerta ya está cerrada ¿qué era lo siguiente?»

Le planta la Mauser a la camarera en plena cara y se pone a gritar enajenado.

—¡Todo el mundo! ¡Manos arriba! ¡Tú sal de la barra!

La camarera levanta las manos. Pero no sale de la barra. El tipo del pelo rizado ni siquiera levanta las manos. La camarera, asustada. Tiembla y solloza. Su cuerpo no es capaz de responder. El otro parece muy tranquilo, un tipo duro. «Roque, improvisa». Apunta al tipo y vuelve a gritar.

—¡Tú, hijo puta! ¡Levanta las manos o te pego un tiro que te mato! ¡Hijo la gran puta!

—Tranquilo, hombre, tranquilo —y no levanta las manos.

«De acuerdo, Roque. Pasamos por alto el segundo paso. ¿Cuál era el tercero?» Roque apunta el arma hacia el techo y aprieta el gatillo. Aprieta el gatillo. Lo aprieta. Pero nada ocurre. Está atrancado. La pieza de metal que el índice debería desplazar suavemente no se mueve. Ni un milímetro. Vuelve a apretarlo: totalmente atascado. La camarera emite un lloriqueo nervioso. Palmas en alto muy abiertas. El melenudo observa el gatillo que no funciona, el arma que no dispara.

—¡Mierda de arma de antigualla de los cojones de mierda!

Y pone la pistola horizontal, la examina bien, intenta tirar otra vez del gatillo, se pone a tocar todos los resortes que recuerda, «la mili, joder, la mili», mientras su dedo índice aprieta y la mano izquierda desliza el pestillo del seguro «¿te has olvidado del seguro?» y el dedo índice aprieta y. Una explosión redobla en las paredes desnudas. El retroceso fortísimo, la mano desprevenida: el arma cae al suelo. La bala ha echado a volar, cruza la habitación. Entra por el pasillo y le impacta en la cabeza a un muchacho que sale del aseo.

Un botón rojo se materializa en su frente. Se derrite, el botón, chorreando por la piel. Una docena de salpicaduras han florecido en la puerta del baño. Cuerpo a tierra. El pelo se va pringando. Los ojos se miran uno a otro.

La pistola de Roque humea en el suelo. El estampido aún reverbera. Roque mastica la media con los párpados. Apenas ha sido capaz de interpretar ese baile de sombras a través de la lycra. Con dificultad contempla lo que acaba

de hacer. Contempla el cuerpo que debía de ser joven. Contempla a la camarera, cabeza abajo tras la barra. Contempla al melonado que se levanta de su asiento. Desplaza a un lado la silla. Sale de detrás de la mesa de plástico. Se lleva la mano derecha a la chaqueta. Saca un revólver. Entonces sí, entonces lo reconoce: Chus, el hombre de Fernando Rosas. Seis fulminaciones se revientan contra el pecho de Roque.

3:50

La primera detonación: todo el Casino en silencio absoluto. Las seis siguientes, más graves, seguidas, regulares, secas: algunos se echan al suelo; otros se acuclillan tras los asientos. Hay quien se queda en pie: intentan asimilar lo que ven, lo que oyen.

Javier el anticuario flexiona las rodillas. Se refugia tras el brazo escayolado. Julián, su amigo, ni siquiera alcanza a comprender. Uno de los abogados sonrío: alguien se divierte con una *masclatá*. El otro Andrés da unos pasos altos y ridículos hacia el fondo. El jubilado de la gorra asoma la cabeza por la columna del altavoz. Mira en dirección al pasillo de los baños. El tipo que tira su turno deja escapar las bolas: se dispersan por la mesa. Los más borrachos buscan apoyo en la pared. Los menos borrachos se cubren la cara con las manos, se tapan los oídos.

Unos segundos después: otra vez el silencio absoluto. Fernando sabe interpretar las explosiones. Ulises respira. Ángel tiene el cheque de Valladares en la mano. Y Valladares se ha puesto a temblar y a sudar, rostro rojo trópico: busca algo de aire que cruce el rechoncho cuello hacia los pulmones. Don Casimiro se levanta, se había tirado al suelo, alza los brazos, las palmas hacia abajo, trata de tranquilizar a la parroquia. Ha transcurrido ya casi un minuto y parece que los disparos no se repiten.

Fernando se encamina hacia el bar con Ulises por delante. Ángel, sin saber por qué, arranca tras ellos. Todos se asustan, les abren paso. Los hombres buscan cobijo en el centro de la sala. Se oye hablar a Casimiro en voz alta.

—Tranquilidad, tranquilidad. No se mueva nadie. Lo tenemos todo controlado. Ellos están aquí para ayudar y garantizar nuestra protección.

Uno de los abogados tiene que sujetar a Valladares que se desmaya. Le intenta dar aire agitando la mano ante su cara grasienta, un gesto poco

varonil.

Ángel llega al extremo del pasillo donde empieza el bar. Allí está el otro sicario de Fernando, el de los pelos rizados. Rodilla al suelo, en la mano derecha sujeta un arma que humea. Con la izquierda agarra la nuca de un cuerpo entintado, extendido en el suelo en una postura impropia de nada que esté vivo. El rostro de Chus, oculto por la mata de pelo que brota de su frente. Más al fondo hay otro cuerpo inmóvil, boca arriba, con las manos sobre el torso como si hubieran tenido tiempo de palparlo antes de quedar detenidas para siempre. Tras esas manos hay una camisa como desgraciada por una polilla que entró bien adentró hasta profundizar en la carne. Bajo la espalda brota una sombra que se extiende, va cubriendo las baldosas. La camarera, tras la barra, lloriquea: los brazos aún alzados.

Fernando aparta a Ulises para tomar la delantera. Se desploma de rodillas ante el cuerpo del sobrino. Las ropas parecen más grandes que nunca: empapadas, resultan pesadas, cálidas. Un alarido inexperto mana de las vísceras de Fernando. Atraviesa garganta, cuerdas vocales, laringe, como expulsando un vapor abrasador, como un geiser volcánico cayendo sobre un niño.

Ángel contempla la escena buscando un alma en el espacio. El instinto de supervivencia se conecta en su interior: le recorre los nervios de los pies a la cabeza. Se da la vuelta, corre en dirección al despacho. Nadie se vuelve a su paso. Nadie le echa de menos. Tropieza con la puerta. Su mano torpe agita fuertemente la manilla, más que girarla, hasta que consigue acceder a la oficina. Cierra la puerta tras de sí, desaparece de la vista de todos los jugadores que se preguntan qué ocurre en el bar, al otro lado del pasillo.

Los metros que separan el bar de la sala de juego, el suelo embaldosado, el codo de pared que interrumpe la visión de las decenas de personas que aún quedan allí, parecen vastísimos en la percepción de todos ellos. La confusión engrandece cualquier cosa, incluso un simple pasillo desnudo y mal decorado, hasta convertirlo en una calzada de gigantes.

Poco a poco, los corazones, el alcohol, la curiosidad, van sobreponiéndose. La distancia se recorta. También físicamente, pues los más atrevidos van haciendo metros. El Maru, ojos aún entrecerrados y saliva seca en las comisuras de su boca, se cree en la obligación de ser el primero en acercarse. Pero camina dudoso y trastabillando, las piernas en un tembleque. Tan despacio que pronto otras cinco personas le rozan la espalda, empujándole

para que apresure. La avanzadilla gira la esquina y alcanza la mesa de las entradas sobre la que se sienta el anciano Sebastián, con las manos extendidas sobre el rostro.

Cuando el Maru comprueba lo que hay, el cuerpo, el fango, el arma, el humo, no pregunta, no se detiene. De pronto poco le importa su tío y lo que cojones sea que hace ahí. Solo existen un par de neuronas que le dicen: «Corre». Y corre: sale por el pasillo como si fuera una pista de despegue. La dignidad que le queda le sirve para atenuar la velocidad un instante, esquivar con pudor el cuerpo de su primo, su tío arrodillado en el suelo, Ulises junto a él, en pie, rígido sin saber qué hacer. Pero una vez que los ha sobrepasado vuelve a apretar la carrera.

La reacción del Maru encuentra una rápida respuesta. Cuatro hombres le imitan y salen de ahí. Son personas que tal vez lleven algo ilegal en los bolsillos o en el cuerpo o que han prometido a sus mujeres que no jugarían esa noche o que aprecian mucho sus vidas y no creen que este sea el lugar adecuado para conservarlas. Pasan junto al improvisado velatorio de Paulino sin detenerse, casi atropellando.

Al mismo tiempo, una onda sísmica atraviesa la sala de juego: murmullos, voces, información que salta de boca en boca. En cuestión de segundos, el jugador más al fondo del local ya sabe lo que ha ocurrido cerca de la entrada. Todo tipo de reacciones. Tres personas más salen corriendo por la puerta principal. Unos pocos los siguen, los que conocen a Fernando. Van despacio, sigilosos. Tratan de no llamar la atención porque el miedo y la urgencia no les ha borrado de la mente quién es el que llora junto al cadáver. La mayoría, sin embargo, se queda. Se olvida la conmoción inicial. La gente se desinhibe. Algunos empiezan a esgrimir teléfonos móviles, un *crescendo* de voces comienza a competir por imponer su opinión acerca de lo que debe hacerse.

Los que más confianza muestran se acercan al pasillo para aconsejar a los implicados. Otros lo hacen simplemente para contemplar la escena porque aún no se lo creen. Javier, el anticuario, se queda sentado a una mesa: sabe que en estas situaciones los juicios de un trastornado o de un borracho estorban más de lo que ayudan. Se limita a coger su teléfono y llamar al ciento doce. Su amigo Julián le anima a hacerlo, pero no se sienta junto a él: se queda de pie, estirando mucho el cuello, preguntándose si debería subirse a la mesa para ver mejor qué ocurre.

Casimiro no pierde más el tiempo y acompaña a Valladares y a los dos

abogados hacia la puerta de atrás. Claro, su reputación no debería mezclarse con estas cosas. El dueño del casino va repitiendo: «No os preocupéis, sabemos qué hacer»; «No os preocupéis, sabemos qué hacer». Vicente los ve pasar y determina prudente seguirlos de cerca y hacer lo que hagan. Camina a unos dos metros de ellos. Frenéticos; no pueden darse cuenta de que alguien les pisa los talones. El sofoco del gordo Valladares: las rodillas se doblan como gelatina bajo su inmenso peso, transpira y se seca con la palma de la mano, luego la agita en el aire y de ella saltan gotas de sudor que caen sobre la ropa de cualquiera. Los abogados van cogidos del brazo, viejas paseando bajo la lluvia. Ninguno de ellos dice nada pero aún así sus labios superiores tiemblan como al rezar un rosario.

Cuando desaparecen por la salida trasera, la que está en el distribuidor, Vicente ve que se abre la puerta del despacho. De ahí sale ese madrileño rico. A Ángel no le ha costado abrir la caja fuerte esta vez. Cuando ha tenido la bolsa de deporte negra en sus manos, ha guardado dentro los cheques de Valladares y ha abandonado el despacho. Ahora escapa por la salida trasera.

Ángel escucha los pasos de Casimiro y sus invitados, que le preceden. Cruza entonces el pasillo despacio para dejarles ventaja. Oye el golpe de la puerta que se cierra sacudiendo toda la planta baja, aligera la marcha. Contempla a través del vidrio cómo está la calle. Todo parece convulso. Algunas personas gotean hacia el exterior del casino. Al otro lado de la acera Casimiro se lleva a Valladares y a los abogados corriendo calle abajo. Una furgoneta combi blanca, conducida por una mujer muy delgada, muy pálida, surge tras la esquina forzando motor y frenos. Los obliga a apretar el paso para no ser atropellados. Valladares parece que va a desfallecer. Cuando doblan el último recodo, Ángel sale del portal. Hay un sonido extraño ahí fuera. No resulta estruendoso, como lo que acaba de ocurrir en el casino. Es una sensación queda de algo potencialmente perturbador que está a punto de ocurrir. Como si Calahorra maullara de forma inaudible, un gato que prevé una tormenta. No puede saberse dónde está el emisor de ese débil sonido, por encima de la frecuencia que percibe el oído humano, quizá en las aguas subterráneas, en las bajantes de los edificios, en los cables de alta tensión.

Al mismo tiempo los motores de los coches empiezan a arrancar, todos a una. Son aquellos que han decidido que están mejor lejos de los problemas. Él no puede quedarse atrás. Busca el Cayenne que dejó aparcado al doblar la esquina. Ahora, en la lejanía, comienza a cobrar protagonismo un aullido

amortiguado por la distancia. Aumenta en volumen de una manera peligrosamente veloz: sirenas de policía que pronto estarán en el casino. Ángel piensa: si no sale de Calahorra antes de que la policía llegue, si le interceptan por el camino, le recluirán en el cuartel toda la noche en calidad de testigo, le harán repetir su declaración diez veces, cien veces en el caso de que encuentren todo el dinero que lleva en la bolsa negra. Quizá, solo quizá, le dejen ir por la mañana. Pero hay muchas posibilidades de que retengan el dinero, de que lo retengan a él otro día más en el pueblo. Su deuda con Fiódor no quedaría saldada antes de que expirase el plazo.

Ángel no tiene tiempo para arrepentirse de haber extendido tanto la visita, para llamarse estúpido o darse de cabezazos contra el techo del coche. Arroja la bolsa negra en el maletero: no quiere tener nada sospechoso a la vista. Cierra el portón de un golpe. Arranca el motor. Delante de él hay un tipo nervioso que intenta irse. El tipo tiene el coche ya en marcha, pero acciona de nuevo la llave de contacto y el motor de arranque eléctrico le responde con una aberración acústica.

Ángel no logra salir antes de que el borracho saque el morro de su SEAT. El espacio es estrecho. El SEAT toca con la esquina derecha el parachoques del coche que le precede, un Peugeot. Hace un esfuerzo enorme por pasar. Gira el volante totalmente hacia la izquierda para librarlo. Pero en mitad de la torpeza que destila, acelera demasiado y lo roza. El coche de delante se mueve y vuelve a su lugar y el SEAT del borracho queda en una posición extraña. Si sigue hacia delante, se clavará en el parachoques del Peugeot. La calle es demasiado angosta y Ángel no puede pasar. No le queda otra opción que la espera. Escucha las sirenas de la policía que se acercan. El borracho trata de avanzar y retroceder. Las ruedas cambian de dirección. Pero siempre entra en contacto con el coche de delante y se queda trabado. «Vamos, vamos», se dice Ángel. El motor del SEAT ruge buscando potencia para salir del atolladero, empuja al Peugeot y no encuentra tracción y se cala y el borracho vuelve a arrancarlo y, una vez en marcha, acciona de nuevo la llave de contacto forzando ese sonido descacharrado del motor de arranque. «Vamos, hijo de puta».

El borracho se baja de su automóvil. Lo hace por la rendija estrecha que le queda: la puerta tropieza con el Peugeot y no puede abrirse del todo. Es un tipo joven con unos vaqueros demasiado apretados y altos. Su caja torácica apenas cabe por el resquicio de la apertura. La policía ya debe localizarse a

menos de dos manzanas. Cuando consigue extraerse del SEAT, contempla el lugar del conflicto. El borracho se rasca la cabeza. Ángel abre la ventanilla.

—Gira las ruedas todo a la izquierda. Da marcha atrás para separarlo. Luego sácalo abriéndote mucho.

Como única contestación solo obtiene un gesto con la mano que pretende transmitir tranquilidad. «Será subnormal». Se escucha a la policía entrando en la calle del casino, de fondo. Ángel, el volante bajo sus dedos apretados. El borracho no parece encontrar una solución: se sienta en el suelo con las piernas cruzadas, apoya la cabeza en la rueda trasera de su coche, empieza a sollozar: «Carla me mata. Carla me mata».

—Me cago en tu puta madre, cateto de los cojones —chilla Ángel.

Se baja del Cayenne. Se acerca al borracho. Ha superado el efecto de las copas dobles. Deja el Cayenne con la puerta abierta y el motor en marcha, listo para despegar. Se acerca al otro, le atiza un golpe con la mano izquierda en la nuca.

—Dame tus putas llaves.

El borracho le alcanza a Ángel un llavero con una figurita de San Cristóbal en plástico.

—Quítate de en medio —otro golpe en la nuca.

El SEAT tendrá un millón de kilómetros, huele a perro mojado. No tarda ni medio minuto en trazar las dos únicas maniobras necesarias para desencajarse del Peugeot y encarar la calle en la dirección correcta. Mientras, el borracho se ha vuelto a sentar en el bordillo de la acera. Ángel le devuelve las llaves.

—Gracias, amigo. Gracias. Aquí tendrás siempre un amigo, ¿vale? ¿Te queda claro? ¿Amigo?

—Que sí, cojones. Saca tu puto coche de la calle.

A unos diez metros del Cayenne, Ángel cree ver una figura vestida de uniforme. Espera que solo sea su imaginación. Sorprendentemente el borracho es capaz de arrancar y de llevar el coche hasta el paseo de la Valvanera. Sigue recto cuando Ángel gira a la izquierda. Poco a poco abre espacio con la calle del Nuevo Casino. Aún tiene kilómetros por delante, pero ya ningún borracho.

Bajo su mano, la nuca de Paulino resulta resbaladiza. No está acostumbrado a que la cabeza de un joven tienda a cumplir la ley de la gravedad de forma tan inflexible. Los ojos se le han quedado abiertos y no se atreve a cerrárselos. La sangre le da lo mismo. Es capaz de limpiar con su imaginación toda ella. Él simplemente la elimina y ve a un Paulino impoluto, con sus ropas anchas, su anorak rojo, su vívida obediencia.

«¿Así termina todo?».

¿Qué pasará con sus recuerdos y pesadillas? De pronto, a Fernando ya no le resultan tan desagradables. Como si lo extrajese del rostro extraviado de Paulino, un pensamiento: que te tengan miedo no es tan malo, ni tan inútil. El miedo no constituye un defecto que aleja a las personas. No: el miedo es una virtud que sirve para mantener a las personas alejadas. «Porque, si no, los tuyos acaban muertos».

A su espalda, nadie se acerca al otro cuerpo. Fernando lo ha ignorado. Lo ha olvidado. No ha tenido el mínimo interés en agacharse junto a él y quitarle la media del rostro para descubrir a quién debe odiar. Por ahora sus sentimientos están analizando la pérdida. Algo verdaderamente costoso. Sinceramente imposible de aceptar, a pesar de que la prueba más fehaciente se encuentra ahí, ante él.

No sabe en qué momento empieza a llorar. Pero puede que sea el tacto de la primera lágrima rozando su mejilla lo que le pone en guardia. Sus oídos se abren, comienza a percibir. Y levanta la cabeza y ve a un público confuso y horrorizado. Y mira a su derecha y descubre aliviado la ausencia de Chus. Sí, le hizo levantarse, le obligó a salir fuera y esperar oculto en un portal. Ahora lo recuerda: Chus sollozaba sujetándose la frente y el arma que le abultaba tanto bajo la chaqueta y el traje que se ensuciaba. Fernando observa ahora a Ulises a unos metros, rígido, con un rostro espantado que parece decir «podría haber sido yo». Llegan hasta sus tímpanos los silencios del interior del local y los sonidos del exterior. Un perro que ladra. Unos coches que arrancan. Las sirenas de la policía. Un bocinazo. Las sirenas de la policía. Unos gritos. Las sirenas de la policía.

Y es así como deposita con cariño la cabeza de su sobrino sobre la baldosa tibia. Le cierra por fin los párpados. Y se yergue. Se levanta sobre sus piernas con la rodilla dolorida. Debe ocuparse de su gente. A cambio solo tendrá que desatender el dolor por unos instantes. Sale rápido del casino. Encuentra a Chus esperando al amparo de una sombra. Le toma por debajo del brazo y le

hace un gesto a Ulises con la mano. Lo primero que hace es arrancar el revólver que Chus esconde en la chaqueta. Nadie le ha visto usarlo, excepto la camarera. Luego los empuja hacia el coche. Las sirenas son incuestionables. Fernando toma a Chus por un hombro, pero mira a Ulises. Su voz es un susurro asmático.

—Nadie ha visto nada. Nadie sabe quién ha disparado. Ulises, llévate a Chus. Te lo llevas lejos. Tiras el revólver al río en cuanto lo cruces. Llévatelo a Francia. Tú no te preocupes —dice dirigiéndose a Chus—. Todo corre a mi cuenta. Te pasas ahí unos meses, hasta que despeje. Ya te diremos cuándo puedes volver.

Regresa al interior sin despedirse. Busca a la camarera tras la barra. No se trata de la mujer de Casimiro, como suele ser habitual, sino una chiquilla temblorosa, cubierta de lágrimas que le han desplazado todo el maquillaje sobre las mejillas, goterones negros que cubren su cara. Está hecha un ovillo en torno a su estómago, sentada encima de un arcón refrigerador. Lanza algunas miradas rápidas con la esperanza de encontrar a alguien que le diga qué hacer: ¿dónde está Casimiro y cuándo va a llegar la policía? Fernando aprovecha esta circunstancia: se acerca a ella procurando que sus movimientos sean lentos. Cruza por detrás de la barra y le pone la mano en el hombro haciendo que los temblores se atenúen.

—¿Cómo te llamas?

—Teresa —responde con un hilillo de voz arrugada.

—¿Cuántos años tienes?

—Veintiuno.

—Puedes tranquilizarte —Fernando habla gesticulando con los ojos, marcando las pausas con los párpados y los acentos con las cejas—. No te va a pasar nada. Ya no hay peligro, ¿sabes? Lo que has visto... Nadie de tu edad debería ver esas cosas, es injusto —la chica asiente—. Gracias a Dios, estaba aquí el muchacho de pelo largo, ¿verdad?

—Si no llega a ser por él, yo no sé qué... —y Teresa emite un sollozo que arrastra sus palabras.

—Tranquila. Ya no hay peligro —Fernando la reconforta en el tono con que se cantan canciones de cuna—. Sin embargo, el chico del pelo largo... Yo no lo conozco, pero le he visto ahí fuera. Ese chico ahora sí puede tener problemas, ¿sabes? —ella asiente balanceando el cuello—. Si la policía se lo lleva, a lo mejor lo meten en la cárcel solo por intentar protegernos —Teresa

asimila las palabras, un gesto de comprensión—. Creo que deberíamos ayudarle. Me ha dicho lo que ha pasado y le he recomendado que se vaya. ¿Qué harás tú si la policía te pregunta qué has visto?

—No lo sé.

—Mira, te voy a proponer una cosa. Yo estoy en deuda con ese chico. Tú me conoces, ¿verdad? Sabes quién soy —la chica afirma—. Si tú dices que no has visto nada yo te ayudaré en lo que quieras. Te puedo conseguir un trabajo mejor, o dinero para estudiar, ¿te gustaría estudiar? —Teresa continúa balanceando la cabeza—. Y solo tienes que defenderle a cambio, que sabes que se lo merece. ¿Qué opinas?

—No lo sé.

—¿Me prometes que te lo pensarás? Si no te gusta esta oferta puedo hacerte otra. Más convincente. Pero no creo que quieras escucharla. ¿Me entiendes?

La chica dice a todo que sí, derrama lágrimas. Fernando le pasa el brazo por detrás de la espalda y le da una caricia tierna en el hombro. Luego sale de la barra y se sienta a esperar junto al cuerpo de Paulino.

4:30

Suena el primer timbrado: Lucía se incorpora asustada, como si tuviera una pesadilla. El teléfono la saca de un sueño remoto. Se despierta con el corazón acelerado. Lucía coge el auricular, pero no se despierta hasta que no le explican por tercera vez qué ocurre. La voz de Ramírez también parece pesada y alejada de este mundo, al otro lado de la línea. Lucía se levanta rápido de la cama y enciende una lamparita de noche. Bernard deja de roncar y empieza a emitir unos gruñidos guturales: se está despertando. Ella intenta no hacer ruido, pero está inquieta. No puede evitar que la hebilla del cinturón golpee contra la pata de la mesa, o que se le caiga un zapato. Los gruñidos de Bernard poco a poco van tomando forma de palabras, como una psicofonía.

—*What the...?*

—No te preocupes —susurra ella con cariño—. Ha pasado algo. Mañana te lo cuento. Me tengo que ir. No te despiertes.

El último consejo cae en saco roto cuando el llanto de la pequeña Claudia atraviesa el pasillo para llegar a sus oídos.

—*For God's sake* —musita Bernard intentando taparse las orejas con la

almohada.

—Espera un poco a ver si se calla.

Pero no se calla. El volumen aumenta. Y de pronto se oyen unos pasitos descalzos que cruzan el pasillo. La puerta del dormitorio se desplaza y aparece Marcos, un pijama azul del Monstruo de las Galletas, un muñeco de Spiderman abrazado.

—Mami, Claudia está llorando —anuncia su vocecilla diminuta.

—Ya lo sé, mi vida. No te preocupes, que ahora vamos.

—¿Sales a la calle?

Ante la crisis, Bernard despierta. Se pone rápidamente al asunto.

—Sí hijo —dice, haciendo un esfuerzo por hablar castellano a esas horas de la madrugada—. Mamá tiene que atender una llamada muy importante, porque es guardia civil y ya sabes que tiene que defender a todo el mundo en cualquier momento —esto último lo dice con cierto sarcasmo, pero Marcos no sería capaz de percibirlo.

—Como Spiderman.

—Sí. Como Spiderman —Bernard pronuncia un Spiderman de Chelsea que aumenta considerablemente el heroísmo del personaje. Lucía le hará pagar la sorna a su marido más adelante. Ahora se agacha junto a Marcos.

—Oye, volveré por la mañana. ¿Quieres que te traiga donuts para desayunar?

—Sí.

—*You go* —dice Bernard—. *I get it* —la besa en los labios y Lucía los deja camino de la habitación de Claudia donde ambos le cantarán una canción a dos voces para que se duerma.

La Grande viaja en el Patrol de Ramírez: luces de emergencia, destellos azules, sirena. Llegan a la calle del casino, encuentran toda la flota de coches de la casa cuartel. Mujeres con bata guateada, rulos o redecillas de noche se asoman a las ventanas. Hombres en pijama o en calzoncillos fuman en los balcones contemplando con curiosidad. Algunos vecinos han bajado a la calle: jerseys sobre los pijamas, zapatillas de felpa de andar por casa. Forman corrillos parlantes de los que no escapan demasiadas voces. Quizá un «ya sabía yo» o un «tenía que pasar» o un «no me ha cogido por diez minutos». Los agentes de la Policía Local les obligan a mantenerse a distancia de la puerta del casino. Ahí todavía quedan muchos a los que no se les permite salir.

Una ambulancia ocupa el centro de la calzada. Hasta que no llegue el juez, que tardará, dada la hora, los camilleros no tienen nada que hacer. No pueden llevarse los cuerpos. Así que descansan sentados en la caja, comentan lo que acaban de ver, aún estupefactos pero cada vez más relajados. Ramírez detiene el Patrol y la teniente se baja sin esperar a que pare el motor. En el asiento de atrás de uno de los coches patrulla hay una joven, la puerta abierta y las piernas hacia fuera. Un compañero la bombardea a preguntas de la forma más comedida posible: la pobre chica no para de llorar. Ramírez se coloca rápido junto a su jefa para hacerle algunos comentarios.

—Se supone que esa chica es la camarera. La única que estaba en el bar cuando se produjeron los disparos. La única que pudo ver algo.

—¿Solo una, de ciento cincuenta personas que tendría que haber ahí dentro?

—Ya.

—Ramírez, hombre.

—Ya lo sé. Pero bueno, puede haber ocurrido. La gente suele ocupar la sala del fondo, donde se juega. Y desde allí no hay contacto visual con el bar.

—Vaya cuento.

—No sé.

Dentro del local la actividad es aún más frenética. Lucía repara pronto en los dos cuerpos. Aquí hay un guardia que toma las huellas dactilares del muerto, otro que tira muchísimas fotos con un *flash* molesto, otro que mide huellas de zapatos que han quedado sobre los charcos, un médico que escribe unos papeles, un chaval joven con la camisa por fuera del uniforme que corre hacia el exterior, un rollo de precinto de plástico: «Guardia Civil. Prohibido el paso». Se ve que dentro se han colocado varios guardias para recoger declaraciones en las mesas de jugar a las cartas. Los testigos van pasando uno por uno con la esperanza de que les dejen volver a casa pronto o de que les permitan hacer una llamada para tranquilizar a sus esposas. Casi todos son mayores y están cansados y no saben cuántas veces tienen que repetir que no vieron nada, que solo escucharon los disparos y se asustaron, y admitir, sí, admitir que han bebido y que ese hecho quizá haya alterado su percepción del momento del crimen. Por esa razón las declaraciones no coinciden exactamente ni en la hora, ni en el número de disparos. Alguno se aventura a adivinar la identidad del asaltante de la media en la cabeza. Pero ninguno acierta. El sargento Campos se acerca a la jefa y a Ramírez. En sus manos, un taco de papeles que apenas puede sostener.

—Buenas noches, mi teniente.

—Buenas noches, sargento.

—Está la cosa difícil. No entiendo que nadie haya visto nada.

—Ni yo.

—Pues es que los de dentro dicen que estaban jugando y que desde la sala no se ve el bar —Campos habla como una locomotora pasada de vueltas incluso a esas horas de la noche—. Y en esto tienen razón. Además, ninguno tenía por qué estar aquí, dado que las bebidas se las sirven también dentro. Ahora hemos enviado al García y al Moreno que van a preguntar a los vecinos del edificio de enfrente; a lo mejor hay suerte.

—¿Usted qué opina?

—¿Yo? Pues, visto lo visto, yo creo que el «pelao» ese de la media en la cabeza pensó que podía atracar fácilmente el casino. No le culpo. Aquí se mueve mucho dinero y nunca hay seguridad.

—Ya. Pues no le salió muy redondo.

—A eso iba. Se debió encontrar con algún tipo armado. Intercambiaron disparos y el pobre chaval de rojo, que salía del baño, acabó pagando el pato.

Lucía se fija bien en el pobre chaval de rojo. Lo reconoce. «Me cago en sus muertos», dice para sí misma. Su sola presencia hubiera complicado las cosas. Pero que él sea la víctima crea nuevas amenazas.

—¿Sabes quién es él?

—Sí —contesta Campos.

—¿Dónde está? —pregunta ella muy seria.

—Lo hemos llevado a la casa cuartel.

—¿Detenido?

—No. En calidad de testigo. Pero no ha opuesto resistencia.

—El mundo al revés.

—Sí. Aunque tampoco me extraña. El hombre está hecho polvo.

Resulta curioso mirar en derredor. Se le antoja como ver una película de guerra en la tele con el volumen a cero. Los agentes se desplazan sin hacer ruido sobre las suelas de goma de sus zapatos. Los testigos prestan declaración sin proyectar la voz, todo lo contrario a cuando contaban chistes verdes media hora antes, jaleados por el alcohol y por la emoción del juego.

—Ha hecho un buen trabajo, Campos.

—Gracias mi teniente. Pero espere, que aún queda una cosa. Esto le va a gustar.

—¿Una sorpresa?

—Y tanto. Una buena noticia. Tengo que confesar que tardamos algo en darnos cuenta.

Campos conduce a la jefa y a Ramírez apenas tres metros. Está ahí: bajo una mesa, sumergida en la mancha oscura que rodea al cuerpo de la media. Una pistola muy peculiar. Antigua pero perfectamente conservada. Parece imposible que sea capaz de disparar. Pero, si todo cuadra, lo ha hecho. En dos ocasiones al menos. Llevándose dos vidas por delante. Lucía no esperaba tal cosa. Le cuesta contenerse.

—Es la Mauser que buscamos —se atreve a decir Ramírez.

—Sí. Tiene buenas dotes de observación, Ramírez. Que Dios se las conserve.

Campos se muestra contento. Con el hallazgo del arma se acaba la pesadilla de miles de horas de trabajo a contrarreloj. No puede explicar qué ha llevado al asesino de la niña Nuria Isabel a atracar el casino. Y tampoco puede, por ahora, establecer quién le descargó un revólver en el pecho. Pero le gustan los argumentos sencillos y habituales. Por eso celebra que este hecho confirme la bien sabida regla: quien a hierro mata a hierro muere. Ya tienen al asesino. Yace ahí mismo, ante ellos, con una media en la cabeza.

—¿Le quitamos la media?

—Mejor esperar a que llegue el juez, que luego ya me los conozco yo. ¿Se sabe si tardará mucho?

—Estaba de camino. Supongo que le habrá cogido de sorpresa.

—Sí, menudo es ese hombre. Todo le coge de sorpresa. Bueno, de todas formas se comprometió a dejarme vía libre para todo. No creo que se moleste si hacemos alguna cosa antes de que él la ordene.

—¿Y los testigos, mi teniente?

Lucía echa un vistazo al otro lado del pasillo. De ahí vienen rumores cansados de los hombres que han tenido a bien quedarse para ayudar a resolver la situación. Desde donde está solo alcanza a ver un par de rostros que se asoman furtivos tras la esquina, al fondo, donde empieza la sala de juego. Son caras con pesadas ojeras oscuras y gestos tristes y preocupados.

—¿Se han prestado a colaborar?

—Todos ellos. Pero sabemos que algunos escaparon antes de nuestra llegada. Entre otros, el dueño del casino.

—Bien, pues habrá que localizarlo. Al menos para que explique por qué

tenía tanta prisa. ¿Y la camarera?

—Por ahora no dice nada.

La teniente realiza un pequeño barrido con los ojos a lo ancho del local. Los cuerpos muertos. Los agentes haciendo fotos, tomando medidas, los zapatos forrados con bolsas blancas. Los coches de fuera, ráfagas azules que se reflejan en los cristales. La camarera sentada en uno de ellos: las mismas preguntas por sexta vez. Las cabezas asomándose al fondo del pasillo.

—¿Tenéis ya el nombre y los teléfonos de todos los que están ahí dentro?

—Sí, mi Teniente.

—De acuerdo, vamos a llevar a dependencias a los que estén menos borrachos. A los demás, dejémosles ir a casa con la promesa de no abandonar el pueblo y de presentarse si se les requiere. Lo siento por la camarera pero va a tener que venir con nosotros, a ver si sacamos algo en claro. Y ahora hablaremos con el señor Rosas, no me creo que esté aquí a dos velas.

—Yo tampoco me lo creo —sentencia Ramírez.

—Muy bien, Ramírez. A lo mejor acabo haciendo un buen agente de usted antes de lo que esperaba.

Campos corre a hacer cumplir la orden. La Teniente se queda al borde mismo de la primera mancha. Contempla esa cara escondida tras la media. ¿Quién hay ahí? El asesino se lo había puesto muy difícil hasta ahora. ¿Es posible que haya cometido el error de entrar al asalto de esta forma? Difícil de creer. Pero, ¿por qué pensar que es un tipo metódico y cuidadoso? Quizá solo haya tenido fortuna: desvinculación con la víctima, la absurda ley del silencio de los Chamorro, todo de su parte. Mira la pistola, estilizada, antigua. La compara con las ropas que lleva el asaltante, sucias, ásperas. Decide ir a hablar con el guardia que se ocupa de las fotos. Le pide planos detallados del arma, a lo que el otro responde que ya los tiene, pero que, si su teniente quiere, puede tomar más para asegurarse.

Mientras tanto, un goteo de personas que ya han sido interrogadas brota del interior del casino. Salen en grupos de tres o de cuatro, muy callados. Cuando pasan por el bar contemplan la escena de cerca. Algunos pasean sus ojos sobre los cadáveres y enseñan muecas de morbo, contraen labios, bizquean y aprietan los puños. Otros prefieren no verlo: dirigen la vista hacia la barra, cerrarían los párpados si no tuvieran la necesidad de caminar en línea recta para salir de allí cuanto antes. Avanzan en fila india, alejan las pisadas de la mancha oscura, ya inmóvil.

En novena posición, sale Javier, el anticuario, con su cabestrillo, su parka y la boina bien calada hasta los ojos. Mueve el bigote como si algo le rondara la pituitaria. En principio no quiere mirar. No cree que vaya a encontrar nada digno de ser contado. Se limita a clavar la nariz en los hombros del tipo que le precede. Sin embargo, la fuerza de la curiosidad empuja su cuello hacia la izquierda. Nunca creyó que tendría que ver un cadáver tan joven, el de Paulino, tan inmediatamente vivo. Y el otro, con el rostro deformado, la nariz achatada y los pómulos planos bajo esa media de ladrón de tira cómica.

Y entonces se fija en algo. Detiene su camino. Sale de la trayectoria de la fila india y deja pasar a los que le siguen. Avanza unos pasitos justo hasta los pies del cadáver. Los guardias reparan pronto en él. Uno de ellos se lanza hacia Javier, un dedo señalando la salida y la mano derecha decidida a sujetarle el hombro.

—Un momento, por favor —le dice al guardia y, luego, levanta mucho la voz para que la teniente le escuche—. Yo he visto esta pistola en otro lugar —y Lucía se vuelve hacia él, abandonando al fotógrafo y moviendo su corpachón para acercarse.

—¿De verdad? ¿Seguro que era esta misma?

—Es poco probable que fuera otra.

—Dígame dónde.

—Formaba parte de la colección de antigüedades militares del doctor Ortega. Ahora pertenece a su nieto, Roberto Ortega. El médico del ambulatorio, ¿no lo conocen?

La teniente le hace un gesto a Campos, que anda por ahí cerca negando con la cabeza.

—Campos, por favor. Quítele la media.

Al sargento no le gusta tener que hacerlo. Para él nada debería complicar la sencilla solución del caso de Nuria Isabel. Pero es parte de su trabajo. Queda al descubierto un rostro renegrado, muy huesudo, de nariz larga y ojos penetrantes y afilados, todavía abiertos. Al quitar la media los músculos se liberan y la boca se abre, se revela la falta de alguna pieza dental y la suciedad de las todavía presentes. La teniente escruta el rostro con la intención de encontrarlo en algún lugar de su memoria, por recóndito que sea: quizá detenido por posesión de drogas, por conducir borracho, por robo; quizá en la puerta de una finca, con una destartalada casa a su espalda, después de haber escuchado una detonación en la carretera de Quel, cuando

un perro casi echa el Patrol a la cuneta. «La madre que me ha parido, tonta, tonta y retonta», se dice. Ramírez le lanza un gesto cómplice. «Si solo me hubiera asegurado un poco más».

—¿Es este el médico del ambulatorio al que se refiere?

—pregunta conociendo ya la respuesta.

—No, hombre —contesta el anticuario rápidamente—. Pero para eso no hacía falta quitarle la media. Roberto es mucho más gordito. Y además, ¿cómo iba él a hacer una cosa así? No, hombre, él es buen chaval.

—¿Y entonces qué hace aquí su pistola?

Javier encoge los hombros todo lo que le permite el brazo en cabestrillo.

—Pues no lo sé. Creo que me dijo que había vendido parte de la colección. Este se la habrá robado al actual dueño. Mejor que le pregunten a él.

—Tiene razón. ¿Cómo se llama usted?

—Me llamo Javier Azpilicueta.

—¿Le importa pasarse ahora por dependencias para hablarme del tal Roberto Ortega?

—No. Si quiere incluso mañana lo busco y me lo llevo conmigo, que lo conozca usted.

—Gracias.

Abandona el local. Lucía intenta decidir si hay algo importante en la nueva información.

—¿Qué opina, Ramírez?

—Pues... pues no tengo ni idea, mi teniente. Parece sensato lo que el mismo Azpilicueta sugiere; que el arma fue vendida y que quizá el tipo este la robó para cometer el atraco. Pero yo no dejaría de investigar al tal Ortega, mi teniente, cuanto antes mejor. No esperaría a mañana, algo me dice que deberíamos ir ahora.

—¿Y qué es ese algo?

—No lo sé. ¿Antigüedades militares? ¿No le parece eso un poco de psicópata, mi teniente?

—Quizá, Ramírez. O quizá se sienta usted culpable, igual que yo, porque cuando encontramos a este tipo en la carretera de Arnedo lo pasamos por alto. Fuimos idiotas. Mírelo, tiene más pinta de yonqui que de otra cosa, y ya ha visto usted cómo vivía. Todo cuadra: tendría tratos con los Chamorro, les debería dinero, o ellos le deberían dinero a él, o ambos se deberían dinero; podrían haberle amenazado y él, yo qué sé, en plena ansiedad perdió los

papeles, mató a la niña e intentó hacerla desaparecer. Y ahora pretendía conseguir algo para saldar sus deudas de droga. Fíjese en él: es el tipo de gilipollas que entierra un cadáver a solo treinta centímetros de profundidad y luego no se deshace del arma.

—Eso es verdad, mi teniente.

Lucía mira a Campos.

—¿Lo conoce?

—¿Al atracador? No, mi teniente.

—¿Y al del brazo roto?

—¿A Javier? Claro que sí. Le conoce todo el mundo en Calahorra, quien más quien menos. Es una buena persona. Anticuario. Iba por las casas buscando muebles para restaurar y vender. Ofrecía un buen dinero por ellos. Y además ha escrito algún libro sobre los muebles típicos de la región o alguna chorrada por el estilo.

—Chorrada por el estilo.

—Discúlpeme, mi teniente. Era solo una forma de hablar.

—Y, dado que es anticuario, ¿cómo es que no se le ocurrió ir a buscarle antes?

—Pues, ni se me pasó por la cabeza. Javier solo trabajaba muebles, decoración, y está jubilado. Nunca creí que pudiera saber algo de armas.

—Ya. Es cierto.

—Lo siento, mi teniente.

—No se preocupe, sargento.

4:00

Ahora solo queda luchar contra el sueño. Contra el sueño es poco. Ángel fuerza los párpados. Ladea la cabeza hacia la izquierda. El aire fresco de bruma exprimida que entra por la ventanilla del Cayenne le azota directamente el rostro. Pisa el acelerador. Solo son tres horas y media de camino. Antes de que salga el sol estará en Madrid. Y antes de las diez su deuda quedará saldada. Luego, lo promete, despertará a su familia, llevará *croissants* para el desayuno. Salir de Calahorra le ha parecido tan difícil como entrar. Bajar la calle de la Mediavilla, despedirse de la catedral sin haberla visto, como a esas viejas parientes lejanas, solteras, maquilladas y

perfumadas a las que uno intenta evitar en bodas, bautizos y comuniones. Tomar N-232 hasta pasar Rincón de Soto y ahí girar a la derecha hacia Cientruénigo por la LR-285. La carretera, mucho más desierta en la madrugada, concurrida solo por jirones de niebla y gatos suicidas que mueren bajo las ruedas.

Poco a poco, los colores que despiertan los faros del Cayenne en los linderos de la calzada se vuelven más regulares: ocre y secos. Abandonan el verde pajizo, la presencia totémica del Moncayo se queda a la izquierda y luego detrás. Todo se vuelve rectangular, incluso los pensamientos, al penetrar en la provincia de Soria. Líneas interminables de asfalto devoran los faros de los coches con los que Ángel se cruza. El aire sigue entrando por la ventanilla, provoca la inquietud necesaria. Trae la fragancia de los campos largos y se la lleva al fondo del aliento. Todas esas líneas rectas ralentizan el espíritu, la respiración se acomoda: la mente se libera de malos sueños, los expulsa y revolotean atravesando el parabrisas y se arrojan bajo las ruedas donde son arrollados para que nunca resuciten. Solo sobrevive un pensamiento: todo ha acabado; ya todo está bien.

Y de pronto se acuerda de algo: el cuerpo de Paulino tendido ante la puerta del baño. El color bidimensional del fango que cubría la baldosa, las cabezas y los pies de la gente que abandona el local dejando huellas en los suelos tras sortear el cuerpo, mucho, mucho ruido, que contrastará con el obligado silencio del velatorio. ¿Cuántos años le dijo Fernando que tenía su sobrino? ¿Veintidós, veintitrés? No más. ¿Tanto mal habría causado para merecer semejante fin? Acabar tendido así, en el pasillo de un local viejo donde no hay mujeres. Ni una mujer a tu alrededor para proporcionar una última caricia como solo ellas saben hacerlo, porque son madres y novias.

Ángel no puede saber qué pasó ni por qué, ni qué sucedía en el bar cuando se escucharon todos esos disparos. ¿Y si le ocurriera a él? ¿Y si nunca hubiera encontrado una solución para su problema con Fiódor? Un buen día camina por cualquier rincón tranquilo y elegante de Madrid. Quizá por una avenida arbolada en el parque del Retiro. Pablo, su hijo, pilota torpemente una bicicleta con rueditas de apoyo. Adela empuja un cochecito en el que duerme Esther, ajena al absurdo mundo real. Tras un arbusto sale un tipo rubio de cara asartenada. Antes de percibir el peligro, otro más bajito y más moreno le ha cerrado el paso por detrás. De la chaqueta surge una pistola. Abre fuego y los transeúntes huyen gritando y un líquido cálido salpica el

rostro de Ángel, y no sabe cuál de sus hijos se ha quedado quieto y cuál sigue en movimiento y Adela, que busca su mano y no la encuentra, y ve unas zapatillas de deporte de marca que huyen ante sus pupilas, tan cercanas al suelo.

No. Ya no. Sacude la cabeza y la acerca bien a la ventanilla para que el aire se lleve también este pensamiento funesto y lo arroje bajo las llantas, junto con los demás. En cuanto tenga todo solucionado, llamará a Fernando Rosas para darle el pesame y explicarle por qué ha desaparecido de esa forma. Algo se le ocurrirá. Mandar flores, sin duda. Luego se podrá plantear asistir al funeral. Quizá, si cae en sábado y a Adela no le importa y se traga la mentira de que se lo debe a un viejo conocido, o la verdad de que era un amigo de su padre. Lo siente, todo lo que se puede sentir la desgracia de alguien a quien se conoce desde hace tan poco.

No es bueno olvidar que aún recorre una carretera. Que solo el aire nocturno le sostiene en un insomnio imprescindible. El último esfuerzo antes de liberarse por completo del asunto. La idea de que mañana podrá tumbarse tranquilo en su cama después de llevar el dinero a Fiódor, descansar sin piedras en los pensamientos, le anima a acelerar.

Lleva ya casi veinte minutos sin cruzarse con ningún otro vehículo, pero ahora va a caer tras un camión. Un tráiler pesado, unos ocho ejes. Solo se ven lucecitas rojas que forman un cuadrado para indicar la trasera del remolque. Atraviesa uno de los pocos tramos de curvas de todo el trayecto. Prohibido adelantar. Mala suerte. Ángel aminora la velocidad y guarda la distancia con el camión. Reduce de ciento treinta a noventa. Al subir algún repecho, se ve obligado a bajar a cincuenta kilómetros por hora. Así no llegará a Madrid antes de que salga el sol. Si fuera de día, una larga cola ya se habría formado tras él. Sin embargo, a esas horas solo un coche le sigue. Bastante cerca. Sus focos inundan la cabina del Cayenne y le impiden tener una visión nítida de lo que ocurre en los linderos de la carretera. No ve lo que hay a los lados. Tampoco lo que hay delante: se lo tapa la inmensa caja del camión. Así no le gusta conducir. Despacio, sin visión, sin seguridad.

Aquí viene una pequeña recta. Aunque no parece tan corta, está marcada con línea continua. Pero no hay cambios de rasante y la siguiente curva espera lejos, al menos para un Cayenne de más de quinientos caballos. Y, ¿cuántos coches se ha cruzado en la última hora? No hay peligro. «A la mierda», piensa. Reduce una marcha y acelera. Atraviesa la línea continua.

Fuerza el motor cuando su tacómetro ya alcanza las cinco mil revoluciones. Supera al camión y vuelve limpiamente a la derecha. Así recupera el ritmo, los ciento treinta. Observa el retrovisor: el coche que le seguía también ha adelantado al camión.

Prueba a encender la radio. Encuentra una entrevista a un físico teórico que trabaja en la construcción del LHC. La máquina del fin del mundo, la llaman. El físico se mofa de ello. Entretenido en la emisión, Ángel apenas se da cuenta de que el coche que le seguía le ha adelantado. Se ha puesto a ciento ochenta para pasarle. Y una vez delante de él, reduce la velocidad en casi cien kilómetros por hora. Ángel libera el acelerador. «Y este ¿qué hace?». Le echa una ráfaga de largas. El coche responde iluminando un rótulo en su parabrisas trasero, rematado por una flechita que indica la dirección del arcén: «Guardia Civil de Tráfico. Deténgase».

Como una de esas partículas subatómicas de las que habla la entrevista de radio: Ángel colapsa. No, sangre fría. Precipitadamente empieza a barajar soluciones. Puede tratar de darse a la fuga. Pero el coche camuflado de la Guardia Civil es rápido. No ve la marca, de oscura que se ha puesto la noche. No. No es la solución. A ver, aún lleva la cartera llena. Y no cree probable que se trate de una inspección regular. Ha cometido una infracción grave. Le han pillado. Solo tiene que reconocerlo, ser amable, pagar la multa en el acto, aceptar la denuncia y retirada de puntos que solo se hará efectiva una vez llegue a oficinas centrales de la Dirección General de Tráfico. Nadie tiene por qué registrar su coche. Nadie tiene por qué hacer preguntas, preguntas policiales, sobre una bolsa de deporte llena de billetes de quinientos euros sin declarar. Nadie, ningún guardia civil, tiene por qué retener el dinero hasta saber de dónde procede. Solo una multa por infracción al adelantar. Nada más.

Así que Ángel se detiene tras él, en el momento en que se orilla en el arcén. Da gracias a Dios por haber escondido la bolsa negra en el maletero. Conecta las luces de emergencia para alertar al camión que adelantaron kilómetros atrás. No habrá más vehículos en la noche.

Un solo agente baja a la calzada. Delgado, estirado, de labios finos como lombrices, combados hacia abajo, soportando una tensión insuperable en las comisuras. Cara de Lagarto. «Joder», piensa Ángel. Y su estómago se le enrosca, llevándose consigo parte de los pulmones, y sus pensamientos se bloquean en el momento en que la radio dice algo de una partícula que se

desintegra en cero, coma, cero, cero, cero, un segundos. Cara de Lagarto, uniforme verde y gorra impertérrita calada hasta las orejas, recorre la distancia entre ambos coches con pasos lentos, brazo izquierdo apretado sobre la cadera a pocos centímetros del arma reglamentaria. Ángel baja la ventanilla.

—Pare el motor y la radio, si no le importa —dice Cara de Lagarto. En una primera impresión parece que no se acuerda de él. Sin las gafas de sol, los ojos del agente son pequeños, no parecen muy agudos. Le apunta a la cara con una linterna.

—Sabe por qué le paro, ¿verdad?

—Sí, agente. Lo siento. El camión iba muy despacio y lo vi fácil.

—Ya. Pero es que las líneas continuas están para algo. Ahí mismo hay una incorporación a un camino rural, y si llega a dar con un coche o un tractor saliendo de él, se mata. Ya ha pasado alguna que otra vez. ¿Me deja los papeles?

Ángel saca un fajo de folios de la guantera preguntándose qué puto coche o qué puto tractor van a salir de un puto camino rural a las cinco y media de la mañana. Cara de Lagarto aplica la linterna sobre el permiso de conducir de Ángel. ¿Por qué siempre patrullará solo? Su aspecto de inflexible cumplidor del deber plantea una incógnita. El agente se recrea sobre el documento un buen rato. Luego la linterna vuelve a la cara de Ángel y una vez más sobre los papeles. Permiso de circulación, seguro, inspección técnica de vehículos.

—La próxima vez que juegue al golf con el teniente coronel Planas va a tener que pedirle que le quite también esta multa —es evidente que Cara de Lagarto sí se acuerda de Ángel—. Y le devuelva los puntos por infracción grave que le voy a descontar. Ojalá pudiera quitarle más, porque me parece que no va a parar hasta que provoque muertos.

—Tiene usted razón, agente. No le voy a decir que no. Cumpla usted con su deber.

—Y tanto. ¿De dónde viene?

—De Calahorra.

Error. El nombre se le ha escapado como una verdad inconfesable. Como si a aquellas insinuaciones de Adela, hubiera respondido: «Sí, me acosté con la telefonista». Como si al preguntarle su hijo: «Sí, Pablo, papá hace trampas en los negocios». Como si al interés de Fernando Rosas: «No, Fernando, lo de Rusia no está tan seguro como me gustaría». Imperdonable. Estúpido,

estúpido, estúpido, Ángel, procurando que el miedo no fluya hacia el rostro. Pero ya es demasiado tarde: Cara de Lagarto estará captando la incomodidad en sus líneas de expresión. La alerta a todos los efectivos, el tiroteo, Calahorra, el margen horario: un posible implicado.

—¿Puede por favor bajarse del coche y dejarme ver el interior?

Ángel, el aliento: empaña con bocanadas de vaho la noche fresca. Baja del Cayenne. Cara de Lagarto le pide que se sitúe a unos pasos. Hacia el coche camuflado, sí, ahí mismo. Comienza a explorar sin mucho rigor la cabina. El otro piensa rápido. Plantea soluciones y las descarta al momento. Fernando Rosas le pegaría un tiro a Cara de Lagarto. En mitad del páramo, el vacío se llevaría el estampido al infierno junto con el agente. Pero él no tiene arma. No la tiene y eso es un motivo razonable para que no se convierta en un asesino y se alegra por ello. ¿O no se alegra? No. Quizá no se alegre. En cuanto Cara de Lagarto encuentre la bolsa de deporte se lo llevará al cuartel, que sabe Dios dónde estará, le hará preguntas, luego más preguntas. Más tarde quizá le deje dormir y por la mañana le despertará para hacerle más y más y más preguntas.

Cara de Lagarto alterna movimientos nerviosos de su cuello de tortuga: ahora miro el asiento del Cayenne, ahora miro al conductor para que no se escape ni se acerque. Su soledad le empuja a precipitar la búsqueda, a no prestar tanta atención como desearía: darle una lección al mocoso, sin duda la necesita, cualquier mínimo detalle que le implique, ni teniente coronel Planas ni nada.

Al fondo de la carretera, a espaldas del agente, vomitadas por un horizonte oscuro, aparecen un par de luces blancas. Es el camión tráiler que adelantaron hace un buen rato. Cara de Lagarto sale del coche, una serpiente en el tronco de un árbol.

—¿Puede abrir el maletero, por favor?

—Sí. Por supuesto, agente.

El tráiler se acerca aumentando en tamaño. Despacio, como un globo aerostático que se infla de aire caliente. Ángel se acerca al volante y aprieta el botón electrónico que abre el maletero. No quiere moverse de ahí. Cara de Lagarto se sitúa tras el Cayenne. Ahí viene el trailer. Ahora Ángel piensa: «¿Bastaría un pequeño empujón?» Uno pequeño: Cara de Lagarto bajo los ocho ejes. En cuanto ocurriera, subiría al coche. El camionero pediría auxilio, pero no, demasiado perturbado como para memorizar la matrícula del

Cayenne. Se desviaría en alguna carretera, llegaría a Madrid por otro camino. Piensa rápido, Ángel, piensa rápido. El camión se acerca más, está a medio kilómetro. Viene de un paraje tan similar a este en el que están que las leyes del espacio parecen trastocadas. «Piensa, Ángel». Y da un paso hacia el guardia que rebusca en el maletero, muy entretenido, inconsciente. Ángel suda, aliento espumoso y denso se le adhiere a la piel, y suda aún más. ¿Cuánto tarda Cara de Lagarto en registrar el maletero? El camión está aquí, Ángel da otro paso y otro y otro, la temperatura de la noche sube un grado de golpe y el agente introduce las manos y las mueve y agita el contenido de algo que Ángel no acierta a distinguir, pero que se le antoja tan horrible para él, para su vida, para la de sus hijos, sus hijos boca abajo en una avenida del Retiro, las rueditas de la bicicleta de Pablo retorcidas al soportar el peso de una cabeza blanda, y el camión que se acerca y que ya está a unos metros y Ángel que se encuentra a dos pasos, a un paso, a la distancia de un brazo que se estira y agarra al agente por su cuello reptiliano y lo arroja bajo un bólido de catorce toneladas que le parte en dos.

Cara de Lagarto cierra el portón del Cayenne de un golpe. El tráiler pasa junto a ellos, inofensivo. El viento que levanta quiere llevárselos, el barritar de los ocho ejes saca a Ángel de un estado de excitación perturbada. Cara de Lagarto se extraña de encontrarlo de pronto a tan pocos centímetros.

—Todo bien. Puede seguir. Pronto le llegará una carta de la DGT haciéndole saber cuántos puntos le serán retirados y qué puede hacer para recuperarlos.

¿Bien? ¿Cómo que todo bien? Ángel demuestra poco dominio esta vez. No pestañea. No respira. Abre de nuevo el maletero ante la sorpresa del agente. Allí solo hay una maleta de fin de semana, la ropa sucia removida por los dedos de Cara de Lagarto. Mira las manos del agente, por si esconde algo en ellas, algo demasiado grande como para esconderlo en las manos. Se agacha bajo el coche por si puede haberlo deslizado allí. Busca en la cuneta algún bulto oscuro que el agente haya podido arrojar para recuperarlo después. Pero no. Ahí, nada. Y la incógnita en el rostro del guardia civil certifica la nada. Ahí, nada. Ángel cierra el portón del maletero. Se alegraba de haber resguardado la bolsa en él. En un maletero grande, dispuesto siempre a la espalda, desapercibido para quien conduce o, sobre todo, para quien abandona su coche concentrado en algo que ocurre ante sí. Concentrado, tal vez, en las sirenas de la policía que se acercan, concentrado en otro coche

atravesado en la calle, su conductor borracho que bloquea el paso, que bloquea la huída. Un SEAT, propietario ebrio: «Gracias, amigo. Gracias. Aquí tendrás siempre un amigo, ¿vale? ¿Te queda claro? ¿Amigo?»

Ángel bajó del Cayenne, dejó la puerta abierta, el contacto encendido. Un solo botón y el maletero se abre. Un empujoncito suave, sin violencia, sin ruido, y el maletero se cierra. Tecnología alemana: acabados Porsche.

—¿Se puede saber qué le ocurre? —silba Cara de Lagarto.

La bolsa de deporte, con los cuatrocientos cincuenta mil y los dos cheques de Valladares, ha desaparecido. Ángel se sienta en la cuneta. La noche invade los espacios vacíos de su interior.

La última razón por la que Ángel admiraba a su padre es que nunca, nunca jamás, perdió el control.

6:00

No son detonaciones de armas de fuego: es un reloj de pared lo que suena. Seis campanadas, tan indolentes que casi parecen de naturaleza vegetal. Reciben el despertar sobresaltado de Marisa, que se incorpora en la cama con algo de sudor en la nuca. Espera unos instantes. Restos de un mal sueño huyen. Un sueño descorazonador que no le importa olvidar en absoluto. Algo que tenía que ver con... ¿con qué? Con nada. No lo recuerda. Ya lo ha olvidado. Aunque las pesadillas, que tan rápido son borradas de la memoria, siempre persisten. Permanecen en forma de sensación molesta: algo así como la incapacidad de respirar a ritmo durante unos minutos, una temperatura corporal poco adecuada, la certeza de que la habitación no termina en la pared, tras el cabecero de la cama, sino que sigue kilómetros más allá y se hunde en unos tenebrosos pasadizos donde aún acechan los malos sueños.

La cama está fría como las campanadas del reloj. No sabe definir el olor de la madrugada, pero existe: sin duda, algo se las arregla para despedir cierto aroma cuando se acerca el alba. La cama está fría porque ella está sola. Ocupa el lado izquierdo en posición fetal, abraza la almohada con firmeza. La respiración empieza a recuperar el ritmo. Le apetece darse la vuelta y volver a dormir. «Anda y que te vayas a la mierda, Vicente». Pero no puede. Se levanta. Se le encogen los dedos de los pies al contacto con la baldosa.

Sale de la habitación. Alguna ventana abierta convierte el pasillo en un

hipódromo de corrientes de aire. Se ha dejado el albornoz en la percha del baño: cruza los brazos sobre el abdomen y se resguarda en ellos. Un primer aliento de claridad empieza a perfilar los objetos del salón. El olor a madrugada. ¿Estará dentro de su nariz, ahí, puntual, todas las mañanas? A esas horas el pensamiento no sabe que piensa y se dedica a vagar. Marisa se sorprende a sí misma reflexionando acerca de una baldosa que hay en el pasillo. Sus ojos pegajosos quieren abandonarse a un sueño de azulejos y brisas frías. Un nuevo sueño incómodo. Despierta un poco más al descubrir que la habitación de Eva sigue vacía. Eso ya le gusta menos. No le gusta nada.

Arrastra sus piecillos forrados de felpa hasta el salón y abre la ventana. El exterior no se percibe más fresco que el piso. Fuera hay niebla. Las luces de las farolas se velan esparciendo claridad de una forma homogénea, imprecisa. El volumen perezoso de las cosas, los portales, los coches, los buzones de correos: todo plano y gris. Se escuchan sirenas de policía lejanas, como si también la niebla las aplanase y las trajera humedecidas y tan distintas a las campanadas del reloj de pared. El enfado, el fresco, la humedad: Marisa despierta de una vez por todas. Se sienta en el sofá y se echa una manta por encima. Pone la televisión. Una presentadora chillona suplica a los telespectadores que llamen a un teléfono de pago para acertar qué animal se esconde tras las letras L-BÉ-U-A.

Cuando la puerta se abre, más allá del pasillo, casi tan lejos como las sirenas de la policía, los torrentes de aire encuentran una salida y enloquecen. Apaga la televisión: cree que ser hallada esperando, sin hacer nada más que esperar, acentuará el dramatismo de su acto y, quizá, el sentimiento de culpa de quien la encuentre. Todavía hay sueño, un sueño que dulcifica el enfado. No quiere. No quiere estar menos enfadada. Eva, que vive en una parcela diferente al mundo real, una parcela habitada por Evas que rinden culto a la Diosa Eva, a través de las sacerdotisas de Eva, un lugar donde impera una *sharia* despiadada contra todo infiel. La práctica de esta religión da derecho a olvidar el amor, el agradecimiento y los problemas de los suyos. Y a cagarse en ellos, en sus lágrimas, en sus preocupaciones. Marisa lo consigue: la indignación está venciendo al sueño. Aunque aún no lo suficiente como para levantarse del sofá e ir al encuentro de su hija. Espera en el salón. Ensayo la cara más grave que puede dedicarle, ahora que entrará mareada.

Se sorprende al escuchar ruidos en el armario del recibidor. Allí solo se

acumulan cosas inútiles que Vicente se niega a vender. Ese traqueteo metálico debe ser la bolsa de palos de golf al cambiar su centro de gravedad. El golpe sordo: un movimiento en las cajas de zapatos que ocupan el estante de arriba. Y un último chasquido: el palo de una escoba cayendo contra el fondo del armario. ¿Qué estará escondiendo? Tendrá que esperar a que Eva se vaya a la cama para comprobarlo. De lo contrario se enfrentará a una escena de histérico clamor contra la injusticia y la desconfianza, los siempre sospechosos adolescentes. En el pasillo, a las seis y pico de la mañana, mejor que no. Mejor dejarla que se acueste y ya veremos qué es lo que ha traído. Hablarlo solo cuando se levante mañana, cuando haya dejado la agresividad del alcohol pegada a la almohada. La resaca la debilitará. Entonces veremos qué esconde. Solo una vez le encontraron un par de pastillas. Marisa no supo muy bien de qué tipo eran. Vicente le quitó importancia y se comprometió a hablar con ella y a vigilarla de cerca. Nunca más ha vuelto a aparecer ese problema. Por fin escucha cerrarse la puerta corredera del armario.

—Eva —llama, y su voz suena pastosa.

Unos pasos irregulares conducen a alguien desde la puerta de entrada hasta el salón.

—Ah, eres tú —dice Marisa al ver la cabeza erizada de Vicente asomando por la puerta del salón—. Que la Eva no ha llegado. Estoy preocupada, majo.

Los ojos de Vicente lucen enrojecidos. Tarda en decidirse a cruzar la puerta. Ojos al rojo vivo, pensamiento perezoso, sonrisa queda en una boca que busca algo que decir: Vicente ha bebido. Marisa toma aire. Respira hasta cinco veces antes de asumirlo. «De acuerdo, de acuerdo». Está dentro de lo esperado. En rehabilitación se lo advirtieron: puede atravesar alguna recaída, resulta más que probable. Lo que tiene que hacer es esperar a que se encuentre en condiciones de razonar, como en las primeras fases, cuando consiguió que aceptara el problema. Y ponerse en contacto con el centro lo antes posible. Vicente adivina qué está pensando su mujer: se ha quedado callada casi durante un minuto. Y no se debe a que Eva no haya llegado. Entra en el salón y se sienta en el sofá junto a ella. Apoya la cabeza sobre su hombro, las púas del pelo deberían atravesar la piel de Marisa. Pero no: resultan suaves y zalameras al tacto. Antes de comenzar a hablar, Vicente se echa la mano a la boca, expulsa el aliento para hacérselo llegar a su propia nariz. Podría ser peor. Solo un asomo ácido por encima de lo etílico. Luego se huele una manga que apesta a cenicero.

—Marisa, he bebido —dice él antes de que lo haga ella—. He tardado mucho en volver a casa porque estoy avergonzado. Mañana llamo a la sociedad y me apunto a las reuniones de la semana que viene.

Ella se sorprende. No esperaba tanta docilidad. Vicente parece arrepentido. Pero hay algo más tras su voz, un acento sonreído que no tiene por qué provenir del orgullo de haber enfrentando rápidamente el problema. Marisa le acaricia el pelo, como un pincel de maquillaje.

—Lo mejor es que tires *pa* cama. Mañana hablamos de a ver qué hacemos. No te preocupes. Que ya nos dijeron que esto podía pasar.

El tictac del reloj de pared se deja escuchar durante varios segundos. Ella se olvida del frío y se aparta un poco la manta para liberar el brazo derecho. Vicente permanece cautivo de aquella vieja sensación triunfal del alcohol que echaba tanto de menos. Un síntoma de esa sensación consiste en no poder mantener ningún secreto. Aunque sea tan solo insinuarlo.

—Marisa, a partir de hoy todo va a ir muy bien. Vamos a enviar a la Paula a la Universidad que quiera. Y luego a la Eva. Taparemos todos los agujeros. Todo va a volver a marchar como antes.

—Vicente, que no hace falta que digas esas cosas, que estoy cansada de oírlo.

—No. Que ahora te lo digo en serio, mujer. Que te lo digo en serio. Ya verás cómo a partir de hoy todo va bien.

Marisa mira a la profundidad de la habitación en la que no hay ninguna luz artificial encendida. La claridad se va imponiendo poquito a poquito. Los perfiles de los muebles y de los objetos hace un rato que ya están bien definidos. Ahora son los colores los que comienzan a abrirse al nuevo día.

—La Eva no llega, me cago en... —dice ella recordándolo de pronto—. La voy a matar.

—Déjala que disfrute, es joven, es Semana Santa.

—Semana Santa, ya. Es joven, una mierda es joven. Es una niñata, eso es lo que es. Vicente, prométeme que mañana te vas a poner de mi lado cuando discuta con ella.

Vicente efectúa unos pestañeos lentos y pesados.

—Te lo prometo. Pero deberías tomártelo con calma.

—Ya —responde ella malhumorada—. Anda, vete *pa* cama y mañana hablamos.

Vicente se levanta y se estira. Le da un beso a Marisa en la mejilla y la mira

con unos ojos simpáticos que parecen decir: «Ya vas a ver». Y luego pone rumbo hacia su dormitorio trastabillando por el pasillo. Llega a una simple conclusión: los problemas pueden dividirse en difíciles o fáciles de resolver. Algo tan obvio como eso. Difíciles: no tomar una copa más, hacer que Marisa y Eva se respeten, olvidar el tatuaje de una rosa en un antebrazo que asoma bajo la sábana de una camilla. Fáciles: irse a la cama y cerrar los ojos para dormir, apagar la televisión. Fáciles: seguir de cerca una bolsa llena de billetes. Fáciles: abrir un coche cuando nadie mira, un coche grande, las llaves en el contacto, un botón para abrir el maletero, un empujoncito para cerrarlo sin hacer ruido.

Vicente se tumba en la cama. No se lava los dientes, hoy se lo puede permitir todo. Mañana afrontará un comienzo. Ya no tiene sentido hablar de planes. Ahora quizá, solo de prudencia. Si Marisa no encuentra la bolsa de deporte negra en el armario de entrada, el lunes a más tardar ingresará el dinero que sacó de la cartilla. Al resto le buscará un buen escondite, ya pensará en algo. Quizá un viaje a Suiza sea buena idea. No lo moverá durante años. De ahí saldrán los estudios de sus dos hijas, un coche nuevo. Quizá una mudanza, una vida distinta donde aún haya una identidad para él. Sonríe: «Qué suerte tienes».

Marisa se queda en el sofá, ahora mucho más despierta. Se niega a poner la tele una vez más. «Los problemas, de uno en uno», decide. Vicente está en casa y su disposición parece positiva. De todas formas ahora no podría arreglar nada con él, tendrá que esperar a mañana. Ahora se trata de Eva.

Mira por la ventana como si su empeño en mirar fuera a hacer que Eva apareciese antes. Observa con tanta fuerza que podría convertir la sombra de una farola en la silueta de un perro. Sigue oliendo a madrugada, aunque el sol va templando la niebla. Ahí, entre la sombra de un edificio y un borrón blanquecino, una figura se acerca. Una chica, sí, de eso no hay duda. Podría ser Eva. Las luces aún despistan, débiles y engañosas. Pero se trata de una chica joven la que se acerca: el cabello, similar; la ropa podría haber salido de su armario. Marisa respira aliviada. Sí, es Eva.

¿O no?

8:00

—No puedo decir más que, después de escuchar el primer tiro, bueno, después de ver el primer tiro, el primer... muerto, vaya, el chico, me he lanzado debajo de la barra y me he tapado la cara con las manos.

Teresa, la camarera, toma aire casi entre palabra y palabra. Solloza entre sílaba y sílaba. Campos, en una silla incómoda, traza escuetas órbitas con la cabeza. Apunta hacia ella su gran nariz, como de tienda de artículos de broma, para hacerle ver que asimila la información. Y para que ella lea en sus gestos que está seguro de que miente. Alguna lágrima se desliza desde los ojos enrojecidos de la chica, que es joven y bastante guapa, de carita pálida y pequeña. A pesar de la hora y de la falta de sueño, las dependencias de la casa cuartel parecen un zoológico en fin de semana. Los guardias tabletean en viejos ordenadores de monitores diminutos. Hablan con paisanos que aún conservan cierto porcentaje de alcohol en sangre. Los interrogan con respeto y autoridad al mismo tiempo. Hay un jaleo de voces lanzadas al alto. Voces que pugnan por abrir aún más las grietas en la escayola y despegar aún más los desconchones y el *pladur* resquebrajado. Aunque no se permite fumar, la teniente ha hecho una excepción: finos cordones de humo penden del techo como telarañas. No hay excesiva diferencia entre el ambiente de la casa cuartel y el del casino hace unas horas. Nadie va a servir una copa a nadie, pero lo parece.

Lucía ocupa una silla, también desparejada, un par de metros por detrás de Campos. Piensa lo mismo que él. Los Chamorro ocultan la verdad. Fernando Rosas oculta la verdad. Los Pajaritos huyeron para ocultar la verdad. Y ahora esa chica llorosa no solo oculta la verdad, sino que además miente. Eso no le parece propio de Calahorra. Calahorra, hasta donde ella la conoce, es una población obsesionada por la sinceridad, orgullosa de no reservarse una opinión, caiga quien caiga, sin elisiones. Lucía piensa en cómo un pequeño número de personas pueden deformar la percepción de la realidad. ¿Qué pensarán quienes lean los periódicos? Un calagurritano contestaría: «A mí no me importa lo que piensen». Pero la verdad es la verdad, Calahorra es Calahorra, el lugar donde nunca pasa nada malo, ni una gota de sangre desde la ocupación romana.

Campos observa detenidamente a la Teresa. Quiere mostrarse amable, pero no le sale. Porque, como a buen riojano, le toca sinceramente los cojones que le cuenten mentiras.

—Señorita Fernández... Teresa... Escuche Teresa. Usted es la única

persona que se encontraba en esa estancia del casino en el momento en que se produjo el asalto y el tiroteo. ¿Está segura de que no vio nada?

—No puedo decir más que, después de escuchar el primer tiro, bueno, después de ver el primer tiro, el primer... muerto, vaya, el chico, me he lanzado debajo de la barra y me he tapado la cara con las manos.

Campos mira a la Grande: cara de chiste, con ese gesto de torcer la boca. Suspira, la Grande, suspira por no bostezar. Campos abre una carpeta y desparrama fotos encima del escritorio. Son imágenes tamaño A4, impresas en color. En una de ellas se ve a Ulises. En otra, a Chus. Otras tres retratan a personas desconocidas que a la Teresa no le dicen nada.

—¿Alguna de estas personas estaba con usted en el bar en el momento del tiroteo?

—No. Les he dicho que estaba sola. Yo estaba sola. Hasta que el primer... muerto, vaya, el chico, ha salido del baño. Me he tirado debajo de la barra y me he tapado la cara con las manos.

—Ya. Mire a este individuo —ordena Campos poniendo el dedo índice sobre el retrato de Chus—. Se llama Jesús Ordoñez García. ¿Lo vio usted en el bar?

Lucía cree percibir una leve congestión en las arrugas expresivas de la frente de la Teresa.

—Sí, lo vi —responde ella—. Pero... Lo vi marcharse una media hora antes del tiroteo. Le serví unas cervezas y un bocadillo. Pero... Lo vi marcharse una media hora antes del tiroteo.

La forma en que la Teresa repite una y otra vez las mismas frases, palabra por palabra, se le antoja muy sospechosa. Hoy no tengo ganas de decir la verdad: no me pregunten más, no obtendrán más que lo que he ensayado en mi cabeza. Campos mira a la teniente, esta responde encogiéndose de hombros. Entonces decide jugar al órdago, se ajusta las gafas a la nariz, tensa el cuerpo enjuto.

—Teresa, creemos que está usted mintiendo.

La reacción no se hace esperar. La camarera estalla en un llanto irrefrenable. «Ay, ay, ay.» Se lleva la mano a la sien como si acabara de descubrir la fecha y hora de su muerte. «Ay, ay, ay.» El murmullo dentro de la dependencia se acalla por momentos, se acalla hasta el silencio absoluto. Todos se vuelven para mirar a la chica que llora y grita y tiembla de pies a cabeza, que parece que se le van a caer las uñas y los empastes dentales. De entre sus sollozos,

sus suspiros, de pronto se produce uno más profundo: el aire que no llega a los pulmones. Luego viene otro: penetra por su garganta con un crujido asmático de angustia. La respiración se vuelve acelerada, el pecho empieza a hincharse y a deshincharse. Los ojos se van perdiendo. Lucía se levanta de su silla y le pone el brazo en el hombro a la chica.

—Tranquila, Teresa. Tranquila —luego se vuelve hacia a los presentes—. Es un ataque de ansiedad, solo eso. Todo el mundo tranquilo. ¿Hay algún médico o algún enfermero?

Un tipo renqueante, que lleva la bragueta tan abierta que por ahí se le cuelga el refajo de la camisa, levanta la mano.

—¿Hay algún otro? —repite la teniente.

De una estancia contigua entra un hombre de unos cuarenta y cinco años, muy sereno. Enseguida busca una bolsa y se la coloca a la Teresa entre las cejas y la barbilla para evitar que hiperventile. Poco a poco, la chica se va calmando. El voluntario pregunta por un lugar tranquilo.

—Llévela a mi despacho —responde Lucía—. Hidalgo, ¿le importa ayudar?

Hidalgo es un guardia grandote. Enseguida sujeta a la camarera de un hombro y se pierde junto al médico tras el distribuidor que conduce al despacho de la teniente. Cuando desaparecen el murmullo vuelve a generalizarse. El tacataca de los teclados, el ronroneo de las conversaciones y el timbre de los teléfonos. Lucía se siente muy frustrada.

—Ramírez —de entre un cúmulo de guardias de camisa verde sobresale la cabeza alargada del chaval—. Ramírez, ¿cómo va el tema?

—Bueno, mi teniente, pues no va muy allá —Ramírez consulta una libretita de anotaciones que tiene en la mano—. Todos los testigos dicen que estaban en la sala de juegos y que desde allí era imposible ver nada de lo que ocurre en el bar. Ni siquiera Sebastián Fernández, que se encontraba vendiendo *tickets*; pero su mesa se situaba en un entrante y se escondió allí cuando escuchó zumbir la primera bala. Luego corrió al salón sin volver la cabeza. Además todos coinciden en que, tanto Fernando Rosas como el tal... Ulises Pedreño... Sí, Pedreño... Ambos se encontraban también en la sala de juegos cuando se escucharon los disparos. Alguno de ellos conoce al asaltante, al que identifican como Roque Matilla. Un drogadicto que traficaba con cocaína y caballo.

—Sí, eso ya lo sé. ¿Así que no hay por dónde coger a Fernando Rosas?

—No.

—Y el tal Pedreño, ¿dónde está?

—Pues nadie lo sabe. Debió salir del local en medio de la confusión. Tampoco hemos localizado a Casimiro Estévez, el dueño. Dicen que se le vio salir por la puerta de atrás con unos invitados que traía.

—¿Hay alguien ya buscándole?

—Sí.

—¿Y el otro, el melenudo, el tal Ordoñez?

—¿Jesús Ordóñez? Se asomó algo por la sala. Pero dejó de ser visto desde mucho antes del asalto. También lo estamos buscando.

—Bien, gracias. ¿Dónde tenemos a Rosas?

—Está allá abajo.

Bajando unas escaleras cortas hacia una especie de semisótano húmedo hay un par de habitaciones que no llegan a ser celdas, pero que pueden cumplir su papel. El único mobiliario consiste en una mesa clavada al suelo y unas sillas plegables. No han custodiado a mucho detenido en los últimos años, solo cuando se llena el calabozo. Dentro la luz es plana, fluorescente, apenas hay sombras, apenas resalta el volumen de los rasgos redondos de Fernando Rosas. Lucía se pregunta cómo es posible que sus ojos se hayan reducido de esa manera, que hayan perdido tres cuartas partes de su antigua expresividad, que el óvalo facial haya disminuido y que la negrura del cabello y de la barba y de la piel se haya deslucido tanto. La chaqueta negra del traje de Fernando está tirada en el suelo hecha un ovillo. Ha abierto los botones del chaleco blanco, ha aflojado el cuello de la camisa negra, ha desatado la corbata blanca. Cuando la teniente entra, él aparta la mirada hacia sus zapatos. Ramírez sigue a la teniente y se sitúa muy tieso junto a la puerta. Le invade, como a todos, una sensación de pesadez y solemnidad áspera. Huele a moho. También las ropas de Fernando despiden el correspondiente tufo a humo de tabaco.

—Buenos días —saluda ella grave.

—Aún no he llamado a mi abogado.

—¿Quiere hacerlo ahora?

—Le habría llamado si hubiera querido, no se crea que me van *a quitar de* mis derechos ahora.

—Nadie le va *a quitar de* nada.

—Bueno.

—¿Quiere llamar a su abogado?

—No. Por ahora no. Espero que usted se haga cargo de...

Consume unos segundos buscando en su mente la expresión adecuada. Pero no la encuentra. Y eso es algo que no sentía desde...

—Desde que perdí a mi hija, años... hace años... No me había...

Más segundos.

—Señor Rosas. Necesito preguntarle, usted sabe.

—Sí. ¿Puedo fumar?

—Fume.

—No tengo fuego. Chaval, ¿puedes buscarme fuego?

Ramírez se queda confuso. La primera reacción le impulsa a ir inmediatamente a buscar un mechero. Pero se da cuenta de que un sospechoso no puede darle órdenes. Así que se queda en pie, bloqueado, esperando a que la teniente diga algo.

—No, Ramírez —decide ella—. Usted quédese. Avise a alguien de arriba para que lo baje, diga que lo he pedido yo. Señor Rosas, quiero saber si alguno de sus hombres disparó contra el asaltante.

Fernando sopla por las narices como ahogando un sollozo. Y devuelve su gesto a las sombras.

—Ninguno de mis hombres —pronuncia «mis hombres» con tono sarcástico— ha disparado contra el asaltante.

—¿Conoce usted a Jesús Ordóñez?

—Sí. Es uno de mis hombres —tono sarcástico otra vez.

—¿Sabe dónde está?

—¿Cómo voy a saberlo, que Dios me perdone? Se fue del casino antes del tiroteo. A mí me han traído aquí directamente, no he podido ir a buscarle.

—¿Dónde está Ulises Pedreño?

—Yo qué sé. ¿En su casa?

—¿Y Casimiro Estévez?

—Por el amor de Dios.

Fernando eleva las manos a los cielos y dirige ahí sus ojos y solo encuentran un techo blanco con tubos fluorescentes.

—Son las preguntas oportunas —dice ella.

En ese momento entra un guardia joven con un mechero. Lo deposita sobre la mesa: «A sus órdenes, mi teniente». Lucía se sienta en una silla que se estremece bajo el peso de su cuerpo.

—Ave María Purísima —susurra Fernando cogiendo el mechero y sacando

un paquete de Gitane de importación del bolsillo del chaleco—. Gracias al Cielo.

Enciende el cigarrillo y la sala no tarda en inundarse del olor cálido y seco. Casi se agradece: fulmina el rancio aroma del moho.

—Señorita Utrera. Teniente Utrera —dice Fernando soltando humo por las comisuras de los labios como si fuera espuma—. Yo no puedo decirle dónde se ha metido esta gente. En cuanto he visto a mi sobrino muerto... Muerto, lo repito... Como usted comprenderá no me he puesto a preguntarle a los asistentes dónde iban a pasar la mañana. O sea que deje de hacerme preguntas oportunas —otra vez el tono sarcástico—. Pregunte algo en lo que la pueda ayudar o déjeme en paz. No tengo nada que ver con esto, el lugar estaba lleno de testigos que se lo confirmarán. Y, si no, que me caiga un rayo, señorita.

La Grande respira hondo y sus pulmones se encharcan de humo. Desde luego que sabe que no puede retener más a Fernando Rosas. Fernando está ahí porque quiere y en el momento que llame a su abogado tendrán que dejarle salir.

—Está bien, Don Fernando. Ya veo que usted no me puede ayudar a mí. Sólo una pregunta más: ¿Conocía a Roque Matilla?

—¿Roque Matilla? Sí, le conozco. Es un yonqui. ¿Por qué?

—El tipo de la media en la cara era él. ¿Cree que tenía razones para atentar contra su sobrino?

De pronto se ha quedado muy quieto. De pronto ha dejado de prestar atención a las volutas de humo que flotan ante sus narices. Sí, sabe quién es Roque Matilla. Y también sabe qué hacía allí. No, no tenía nada contra Paulino. No tenía nada contra nadie. Solo necesitaba una cosa: el dinero. Solo dinero, dinero para salvar su vida, su vida amenazada. Una mierda de pocos miles de euros que le debía por vender droga sin permiso. Un dinero que se lleva a su sobrino por delante como una enfermedad silenciosa y sin posible cura. Mientras él juega a los señores de alta sociedad. Fernando lleva demasiado tiempo aleccionando sus instintos como para ahora descubrirse ante la policía. Por eso los pocos milímetros que sus hombros se deprimen, esas pocas milésimas de segundo en que los músculos de su rostro se han paralizado, equivalen al ataque de ansiedad de la camarera. Fernando tose involuntariamente y su boca se queda abierta y enseña unos dientes inofensivos. Traga saliva y se propone reaccionar. Pero vuelve a tragar saliva.

Solo es capaz de moverse cuando siente que las brasas del cigarrillo le quemán en los dedos.

—No... —empieza a decir—. De Roque Matilla solo sé que es un yonqui. Nada más.

—Roque Matilla estaba en posesión de... En fin: la pistola que mató a su sobrino coincide con la que mató a la niña Nuria Isabel. Roque Matilla la llevaba en el asalto. ¿Por qué cree que mataría a Nuria Isabel?

—No lo sé. No lo sé. De Roque Matilla solo sé que es un yonqui.

Pero sabe mucho más. Sabe que, en otra época, aquella época en la que se ganó la confianza de San Juan de Luz, aquella en la que Ulises y Molinos metían en la cochera a personas incómodas todas las semanas, aquella época de confusión por el recuerdo reciente de su hija, en aquella época Roque habría muerto mucho antes. Habría desaparecido antes de tener la oportunidad de matar a Nuria Isabel. Antes de que se le hubiera pasado por la cabeza atracar Borregos. Es más: ni siquiera se le habría ocurrido vender droga sin permiso, el miedo se lo habría impedido. «¿Qué tenía ese yonqui de mierda contra los Chamorro? Probablemente habrán hecho negocios sin que tú te enteres, Fernando. Esa chica, Lidia, esa zorra heroinómana le habrá convencido, porque él no era capaz de decidir nada. Les habrá salido mal la cosa, no saben ponerse de acuerdo sin que alguno de los tuyos medie. Pero no te piden que medies porque ya no te respetan», piensa.

«Esta es la recompensa, Fernando». La recompensa por haber matado menos, por haber permitido más, por haberse desconcentrado, por haber pasado años intentando acceder a esa vida de ciudadano respetable. Una buena lección. Ahora ya no hay heredero. Solo queda él, Fernando, y una posición que recuperar.

—No, señorita teniente, de Roque Matilla solo sé que es un yonqui. Y que tiene suerte de estar muerto.

11:00

Desde fuera del coche, la mejilla afeitada de Ulises aplastándose contra el cristal de la ventanilla parece un huevo a la plancha sin yema. Salva la luz del sol gracias al refugio incierto de unos árboles de poco follaje y una señal de tráfico. Dentro, la mala postura ocluye ligeramente la tráquea, fuerza unos

ronquidos endemoniados. Cuando resuenan con excesiva potencia, se despierta a sí mismo. Busca el reloj en el salpicadero. Comprueba la hora e intenta conciliar de nuevo el sueño. Lleva así unos ciento cincuenta minutos, esperando en el interior del BMW que ha aparcado a una cuadra de la casa cuartel. Desde su puesto solo puede ver una calle que ha ido sacando de paseo a los primeros peatones de la jornada. Algunos árboles, unos contenedores de basura limpios, bien colocados, edificios de no más de cuatro plantas y el cielo muy azul. La niebla se disolvió entrada la mañana. Otro día luminoso de buena temperatura.

A eso de las nueve aparcó el coche en aquel lugar. Solo ha salido de él una vez para hacer pis entre los contenedores. Le envió un mensaje de texto a Fernando para prevenirle de dónde aguarda el coche. No es algo que él le haya pedido. Pero Ulises lleva tantos años con Fernando que se permite *desagollag* ciertas iniciativas que sabe útiles. Una noche como esta. No: una noche como esta no la ha vivido nunca. Por eso necesita tanto de Fernando como Fernando de él. El jefe tendrá que hacer sus cosas. Habrá acopiado cierta información dentro del cuartel. Querrá actuar en consecuencia. O a lo mejor solo desea ir a dormir a su casa. Tanto para lo uno como para lo otro, Ulises está ahí.

La huída resultó sencilla. Pero podía haber salido de cualquier manera. Chus estaba muy nervioso. No lo notó en sus palabras que, como siempre, no existían. Pero sí en que cerraba los labios herméticamente como si no quisiera dejar escapar el aire que contenían los pulmones. Se subió al asiento del acompañante. Ulises trató de buscar unas frases para reconfortarlo. Pero no encontró ninguna.

—Solo hay unas dos horas y media hasta San Juan de Luz.

Ulises salió por la Avenida de la Estación para tomar la carretera de Estella. Aún no había abandonado Calahorra cuando se cruzó con dos coches de la Guardia Civil. Levantó el pie del acelerador para no llamar la atención. El Ebro ya estaba ahí: una franja oscura en movimiento, como una plaga de coleópteros negros, vivos, palpitantes. Una corta parada en el puente para deshacerse de todas las armas que portaban: cayeron al agua sin hacer ruido, como si hubieran desaparecido antes del chapoteo. La niebla no era una molestia, agradeció su refugio. Chus se iba agarrando al asidero que hay sobre la ventanilla. Parecía querer reprimir unas lágrimas. Ahí es donde Ulises no llega. Ha visto a su compañero en situaciones de este tipo. Era su

trabajo. Quizá no se había ocupado de matar a alguien de una forma tan cruda. Pero sabe de peleas en las que Chus le arrancó media oreja a su contrincante y luego se encendió un cigarrillo. Chus ha matado antes. No en muchas ocasiones, pero no tiene por qué estar así. Ulises tampoco se lo quiso preguntar porque, para él, ver a un hombre lloriquear como un bebé no resulta nada digno.

A la media hora ya recorrían la autopista de peaje en dirección Pamplona. Una vez fuera de los bancos de niebla, la noche resultó clara y el asfalto se mantuvo seco. Los automóviles en forma de lucecitas multicolor pusieron a Ulises en guardia varias ocasiones. Algunos conductores borrachos se cruzaron en su camino haciendo eses, conduciendo a velocidades absurdas, a veces muy rápido, a veces ridículamente despacio.

Al entrar en la Nacional Uno, no pudo resistir más el silencio y conectó la radio. Manipuló el dial para tratar de encontrar algo de su gusto. Pinchaban un tema de Paul McCartney, *Live and Let Die*. Le gustó y lo dejó.

Ulises le echó un ojo a su compañero y lo encontró más tranquilo, aún agarrando el asidero. Su pelo rizado se aplastaba contra el cabezal del asiento de una forma cómica. Su rostro cetrino marcaba el rumbo hacia el infinito. No le devolvió la mirada. «Que te jodan», pensó Ulises para sí. «Si no fuera por Fernando, aquí te quedabas».

Las carreteras guipuzcoanas se le hicieron más oscuras y sinuosas. Unas nubes cubrían la luna y una especie de pesadez ambiental impedía que las luces artificiales se reflejasen en todas las superficies. El resultado era una palidez extraña en medio de la noche. Probablemente tendría que ver con la humedad y la cercanía del mar.

Al llegar a la frontera encontraron la barrera abierta. En el lindero de la autopista, un sembrado de inmensos camiones aparcados en cuadrícula, lucecitas de color jalonando sus figuras monstruosas. Algunos conductores reunidos al aire libre, disfrutando de la humedad lechosa de la madrugada, bebiendo latas de cerveza. Pero, más que nada, silencio.

Pocos minutos después, llegaron a una rotonda en las afueras de San Juan de Luz. Un Mercedes grande esperaba aparcado en la cuneta. Un hombre, rostro muy francés y corte de pelo más francés aún, fumaba un cigarrillo mirando el horizonte. Al detener el coche junto a él, se subió al Mercedes, abrió la puerta del copiloto y arrancó el motor. Chus salió de su ensoñación por un segundo. Ulises le metió un sobre de dinero para emergencias en el

bolsillo de la americana.

—Gracias —dijo el melenudo, las primeras palabras que salían de su boca desde que habían dejado Calahorra. Ulises asintió. Engranó la primera marcha. Chus, antes de cerrar la puerta, se dirigió de nuevo a él.

—Por favor, dile a Fernando —la voz le zigzagueó, pasó de un ridículo hilillo a un chorro recompuesto y firme y, de nuevo, a una tensión lacrimosa —, que siento mucho lo de Paulino. Que era un gran muchacho y que siempre lo llevaré en el corazón —y remató el discurso dejando resbalar dos lágrimas por las mejillas.

Ulises lo miraba sin atreverse a interrumpir. ¿Por eso había estado tan triste durante el trayecto? No podía culparle de sentimental. Le envidió. Fernando percibiría esa indolencia de la que Ulises no podría desprenderse.

—Se lo diré —mintió, porque no pensaba hacerlo.

Ulises abre una vez más los ojos, comprueba el reloj de nuevo. Ya son más de las once. Empieza a sentir el estómago vacío. Ni siquiera esa postura, digna de hernia discal, le puede disimular ya el hambre. Ha tardado dos horas escasas en llegar a Francia y dos horas más en regresar. No se ha atrevido a abandonar las inmediaciones del cuartel. En cualquier momento Fernando podría salir y no sería bueno que se encontrara solo. Busca a lo lejos algún bar a la vista. No le suena, no cree que en esa calle haya más que portales de viviendas, alguna tienda de ropa y un taller de marquetería. Baja del coche y confirma lo que ya pensaba: nada de cafeterías. Un ruido como de sapos se le concentra en las tripas. La boca se le hace grande. La mañana está soleada, el cielo de un azul muy oscuro que se va degradando a medida que se desplaza hacia el horizonte. Pasea alrededor del coche. Piensa en Chus soltando lágrimas. Vuelve a mirar el reloj y resopla.

Anda hasta la vuelta de la esquina, vigila su alrededor no sea que aparezca Fernando. Desde ahí llega a distinguir el inicio de la Avenida Valvanera donde algunos calagurritanos se dejan ver, preparándose para el vermut. Un grupo de tres jóvenes con el uniforme de la banda de música e instrumentos de viento en las manos salen de un bar. «Muy rápido», se dice Ulises. Un pincho de tortilla y una Coca-cola, nada más. Arranca a pasos largos en dirección al rótulo de Cruzcampo. Es la misma calle por la que se accede al cuartel: cuando va a pasar por delante de la entrada, se topa casi de narices con Fernando Rosas.

—Fernando —dice Ulises encogiendo las mejillas—. Siento mucho lo de

Paulino. Era un gran muchacho y siempre lo llevaré en el corazón.

Recita esas palabras, las de Chus, como de pura memoria. Sin las dudas y las pausas habituales para pensar en la siguiente sílaba, propias de un pésame sincero. Fernando se ha dejado su sonrisa olvidada en otra vida. Una palmadita en el hombro a Ulises resuelve la situación. El empleado gira ciento ochenta grados y guía a su jefe hacia el coche.

—Como no te dejaban salir, empezaba a estar un poco nervioso. Iba a entrar en la casa cuartel a montar un pollo, a ver si servía de algo.

—¿Estás tonto? ¿No sabes que te andan buscando? Anda, vámonos de aquí.

Ulises solo sabe encogerse de hombros. Fernando no piensa explicarle que además no hubiera servido de nada: su abogado, que continúa en el interior del cuartel cerrando asuntos, se ocupa de todo desde hace horas. Ulises se fija en el aspecto del jefe: no le gusta. Su corbata blanca, que siempre va ceñida a su cuello firmemente, se muestra ahora abierta, ladeada hacia el hombro izquierdo. El chaleco blanco ha desaparecido. Ulises supone que estará hecho una pelota en esa bolsa de supermercado que cuelga del brazo de Fernando. La americana remangada, arrugándose a la altura de los codos. El pelo grasiento, plano en la nuca y sobre la sien izquierda. Los zapatos desatados. Fernando se deja caer en el asiento de atrás del BMW como si nada fuera a levantarlo de ahí nunca. Sin embargo, saca fuerzas para hablar. La voz le suena gelatinosa y ronca.

—¿Qué has hecho con la pistola de Chus?

—La tiré al río. También tiré la mía y la tuya, no fuera que tuviéramos problemas en la aduana.

—Bien —responde—. Llévame al Top Ten.

—¿Al Top Ten? —pregunta Ulises ante la perspectiva del hambre por la mañana—. ¿No prefieres pasar antes por casa?

—Vamos al Top Ten.

Ulises se pone las gafas de espejo y arranca el coche. Pronto salen del pueblo. Pocos coches circulan a esas horas del Viernes Santo. La calzada está limpia, caliente. Los polígonos industriales, las naves con exposición de muebles, los grandes concesionarios de coches parecen olvidados. Ulises no se atreve a mirar directamente a Fernando. Cada vez que echa un vistazo por el retrovisor interior se lo encuentra agazapado en un rincón del asiento de atrás. La frente entre los dedos de la mano izquierda. No sabe de dónde ha sacado unas gafas de sol tan negras. Probablemente, también de la bolsa de

plástico. Su pelo parece de pizarra. El estómago de Ulises vuelve a quejarse.

—¿Qué necesita del Top Ten? Quizá podría encargarme yo esta misma tarde.

La pregunta no obtiene respuesta. Una brisa maneja a su antojo las ramas duras de un pequeño viñedo. La tierra simula cubrirse de escamas. El sol se fragmenta entre sus terrones. El coche entra en el polígono escondido del Top Ten. El aparcamiento de gravilla se quiebra bajo las ruedas, un roce cuando el BMW se detiene. Ulises se apea. Fernando le acompaña, mucho más despacio. La brisa se siente fresca y le sacude bajo las gafas de sol, le seca la humedad de las córneas. Los párpados no dejan de pestañear. Ulises deja pasar delante a Fernando y se coloca a su espalda mientras el otro llama a la puerta. Teme que su jefe se desplome en cualquier momento.

Mauricio no tarda en abrir. Presenta un aspecto horrible. Los ojos hinchados y rojos, el pelo desaliñado. El bigote no ha recibido el cuidado frenético habitual. Arrugas en la camisa, también arrugas en la frente, los ojos. Sin palabras. Le coloca una mano en el hombro a Fernando y aprieta mucho los labios y las mejillas para no llorar. Fernando le devuelve el gesto con unas palmadas de agradecimiento en el dorso de la mano, también mudas.

Dentro del Top Ten el oxígeno parece inyectado de algún gas soporífero. Las luces no son las de siempre, más claroscuras pronunciados y reflexivos. No hay música en los altavoces. No hay chicas. Algunas siluetas pasan tras la puerta de cristal translúcido que conduce a los reservados. Ulises aguarda cerca de la entrada. Fernando se aleja unos pasos con Mauricio y le susurra algo al oído. Mauricio deja escapar entonces un buen torrente de lágrimas. Pero su boca sonríe. Agarra a Fernando por la muñeca, un gesto femenino que el otro tolera por esta vez. Lo conduce hacia atrás, hacia las habitaciones. Ulises les sigue, guardando la distancia porque le da en la nariz que está ocurriendo algo íntimo en lo que no debe entrometerse. Cuando se detienen frente a la puerta de una habitación el jefe se vuelve hacia él.

—Espérame en la barra.

Mientras tanto, Mauricio ha abierto la puerta. Ulises llega a distinguir uno de esos dormitorios que ya conoce de sobra. Una chica pequeña, mestiza y muy guapa está sentada a los pies de la cama. Aprieta un cojín en torno a su vientre. Su rostro rasgado acumula dolor y lágrimas. Apenas lo dirige hacia las dos personas que entran en su cuarto. Ulises regresa a la discoteca y se sienta en uno de los taburetes que se despliegan en torno a la barra. Estira un

poco el cuello por encima de los vasos y los grifos de cerveza. Quizá tenga suerte y alguien haya dejado algo de comer por ahí detrás. No es su día: solo una impecable encimera de *Silestone* y montones de vasos de tubo secándose boca abajo sobre paños estirados. Ulises da la vuelta a la barra y abre uno de los arcones refrigeradores. Extrae un tercio de cerveza. Quizá eso le llene el estómago.

Cuando le ha dado los dos primeros tragos, se escucha la apertura de una puerta de madera y unos pasos secos por el pasillo de baldosa. Entra en la discoteca Fernando seguido de cerca por Mauricio que no puede parar de llorar. Ahora su pelo se muestra aún más despeinado y descubre indiscretamente una feroz coronilla pelada que nadie hubiera osado sospechar nunca. Fernando, sin embargo, parece algo más ligero que antes, menos apesadumbrado. Cruza la barra, se coloca junto a Ulises. Le quita la cerveza de la mano y le da un par de buenos tragos antes de devolvérsela. Luego estira el brazo dentro de otro arcón refrigerador. Rebusca agitando la mano, removiendo unas Fantas que nadie pedirá jamás. Bajo una primera capa de botellas aparece una segunda de objetos duros envueltos en paños forrados de plástico. Ulises sabe lo que son. Fernando no le dedica ni una palabra, ni a él ni a Mauricio, que los observa y lagrimea y se suena los mocos en un pañuelo de papel que ya parece una bolita de algodón. Extrae uno de los paquetes, del tamaño de una mano, y corta el plástico con una tijera de cocina. Desenvuelve el paño. Dentro aparece un revólver americano, calibre treinta y cinco. El mismo modelo que aquel cuyas balas aún se encuentran engarzadas en el pequeño Roque.

—Mauricio —termina Fernando—. El resto de las armas tienes que recogerlas y buscarles otro sitio, porque me veo que vamos a tener problemas de aquí a un tiempo. Mira a ver qué podemos hacer con ellas. Y con las chicas. No sé, hazles un contrato temporal de limpiadoras o envíalas al club de algún amigo o dales vacaciones.

—Yo me ocupo de todo. Se merece usted eso y mucho más —responde el otro expulsando agüilla por las fosas nasales.

—Ulises. Mañana tienes que venir a buscar a una persona para traértela a casa. Y si Mauricio necesita algo, le ayudas.

—Claro. ¿Quiere que vayamos a casa ahora? —trata de disimular un nuevo rugido en el estómago.

—No, aún no.

11:00

Es Javier el anticuario el último testigo que queda en la casa cuartel. Todos los demás han sido enviados a dormir con la promesa de no alejarse de la población en los próximos días. Pero el rostro de Javier apenas refleja la poca luz que entra por la ventana, ni la que proyectan las lámparas: su piel se la come toda. Es lo que ocurre cuando dejas sin descanso durante una noche entera a un hombre mayor. Desde hace un rato ha empezado a picarle el brazo de la escayola. Un resquemor fuerte, agudo, como tener un bicho paseándose por dentro. Ha hurtado una regla del escritorio de un guardia y con ella intenta llegar al foco del picor para aliviarse. Pero se trata de una herramienta demasiado ancha y no acaba de alcanzar su objetivo. También echa de menos su boina vasca que no sabe cómo ha extraviado. El bigote parece haber perdido vigor, se le derrama sobre los labios: una boca de ballena con sus barbas. Está sentado en una silla muy dura, casi mejor, si fuera cómoda podría quedarse dormido. Frente a él la superficie del escritorio de la teniente Lucía Utrera se expande: un cúmulo de nidos de papel y material de oficina. También se expande la superficie del cuerpo de la propia teniente, no menos cansada, que lo observa. Javier sostiene en sus manos una bolsa de plástico que contiene la pistola Mauser de nueve milímetros, una hermosa pieza.

—Una pieza hermosa de cojones, ¿sabe? Mire aquí, las cachas. Están labradas de una forma un tanto rara.

—Señor Azpilicueta, ¿de verdad conoce usted al propietario de este arma?

—Sí. Es decir, conozco al que era su propietario, porque no fue él el que entró en el casino pegando tiros.

—No, eso es evidente —las palabras de la Grande pierden cierta intención por el paso de las horas sin sueño, por lo agotador de tanta charla, anotaciones, comprobaciones. Los fluorescentes siguen encendidos. Se intuye que la noche no va a terminar nunca a pesar de que fuera luce el sol.

—Sí, ya le he dicho. Esa pieza estaba en la colección de Roberto Ortega. Una colección que heredó de su abuelo. La vi en su casa, en una vitrina. Objetos militares. El abuelo era un poco fachilla, no sé si me entiende. Tiene varias cruces de hierro nazis auténticas, otras condecoraciones, también

enseres de soldados, no sé, cantimploras, latas de campaña sin abrir, cosas sin valor la mayoría. Pero otras están muy bien: insignias de oro, un estandarte con la esvástica, también varios objetos aliados, claro, cómo no. Era un enamorado de lo militar, el hombre. Hará unos meses que Roberto habló conmigo para ver si sabía a quién vendérselo, pero entonces yo no conocía a nadie que pudiera estar interesado. Luego, cuando encontré un coleccionista, él cambió de opinión y no quiso deshacerse de nada.

—¿Cambió de opinión? —el cansancio hace que ni siquiera parezca una pregunta.

—Coño, sí.

—¿Y por qué? ¿Por qué cree usted?

—No lo sé. Dijo que ya había vendido varias cosas, las necesarias, que no quería vender más. Supongo que ya no le haría falta el dinero, pues, o lo pensó mejor y decidió que la colección tenía valor sentimental, yo qué chorra sé.

—¿Y cómo dice que se llama?

—Javier Azpilicueta.

—No, usted no, el dueño de la colección.

—Tomás Ortega.

—El dueño actual.

—No, coño, ese era el abuelo. El dueño actual es Roberto Ortega. Vive en la calle Dos de Mayo, no sé si en el primer o en el segundo portal. ¿Quiere que se lo busque?

—No gracias, ya nos apañamos nosotros, muy amable. Creo que puede irse usted, señor Azpilicueta.

Campos se encuentra en la puerta del despacho, eso es lo que ha acelerado el fin de la conversación. Lucía: «¿Por qué el tal Roberto Ortega decidiría vender el arma sin decir nada a Azpilicueta? ¿O por qué no habrá denunciado su robo, si es que le entraron a robar en casa, que es lo más probable? Porque uno no sale por ahí con un arma de colección. O puede que fuera a tasarla y la perdiera, pero entonces también debería haberlo denunciado. No obstante, incurrió en delito, porque no se puede vender un arma sin notificarlo a las autoridades, cambiar papeles, etcétera. Se le puede imputar por tráfico». Campos tose para llamar la atención de la Grande. De todos los presentes en la casa cuartel, es el único que parece recién levantado, lozano tras sus gafas pesadas. Se diría que no necesita dormir, el sargento Campos. Javier se cruza

con él a la salida. Se lleva la regla encajada en la escayola.

—Sí, dígame, Campos.

—Tiene usted al teléfono al sargento al mando de la casa cuartel de El Egido. Han encontrado a los Pajaritos.

—¡Aleluya!

Lucía está contenta por haberlos encontrado: más vale tarde que nunca. Pero también por haberlos encontrado lejos, allí donde los Chamorro no pueden iniciar su absurda guerra de clanes. A última hora de la tarde anterior había tenido que soltar a Mateo Chamorro y a sus sobrinos, a los que todavía mantenía en el calabozo. No pudo dejarlos encerrados durante más tiempo tan solo por la insinuación de una mujer. Ni tiene sentido retenerlos por posesión ilegal de armas de fuego si no se demuestra que pensaban usarlas pronto. Y es posible que no fueran a hacerlo, pero el hecho de que los Pajaritos estén al otro lado de la Península facilita las cosas.

El sargento de El Ejido tiene un acento inarticulado que acerca a Lucía a su tierra natal. Le cuenta que llevan varias horas intentando ponerse en contacto con ella, pero nadie le cogía el teléfono de la casa cuartel.

—Lo siento, sargento. Tenemos aquí mucho jaleo, mucho estrés y mucho cansancio. Alguien se habrá despistado.

Le explica que los Pajaritos han sido localizados en una huerta. Allí trabajan desde hace días. Y no han tenido ningún reparo en identificarse. Han interrogado al jefe del clan, al Pajarito, como posible sospechoso de homicidio. No ha querido hablar. Solo ha declarado que dejaron La Rioja para buscar trabajo en Almería, junto a unos familiares que viven allí desde hace muchos años. Pero no ha explicado por qué lo hicieron tan precipitadamente, por qué no avisaron a nadie.

—Pero escuche, que hay noticias mejores —sigue el sargento de El Egido—: un familiar, de los de aquí, de Almería, ha venido con él. Se ha mostrado más colaborador. Son buena gente, no han tenido nunca ni un solo problema. No son mucho de seguir la ley gitana, ¿sabe? Se puede hablar con ellos. A este le hemos ayudado un par de veces. El caso es que, en un momento dado, se ha acercado a mí y me ha dicho una serie de cosas.

—¿Algo interesante?

—Y tanto: un chaval de los Pajaritos, uno de diecisiete, era novio de la Nuria Isabel.

—No me diga.

—Pues resulta que hace poco se quiso casar. Ya sabe usted cómo son, se casan jóvenes, hasta con catorce. Pues bien, la familia de la niña se negó. Parece que, según ellos, los Pajaritos no tenían donde caerse muertos, no aceptaron el matrimonio. Al aparecer asesinada la niña, los Pajaritos se enteraron de que algunos de los Chamorro les culpaban del crimen. Que si habían matado a la niña en venganza por no haber permitido la boda, ¿sabe? Pero no querían nada con la policía y tenían miedo, así que se fueron.

—Hicieron bien. Vamos a tener que hacer unas preguntas al chaval ese, el novio.

—Ya lo tenemos aquí, mi teniente. Ha venido él, con unos familiares, en cuanto se ha enterado de que lo buscábamos. Vamos a seguir los procedimientos de rigor, pero yo creo que no ha hecho nada. Está desolado por la muerte de la niña.

Lucía le agradece mucho el trabajo a su compañero, que le responde que no hay de qué y que para eso están. Le pide que, por favor, la mantenga informada. Y le advierte que, dado que ha aparecido el arma en manos de un yonqui con antecedentes, las circunstancias cambian. Cuelga el teléfono. Ante ella se encuentra Campos.

—¿Y qué hacemos, mi teniente?

Lucía se reclina en su asiento temiendo que se le cierren los ojos. Un rayo de sol ha acertado a colarse entre las cortinas, ha atravesado el acuario de los peces de colores: le impacta entre ceja y ceja obligándola a bajar un párpado que es posible que no se vuelva a levantar. Envidia tanto a sus peces de colores. Flotan casi inertes en un agua tibia, iluminada por el sol. Razonan tan poco que no necesitan apenas dormir. Recuerdan tres segundos de su pasado. No llegarán a culpar a nadie, no llegarán a enfadarse en el caso de que, por ejemplo, alguien olvide alimentarlos y mueran. Ella obtendría la sensación de culpabilidad en su conciencia, una equívoca culpabilidad proveniente de los ojitos de los peces al flotar tripa arriba en la superficie. Equívoca porque, más allá de esos ojitos, no hay nada que recuerde.

—Usted es sensato, Campos. ¿Qué dice que hagamos?

Campos se encoge de hombros y mira a izquierda y derecha y agita la cabeza en un balanceo raudo. Cuando adquiere esa actitud parece un pájaro sobre un poste de tendido eléctrico.

—El asesino es el yonqui. Sabemos que era un tipo violento. Y como los Chamorro tenían que ver con las drogas no es extraño pensar en un conflicto

de intereses. Luego el yonqui cometió la desfachatez de intentar atracar los Borregos y se dio de morros con...

—¿Con quién?

—Pues con la gente de Fernando Rosas, mi teniente, es lo más seguro. Además eso explica otras cosas. Si nos preguntamos por qué Fernando Rosas no actuó en el conflicto entre camellos de su zona, ahí está la respuesta: sí que estaba actuando. Exigió su parte del dinero a Roque Matilla, de manera que le obligó a cometer una insensatez. A lo mejor el yonqui no iba a por el dinero del casino, a lo mejor el yonqui se puso hasta arriba de drogas, se envalentonó: quería darle su merecido a Rosas y mató a su sobrino.

—Alguien tiene que decirnos algo. Alguien tiene que haberlo visto.

—El miedo genera mucha miopía, mi teniente.

Lucía sonrío.

—Compro todo lo que ha dicho. Excepto una cosa: si Roque Matilla quería ajustar cuentas con los Chamorro, ¿cómo es que no les hizo saber que él mató a la niña? ¿De qué sirve ajustar cuentas si luego la familia acusa de todo a los Pajaritos? Y ahora dígame una cosa, sargento: ¿cómo sale un arma de la colección privada de un joven de conducta modélica y acaba en manos de un yonqui de pacotilla?

Campos vuelve a agitar su cabecita rapaz. Contrae el cuello.

—No lo sé, mi teniente. Habría que preguntárselo al joven.

—Ya lo sé, ya —Lucía se temía esa respuesta, dirige los ojos hacia el cielo y suelta un suspiro tan profundo que hace llorar a sus peces. Luego llama a gritos:

—¡Ramírez!

Una vez más, la triste figura del guardia asoma por la puerta.

—A sus órdenes, mi teniente.

—Ramírez, ¿está usted cansado?

—Sí, mi teniente.

—Pues yo también. Saque el Patrol que nos vamos.

12:45

Entra por la ventana un aire fresco que mueve las cortinas, justo por encima de la cabeza de Roberto. Roberto que apoya su sien en la oreja del sillón.

Roberto que no se ha podido dormir. Se le pegan los párpados, el sol le molesta como si aún sus pupilas se creyeran nocturnas. El visillo le hace cosquillas en el pelo. Algo le azota el corazón, el estómago, un tren vagando en sus entrañas. Está totalmente desnudo, aunque es ajeno a ello. Bien podrían caer sobre él un millón de miradas, no se daría ni cuenta. Sobre la mesa de centro hay un cuchillo largo.

Roberto tiene los ojos fijos en el cuchillo. Pero no se puede precisar si lo examina o si lo utiliza como punto visual en el que centrar sus pensamientos. Escucha a la vez el ruido cotidiano de la calle. Respira el aire acostumbrado.

Está confuso. Nunca había experimentado días como los anteriores. Después de una vida entera de búsqueda, por fin encuentra la conexión. Eva es la conexión, ya no cabe ninguna duda. Una chica de solo dieciséis años. Y empieza a comprender.

Si eso, lo que ahí ha encontrado, puede tomarse como un modelo de amor, entonces habrá alguien, una madre, un padre, un hermano quizá, que puede estar sufriendo la pérdida de la niña Nuria Isabel tal y como Roberto sabe ahora que se sufren las pérdidas. No solo en ese caso: la mujer africana, la de la falda del estampado bonito, también tendría un novio, un marido, hijos. La pareja que copulaba. Incluso los niños que murieron de septicemia porque no asumió el riesgo de intentar racionar los medicamentos. Quizá lo que ha encontrado en Eva se trate solo de un bosquejo, un impulso primordial similar al que sufriese el primer ser vivo que descubrió que tenía más posibilidades de sobrevivir si desarrollaba empatía hacia sus iguales. Pura selección natural. O quizá no sea más que el tanteo de una mente enferma luchando por escapar a sus limitaciones. Y en ese caso, ¿cómo será amar de veras? Debe de tratarse de algo tan poderoso que explicaría por qué las ecuaciones más sencillas nunca acaban bien resueltas cuando intentan describirlo.

No es que ya entienda, pero empieza a hacerse a la idea. La pérdida supone una experiencia tan brutal que todas las relaciones humanas se hallan programadas para reaccionar ante ella. Por eso el pequeño Carlos podía jugar al fútbol aunque estropear el partido; por eso sus tíos tenían miedo de él; por eso los refugiados del campo del Kivu querían matarlo a machetazos. Bien, ahí está. Pero la pérdida tiene que tener un contrapunto. Porque si solo se tratase de sufrir, no envidiaría en nada al resto de las personas. ¿Podrá experimentar alguna vez ese contrapunto? Quizá ya lo haya experimentado,

quizá Eva.

El sonido de la calle se altera y sube en intensidad. Algunos niños juegan en los columpios. Unos jubilados se congregan alrededor de un transistor: el noticiario relata los sucesos de la madrugada en el Nuevo Casino. Por supuesto que los periódicos no han llegado a tiempo de registrarlo. En Internet habrá crónicas detalladas y por vez primera el caso de Nuria Isabel cederá posiciones.

Un coche se detiene justo bajo la ventana. Ha hecho bastante ruido. Roberto se levanta del sillón y se asoma. Un Patrol de la Guardia Civil muy viejo y oxidado. Roberto no palidece ni resopla. Por supuesto que entraba dentro de sus planes el tener que enfrentarse a esto. Y se acuerda de ayer, el Paso Viviente: «Que no sea lo que Yo quiero, sino lo que Tú quieres». La apertura de una noche memorable, unas horas que bien valen como culminación de un proyecto.

No pasa ni un minuto cuando el timbre de la puerta hace temblar la casa. Roberto recibe pocas visitas, no está acostumbrado a ese timbre. Su vibración se le antoja antigua y cansada, poco melodiosa. La luz del mediodía es más estable que ese sonido. Se escucha una voz a través de la puerta, femenina, enérgica, con acento del sur.

—¡Hola! ¿Roberto Ortega?

Roberto ha empezado a hacer funcionar sus mecanismos cerebrales: una X y una Y se despliegan por su materia gris. Unas ventajas, unas desventajas. Ahora solo tiene que calcular el resultado. Pero necesita algo de tiempo.

—Estoy desnudo —responde.

—Es la Guardia Civil. Soy la teniente Lucía Utrera.

Roberto computa rápido, como haciendo listas de síes y noes, como colocando un millón de ceros y unos cada segundo.

—Quería hablarle sobre una pieza de su colección.

La voz de ella se percibe lenta y sosegada y atraviesa la puerta porque atravesaría un blindaje de plomo. Roberto ha llegado al capítulo de las consecuencias. Se imagina a sí mismo en una radio que escucha media docena de jubilados en un parque, se imagina su rostro en la portada de *La Rioja*, capturado por una cámara furtiva ante la que no le ha dado tiempo de cubrirse la cabeza, se imagina unas imágenes de un furgón policial saliendo del Juzgado mientras una locutora asegura que él va en su interior. Se imagina a todo Calahorra leyendo el periódico, escuchando la radio, viendo la

televisión.

—Se trata de una Mauser de nueve milímetros. ¿Posee una pistola de esa clase?

Pero no le importa tanto. A fin de cuentas, siempre supo que el final podría acontecer así: conoce las escapatorias. Tenía miedo de que este desenlace sobreviniera antes de encontrar lo que buscaba. Pero lo ha encontrado, esta misma noche. Ahora ya no es tan grave. Y quien ya se sabe condenado, poco puede hacer para concederse la salvación. Actos desesperados, quizás. Como los irracionales bamboleos, izquierda y derecha, izquierda y derecha, con que los penitentes hacen bailar los pasos procesionales. Nadie va a perdonarles nada por ello.

—¿Posee una pistola de esa clase, señor Ortega?

Roberto resuelve que la ecuación presenta dos soluciones, las dos desesperadas. La X mira hacia la ventana, abierta ante él. La Y se manifiesta en el tacto del mango del cuchillo que, sin saber cómo, está sujetando en la mano derecha. La X resulta definitiva, exacta, rotunda. La Y da lugar a nuevas operaciones complejas: un número ilimitado de ecuaciones cuyo resultado puede ser más satisfactorio que el de X. Pero también implica el riesgo de terminar como Roberto más teme, peor que X.

—Señor Ortega, ¿puede usted responder?

La voz no suena impaciente al otro lado de la puerta. Roberto hasta sonríe al escucharla. Él observa las cortinas meciéndose en la ventana abierta, el vacío fiel. Él siente el tacto de madera del mango del cuchillo. X es igual a cero. Y, no necesariamente.

—Un momento, por favor. Ahora mismo le abro la puerta.

13:15

Ahora hay un cuchillo a dos centímetros del rostro de Lucía Utrera. También hay un hombre sobre ella. Está desnudo, pero su única intención es matarla. La puerta a la que llamaba se abrió de repente. Antes de que ella pudiera levantar la mirada el arma se abalanzó desde un claroscuro. Gira la cabeza. Alza el brazo. La hoja rasga la piel de la mejilla. La hoja está muy limpia. La hoja no resplandece, pero es que no hay luz. El peso del hombre cae sobre ella y el peso de ambos cae sobre el suelo del descansillo. La mano derecha

de él se suelta. La mano izquierda de ella queda huérfana asiendo aire. Pero es la Grande. Balancea su cuerpo hacia la escalera. Consigue desequilibrar el de él. Ambos dan vueltas peldaños abajo, dos peldaños, tres peldaños, cuatro peldaños. Sus sombras se aman en la pared. El metal renace, sigue ahí, en esa mano suelta. Limpio, sí. Vuelve a caer perpendicular sobre ella. Pero es la Grande. La mano izquierda encuentra asidero: la muñeca del cuchillo. El codo derecho se aloja en la mandíbula, presiona la tráquea. Se lo enseñaron hace años: «Salvará tu vida».

Para Roberto Ortega las posibilidades de dar con una mujer tan corpulenta no superaban el veinte por ciento. Pero es así: el álgebra se somete a muchas variables. El brazo izquierdo sujeta fuerte, el cuchillo no baja. Roberto no está triste. De las dos ecuaciones posibles solo esta, Y, gozaba de incierta resolución. La otra era hermosa, simple y clara: *X igual a cero*. La ventana, la distancia que conduce a la acera. Pero, ¿por qué elegir X? ¿Qué ofrece X en beneficio? Quizá X es la opción más humana. Sin embargo Y es más compleja.

Estudiamos Y. La primera variable: el individuo al que enfrentarse al otro lado de la puerta. No le ha sido propicia. Y eso que contaba con la probabilidad a su favor: abrir la puerta velozmente, descargar el cuchillo rápido, al cuello, una voz de mujer, que sería más pequeña que él, que sería más débil. A partir de ahí, las variables se complican: salir del pueblo, quizá cincuenta por ciento de posibilidades, llegar a Francia, treinta por ciento, alcanzar París o Marsella, quince por ciento, volar a un lugar remoto, cinco por ciento, rehacer allí su vida como médico, dos por ciento, encontrar una nueva Eva, cero coma cinco por ciento.

No obstante, *Y no es igual a cero*. Al menos si no entra en escena una última variable. La que decide la probabilidad de que la teniente tras la puerta esté sola: ¿Quince por ciento? ¿Diez? ¿Cinco? No. Lo más seguro: un compañero. Uno que, quizá, se haya quedado en el coche. Uno alto, delgado. Que sube las escaleras con piernas largas: dos escalones, cuatro escalones, ocho escalones, dieciséis escalones. Que encuentra a la mujer bajo un hombre desnudo, bajo la punta de un cuchillo largo. Que extrae el arma. Que dispara. Que provoca una breve ebullición en el cabello de Roberto, tres centímetros sobre la oreja. El aire se vuelve húmedo. Luego se escucha el ruido. Pero Roberto ya no, ya no lo escucha. El estampido ya no pertenece a su mundo. Sus cabellos rubios se secan al viento. Su cuerpo se vuelve líquido: busca la

quietud si ninguna fuerza lo mueve. Es quietud sobre las escaleras, cuando Lucía se lo quita de encima con la inercia de sus brazos. Cuatro peldaños abajo, seis peldaños, diez peldaños: es quietud.

La escalera queda inmaculada. Ramírez mira a Lucía. El arma le quema la mano. Se le quiere caer. Se le quieren caer los dedos, los hombros. Nace una voz umbilical en la garganta de la Grande, nace entre un algodónoso jadeo.

—¿Es tu arma reglamentaria?

Ramírez asiente. «Por supuesto», se dice, «no tengo otra». Y luego ella cierra los ojos y apoya la cabeza en el escalón que queda por encima. Seguirá respirando.

Pasan pocos minutos. Lucía y Ramírez esperan en la calle.

No tardan en llegar los municipales, avisados por cientos de teléfonos. Aparecen en sus coches azules. Cierran la calle al tráfico, alejan mirones, acordonan la escalera. No mucho más tarde aparece el Renault de Campos. Le abre paso a una ambulancia parsimoniosa: su única tarea consiste en certificar la muerte.

Ramírez se mueve despacio. No parece entender lo que le dicen hasta pasados unos instantes. Responde a las preguntas tan solo después de un solitario pestañeo. Donde los municipales cortan el tránsito a los curiosos ya se ve un equipo de televisión. La reportera joven y seria. Sostiene unos papeles que seguro que están en blanco. Se prepara para una entradilla. Lucía eleva un suspiro al cielo, hacia donde se va el olor de la comida del vecindario y un llanto de niño que surge de una ventana. Le duele la espalda. Le duele el brazo. Le duele el corte de la mejilla. Le duele un golpe en la cabeza. Un médico de la ambulancia se dispone a atenderla. Ella lo rechaza con una mirada tranquila.

Ahora ya se acerca Campos. Se baja del coche, ligero. Se trae al guardia González. Campos apenas pregunta qué ha ocurrido, apenas pronuncia un mi teniente. A mitad de sílaba, Lucía ya está respondiendo.

—Estoy bien, sargento.

Campos echa una mirada imperceptible a Ramírez, que continúa sentado en la acera.

—Estamos bien, mi sargento —insiste ella.

Lucía se levanta. Le duele mucho una rodilla que ha debido tropezar en un escalón. Un golpe seco. Ramírez la imita: va a alzar su cuerpo. Ella le apoya la mano en el hombro.

—Quédese aquí, Ramírez. Respire un poco.

Lucía, Campos y González entran en el portal. De allí salen enfermeros negando con la cabeza. A pocos pasos, al principio de la escalera, el cuerpo.

—¿Qué cojones? —murmura entre dientes Campos—. ¿Es el dueño del arma, mi teniente?

—Es el dueño del arma, sargento.

—¿Y ahora qué?

—¿Y ahora qué? Cualquier cosa.

Campos se agacha junto al cadáver, se levanta las gafas de sol. La piel aún trémula, algo de vello que todavía vibra.

—Pues para haberle acertado en la sien, casi no hay hemorragia. Es como cuando se hace una herida a un cadáver, apenas sangra.

Suben las escaleras. Llegan a la entrada de la antigua residencia del doctor Ortega. El guardia González desenfunda su arma y empuja la puerta entreabierta. La hoja gira violentamente y se estrella contra un aparador que hay en el hall. Es una casa luminosa y huele a limpio. Ante los tres guardias, un distribuidor lleva a un salón grande. Un ventanal da acceso a la calle a aquel que se quiera matar. Los visillos revolotean sobre el sofá mecidos por la corriente.

Los guardias se despliegan. Lucía le da cuerda a la imaginación. Sobre una consola, las llaves de un coche en una bandeja de plata. La teniente: «¿Qué pasará si comparamos los neumáticos de ese coche con las huellas que aparecieron en la cuneta, cerca del cuerpo de Nuria Isabel?» En la cocina, unas zapatillas deportivas con las suelas embadurnadas de tierra roja. La teniente: «¿Qué pasará si comparamos esas suelas con las huellas que aparecieron junto al cuerpo de Nuria Isabel?» En el baño, un jersey de algodón con capucha; unas manchas muy pequeñas en el pecho. La teniente: «¿Qué pasará si analizamos esas manchas y las comparamos con la sangre de Nuria Isabel?» Aún no puede demostrar nada. Pero empieza a creer que el asesino no fue tan cuidadoso como ellos asumieron en un principio. Solo tuvo buena suerte y ningún motivo. Quizá también demasiada vanidad o un desvergonzado desprecio por la justicia. O a lo mejor nunca le importó ser o no ser descubierto.

Recrea en su mente una pecera rota. El agua desparramada por el suelo del despacho. Los peces de colores agitándose sobre el azulejo, arqueando labios, tratando de succionar algo de agua que no existe. Se imagina un gato negro

surgiendo de entre la sombra. Pero allí está ella: lo espanta de una patada. Luego recoge a sus peces, uno a uno. Manda a Ramírez a por una jarra llena. Introduce en ella a las catorce criaturas de colores que se azotan primero, pero luego recuperan la natación que predetermina su especie, circular, alegre, confiada, cotidiana. Pronto Lucía compra un nuevo acuario. Y observa cómo vuelven a ser felices, cómo olvidan el trauma de la pecera rota con su memoria de pez. Y ella los mira y se contagia de sosiego.

—Campos —dice Lucía.

Campos asoma la cabeza desde una esquina del pasillo.

—Campos, sigan ustedes, por favor.

—¿Se encuentra bien, mi teniente?

—Me encuentro muy bien. Solo necesito aire.

Todo ha terminado. Ahora sabe que todo ha terminado. Ahora solo queda Calahorra. Las criaturas abisales, los monstruos de pesadilla, no pueden sobrevivir en una pecera. Ni siquiera pueden llegar a ella aunque se rompa en mil fragmentos. Las cigüeñas quizá sí. Los gatos negros también. Porque son parte de la costumbre y lo harán solo si ella se descuida. El acuario se repara, se reemplaza. Y Claudia y Marcos llegan a casa con el helado que les compra el vecino, sus caras sonrientes, sus manos pringadas de fresa, de limón. Bernard, con un libro debajo del brazo, presenta a dos nuevos alumnos que necesitan aprobar inglés en junio. Ramírez vuelve a ocuparse de tareas más mundanas, el tráfico, las putas. Fernando Rosas sigue sentado en su trono de espigas de maíz, les da problemas, pelean, ganan algunas batallas, otras las gana él.

Esté pasando lo que esté pasando, pronto dejará de pasar. Y el pueblo regresará a la vida que predetermina la especie, circular, alegre, confiada, cotidiana. En estas cosas piensa Lucía, soñando que son ciertas, soñando que es el asesino quien yace inmóvil en la escalera.

Lucía sale a la calle. Ramírez sigue ahí, en la misma posición en que lo dejó. Inmediatamente, se siente culpable. Piensa en ella a la edad de Ramírez. No sabe si siendo tan joven hubiera sido capaz de usar el arma. ¿El arma reglamentaria? No se le ocurrió nada más que preguntar: los nervios, la situación, el orgullo, cualquier cosa. Ramírez la necesita. Pero es la Grande.

—Ramírez, ¿por qué resulta todo tan difícil?

Ramírez la oye, pero no comprende. Sus retinas aún conservan la imagen de un bulto blanco rodando escaleras abajo, hacia sus pies. Una explosión, una

fuerza que impulsa los antebrazos y después un crujido y un sonido acolchado. El pecho, boca abajo, deshinchándose perentoriamente. Un lunar sobre la piel de la espalda, grande, con pelos, que de pronto deja de tener importancia.

Sobre los edificios, cruza el aire una cigüeña grande. Blanca de punta a punta, quiere mimetizarse con las nubes allá, en el cielo. El pájaro lo observa todo con indiferencia. Llegará a su nido, en la cumbre de una chimenea, de un campanario, de un tejado, y continuará observándolo todo con indiferencia. Así deben observar los dioses desde lo alto de sus montañas, desde lo alto de los cielos. La cigüeña se desliza por el aire majestuosa, devorando cada centímetro de espacio azul celeste. Igual le hubiera dado presenciar la caída de un ángel hacia el exilio. La cigüeña planea, se lleva consigo el aire, ni siquiera bate las alas, ni siquiera hace nada, no es cruel, no es compasiva.

Lucía ha quedado atontada contemplando el ave enorme. El sol le da en los ojos. Al pasar los segundos, los párpados molestan: pestañea y en el interior de su mirada permanecen destellos blancos.

—Ramírez, cuénteme. ¿Quiere decirme de una santa vez qué hacía usted aquella noche, en el polígono de las putas?

Ramírez, incrédulo de repente, la boca abierta. Parece clamar al Cielo con esa boca abierta. Pero ella busca que se relaje: suelta una pequeña carcajada, su gesto exige una carcajada. Él entorna los ojos. Ella deja escapar otra carcajada burlona. Entonces, Ramírez la imita: ríe.

—Mi teniente, el coche se quedó sin gasolina en plena autovía.

—¿El Megane, el que tenía usted que ir a buscar al taller?

—Sí, mi teniente. Estaba tan nervioso, por las ganas de hacerlo bien, que no me fijé en el contador. Tomé la salida del polígono y lo dejé aparcado. No sabía muy bien qué hacer, me había olvidado mi teléfono móvil, no quería pedir ayuda por radio, por vergüenza, más que nada. Me fui a pie a la gasolinera. Compré una botella de agua y la vacié. Luego fui al surtidor y preseleccioné veinte euros.

—¿Sabe usted a cuánto está el litro de gasolina, alma de cántaro? —ella ríe cada vez más al escucharlo.

—Lo sé, mi teniente. La gasolina rebosó la botella y me empapó la camisa. Me la quité, no quería estallar en llamas.

—Ya, me imagino.

—Cuando volví, me encontré con que al coche le habían quitado dos ruedas —ella ríe más—, estaba ahí, abandonado, con la parte delantera apoyada en unos ladrillos. Vi a unas mujeres al fondo de la calle. Por supuesto, no tenía ni idea de que eran prostitutas, acabo de llegar a Calahorra, mi teniente — más risas—. Cuando estaba pidiéndoles ayuda, un teléfono móvil para llamar, aparecieron los compañeros. Me encontraron sin camisa y con la botella de plástico llena de gasolina, no de *whisky*: de gasolina.

Risas, risas limpias, risas que purifican, y todo se va haciendo pequeño en comparación a esas risas. Sus carcajadas podrían espantar a las cigüeñas. Lamentablemente, no pueden durar siempre, y acaban cuando Campos aparece con su caminar rápido. Con un jadeo rápido.

—Mi teniente. Mi teniente, hemos encontrado a alguien. Bajo la cama. Amordazada.

13:45

A la sombra de un cerezo seco, el perro flaco baila con su propio rabo. Utiliza solo tres patas para moverse, aunque cada hora que pasa el dolor disminuye. Ya se siente capaz de caminar kilómetros, corretear y dar algún brinco, colarse entre las huertas y escapar a tiempo de las pedradas que le lanzan por destrozarse los cercos, amenazar a las gallinas, escarbar en la tierra de las acelgas. A ratos regresa a la casa arruinada, aquella en la que puede recibir un mendrugo de pan o un balazo. No entiende nada.

Por la puerta de alambre que da paso a la finca, ve salir a Lidia. Una figura estirada y estrecha que no da nada de sombra a pesar de que es mediodía. Parece que los cabellos fueran a desprendérsele del cráneo. Que la piel fuera a rasgársele a la altura de las articulaciones. Lleva una maleta pequeña, la arrastra mediante unas ruedas que apenas giran en la vereda. Su brazo esquelético tira del equipaje para que este salve los baches en los que queda atrancado. El perro flaco levanta el hocico para mirar cómo se aleja por el camino hacia la carretera. A buen ritmo, la chica puede llegar a Calahorra en cuarenta minutos. Las orejas puntiagudas del perro tienen trabajo: el brusco roce de la maleta contra la gravilla, las pisadas crepitantes de Lidia, un nido de gorriones en otro cerezo cercano, una chicharra cantando, una brisa suave proveniente del norte que mece las hierbas y las hojas de frutales, vides,

hortalizas, e incluso el chorreo de un arroyo lejano, que nace de una filtración del Canal de Lodosa un kilómetro más allá. Desafortunadamente, la brisa le es contraria: no puede percibir con el olfato ese cuerpo que tan defectuoso resulta a la vista.

Por un momento las orejas se disparan hacia el cielo. El perro flaco se yergue. Parece indudable: un ronroneo cada vez más cercano de motor y el crujido creciente de las piedrecitas de la vereda. Una nube de polvo se alza al fondo del camino. Tras el cambio de rasante, el BMW queda al alcance de los ojos de Lidia. Que se detiene. Se queda quieta unos segundos.

Luego se da la vuelta, regresa sobre sus pasos quebradizos. Primero poco a poco. Apresuradamente después. Al principio tira de su maleta, que pesa y pesa cada vez más. Y el coche gana metros de diez en diez hacia ella. Luego suelta la maleta y empieza a correr. A lo que el BMW responde con un acelerón en vacío, un aumento de la velocidad.

El perro sigue la escena. A pesar del viento en contra, un débil efluvio de aquello que hace que todos los animales se pongan en guardia: si no quieres que un perro te ataque, suele decirse, no debes tener miedo.

Bruscamente, la chica cambia de dirección. Ahora corre campo a través hacia el viñedo. Ahí el perro no piensa seguirles. Aún le duele solo de acordarse. Por el contrario, cuando el coche se ha alejado lo suficiente, se acerca a la maleta abandonada, cojeando, pero moviendo el rabo jubiloso.

Observa al coche que derrapa en el polvo, que se detiene de un frenazo justo en el sitio en que la chica se salió del camino. La chica que trata de llegar desesperadamente a las primeras vides: no sabe el perro por qué, pues ahí se reciben disparos. Del coche se baja un traje arrugadísimo que huele a sudor y a tabaco. El recién llegado echa a correr como un loco tras la chica. La cosa no va con el perro: puede dedicarse a mordisquear las costuras de la maleta. Ella mantiene viva la fuga: hay una agitación de vides, una charanga de ramas rotas, pajarillos que alzan el vuelo tentando al perro. Un hombre vestido de negro sigue al perseguidor a paso ligero. Lleva un revólver en la mano.

Fernando hace ya un buen rato que no piensa en Paulino, pero no deja de tenerlo en la cabeza. En realidad piensa en sí mismo. En el solo transcurso de una noche, algo ha resucitado. Avanza hacia el viñedo. Entre las ramas de una vid cree ver que Ulises ya tiene a Lidia cogida por el tobillo. «¿Qué se iba a pensar de mí si me quedara en mi sitio, velando tu cadáver sin

vengarlo?».

El perro flaco sigue mordisqueando las costuras de la maleta. Se ha dado cuenta de que hay una abertura. Si persevera puede acceder a maravillosos tesoros. El perro flaco ve cómo Ulises saca a la chica de la plantación arrastrándola por una pierna. Al perro le da lo mismo. Está tirando de un cable negro que asoma por el agujero de la maleta. Tira, tira con fuerza. De la valija sale despedido un pequeño secador de pelo. El perro flaco lo olisquea curioso. Lo toma con los dientes y se lo lleva en dirección contraria al viñedo. Busca una sombra donde examinar el secador con lengua y hocico.

Está empezando a acostumbrarse a hallar ese tipo de objetos. Este no es como el último, el que desenterró unos días atrás. Fue por la mañana: el perro paseaba por un campo algo lejano cuando percibió el olor. Se alteraron repentinamente todos sus instintos. El aroma, pestilente, incendió su pituitaria, subyugó su voluntad. Se vio obligado a acercarse al foco del hedor y cavar, y cavar, y cavar. Unos minutos después asomaba una pequeña mano humana entre la tierra. El perro flaco, que no es tonto, decidió detenerse. Así que se alejó y se dedicó a lamer sus ronchas echado bajo un melocotonero.

Entonces el viento cambió. Y volvió a oler. Era una mezcla de aromas particular, como un coche apagado, como una lavadora y también como una silla. Pero sin duda reconocía, entre ese cóctel, la misma esencia que había percibido unas horas antes en el cuerpo enterrado, eso sí, de una forma mucho, mucho más tenue. Caminó unos cuantos metros y volvió a escarbar. Debía de encontrarse a un par de kilómetros de donde lo había hecho por primera vez. El olor era mucho más débil, el foco mucho más reducido. Cavó con una pata, la tierra aún estaba removida. Y, además, el objeto no se encontraba tan profundo como el cuerpo de la niña.

De ese agujero extrajo una cosa pesada que sabía a metal porque era de metal. Muy parecida al secador que ahora transporta entre los dientes. Lo llevó al viñedo. Allí, mucho más tarde, ese mismo objeto le asestaría un doloroso agujonazo, pero de eso él no ha llegado a darse cuenta. Trató de mordisquearlo. Es cierto que aún conservaba un vestigio de olor del cuerpo de la niña, pero tan tímido que la brisa acabó con él. Paseó un poco arrastrando el objeto frío. Cuando vio que nada había de comestible en él, lo dejó ahí abandonado, en una cuneta.

Exactamente lo mismo hace ahora con el secador de pelo: lo deja abandonado en la vereda donde se escuchan gritos. Alguien lo encontrará, es

probable, y le dará algún tipo de uso. Lo deja abandonado con indiferencia, al igual que observan las cigüeñas, con indiferencia, desde el cielo. Lo deja abandonado y se aleja moviendo la cola. Porque el perro flaco no lo necesita.

Gracias, Enrique López Remiro, por aquella tarde en la que me contaste lo que había que saber acerca del juego de los Borregos. Gracias también a toda la gente inspiradora de Calahorra, en especial a la familia Pulido Aldea.

Ganadores del Premio Internacional
de Novela Negra Ciudad de Carmona:

EL CASO SANKARA

Antonio Lozano

NADIE AMA A UN POLICÍA

Guillermo Orsi

LARGAS NOCHES CON FLAVIA

Amir Valle

LA FRONTERA SUR

José Luis Muñoz

LA MISMA SANGRE

Remis Saucedo

CASO CERRADO

César Girón

EL HONOR ES UNA MORTAJA

Carlos Bassas

EL BAILE DE LOS PENITENTES

Francisco Bescós

Table of Content

[1. MIÉRCOLES SANTO](#)

[2. JUEVES SANTO](#)

[3. VIERNES SANTO](#)